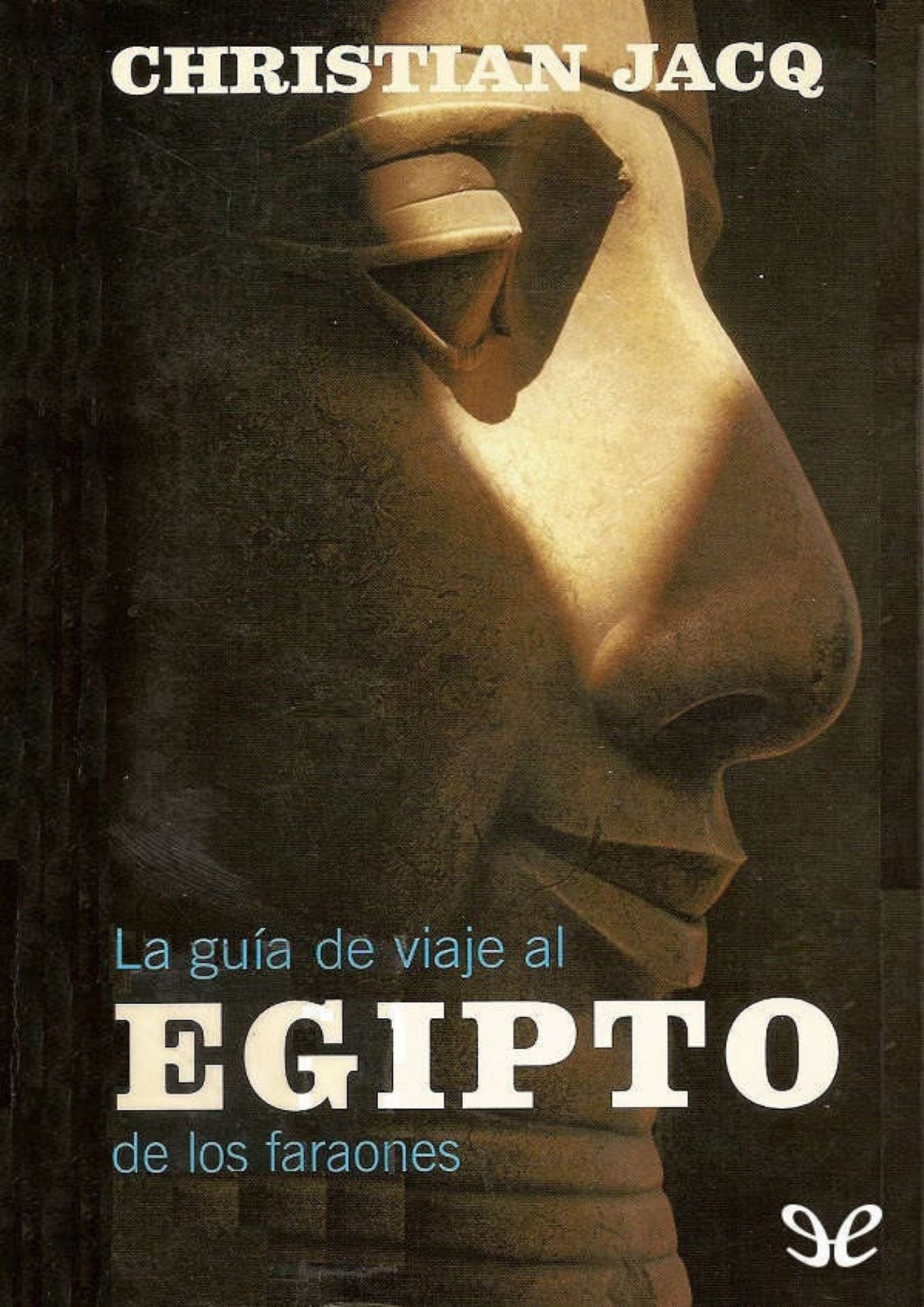
CHRISTIAN JACQ



La guía de viaje al

EGIPTO

de los faraones

Partir hacia el Egipto de los faraones supone realizar un sueño. Y para entrar en este universo donde se codean la más humilde de las estelas y la más majestuosa de las pirámides, ¿quién no desearía la compañía de un guía? Admirador y apasionado de la cultura egipcia, Christian Jacq, el egiptólogo más famoso del mundo, es aquí ese intermediario ideal. Ordenados según un criterio geográfico, los diferentes capítulos de La guía de viaje al Egipto de los faraones se suceden describiendo los distintos lugares de norte a sur del gran Egipto. El autor toma literalmente al lector de la mano y le ofrece la mejor de las lecciones, al tiempo que lo lleva a conocer el alma y la genialidad de esta magnífica civilización.

Desde Menes primer faraón, hasta la última inscripción jeroglífica que data de finales del siglo IV de nuestra era, el mundo de las treinta dinastías de soberanos que forjaron Egipto parece como iluminado y revive ante nuestros ojos. En Gizeh, Karnak, Filae o en el Valle de los Reyes, nuestro privilegiado guía nos propone las claves para comprender el papel y el significado real de las pirámides, los templos; y; las tumbas. Apoyándose en las más recientes investigaciones egiptológicas, Christian Jacq nos hace sentir la espiritualidad del antiguo Egipto, descifrando los planos y la arquitectura de los más célebres monumentos, permitiéndonos, de este modo, comprender esas «piedras de eternidad».

El libro posee una estructura similar a Guía del antiguo Egipto, publicado anteriormente en 1986. Sin embargo, al ser más moderno, añade la descripción de nuevos sitios arqueológicos (Tanis, Dachur, Meidum, el Fayum, Egipto Medio, Nubia), actualiza los descritos anteriormente y la calidad de las imágenes es mucho mejor.

Christian Jacq

La guía de viaje al Egipto de los faraones

ePub r1.2

Rusli 01.09.14

Título original: *Voyage dans l’Egypte des Pharaons avec Christian Jacq*

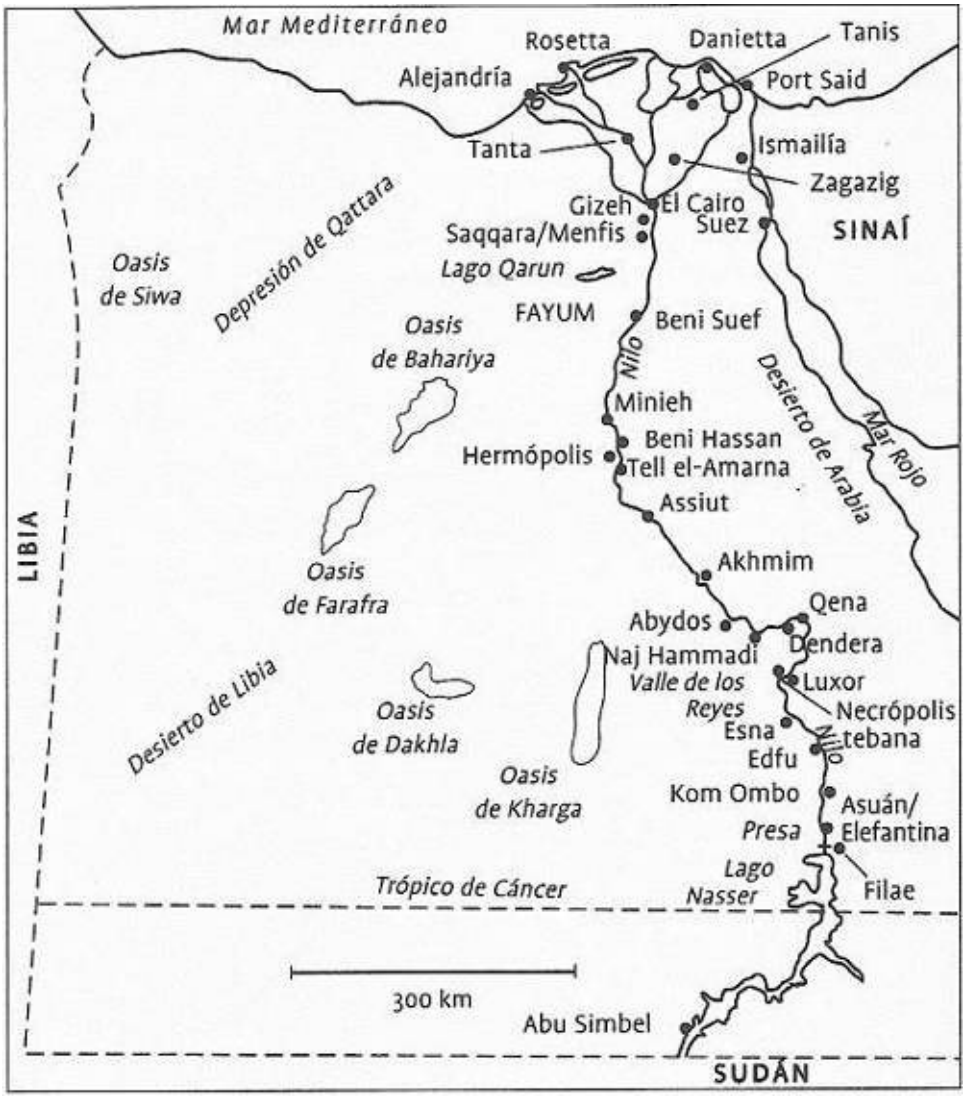
Christian Jacq, 2002

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: Rusli

ePub base r1.1

A Claude Gagnière,
en recuerdo de los años de aprendizaje,
y a todos mis amigos egipcios


Mar Mediterráneo
Rosetta
Danietta
Tanis
Alejandría
Port Said
Tanta
Ismailía
Zagazig
Gizeh
El Cairo
Suez
SINAÍ
Saqqara/Menfis
Oasis de Siwa
Depresión de Qattara
Lago Qarun
FAYUM
Beni Suef
Oasis de Bahariya
Nilo
Desierto de Arabia
Mar Rojo
Minieh
Beni Hassan
Hermópolis
Tell el-Amarna
Assiut
LIBIA
Oasis de Farafra
Akhmim
Qena
Abydos
Dendera
Naj Hammadi
Valle de los Reyes
Luxor
Necrópolis tebana
Desierto de Libia
Oasis de Dakhla
Esna
Nilo
Edfu
Oasis de Kharga
Kom Ombo
Asuán/ Elefantina
Presa
Lago Nasser
Filae
Trópico de Cáncer
300 km
Abu Simbel
SUDÁN

Introducción

Viajar a Egipto es uno de los más hermosos sueños que podamos tener. Desde la Antigüedad, este viaje era considerado una peregrinación a las fuentes de la sabiduría. Quien tiene la suerte de permanecer, aunque sea por breve tiempo, en ésa tierra amada por los dioses vive una experiencia inolvidable.

El Egipto de los faraones no es un país, sino un universo. Durante más de tres milenios se desarrolló allí una civilización de increíble riqueza cuyos testimonios artísticos, que nada han perdido de su fuerza o de su magia, podemos contemplar hoy. Sin duda ésa es una de las razones por las que el mundo entero acude a admirar las pirámides, Karnak, el Valle de los Reyes o Abu Simbel. Este pequeño libro no tiene otro objetivo que hablar de amor. Amor a un país que frecuento con admiración y pasión desde hace cuarenta años. Amor por una civilización que creó tanta belleza. Amor por esos monumentos, luminosos y misteriosos a la vez, que, de la más humilde estela a la más alta de las pirámides, nos invitan a emprender un recorrido espiritual donde el universo, la naturaleza y el hombre viven en una armonía celestial y terrena al mismo tiempo.

Bosquejo histórico

Unos seres divinos, los Servidores de Horus, civilizaron la tierra de Egipto. Les sucedió el primer faraón, Menes, cuyo nombre significa «el Estable». Convertido en rey del Alto y el Bajo Egipto, de un país unificado por lo tanto, fue la piedra de fundación de un largo linaje de faraones divididos en treinta dinastías.

Vienen a continuación tres «imperios» separados por «períodos intermedios». Los «imperios» corresponden a tiempos fuertes de la historia

egipcia, aquellos durante los cuales el poder faraónico se halla en la cima de su poder e influencia. Durante los «períodos intermedios», por el contrario, el país vive divisiones internas o sufre invasiones.

El Imperio Antiguo (hacia 2640 a 2134 a. J. C.)[1] comprende las III, IV, V y VI dinastías. La III dinastía es la de Zoser y su maestro de obras Imhotep, que inventaron la arquitectura en piedra. La IV dinastía vio los reinados de Keops, Kefrén y Micerinos, que hicieron edificar las tres célebres pirámides de la llanura de Gizeh. La V dinastía es la de los «Hijos del Sol», que construyeron templos a su gloria. La VI dinastía está marcada por el reinado más largo de la historia, el de Pepi II, que subió al trono muy joven y murió centenario.

Luego se produjo un declive cuyas causas son aún misteriosas, el Primer Período Intermedio. Con el Imperio Medio (hacia 2040-1650) renace una edad de oro que ve el advenimiento de Tebas, en el Sur. Los Mentuhotep, Sesostris y Amenemhat fueron notables faraones que dieron a Egipto una nueva prosperidad.

Nueva crisis con el Segundo Periodo Intermedio: unos pueblos extranjeros, los hicsos, invaden Egipto e instalan su capital en Avaris, en el Delta.

En Tebas nace el movimiento de liberación. Los hicsos son expulsados y nace el Imperio Nuevo (XVIII, XIX y XX dinastías, hacia 1570 a 1070). La XVIII dinastía comprende varios nombres prestigiosos: la reina faraón Hatsepsut, Tutmosis III, Amenhotep III, Akenatón, Tutankamón, Horemheb. Egipto está de nuevo unificado, la economía es próspera, la sociedad refinada. Tebas, la fastuosa, ve el desarrollo de Karnak.

Pero el peligro hitita se perfila en el horizonte. Serán necesarias las vigorosas intervenciones de Seti I y de su hijo, Ramsés II (1279-1212), para salvaguardar la paz. Gran constructor, Ramsés II logra firmar un tratado de no beligerancia con el adversario y consigue que reine la paz en Oriente Próximo.

La XX dinastía ve el reinado de un gran faraón, Ramsés III (1186-1154), que rechaza los intentos de invasión de los «Pueblos del Mar» y de los libios.

Con la Época Baja, que comienza en 672 a. J. C, se inicia un lento declive. Suben al trono de Egipto nubios y libios, algunos griegos se instalan

en el Delta. La XXVI dinastía, llamada «saíta» (672-525), recupera los valores espirituales y artísticos del Imperio Antiguo, aunque se trata sólo de un respiro antes de la primera ocupación persa, de Cambises a Darío II.

Egipto es liberado en 405 y conocerá tres dinastías indígenas más. La XXX y última emprende un vasto programa arquitectónico antes de la segunda ocupación persa, en 343, que se vio acompañada de una oleada de destrucción.

En 333, Alejandro Magno vence a los persas y se apodera de Egipto. Funda Alejandría, donde se instalan sus sucesores, los Ptolomeos.

El Sur preserva las tradiciones, el Norte se heleniza. Después de la derrota de Cleopatra VII en Actium, 30 a. J. C., Octavio, el futuro Augusto, se convierte en maestro de Egipto, que queda reducido a una provincia duramente explotada del Imperio romano.

Paradójicamente, durante este período los egipcios crean y desarrollan admirables templos, en el Sur, Edfu, Filae, Kom Ombo, Isná. Comprendiendo que el país no recuperará su independencia, los sacerdotes consagran todos sus esfuerzos a transmitir la antigua sabiduría.

El 24 de agosto de 394 d. J. C. se grabó el último texto jeroglífico. El cristianismo triunfa antes de ceder su supremacía al islam impuesto por la invasión árabe del siglo VII d. J. C.

La institución faraónica

Durante toda su existencia el Antiguo Egipto sólo conoció un régimen de gobierno: la monarquía faraónica, un fabuloso ejemplo de estabilidad sin igual que aseguró una notable coherencia a esta civilización a pesar de los sobresaltos de la Historia. Incluso los emperadores griegos y romanos tuvieron que pasar por los ritos ancestrales que «hacían» un faraón, al modo de una obra de arte. Pues Faraón no es sólo un rey, un jefe de Estado, un jefe de guerra, el dueño de la economía y de la diplomacia. Es ante todo el receptáculo de la energía divina y el maestro de obras que construye el templo.

La palabra «faraón» procede del egipcio *per-áa*, «la gran morada»; Faraón

era considerado el Ser inmenso que podía acoger a todos los seres. *«Te pareces al dios sol en todo lo que haces, todo lo que tu corazón desea se cumple. Si has formulado un deseo por la noche, se realiza rápidamente cuando nace el día… Tu lengua es una balanza, tus labios son más exactos que la aguja de precisión de la balanza de Thot… No hay tierra que no hayas recorrido, y todo llega a tus oídos… El Verbo está en tu boca, la intuición está en tu corazón, el trono de tu lengua es un templo de la verdad y el dios se sienta en tus labios. Tus palabras se cumplen cada día y los pensamientos de tu corazón se realizan como los del dios Ptah, cuando crea obras de arte.»*

La realeza es una función perfecta creada por los dioses. Por eso Faraón debe ser un sabio y un hombre prudente. Dios le ha distinguido entre miles de hombres, y eso le confiere inmensas responsabilidades. Base de la organización social, Faraón se inspira en el ejemplo de sus padres y debe respetar su herencia: *«Elevada es la función de Faraón; no cuenta con su hijo ni con su hermano para perpetuar sus monumentos. Un hombre actúa para aquél que le precedió deseando que sus actos sean prolongados por otros que vendrán tras él.»*

Dios y los dioses

Desde los orígenes, el pensamiento egipcio afirma la realidad de un principio creador formulado por fuerzas creadoras, las divinidades. «Tres son todos los dioses», reza un texto: Amón, Ra y Ptah. Amón es «el Oculto», aquel cuya forma no puede ser conocida; Ra es la Luz; Ptah, el Verbo y el patrono de los artesanos. Existen, sin embargo, muchos otros modos de evocar la presencia y la acción del universo divino.

¿Puede hablarse de «religión» egipcia? La espiritualidad faraónica no comporta dogma, ni verdad revelada, definitiva e impuesta. No es rígida ni cuenta con un libro sagrado intangible. Dios y los dioses crean a cada instante. A la conciencia del ser, su «corazón», le corresponde abrirse a su realidad, hacer y decir Maat, la rectitud y la armonía.

Existe un solo «sacerdote», más exactamente, un ritualista: el propio Faraón. Lo veremos en todas partes, en los muros de los templos, llevando a cabo los actos rituales, en todos los santuarios al mismo tiempo. Su imagen se

animaba mágicamente para encarnarse en el cuerpo de un sustituto, un Servidor de Dios encargado de celebrar el culto en su nombre.

El templo egipcio

El Egipto faraónico era la imagen del cielo. Cada lugar sagrado albergaba una potencia cósmica que sólo podía residir en la Tierra a condición de que gozara en ella de una morada. Esta morada es el templo.

Construido en «hermosa piedra de eternidad» por especialistas que dominaban las leyes de la armonía, cada templo es una palabra de una lengua sagrada que se aprende a leer visitando edificio tras edificio.

Un templo es una central de energía indispensable para asegurar un equilibrio espiritual, social y económico. Cada noche, la potencia divina parece extinguirse; cada mañana hay que resucitarla en el secreto del santuario. Si el mundo queda privado de templos, el sol no se levanta más.

Para fundar un templo, Faraón asume su función de maestro de obras. Concibe el plano, lo formula mediante el Verbo recuperando la perfección del tiempo de Ra, calcula el mejor momento astrológico, excava la trinchera de fundación, modela la primera piedra, ilumina el edificio y lo entrega a su divino dueño.

El templo no está abierto a la multitud. Sólo trabajan en él los ritualistas cuyo papel consiste en mantener el contacto con las potencias creadoras, para que la Tierra siga siendo habitable. El pensamiento abstracto debe traducirse en el rito, el acto primordial.

El templo es el lugar de la ofrenda que asegura la continuidad de la creación. Alrededor del edificio principal están los alojamientos de los sacerdotes, talleres, almacenes, escuelas, carnicerías, bibliotecas, laboratorios.

Detalle esencial: el templo es un ser vivo. Lleva un nombre, le «abren la boca» y velan para que la energía circule por sus piedras.

Cuando los humanos dejan de practicar el rito, los jeroglíficos y las escenas grabadas toman el relevo.

El arte creador de vida

Estatuas, estelas, bajorrelieves y demás obras son elementos esenciales para la civilización egipcia, sin los cuales ninguna vida espiritual sería posible. El arte egipcio está basado en el concepto de *akh*, término que significa a la vez «luminoso» y «útil».

Al artesano le corresponde llevar a cabo, en la Tierra, lo que las divinidades crean en el Cielo. Por eso la materia, tras haber sido correctamente trabajada, debe ser animada ritual y mágicamente. Se abren los ojos y la boca de una estatua, que así obtiene vida; estelas y sarcófagos están provistos de ojos.

Los secretos de un maestro artesano no eran sólo de orden técnico. Ha sido iniciado en los misterios del templo y de la «Morada del Oro», le han revelado los secretos de las palabras divinas, el modo como los dioses modelan el mundo.

Lo que cuenta para el arte egipcio es la realidad espiritual y simbólica, no la apariencia. Se advierte que los personajes están de perfil, sus ojos de frente; aunque sea teóricamente imposible, el contenido de los objetos se nos revela así; los jardines se levantan en vertical para que puedan detallarse. En resumen, el artesano nos muestra lo que debe ser visto. Pensemos también en las representaciones de divinidades con cabeza de animal que, lejos de ser monstruosas, poseen una extraordinaria belleza que expresa la característica principal de una fuerza creadora.

Del escriba meditando al faraón en majestad, el arte egipcio está marcado por la serenidad. A menudo, los personajes levantan levemente los ojos hacia la luz de la que han salido y hacia la cual se dirigen.

Nuestro itinerario

Cada paraje, cada monumento merecería uno o varios libros. En esta pequeña obra, que no tiene más objetivo que ayudar al viajero a hacer un primer descubrimiento del universo egipcio, me he limitado a señalar algunos puntos de orientación intentando evocar el alma de los parajes más importantes y sus

características principales.

Nuestro itinerario va de Norte a Sur, de Tanis a Abu Simbel, pasando por las tres etapas turísticas más frecuentadas, Gizeh y Saqqara, Luxor y Asuán.

No hemos abordado algunos parajes de acceso demasiado difícil o que sólo interesan a los especialistas. Alejandría, la que antaño fuera puerta del país para quienes llegaban por mar, interesa sobre todo a los aficionados al arte helenístico.

Dos destinos exteriores al Valle del Nilo tienen un interés indiscutible para viajeros enamorados del desierto y dotados de buena forma física: el Sinaí y los oasis del desierto del oeste. En el Sinaí se visitará el paraje de Serabit Al-Jadim, lugar sagrado de la diosa Hator, en el corazón de una región minera donde se extraían turquesas. Entre los oasis del desierto líbico, el de Kharga alberga el notable templo de Hibis, con un simbolismo de excepcional riqueza. Se aguarda con impaciencia su restauración (o su traslado) para que por fin sea accesible a los visitantes. Y cerca del oasis de Bahariya, el ya célebre «Valle de las Momias» sin duda reserva todavía muchas sorpresas.

Un solo deseo para los viajeros: que puedan ir varias veces a Egipto y detenerse en el mayor número de parajes. Por lo que se refiere a todos aquéllos que por diversas razones no pueden desplazarse, esperamos que estas pocas páginas les permitan, sin embargo, viajar en espíritu por la Tierra de los Faraones.

1. El marco geográfico

A diferencia de muchos países trastornados por las guerras y cuyas fronteras variaron mucho, el Egipto geográfico siguió siendo igual a sí mismo desde sus orígenes. Visto desde el cielo, parece una flor de loto abierta, cuya parte superior corresponde al Delta y el largo tallo al valle del Nilo, estrecho corredor de entre 3 y 15 km de ancho que serpentea entre los desiertos arábigo y líbico.

Los antiguos egipcios llamaban con frecuencia a su país «las Dos Tierras» a causa de la muy marcada diferencia entre dos grandes regiones.

La primera es el Delta, o Bajo Egipto, cuya superficie equivale a la de Bélgica. Es una región verde, abundantemente irrigada por los brazos del Nilo y numerosos canales. Todavía hoy ofrece un arrobador contraste con el Valle del Nilo que se presenta, desde El Cairo hasta Asuán, como un oasis de 900 km de largo entre dos desiertos. En la Antigüedad, la vegetación era mucho más exuberante y las tierras cultivadas más extensas.

Esta realidad geográfica no dejó de tener consecuencias para la conservación de los edificios. En el Delta, rico sin embargo en espléndidos monumentos, no queda en pie ni un solo templo. Tras la invasión árabe, los monumentos fueron desmantelados y los fellahs hicieron desaparecer los bloques de piedra caliza en los hornos de cal. El Alto Egipto fue parcialmente respetado, pero tuvo que producirse la valerosa intervención de Champollion para impedir que el albano Mehmet Ali transformase en fábricas y muelles un patrimonio que pertenece por entero a la humanidad.

2. Su majestad el Nilo

Para muchos, el descubrimiento de Egipto se realiza a través de un crucero por el Nilo, una experiencia sin duda inolvidable. Navegar por el río más largo del mundo (6.500 km) que termina su recorrido de un modo deslumbrante, de Asuán a Alejandría, es siempre un momento de gracia, tanto si se toma una falúa como si se hace en barco; lo esencial es no estar «sin-barco»: con esta expresión, los antiguos egipcios se referían al ser más menesteroso, material y espiritualmente al mismo tiempo, al que los poderosos tenían el deber de ayudar.

Lo ideal sería remontar el Nilo desde El Cairo hasta Asuán, para descubrir una sucesión de admirables paisajes. Dados los disturbios y la inseguridad provocados por los movimientos islamistas, implantados en el Medio Egipto con mucha fuerza, esto resulta hoy imposible y los cruceros se reducen al trayecto Luxor-Asuán o Asuán-Luxor.

Además, aunque el Nilo siga abriéndose camino entre dos desiertos, su genio propio, Hapy, el dinamismo de la crecida, ha desaparecido. La gran presa de Asuán, en efecto, ha ligado esta arteria vital que durante milenios aseguró la prosperidad de Egipto. Se empieza a comentar, en voz baja, que las consecuencias de la construcción de este monstruo son desastrosas, tanto para los hombres como para los monumentos.

Tres estaciones acompasaban la vida de los antiguos egipcios: *akhet*, «la luminosa», «la útil», que veía cómo la crecida transformaba el país en un gigantesco lago, de julio a septiembre; *peret*, «la emergencia», período de las siembras; *shemu*, «lo que abrasa», el tiempo de las cosechas, a partir de abril, pero también el de los grandes calores y del progresivo agotamiento de las reservas de agua.

Hapy, «el brincador», aparecía, como un joven enamorado, para fecundar la tierra. Se le representaba en forma de un personaje de gran vientre y mamas

colgantes, de inagotable generosidad. En los muros de los templos se representaban procesiones del «dios Nilo» llevando al santuario los productos agrícolas.

El río terrenal era considerado la proyección de un Nilo celestial, nacido del océano de energía primordial que irriga el universo entero. Durante la crecida, este misterio quedaba revelado de modo absolutamente manifiesto a todo el país. El faraón y su administración debían paliar los efectos nefastos de crecidas demasiado fuertes o demasiado débiles. La famosa frase del historiador griego Herodoto, «Egipto es un don del Nilo», sólo tiene sentido si recordamos el constante y necesario esfuerzo de los hombres: construcción y mantenimiento de diques, canales, albercas de contención, atenta gestión del agua.

La alta presa de Asuán condena a las Dos Tierras a una muerte lenta. Y el *Himno al Nilo* ya es sólo un recuerdo:

Viva la divina potencia consumada,

la amada de la energía primordial,

Hapy, padre de las divinidades de la Enéada que residen en el río,

que da vida a todos con su poder nutricio…

¡En su regreso, todos los hombres conocen la alegría!

3. Tanis y la nostalgia del Delta

Heliópolis, Sais, Bubastis, Mendes, Athribis… nombres que sólo son familiares para los especialistas. Se trata, sin embargo, de grandes ciudades del Delta, y cada una de ellas albergaba prestigiosos edificios de los que no subsiste casi nada. Fueron arrasados, pillados, destruidos. El Egipto faraónico del Delta ha quedado reducido al estado de pobres despojos, y debemos limitarnos a los vestigios, como en Behbeit el-Hagar (a 140 km de El Cairo), donde yacen los bloques de un templo dedicado a Isis;[2] como en Bubastis donde algunos bajorrelieves de capital importancia evocan episodios de la gran fiesta de regeneración del faraón.

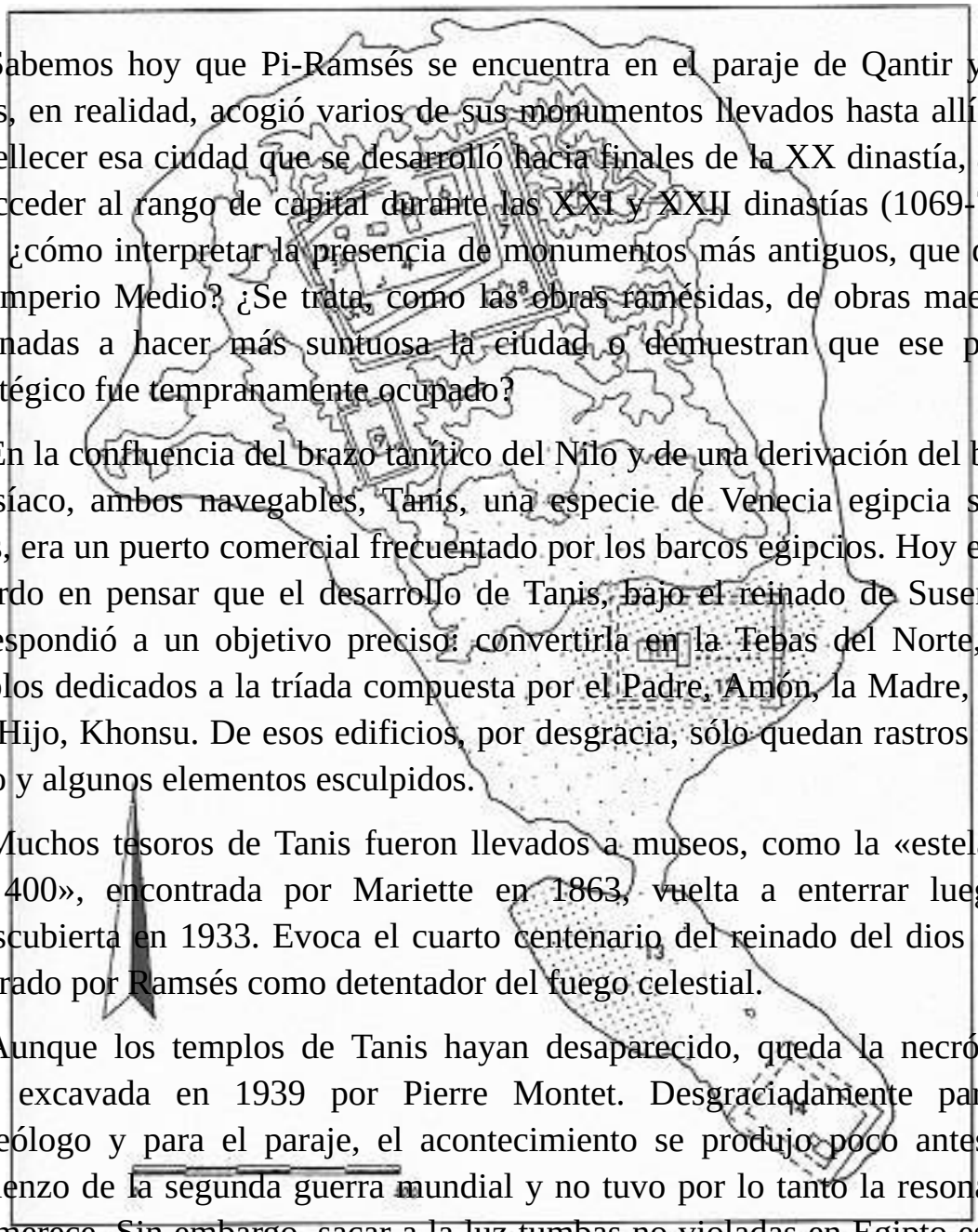
El único paraje de acceso relativamente fácil y que actualmente merece el viaje es el de Tanis (San el-Hagar), a unos 170 km al nordeste de El Cairo.

En mi primera exploración experimenté la sensación de hallarme lejos de todo, en un mundo devastado, azotado por los vientos. El lugar es duro, desolado, privado de vegetación. Y en esta zona arqueológica de unas 180 hectáreas, agredida por las lluvias invernales y la erosión, se cruza la monumental puerta del faraón Sheshonk III, flanqueada por colosos, antes de avanzar por un suelo arenoso lleno de obeliscos destrozados, estatuas dañadas, arquitrabes y columnas arrojadas por el suelo, colosales bloques que dan testimonio de la presencia de varios templos.

Durante los últimos años, gracias a Philippe Brissaud, el aspecto del paraje ha cambiado un poco, en la medida que cierto número de estos vestigios han sido instalados sobre zócalos aislantes. Algunas estatuas han sido levantadas, pero sólo las obras de granito han sobrevivido parcialmente, pues los bloques de calcáreo, aquí como en el resto del Delta, desaparecieron en los hornos de cal.

Paseando por ese museo al aire libre, impresiona la insistente presencia de Ramsés II, representado junto a la diosa Sekhmet, «la Poderosa», que puede

dar la vida o la muerte, o erguido también entre dos divinidades con forma de coloso. ¿Sería Tanis la capital de Ramsés el Grande?



Sabemos hoy que Pi-Ramsés se encuentra en el paraje de Qantir y que Tanis, en realidad, acogió varios de sus monumentos llevados hasta allí para embellecer esa ciudad que se desarrolló hacia finales de la XX dinastía, antes de acceder al rango de capital durante las XXI y XXII dinastías (1069-715). Pero ¿cómo interpretar la presencia de monumentos más antiguos, que datan del Imperio Medio? ¿Se trata, como las obras ramésidas, de obras maestras destinadas a hacer más suntuosa la ciudad o demuestran que ese paraje estratégico fue tempranamente ocupado?

En la confluencia del brazo tanítico del Nilo y de una derivación del brazo pelusíaco, ambos navegables, Tanis, una especie de Venecia egipcia según Kees, era un puerto comercial frecuentado por los barcos egipcios. Hoy existe acuerdo en pensar que el desarrollo de Tanis, bajo el reinado de Susennes, correspondió a un objetivo preciso: convertirla en la Tebas del Norte, con templos dedicados a la tríada compuesta por el Padre, Amón, la Madre, Mut, y el Hijo, Khonsu. De esos edificios, por desgracia, sólo quedan rastros en el suelo y algunos elementos esculpidos.

Muchos tesoros de Tanis fueron llevados a museos, como la «estela del año 400», encontrada por Mariette en 1863, vuelta a enterrar luego y redescubierta en 1933. Evoca el cuarto centenario del reinado del dios Seth, venerado por Ramsés como detentador del fuego celestial.

Aunque los templos de Tanis hayan desaparecido, queda la necrópolis real, excavada en 1939 por Pierre Montet. Desgraciadamente para el arqueólogo y para el paraje, el acontecimiento se produjo poco antes del comienzo de la segunda guerra mundial y no tuvo por lo tanto la resonancia que merece. Sin embargo, sacar a la luz tumbas no violadas en Egipto es una especie de milagro. Pero estaba escrito que la salvaje Tanis debía permanecer en la penumbra.

Según las indicaciones proporcionadas por Georges Goyon, los artesanos utilizaron unos 60 kg de oro y 200 kg de plata para modelar sarcófagos y joyas. Las tumbas están decoradas con notables escenas consagradas, por ejemplo, a la transformación del faraón en Osiris y al periplo de las barcas solares. Es lamentable que sigan cerradas para los visitantes, y es deseable que las moradas de eternidad de los faraones Osorkón II, Susennes y Sheshonk III sean por fin accesibles. Constituyen, en efecto, un momento importante de la visita a Tanis, paraje feroz que debemos aprender a descifrar.

[3]

4. Un «paraje» inagotable: el Museo de El Cairo

Quien quiera descubrir El Cairo, sus calles siempre animadas donde se cruzan innumerables automóviles y asnos que tiran de cargas demasiado pesadas, los zocos de Khan el-Khalili, la Ciudadela, las mezquitas, las iglesias coptas o también museos poco conocidos, como el consagrado a la Etnografía, tendrá que dedicar varios días a esta inmersión en un mundo urbano, sobrepoblado por desgracia y víctima de la contaminación, al igual que las otras megalópolis.

Para el apasionado por el Antiguo Egipto, un «paraje» importante que por sí solo llenaría toda una larga vida, varias incluso: el Museo Egipcio, que se levanta en el centro de El Cairo, en el lado norte de la plaza el-Tahrir. Con más de cien mil objetos expuestos, y muchos más aún almacenados en la reserva, es el mayor museo de egiptología del mundo.

En 1858, Auguste Mariette abrió un primer museo en Bulaq para asegurar la conservación, en el propio Egipto, de los tesoros que procuraban las excavaciones, y la parte esencial de los cuales partía hacia el extranjero. En 1878, una gran inundación devastó el pequeño museo de Bulaq y varios objetos se perdieron. Hubo que esperar hasta 1902 para que se abriera el actual edificio.

Desde mi punto de vista, cualquier museo es forzosamente un lugar inmóvil. Las obras se exponen allí, lejos de su lugar de origen, y es muy raro que se proporcionen al visitante las explicaciones que, sin embargo, son indispensables: circunstancias y lugar del descubrimiento, contexto arqueológico, datación, descripción completa, traducción de los eventuales textos. Contrariamente a lo que ocurre sobre el terreno, cuando se deambula horas y horas sin sentir fatiga, las salas de un museo, que raramente tienen sillas, destrozan muy pronto las piernas. La propia atención se mella y muy pronto te sientes aturdido por la abundancia de obras maestras que no estaban

destinadas a ese amontonamiento.

Los museos arqueológicos son un mal necesario y es preciso ponerle buena cara al mal tiempo. Para el egiptólogo que busca algún hallazgo, siempre es aconsejable dirigirse al Museo de El Cairo, donde descubrirá, forzosamente, algún objeto, de pequeño o gran tamaño, que nadie ha estudiado aún a fondo. Esta enorme cueva de Alí Babá contiene inestimables maravillas, desde la estatua del faraón Zoser hasta colecciones de herramientas o instrumentos de música. Los múltiples aspectos de la civilización faraónica, desde la vida espiritual hasta lo cotidiano, están representados aquí.

El mobiliario, tan «moderno», de la reina Hotep-Heres, la madre de Keops, la extraordinaria estatua de diorita del faraón Kefrén, cuyo pensamiento inspira el halcón Horus posado sobre su nuca, las «tríadas» de Micerinos, el floreciente rostro del «Cheikh el-Beled», en realidad un alto funcionario del Imperio Antiguo, la serenidad de Ra-hotep y de Neferet, sentados uno junto a otro para toda la eternidad, las joyas de la reina Ahotep que luchó contra el ocupante hicso, los «retratos» de Akenatón y Nefertiti, los tesoros de Tanis… ¿Cuántas páginas requeriría la simple enumeración de las inolvidables obras de las que la vista no puede apartarse? Y no olvido el fabuloso tesoro de Tutankamón, tan justamente célebre (más de 3.500 objetos expuestos en El Cairo); es tanta su riqueza que su publicación íntegra, ochenta años después del descubrimiento de Howard Cárter, no se ha concluido aún.

Consejo clásico: comenzar la visita por la época arcaica, junto a la entrada del museo, recorrer las salas de la planta baja en el sentido de las agujas de un reloj, volver al punto de partida, subir al piso tomando la escalera sudeste, admirar a Tutankamón, explorar algunas salas más, volver a bajar atravesando el atrio central… ¡Y no preocuparse por el vértigo que os asalta!

Naturalmente, durante un breve viaje sólo pueden concederse algunas horas al museo, y así debe procederse. Si se tiene la suerte de poder volver, bueno será demorarse en un sarcófago, una estela, una estatua, un bajorrelieve para saborear el genio y el significado, sin preocuparse por el tiempo que corre.

¿Veremos algún día la realización de un gran proyecto del que se habla desde hace mucho tiempo, es decir, la construcción de un nuevo museo mucho más grande? ¿Saldrán por fin obras notables de los almacenes que

ahora sólo son accesibles a algunos especialistas?

Sin duda, la irrupción de internet en la investigación científica nos permitirá visitar los museos, a través de una pantalla. Pero nada sustituirá nunca el contacto directo con la propia obra, sobre todo con una creación del Antiguo Egipto, animada espiritual y mágicamente, y cuya irradiación sigue siendo perceptible, incluso en la frialdad del museo.[4]

5. Menfis la desaparecida y la serenidad de Ramsés

A menos de 30 kilómetros del centro de El Cairo, un palmeral donde subsisten una esfinge de alabastro que no vela ya por templo alguno, una estela de la época del faraón Apries (XXVI dinastía), unos bloques ramésidas y un pesado edificio donde se encuentra un coloso tumbado de espaldas: ésos son los vestigios más visibles de la primera capital del Egipto unificado, la gloriosa Menfis fundada por Menes, 3.000 años a. J. C., por lo menos.

El nombre de Menfis procede de *Men-nefer*, «la perfección es estable», nombre de la pirámide del faraón Pepi I. La ciudad era llamada también «el muro blanco», en recuerdo del primer recinto, «la balanza de las Dos Tierras», «la vida de las Dos Tierras», pues era el punto de equilibrio y de unión entre el Bajo y el Alto Egipto.

A lo largo de toda la historia faraónica, e incluso cuando Tebas fue una rica y brillante capital, Menfis siguió siendo el centro económico del país. La ciudad albergaba varios santuarios, entre ellos *Hut-ka-Ptah*, «el templo de la energía creadora de Ptah», que dio en griego *Aiguptos*, Egipto. Envuelto en una especie de sudario blanco, Ptah es el dueño del verbo creador, el que guía la mano de los artesanos para insuflar vida en la materia. Innumerables obras maestras se crearon en los talleres de Menfis cuyo declive sólo se acentuó realmente con el nacimiento de Alejandría.

Cristianos y árabes destruyeron Menfis. Los monumentos fueron desmontados piedra a piedra y el propio emplazamiento de «la vida de las Dos Tierras», olvidado. Habrá que esperar al siglo XIX para que unos arqueólogos lo identifiquen con certeza. Prosiguen las excavaciones para espigar el máximo de informaciones sobre la ciudad desaparecida.

Las necrópolis de Menfis, entre ellas Gizeh y Saqqara, sobrevivieron parcialmente. El término de «necrópolis», ciudad de los muertos, es por otra parte impropio, pues en esos grandiosos parajes no encontraremos la muerte

sino su contrario: la vida resucitada.

Aunque la breve escala de Mit-rahineh incite a la nostalgia, ésta desaparece cuando se penetra en el edificio donde está expuesto un magnífico coloso de Ramsés II. En mi primer viaje a Egipto fue el primer faraón con el que me encontré. Él, el Hijo de la Luz, escapó a la destrucción. De 13 m de altura (antes de perder la parte baja de las piernas), el coloso debía de encontrarse delante de un templo.

Cerca de él, bajo su protección, está representado su hijo Kha-em-Uaset, «El que aparece glorioso en Tebas», un iniciado en los misterios, mago, letrado y… egiptólogo que restauró varios monumentos de Menfis.

Descubierto en 1820, el coloso de Ramsés, por desgracia, no ha sido levantado. Y todavía resulta más sorprendente que el estudio de esta obra maestra se emprendió… hace sólo unos veinte años.

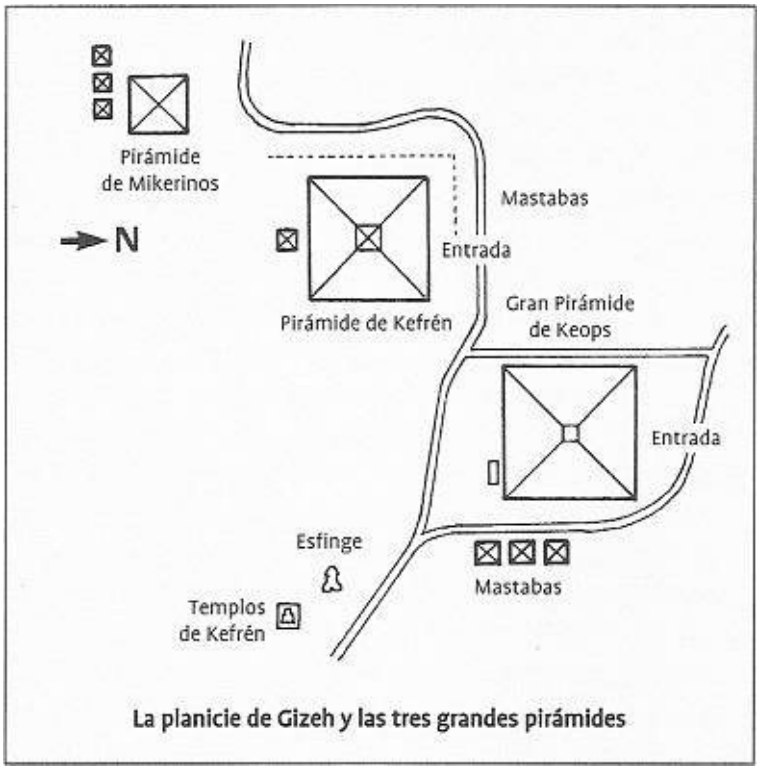
La sonrisa del faraón es inolvidable. Más allá de su poderío, el rostro revela la serenidad del monarca que vive en compañía de sus hermanos, los dioses. Todo Egipto está presente en esa mirada y esa sonrisa.

6. Gizeh o el paraje de luz

Antaño, la planicie de Gizeh estaba lo bastante alejada de El Cairo para que su visita permitiera abordar el desierto al contemplar un paraje grandioso, apartado del mundo y de su tumulto. Hoy, la situación ha cambiado mucho: la ciudad se lanza al asalto de la altiplanicie de las pirámides y no es fácil contener el avance de los edificios cuya construcción impone la fiebre demográfica.

Gizeh, sin embargo, es el paraje por excelencia donde el poder creador de los faraones se tradujo en la piedra. Quien sólo haya visto Gizeh en fotografía no puede evaluar su verdadera medida. Encontrarse ante la Esfinge, meditar al pie de la Gran Pirámide, levantar los ojos hacia su cima, recorrer a pie la planicie girando alrededor de las tres pirámides o disfrutar de una puesta de sol contemplando el desierto son otras tantas experiencias inolvidables.

Quien vuelve por centésima vez a Gizeh sigue maravillándose. El lugar está dominado por la Gran Pirámide, en egipcio *akhet*, el «paraje de luz». Por lo que se refiere a la planicie, «Aquél que está cerca de lo alto» era el lugar donde el alma real se encontraba, efectivamente, más cerca de su origen celestial.



La planicie de Gizeh y las tres grandes pirámides

La esfinge, custodio de la luz

Sobre el conjunto de la planicie de Gizeh vela un personaje de piedra muy enigmático, la Esfinge.[5] Los escultores egipcios crearon muchas, pero ésta es la mayor. Su papel consiste en proteger las tres pirámides y permitir el renacimiento del sol cada mañana. Temiendo su inquietante fuerza, los árabes la llamaron «el padre terror» y le dispararon incluso un cañonazo para mutilar su rostro. Pero el custodio de la luz, a pesar de la prueba del tiempo y del fanatismo, permanece en su puesto.

León de cabeza humana, tocado con una peluca real, esa esfinge colosal fue tallada en una colina de calcáreo. Mide 57 m de largo y 20 m de alto; el coloso se encuentra a 350 m al sudeste de la Gran Pirámide, a lo largo de la rampa que asciende hacia el templo funerario de Kefrén. Pero nada prueba que la Esfinge tenga el rostro de este faraón.

En la XVIII dinastía se nos reveló que el nombre de la Gran Esfinge es Horakhty-khepri-ra-atum, es decir «Horus que está en la región de luz», que simboliza los tres aspectos principales del curso solar: Khepri, el sol naciente y símbolo de la incesante mutación de la vida; Ra,[6] el sol de mediodía, la luz

en el apogeo de su potencia; Atum, el sol poniente, evocación de la creación original.

Ser de luz, la Esfinge conoce el secreto del ciclo que va del nacimiento a la muerte, y luego de la resurrección a otra vida. En su cara este, hacia levante, se edificó un templo de granito, degradado hoy, donde recibía ofrendas. En la Baja Época, los peregrinos rogaban que les escuchara, como indican las «estelas con orejas» en las que se la representa.

Dos faraones de la XVIII dinastía manifestaron su veneración por la Esfinge: Amenhotep II, que hizo levantar una estela en el nordeste, y Tutmosis IV, que hizo colocar otra entre sus patas delanteras para revelar fabulosos acontecimientos. Antes de su coronación, el joven se hallaba cazando en el desierto. Se acercaba mediodía. Se durmió al pie de la Esfinge y, durante su sueño, ésta se le apareció y le habló. Se sentía muy descontenta, pues no soportaba ser prisionera de la arena. Si el príncipe Tutmosis la liberaba de ella, sería Faraón. El futuro rey hizo construir un muro que detuvo las dunas de arena y accedió al trono.

Los alrededores de la Esfinge no se han excavado por completo e ignoramos todavía si la tradición según la cual existe un pasaje entre el custodio de las pirámides y una de ellas tiene base.

Como Stadelmann, creemos que la gran Esfinge fue creada por los escultores de Keops y que la arquitectura de la llanura de Gizeh fue concebida en su conjunto ya en aquella época.

Significado y función de las pirámides

Si bien conocemos los métodos para transportar piedras, todavía nos preguntamos por el arte de levantarlas, y estamos muy lejos de conocer con certeza el conjunto de técnicas utilizadas para la construcción de las pirámides. Lo que sí sabemos, en cambio, es que ninguno de los constructores, fuera cual fuese su rango en la jerarquía, era un esclavo, como ha vuelto a demostrar recientemente el egiptólogo Zahi Hawass, descubridor de su aldea, muy cercana a las pirámides. Éstas no son obra de una muchedumbre de oprimidos que morían de sed bajo el sol y eran azotados, sino de una élite, de una civilización en la cima de su genio, capaz de una

extraordinaria organización del trabajo, desde la extracción de las piedras hasta la colocación en su lugar. La construcción de las pirámides era un importante acto ritual que aseguraba la eternidad del alma real y, a través de ella, de la de su pueblo.

Geómetras y agrimensores tuvieron que resolver delicados problemas para delimitar las bases cuadradas de más de 200 m, conseguir una perfecta horizontalidad de las hileras, en todos los niveles, calcular las orientaciones muy exactas, resolver el rompecabezas de la cohesión de las masas para que las cámaras interiores no resultasen aplastadas. Y los canteros, entre otras hazañas, emplazaron un revestimiento de piedra de modo que bloques de más de dos toneladas están tan bien colocados que no se puede introducir ni una aguja en la juntura.

La pirámide no es un monumento aislado. En la linde del desierto, junto al valle, se levantaba un templo de acogida en el que se procedía a realizar los ritos de purificación; de ese templo salía una calzada cubierta, con los muros adornados de relieves, que llevaba a un templo elevado, en la cara este de la pirámide. Este conjunto simbólico se completaba con una pequeña pirámide, por lo general situada al sur de la grande. Tal vez sirviera para que descansara el alma real o la de la Gran Esposa real.

Alrededor de este conjunto arquitectónico se habían edificado las moradas de eternidad de los nobles —las «mastabas»— que formaban verdaderas calles de tumbas. Así, la corte real quedaba reconstituida para el viaje por el otro mundo.

¿Podemos preguntarnos si las pirámides del Imperio Antiguo son tumbas? Sí, responden la mayoría de los egiptólogos, prefiriendo un error relativo a las elucubraciones que convierten las pirámides en monumentos proféticos anunciadores de cataclismos, guerras o epidemias. Aunque la palabra «pirámide» proceda del griego *puramis*, «pastel de trigo» de forma triangular, la lengua jeroglífica es mucho más instructiva. Pirámide se dice *mer*, y este término es sinónimo de «azada», «canal» y «amor». Entre la pirámide y la azada, que servía para excavar las trincheras de cimentación, se pone de relieve el tema de la construcción; la pirámide es el canal por el que circula la energía celeste, un canal destinado a captar el amor divino sin el cual ninguna construcción sería posible.

La pirámide es la expresión monumental de la colina primordial, la

primera eminencia que brotó del océano de los orígenes en los albores de la creación. Es, pues, el permanente recuerdo de la primera mañana, de la edad de oro. Ahora bien, cada año, durante la inundación, el valle y las tierras quedaban cubiertos de agua. Sólo las pirámides emergían. Los maestros de obras habían ilustrado así el mito y recreado en la piedra la energía de la vida naciente. Además, sus paredes cubiertas de calcáreo reflejaban la luz y difundían una claridad deslumbrante, que era manifestación de la luz original.

No, las pirámides no eran simples tumbas, sino más bien acumuladores y transformadores de una energía que los antiguos egipcios denominaban el *ka* y que sobrevivía a la existencia terrenal de su detentador. Así, la edificación de una pirámide era considerada como el acto esencial de un reinado.

La gran pirámide de Keops

Éstas son las medidas de la mayor de las pirámides: 146 m de altura en su origen, una masa de piedras de más de 2,5 millones de m^3, más de 230 m de anchura de los lados en la base, 6 millones de toneladas de piedras, algunas de las cuales pesan más de 15 toneladas, una superficie de más de 4 hectáreas, 4 caras inclinadas a 51° 52’ y orientadas con sorprendente precisión hacia los cuatro puntos cardinales.

Del reinado de Keops, colocado bajo la protección del dios Khnum, que modelaba el mundo en su torno de alfarero, nada sabemos… ¡salvo que construyó la Gran Pirámide! Extrañamente, de él sólo subsiste una minúscula estatuilla que se conserva en el Museo de El Cairo. Un texto nos dice que su estatua de oro fue «traída al mundo», por lo tanto, que el espíritu del rey fue ritualmente resucitado.

El recinto, el templo funerario, la calzada cubierta de bajorrelieves han desaparecido casi por completo. Del conjunto arquitectónico sólo subsiste el sanctasanctórum, es decir, la propia pirámide, y tres pequeñas pirámides al este. Una de ellas se convirtió en santuario de Isis durante la XXI dinastía.

Al este se encuentra también el conjunto de las mastabas pertenecientes a los grandes personajes de la corte de Keops, entre ellos su madre, Hotep-Heres. En su tumba, inviolada, se descubrió un magnífico mobiliario que se expone en el Museo de El Cairo.

En 1954 se produjo un inesperado acontecimiento cerca de la cara sur de la Gran Pirámide: unas excavaciones fortuitas permitieron encontrar unas inmensas losas, de 15 a 20 toneladas cada una. Al levantarlas se descubrió que protegían una barca de cedro del Líbano. Reconstruida en 1968, esta maravilla se expone hoy en una especie de museo, de desgraciada estética, ante la cara sur de la pirámide. Existían cuatro barcas más, una en aquella misma cara, dos en la cara este y la cuarta el norte. Servían para el viaje del espíritu del faraón por los espacios celestiales, que atravesaba tanto de noche como de día. Formaba parte de la tripulación divina que sin cesar recorría el universo velando por su equilibrio.

La gran pirámide de Keops

① Entrada
② Corredor descendente
③ Cruce de caminos
④ Corredor descendente que lleva a la sala subterránea
⑤ Sala subterránea
⑥ Corredor ascendente.
⑦ Cruce de los tres caminos
⑧ Pozo de descenso
⑨ Cámara media (llamada «de la Reina»)
⑩ Gran galería
⑪ Sanctasanctórum, llamado «Cámara del Rey»
⑫ Cámaras superiores, llamadas «de descarga»
⑬ Conductos de ventilación

La visita al interior de la pirámide queda desaconsejada a los claustrofóbicos. Y no debe olvidarse que esta exploración corresponde al recorrido iniciático que efectuaba el alma real, oculta a la vista de los humanos.

La entrada[7] se encuentra en la cara norte, a 25 m por encima del suelo, en el nivel de la decimotercera hilada (n.º 1 en el plano). Se empieza bajando por un corredor (n.º 2) que desemboca en una primera encrucijada (n.º 3).

Antes de poder ascender, debe tomarse un corredor descendente (n.º 4),

bastante estrecho, por el que sólo se puede avanzar inclinado. Se llega a una cámara subterránea (n.º 5) que se califica de inconclusa, pero que simboliza más bien el «reino bajo tierra», según el apelativo egipcio. Es el dominio subterráneo de los dioses, la matriz donde nacen las potencialidades.

Subiendo de nuevo desde aquel centro de la tierra, es posible tomar el corredor ascendente (n.º 6) para llegar a una nueva encrucijada en la que se nos ofrecen tres posibilidades (n.º 7).

La primera es un «pozo de descenso» (n.º 8), sinuoso camino que nos devolvería al lugar del que venimos. La segunda es un camino que lleva hacia arriba, que irá ampliándose hasta convertirse en la «gran galería». La tercera es un camino horizontal que nos permite explorar el rellano alcanzado y penetrar en la cámara media de la pirámide (n.º 9), bautizada sin justificación alguna como «cámara de la reina» y situada en el eje del monumento. De 6,70 m de altura, 5,70 m de largo y 5,20 m de ancho, presenta unos bloques admirablemente ajustados y, en la pared este, hay una hornacina que sin duda evoca el nacimiento de la luz en el corazón de la piedra.

Regresando al punto de confluencia de las tres vías, proseguimos nuestro ascenso tomando la gran galería (n.º 10). Es un prodigio arquitectónico de 47 m de largo y 8,50 m de alto, que produce un poderoso sentimiento de elevación y vastedad, después de atravesar los estrechos corredores que hemos seguido. A lo largo de las paredes veremos unas banquetas en las que se abren cavidades.

En lo alto de la gran galería, debemos atravesar un ancho rellano antes de entrar en el último santuario, compuesto por tres partes: un vestíbulo, una antecámara cerrada por gradas de granito y la cámara de resurrección (n.º 11), llamada «cámara del rey».

Con 5,85 m de alto, 10,45 m de largo y 5,22 m de ancho, está construida con bloques de granito y sus proporciones se establecieron de acuerdo con el triángulo «pitagórico» (¡egipcio, en realidad!) o triángulo sagrado 3/4/5. Nueve losas de granito de 400 toneladas de peso forman el techo, y cabe pensar en una evocación de la Enéada de Heliópolis, cofradía de las divinidades creadoras.

En aquel lugar donde reina la divina proporción tenemos de pronto la impresión de respirar mejor. Y es cierto que gozamos de la presencia de dos canales de ventilación (n.º 13) abiertos en los costados norte y sur de la

pirámide. Son en realidad canales de orden espiritual: el primero permite al alma real emprender el vuelo hacia las estrellas circumpolares donde comulgará con las potencias divinas; el segundo permite alcanzar Orión, la matriz de las estrellas.

Al oeste de la cámara de resurrección, un sarcófago de granito (1,03 m de alto, 2,24 m de largo, 0,96 m de ancho) sin ornamentos ni inscripciones y cuya tapa ha desaparecido. El nombre egipcio del sarcófago es «el señor de la vida», pues no se trataba de un lugar de muerte sino de un crisol alquímico donde el cuerpo osiríaco del faraón se transformaba en cuerpo de luz.

Por encima de la «cámara del rey», cinco pequeñas estancias superpuestas (n.º 12), muy bajas, la más alta de las cuales tiene un tejado a dos aguas. Este extraño dispositivo tuvo al parecer el papel arquitectónico de aliviar la presión de las piedras sobre la cámara de resurrección, además de un efecto antisísmico. En las dos pequeñas estancias más elevadas se trazó en rojo el nombre de Keops.

Desde lo alto de la Gran Pirámide, plataforma cuadrada que en su origen tenía unos 3 m de lado y en la que debía de estar colocado un piramidión, se admira un paisaje prodigioso, el de esa planicie alisada por las manos del hombre, un lugar mágico donde la eternidad está inscrita en la piedra.

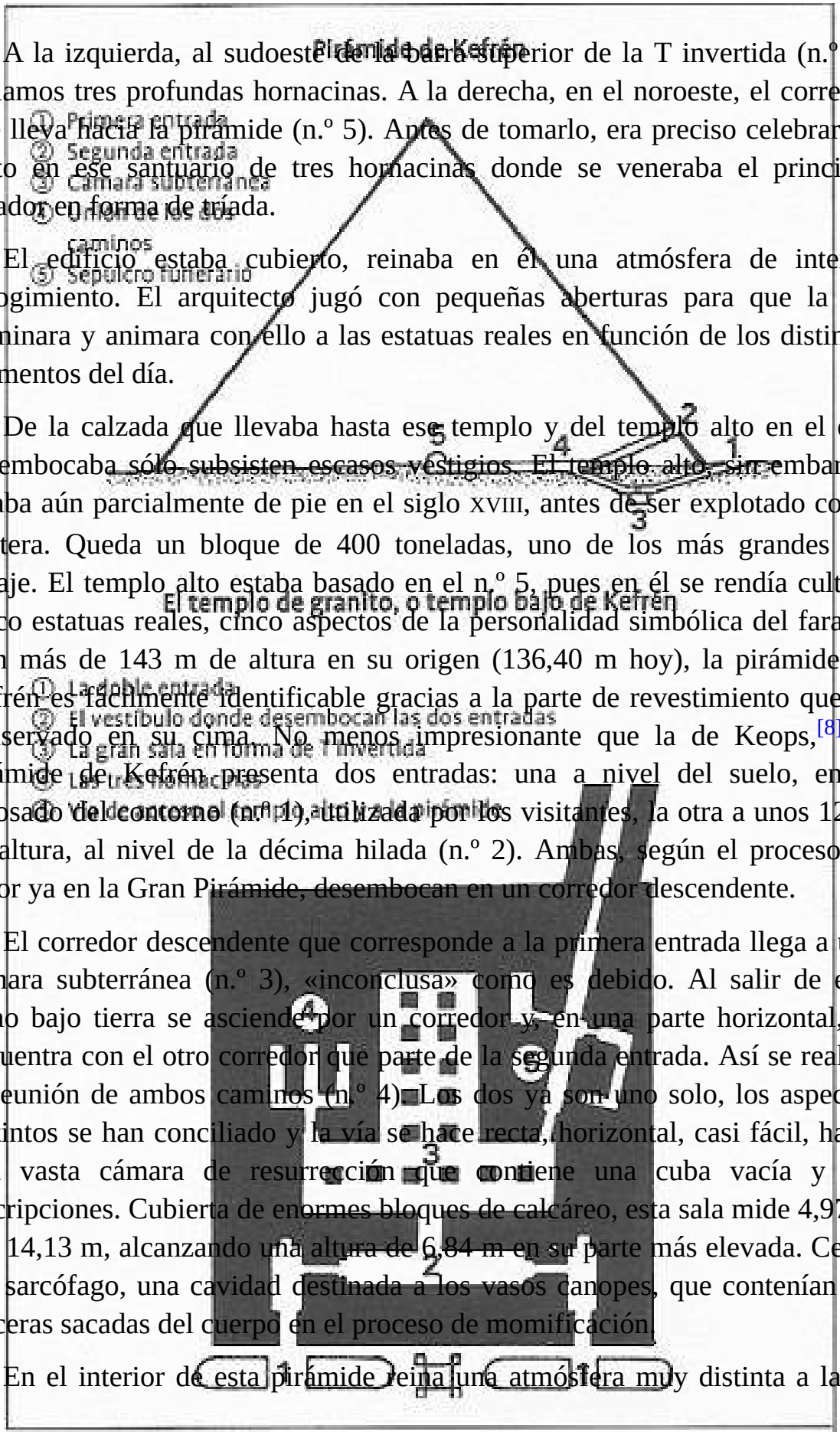
Pirámide y templos de Kefrén

Por fortuna, el templo bajo o «templo del valle» del conjunto arquitectónico de Kefrén se ha conservado. Este edificio de colosales bloques desprende una formidable impresión de potencia.

Se trata de un cuadrado de 45 m de lado cuyos muros debían de alcanzar en su origen una altura de unos 15 m. Los materiales utilizados son granito y alabastro egipcio.

En la fachada, al este, se abren dos entradas (n.º 1) custodiadas antaño por cuatro esfinges. Ambas dan acceso a un vestíbulo (n.º 2). Viene luego una gran sala dispuesta en T invertida (n.º 3) con dieciséis pilares monolíticos. Contra las paredes se adosaban veintitrés estatuas de Kefrén. De este conjunto sobrevivió la admirable estatua del faraón sentado, que se conserva en el

Museo de El Cairo.



A la izquierda, al sudoeste de la barra superior de la T invertida (n.º 4), hallamos tres profundas hornacinas. A la derecha, en el noroeste, el corredor que lleva hacia la pirámide (n.º 5). Antes de tomarlo, era preciso celebrar un culto en ese santuario de tres hornacinas donde se veneraba el principio creador en forma de tríada.

El edificio estaba cubierto, reinaba en él una atmósfera de intenso recogimiento. El arquitecto jugó con pequeñas aberturas para que la luz iluminara y animara con ello a las estatuas reales en función de los distintos momentos del día.

De la calzada que llevaba hasta ese templo y del templo alto en el que desembocaba sólo subsisten escasos vestigios. El templo alto, sin embargo, estaba aún parcialmente de pie en el siglo XVIII, antes de ser explotado como cantera. Queda un bloque de 400 toneladas, uno de los más grandes del paraje. El templo alto estaba basado en el n.º 5, pues en él se rendía culto a cinco estatuas reales, cinco aspectos de la personalidad simbólica del faraón. Con más de 143 m de altura en su origen (136,40 m hoy), la pirámide de Kefrén es fácilmente identificable gracias a la parte de revestimiento que ha conservado en su cima. No menos impresionante que la de Keops,[8] la pirámide de Kefrén presenta dos entradas: una a nivel del suelo, en el enlosado del contorno (n.º 1), utilizada por los visitantes, la otra a unos 12 m de altura, al nivel de la décima hilada (n.º 2). Ambas, según el proceso en vigor ya en la Gran Pirámide, desembocan en un corredor descendente.

El corredor descendente que corresponde a la primera entrada llega a una cámara subterránea (n.º 3), «inconclusa» como es debido. Al salir de este reino bajo tierra se asciende por un corredor y, en una parte horizontal, se encuentra con el otro corredor que parte de la segunda entrada. Así se realiza la reunión de ambos caminos (n.º 4). Los dos ya son uno solo, los aspectos distintos se han conciliado y la vía se hace recta, horizontal, casi fácil, hasta una vasta cámara de resurrección que contiene una cuba vacía y sin inscripciones. Cubierta de enormes bloques de calcáreo, esta sala mide 4,97 m por 14,13 m, alcanzando una altura de 6,84 m en su parte más elevada. Cerca del sarcófago, una cavidad destinada a los vasos canopes, que contenían las vísceras sacadas del cuerpo en el proceso de momificación.

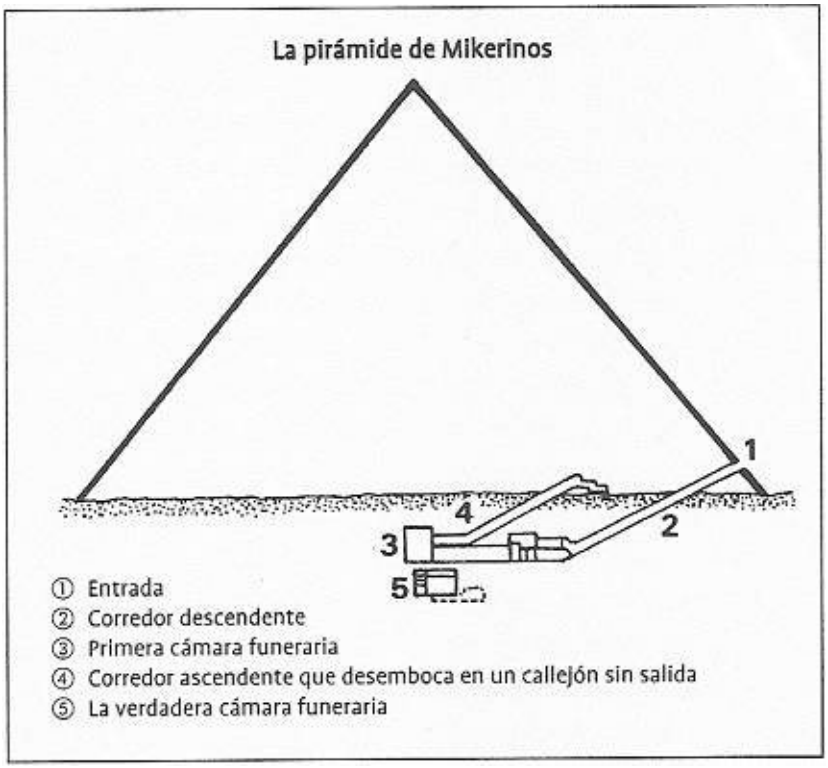
En el interior de esta pirámide reina una atmósfera muy distinta a la de

Keops. No se hace hincapié en la verticalidad sino en la horizontalidad, y el recorrido interior parece más fácil, a condición de que se reúnan dos caminos que parecían separados, como Faraón cuando iba tocado con la doble corona que reunía el Alto y el Bajo Egipto.

Se realiza así el deseo formulado en el nombre egipcio de Kefrén: «Que la luz divina aparezca». Y no olvidemos que su pirámide se llamaba «la Grande», a causa de su importancia simbólica.

La pirámide de Mikerinos

Se llama «la Divina», como si fuese el punto de llegada de un programa simbólico cuya última etapa fue realizada por el faraón Mikerinos, en egipcio «Men-kau-Ra», que significa «el poder de la luz divina es estable».



Con sus 65 m de altura, la pirámide de Mikerinos es mucho menos elevada que sus dos hermanas de la planicie de Gizeh, pero es la que tiene los mayores bloques, y puede comprobarse aún que su templo alto tenía también gigantescas piedras.

Un texto nos dice que el faraón solía ir a inspeccionar las obras para verificarlas, insistiendo ante el maestro de obras en que se respetaran los

plazos previstos. El arquitecto encabezaba un equipo que comprendía cincuenta hombres y dos artesanos de élite.

Afirma la leyenda que una reina, Nitokris, que vivió efectivamente a finales del Imperio Antiguo, concluyó el edificio. Al parecer se hizo enterrar en la pirámide, en el interior de un sarcófago de basalto azul. La hermosa de rosadas mejillas, Rhodopis, se bañaba en el Nilo cuando un halcón descendió desde lo alto del cielo para arrebatarle una de las sandalias, dejándola caer sobre las rodillas del rey. Encantado al imaginar el hermoso pie que debía de albergar semejante sandalia, mandó buscar a su propietaria. Se casó con ella y se convirtió así en reina de Egipto. El lector habrá reconocido fácilmente el original egipcio del cuento de la *Cenicienta*.

Eternamente joven y siempre hermosa, aparece a veces muy cerca de la pirámide, a mediodía y cuando se pone el sol. Pero no debemos dejarnos seducir y enamorarnos de ella, pues arrastra a sus enamorados hasta el otro mundo.

La poderosa pirámide de Mikerinos ha conservado parte de su revestimiento calcáreo que en el siglo XIV seguía intacto. El tercio inferior del monumento estaba revestido de bloques de granito cuyos importantes restos pueden verse en las caras norte y este.

Al sur se erigieron tres pirámides cuya función sigue siendo enigmática y que merecerían un estudio a fondo. Junto a una de ellas se descubrió recientemente una estatua que representa a Ramsés II y a su *ka*.

El interior de la pirámide de Mikerinos ofrece numerosas sorpresas. La entrada, como es norma en aquella época, se encuentra en la cara norte, cerca de 4 m por encima del suelo (n.º 1).

Nos introducimos por un corredor que desciende hacia las entrañas de la tierra (n.º 2). El corredor se vuelve horizontal y se encuentran unas gradas de granito que, una vez superadas, desembocan en una gran cámara funeraria (de unos 4 m de altura, 10,57 m por 3,85) (n.º 3). Todo permite pensar que estamos en la cámara de resurrección; sin embargo, allí se inicia un corredor que asciende (n.º 4)… hacia un callejón sin salida.

Al oeste de la estancia se había excavado una hornacina que contenía un sarcófago, ciertamente no el de Mikerinos, aunque posterior a su reinado. Se trata, por tanto, de una especie de engaño.

En esta pirámide no hay que subir sino seguir bajando para llegar a la verdadera cámara funeraria (n.º 5) a la cual se accede por un pasaje oblicuo que se abre en medio del «falso sepulcro». Esta vez se trata, en efecto, del centro vital del monumento, una espléndida cámara enteramente revestida de granito. Allí había un sarcófago de basalto decorado como «fachada de palacio», al igual que el recinto de la pirámide de Zoser en Saqqara: lamentablemente, esta obra maestra desapareció en el naufragio de la embarcación que la trasladaba a Europa.

El santuario se completa con una última estancia a la que se accede por una escalera de siete peldaños, en el paso entre las dos cámaras funerarias. En las paredes norte y este se han excavado seis hornacinas. ¿Se colocaban allí objetos rituales?

Tres pirámides, tres recorridos

El recorrido interior de la pirámide de Mikerinos es subterráneo, el de Kefrén esencialmente horizontal y el de Keops esencialmente vertical, con etapas bien marcadas.

Conocemos así lo que está bajo tierra, en tierra y más allá de la tierra. Y puede pensarse en los tres mundos evocados por los textos egipcios, que corresponden a tres formas de resurrección: el reino subterráneo, la *duat* equivalente a la matriz estelar y el universo solar.

Gizeh ofrece un conjunto coherente donde cada uno de los tres edificios desempeña un papel particular que no ha sido todavía descifrado por completo. Ni el propio paraje ha librado todos sus secretos. Recientemente se descubrieron elementos de una «ciudad de pirámides» ocupada por los constructores, así como sus tumbas.

No olvidemos las tres pequeñas pirámides de reinas[9] situadas muy cerca de la Gran Pirámide, cuyo interior es muy notable, y las numerosas mastabas. Las de Kar, Idu y de la reina Meresankh son verdaderas obras maestras.

Ante las tres pirámides de Gizeh, expresión de una unidad creadora, ¿quién no percibiría el fulgor de la espiritualidad egipcia y su capacidad para traducir en la piedra su pensamiento?

7. Abusir o las pirámides del Hijo del Sol

Al norte de Saqqara, a 2,5 km aproximadamente de la pirámide escalonada de Zoser, descubrimos un paraje dotado de arrobador encanto pese a las degradaciones sufridas: frecuentado antaño por especialistas, Abusir ha sido dispuesto recientemente para acoger más visitantes y ésta es la razón por la que figura en esta breve guía. En Abusir se habían edificado catorce pirámides. Las cuatro principales estaban destinadas a faraones de la V dinastía que tomaron el título de *sa Ra*, «Hijos de Ra», es decir, «Hijos del Sol».

Los tres primeros reyes de esta dinastía debieron su nacimiento a la intervención del propio Ra, que pidió a varias divinidades que apresuraran la liberación de la dama Red-jedet cuyo parto se anunciaba difícil. Gracias a esta protección de la luz divina, dio a luz a tres reyes para que ejercieran «la fulgurante y benéfica función de Faraón en el país entero».

El primer monarca de la dinastía, Userkaf, tenía una carne del color del oro, cabellos de lapislázuli, fuertes huesos y medía un codo (0,52 m) al nacer.

El conjunto piramidal mejor conservado es el de Sahure cuya pirámide se denomina «el *ba* de Sahure aparece glorioso». Este *ba* es el alma-pájaro del rey, símbolo de su capacidad para emprender el vuelo hacia el cielo y manifestarse, alimentado de luz, como vencedor de la muerte.

Partamos del templo de acogida, en el linde de los cultivos, subamos por la calzada de la que todavía quedan algunas piedras y penetremos en el templo alto, al que se accede por un corredor bordeado de muros que tenían en su origen tres metros de altura. Desemboca en un patio enlosado de basalto negro donde se levantaban unas columnas de granito.

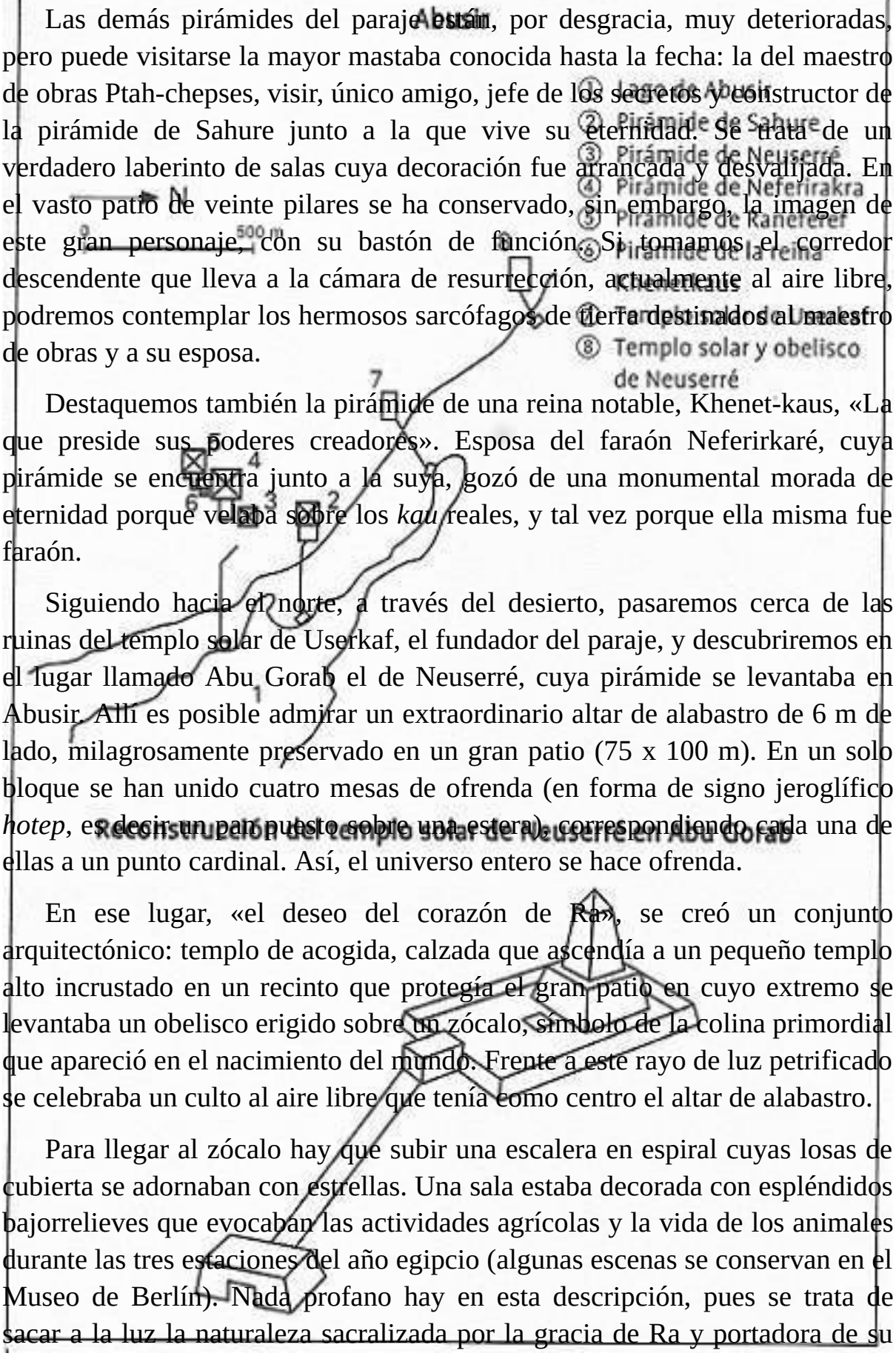
Es uno de los lugares donde mejor se percibe la sinfonía de los colores de piedra, alabastro y caliza blancos, granito rojo y negro, basalto negro. Un alquimista no podría evitar pensar en los colores de la obra animados por el

fuego solar.

Este templo comprendía capillas y hornacinas para las estatuas, y todavía es posible distinguir el arranque de una escalera y un dispositivo de evacuación de aguas. Hay que imaginarse gran número de bajorrelieves admirables, una pequeña parte de los cuales ha sobrevivido, como la procesión que se conserva en el Museo de El Cairo, donde se ve a los Nilos con el cuerpo recorrido por olas fertilizantes. Existían, según se estima, unos 10.000 m^2 de motivos esculpidos a los que los últimos destrozos provocados en el siglo XIX asestaron fatales golpes.

Con estas representaciones y con los textos, el faraón Sahure aseguraba la victoria de la luz sobre las tinieblas, derribaba a sus enemigos, las fuerzas del desorden, era amamantado por una diosa que le ofrecía la energía celestial y navegaba hasta el maravilloso país de Punt, la tierra divina perfumada por el incienso. Hoy por hoy, es imposible penetrar en esta pirámide cuyo recorrido interior es simple: entrada por el norte, breve descenso, puerta de granito, corredor ascendente que lleva hasta la cámara de resurrección dominada por tres grosores de colosales losas dispuestas en espiga. Varios bloques parecen a punto de derrumbarse y uno sueña con una futura restauración.

Las demás pirámides del paraje están, por desgracia, muy deterioradas, pero puede visitarse la mayor mastaba conocida hasta la fecha: la del maestro de obras Ptah-chepses, visir, único amigo, jefe de los secretos y constructor de la pirámide de Sahure junto a la que vive su eternidad. Se trata de un verdadero laberinto de salas cuya decoración fue arrancada y desvalijada. En el vasto patio de veinte pilares se ha conservado, sin embargo, la imagen de este gran personaje, con su bastón de función. Si tomamos el corredor descendente que lleva a la cámara de resurrección, actualmente al aire libre, podremos contemplar los hermosos sarcófagos de tierra destinados al maestro de obras y a su esposa.



Destaquemos también la pirámide de una reina notable, Khenet-kaus, «La que preside sus poderes creadores». Esposa del faraón Neferirkaré, cuya pirámide se encuentra junto a la suya, gozó de una monumental morada de eternidad porque velaba sobre los *kau* reales, y tal vez porque ella misma fue faraón.

Siguiendo hacia el norte, a través del desierto, pasaremos cerca de las ruinas del templo solar de Userkaf, el fundador del paraje, y descubriremos en el lugar llamado Abu Gorab el de Neuserré, cuya pirámide se levantaba en Abusir. Allí es posible admirar un extraordinario altar de alabastro de 6 m de lado, milagrosamente preservado en un gran patio (75 x 100 m). En un solo bloque se han unido cuatro mesas de ofrenda (en forma de signo jeroglífico *hotep*, es decir un pan puesto sobre una estera), correspondiendo cada una de ellas a un punto cardinal. Así, el universo entero se hace ofrenda.

En ese lugar, «el deseo del corazón de Ra», se creó un conjunto arquitectónico: templo de acogida, calzada que ascendía a un pequeño templo alto incrustado en un recinto que protegía el gran patio en cuyo extremo se levantaba un obelisco erigido sobre un zócalo, símbolo de la colina primordial que apareció en el nacimiento del mundo. Frente a este rayo de luz petrificado se celebraba un culto al aire libre que tenía como centro el altar de alabastro.

Para llegar al zócalo hay que subir una escalera en espiral cuyas losas de cubierta se adornaban con estrellas. Una sala estaba decorada con espléndidos bajorrelieves que evocaban las actividades agrícolas y la vida de los animales durante las tres estaciones del año egipcio (algunas escenas se conservan en el Museo de Berlín). Nada profano hay en esta descripción, pues se trata de sacar a la luz la naturaleza sacralizada por la gracia de Ra y portadora de su

enseñanza. La armonía terrestre, en resonancia con las leyes celestiales, se volvía real.

8. Saqqara, la pirámide escalonada

Saqqara se encuentra al sur de El Cairo, en la orilla oeste del Nilo. La aldea dio su nombre a una vasta necrópolis, de casi 8 km de largo.

Aquí, en el linde de la altiplanicie líbica, nos encontramos en el reino del desierto, de una tierra sagrada que domina el Valle del Nilo. Todavía es posible encontrar silencio y soledad en Saqqara, menos agredida por el mundo moderno que la llanura de Gizeh. Por algo está este lugar colocado bajo la protección de Sokaris, el dios de los espacios misteriosos donde se lleva a cabo la resurrección.

Aquí se excavaron las tumbas de los faraones de la I dinastía, con superestructura de ladrillo crudo y una austera decoración exterior en «fachada de palacio». Egipto nace, Egipto se afirma.

Si bien Saqqara se identifica habitualmente con el Imperio Antiguo, las tumbas del Imperio Medio, del Imperio Nuevo, así como de las épocas persa y ptolemaica indican que el paraje nunca quedó abandonado. Está lejos de haber sido excavado por completo, como demuestran los recientes descubrimientos de catacumbas de ibis, el pájaro sagrado del dios Thot, o de varias tumbas en los acantilados del Bubasteion. Y sigue buscándose la morada de eternidad de Imhotep, el creador de la arquitectura en piedra y de la pirámide escalonada. De la III a la XIII dinastías, los faraones edificaron pirámides en Saqqara, la mayoría de las cuales, por desgracia, están muy destruidas.

Saqqara es también un conjunto de mastabas, a saber, moradas de eternidad decoradas con sublimes escenas, las pirámides de textos, el Serapeum… Pero conviene comenzar por el centro espiritual de ese inmenso paraje, la pirámide escalonada del faraón Zoser.

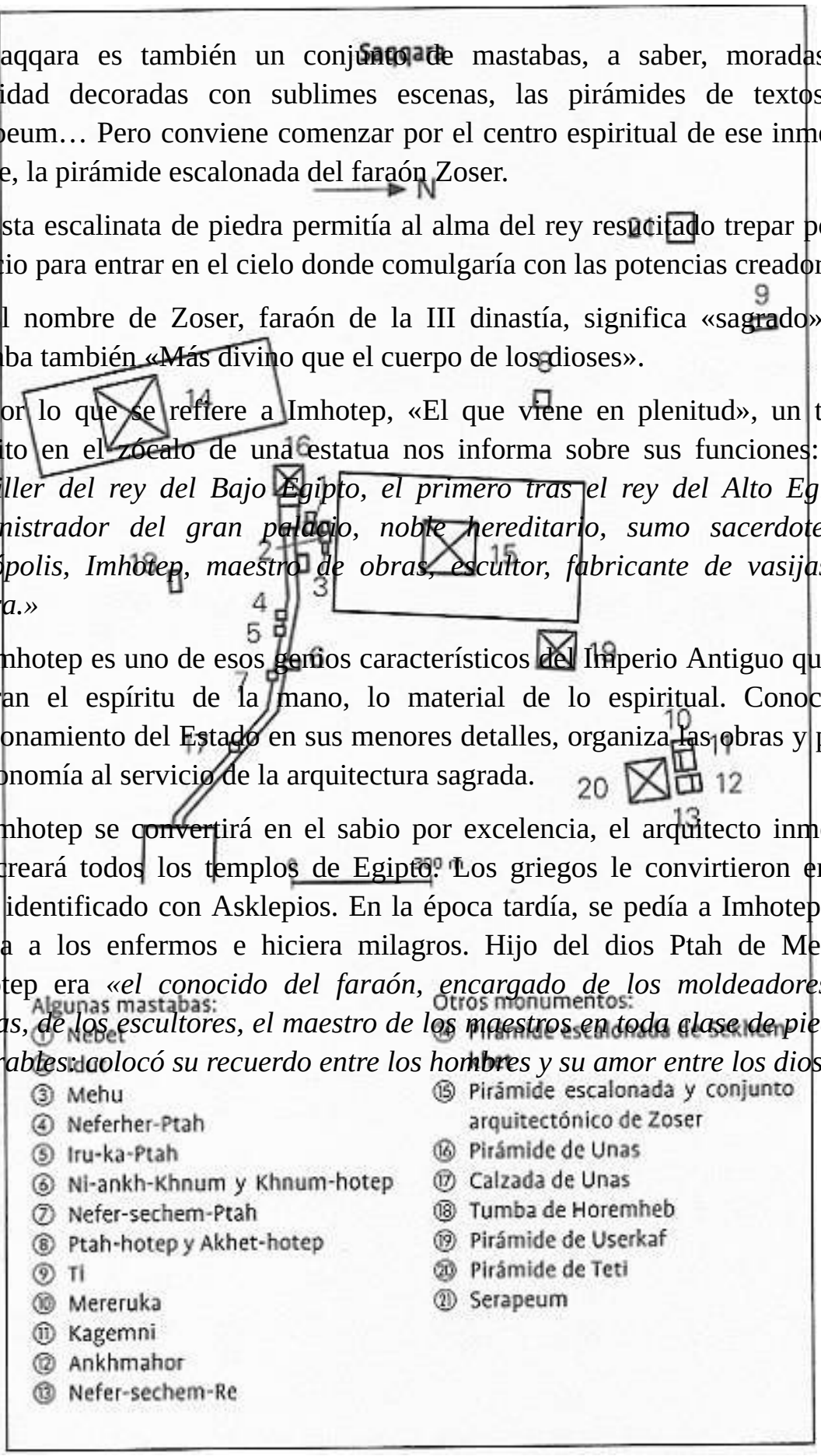
Esta escalinata de piedra permitía al alma del rey resucitado trepar por el espacio para entrar en el cielo donde comulgaría con las potencias creadoras.

El nombre de Zoser, faraón de la III dinastía, significa «sagrado». Se llamaba también «Más divino que el cuerpo de los dioses».

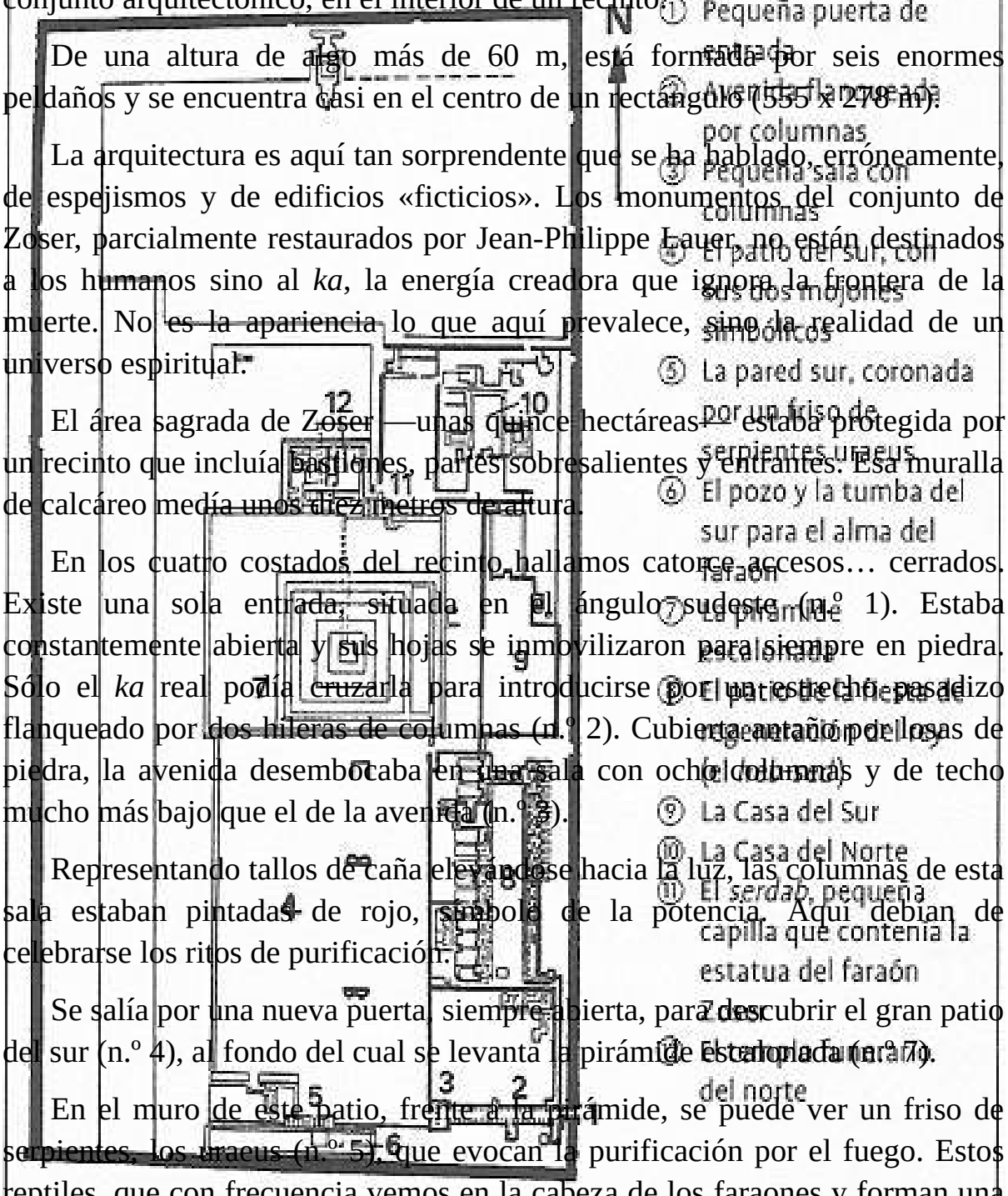
Por lo que se refiere a Imhotep, «El que viene en plenitud», un texto inscrito en el zócalo de una estatua nos informa sobre sus funciones: *«El canciller del rey del Bajo Egipto, el primero tras el rey del Alto Egipto, administrador del gran palacio, noble hereditario, sumo sacerdote de Heliópolis, Imhotep, maestro de obras, escultor, fabricante de vasijas de piedra.»*

Imhotep es uno de esos genios característicos del Imperio Antiguo que no separan el espíritu de la mano, lo material de lo espiritual. Conoce el funcionamiento del Estado en sus menores detalles, organiza las obras y pone la economía al servicio de la arquitectura sagrada.

Imhotep se convertirá en el sabio por excelencia, el arquitecto inmortal que creará todos los templos de Egipto. Los griegos le convirtieron en un dios, identificado con Asklepios. En la época tardía, se pedía a Imhotep que curara a los enfermos e hiciera milagros. Hijo del dios Ptah de Menfis, Imhotep era *«el conocido del faraón, encargado de los moldeadores de vasijas, de los escultores, el maestro de los maestros en toda clase de piedras venerables: colocó su recuerdo entre los hombres y su amor entre los dioses»*.



Durante el Imperio Nuevo, faraones peregrinos acudían a meditar a esos lugares. Se decía que el cielo se hallaba en esta pirámide, corazón de un vasto conjunto arquitectónico, en el interior de un recinto.



De una altura de algo más de 60 m, está formada por seis enormes peldaños y se encuentra casi en el centro de un rectángulo (555 x 278 m).

La arquitectura es aquí tan sorprendente que se ha hablado, erróneamente, de espejismos y de edificios «ficticios». Los monumentos del conjunto de Zoser, parcialmente restaurados por Jean-Philippe Lauer, no están destinados a los humanos sino al *ka*, la energía creadora que ignora la frontera de la muerte. No es la apariencia lo que aquí prevalece, sino la realidad de un universo espiritual.

El área sagrada de Zoser —unas quince hectáreas— estaba protegida por un recinto que incluía bastiones, partes sobresalientes y entrantes. Esa muralla de calcáreo medía unos diez metros de altura.

En los cuatro costados del recinto hallamos catorce accesos… cerrados. Existe una sola entrada, situada en el ángulo sudeste (n.º 1). Estaba constantemente abierta y sus hojas se inmovilizaron para siempre en piedra. Sólo el *ka* real podía cruzarla para introducirse por un estrecho pasadizo flanqueado por dos hileras de columnas (n.º 2). Cubierta antaño por losas de piedra, la avenida desembocaba en una sala con ocho columnas y de techo mucho más bajo que el de la avenida (n.º 3).

Representando tallos de caña elevándose hacia la luz, las columnas de esta sala estaban pintadas de rojo, símbolo de la potencia. Aquí debían de celebrarse los ritos de purificación.

Se salía por una nueva puerta, siempre abierta, para descubrir el gran patio del sur (n.º 4), al fondo del cual se levanta la pirámide escalonada (n.º 7).

En el muro de este patio, frente a la pirámide, se puede ver un friso de serpientes, los uraeus (n.º 5), que evocan la purificación por el fuego. Estos reptiles, que con frecuencia vemos en la cabeza de los faraones y forman una especie de tercer ojo, destruyen a los enemigos del rey y disipan las tinieblas.

En el eje central del gran patio podemos encontrar aún dos mojones, encarnación de los extremos norte y sur de Egipto. El faraón ejecutaba una carrera ritual del uno al otro y viceversa, representando así su toma de

posesión de las Dos Tierras cuya prosperidad debía asegurar.

Antes del muro de las cobras, en el grosor de la muralla se abre un impresionante pozo que lleva a una tumba (n.º 6). Al fondo, un sepulcro y algunos aposentos donde el faraón Zoser aparece representado en actitudes rituales que buscan su regeneración. Sin duda, la tumba del sur permaneció aparentemente vacía, puesto que su función consistía en preservar el «cuerpo» invisible del rey, mientras que la tumba del norte albergaba su momia. Esta doble tumba era también la del faraón desdoblado como rey del Bajo Egipto al norte y rey del Alto Egipto al sur.

Bajo la pirámide escalonada descansan Zoser y su familia. Un complejo dispositivo se centra en torno a un gran pozo de más de 28 m de profundidad en cuyo fondo se dispuso un sepulcro, parecido al cubo de una rueda que tiene como radios las capillas. En esta sepultura de granito sólo se encontró un fragmento del pie de la momia.

Paneles de loza azul iluminaban este reino subterráneo. En ellos se veía a Zoser durante la carrera ritual de la fiesta de regeneración y demostrando así su eterno vigor y su capacidad para gobernar.

Dos galerías contenían más de cuarenta mil recipientes, vasijas, copas, boles, platos de diorita, de esquisto y de alabastro. La vajilla estaba destinada al banquete del *ka* y a las fiestas del más allá, en las que participaban las almas de los justos. Entre estos objetos, algunos llevan los nombres de los faraones de las dos primeras dinastías. En una jarra de porcelana descubrimos el nombre de Narmer, tal vez identificable con Menes, el unificador de Egipto.

A la derecha de la pirámide, cuando se está frente a día, se desarrolla un conjunto simbólico (n.º 8) prolongando por la Casa del Sur (n.º 9) y la Casa del Norte (n.º 10). Esta zona este comprende tres patios y una columnata colocada ante el primero de ellos, el patio llamado del *heb-sed*, la fiesta de regeneración.

Para alcanzarlo era preciso superar una especie de laberinto. Hoy se pasa por delante de tres columnas acanaladas, vestigio de un santuario de forma rectangular, luego, dirigiéndonos hacia el sur, nos vemos obligados a girar en ángulo recto. En este punto del paso, el muro describe un cuarto de círculo, perfectamente ejecutado.

Llegamos al sur de un largo parió flanqueado por pequeñas capillas. Allí se reunían las divinidades del Norte y del Sur durante la gran fiesta de regeneración del *ka* real. Al sur del patio hay un estrado provisto de dos pequeñas escaleras: en él se situaba Faraón, desdoblado en rey del Bajo Egipto, que llevaba la corona roja, y rey del Alto Egipto, que llevaba la corona blanca. A estos dos aspectos correspondían las dos «Casas» del Sur y del Norte (n.º 9 y n.º 10), situadas al norte del patio de la pirámide y en el flanco este de esta misma pirámide. Cuatro columnas en la fachada de la Casa del Sur, tres en la de la Casa del Norte.

En la cara norte de la pirámide y ante el templo funerario (n.º 12), encontramos una pequeña capilla provista de dos agujeros cilíndricos (n.º 11). En su interior descansa la estatua del *ka* de Zoser, que observa su dominio y contempla las ofrendas inmateriales que se le destinan.

Zoser muestra un rostro severo, autoritario. El faraón lleva el vestido ritual de la fiesta de regeneración, su brazo derecho descansa sobre el pecho, con el puño cerrado, mientras la mano izquierda está posada, plana, en su muslo. Una falsa barba le adorna el mentón.

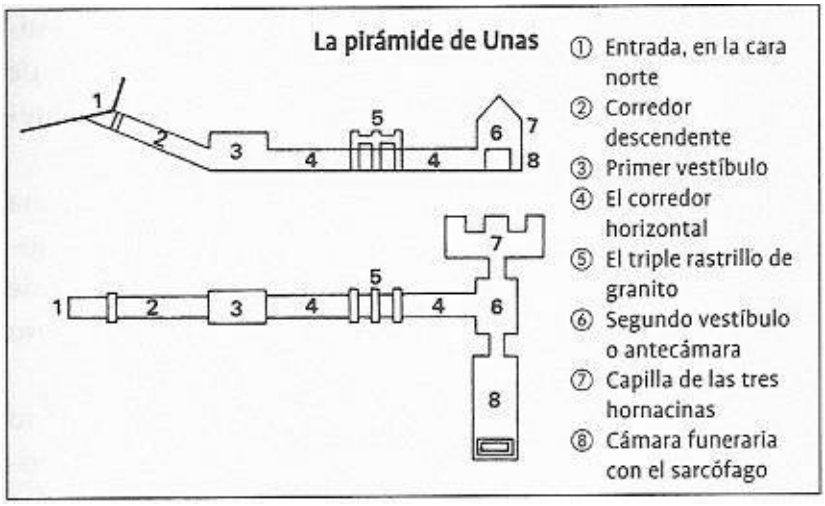
Esta estatua es sólo una copia en yeso del original expuesto en el Museo de El Cairo, pero se ha mantenido el dispositivo simbólico. El *ka* de Zoser vela todavía por Saqqara.[10]

9. Las pirámides parlantes de Saqqara

Las pirámides escalonadas de Zoser y de Sejemjet, al igual que las tres pirámides de la planicie de Gizeh, se consideraran mudas, en la medida que su lenguaje es exclusivamente arquitectónico. No hay tampoco inscripciones en los muros interiores del sorprendente monumento de Saqqara-sur, la mastaba faraun, que es obra del faraón Sepsekaf, sucesor de Mikerinos. Este gigantesco sarcófago de dos cámaras, que recuerda los de Kefrén y Mikerinos, no contiene jeroglífico alguno, como tampoco las pirámides de Abusir.

Según Auguste Mariette, de este hecho se imponía una conclusión: ninguna pirámide estaba destinada a recibir textos. Pero, en 1880, un indicio proporcionado por un bloque de la pirámide de Pepi I alerta al joven Gastón Maspero, que convence a Mariette a finales de diciembre para que haga excavar las ruinas de otra pirámide, la de Merenra. Y se produjo entonces un fabuloso descubrimiento: las paredes cubiertas por columnas de jeroglíficos. A la muerte de Mariette, que tuvo lugar en enero de 1881, Maspero prosiguió su exploración de pirámides más o menos arruinadas pero que contenían textos: Unas, Pepi II y Teti.

Todas ellas datan de la VI dinastía, a excepción de la de Unas[11] (hacia 2375-2345), último faraón de la V dinastía. Por primera vez, una pirámide habla y se convierte en un libro de piedra. Sin embargo, es cierto que esos textos son mucho más antiguos y se remontan a los orígenes de la civilización faraónica.



Para apreciar la magnitud del conjunto arquitectónico de Unas, hay que partir de los vestigios de su templo bajo[12] y subir lentamente por la magnífica calzada, de más de 700 m de largo, cuyo enlosado se conserva en parte restaurado. Queda incluso una pequeña parte cubierta y algunos bajorrelieves. Puede verse una escena de caza en el desierto, un mercado donde se vende pescado, una procesión de dignatarios, orfebres trabajando, personajes descamados víctimas de una hambruna y el transporte por barco, procedentes de Elefantina, de columnas de granito de unas treinta toneladas, destinadas al templo bajo de la pirámide de Unas, columnas que son aún visibles en el paraje. Para recorrer la distancia de 900 km entre Asuán y Saqqara, bastaban siete días.

La calzada desemboca en un templo alto, ya muy arruinado. La superestructura de la pirámide, de unos 40 m de altura, ha sufrido mucho también. Ahora bien, en el interior el tesoro está intacto.

La entrada se encuentra en la cara norte. Por encima del corredor de acceso veremos un elemento tan impresionante como tranquilizador: un bloque que forma parte de la hilada de base del revestimiento del edificio. Su peso debe de superar las treinta toneladas.

El final del corredor descendente conduce a un rellano horizontal, sigue un vestíbulo de 2 m por 2 m, donde podemos incorporarnos. Para continuar el recorrido hay que inclinar de nuevo la cabeza. En el camino nos aguarda un triple rastrillo de granito. Más allá, una antecámara en la que se abren dos caminos: el primero, a nuestra izquierda, lleva a una capilla con tres hornacinas; el segundo, a la derecha, a la sala del sarcófago.

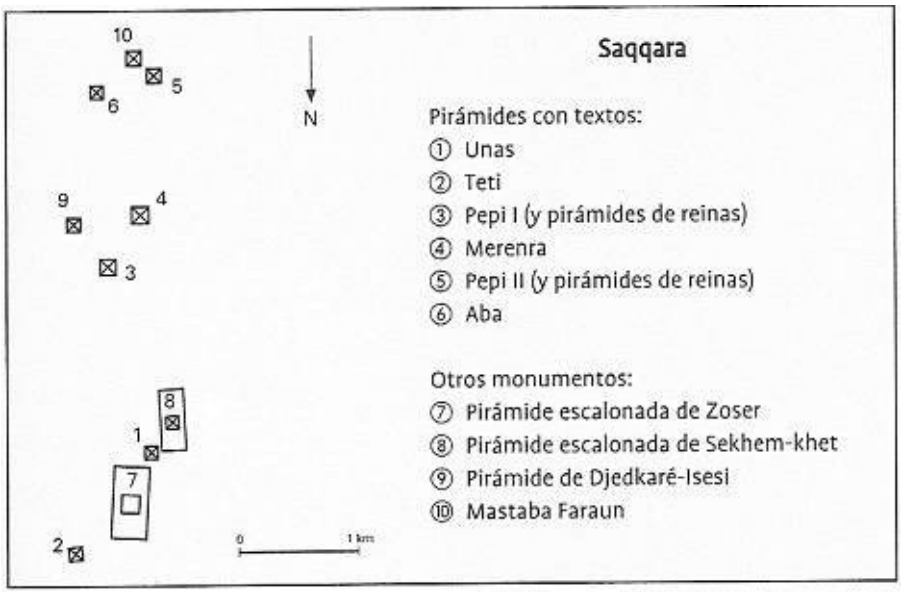
Desde el final del corredor horizontal, una vez se han dejado atrás los

rastrillos de granito, los muros se cubren de jeroglíficos. Y en la cámara de resurrección, después de dejar atrás un tercer compartimento bajo y estrecho, contemplamos otras columnas con enigmáticos signos pintados en verde que forman un admirable paisaje de piedra gracias a las partes de alabastro donde están dibujadas las puertas del palacio real, el sarcófago de basalto negro y la bóveda constelada de estrellas de cinco puntas.

Estamos en el centro del libro de vida. De las estrellas, lugares donde moran las almas reales, brota la luz de la resurrección.

El tema central de estos textos formados por jeroglíficos, considerados como seres vivos que alimentan el *ka*, es el viaje del faraón hacia los paraísos del cosmos, el periplo incesante y las metamorfosis del espíritu en los parajes del más allá, la transmutación en ser de luz gracias a las fórmulas de conocimiento. Los seres maléficos, como los escorpiones o alguna serpiente, son dominados. La diosa Cielo, Nut, consigue que renazca el rey, «justo de voz»: «*Te devuelve tu cabeza, reúne tus huesos, agrupa tus miembros, aporta a tu cuerpo tu corazón.*»

Para acceder a los espacios celestiales, el rey emplea los medios más diversos: se convierte en humo de incienso, en pájaro, en saltamontes. Trepa por los peldaños de una escalera, sube a una escala gigantesca que une el Cielo a la Tierra. Faraón come la energía mágica de los dioses, vive a la vez el mito solar y el mito osiríaco antes de ser admitido en el círculo de las imperecederas estrellas.



Gracias a las excavaciones[13] y a los trabajos de restauración llevados a

cabo, especialmente, por Jean Leclant, Audran Labrousse y Catherine Berger, hoy resulta posible explorar el fascinante universo de las pirámides con textos.

Arriba se puede apreciar su emplazamiento en Saqqara.

10. El mundo encantado de las mastabas de Saqqara[14]

La palabra árabe *mastaba*, «banqueta», es utilizada por los egiptólogos para designar las tumbas de los dignatarios del Imperio Antiguo cuya superestructura, en forma de paralelepípedo alargado, recuerda una gran banqueta. No hay una mastaba idéntica a otra, tanto en su arquitectura como en su decoración. Cada una es una obra original que posee su propio genio. Algunas son de pequeño tamaño, otras tienen considerables dimensiones: 40 m de largo y 32 cámaras para la de Mereruka.

Toda mastaba comprende dos elementos. El primero es la cámara de resurrección subterránea donde la momia descansaba. Una vez realizados los ritos, se cegaba el pozo de acceso al sepulcro. El segundo elemento son la o las capillas, que pueden multiplicarse y son accesibles a los vivos. Así se adentran en un mundo encantado y mágico del que la muerte está excluida. En el interior de estas moradas de eternidad viven los «justos de voz», de juventud inmarcesible.

Desde la capillita de la estatua (el *serdab*), por ejemplo en la mastaba de Ti, la estatua del resucitado[15] en la que se encarna su *ka* nos contempla a través de una estrecha rendija practicada en la pared. Se establece así el punto de contacto entre el más allá y el aquí. Y en la mastaba de Mereruka vemos su impresionante estatua de ka abandonando la muerte y cruzando la puerta del más allá para dirigirse hacia la luz.

Cada mastaba es un lugar de vida transfigurada, y el apelativo de «aposento funerario» muestra muy a las claras nuestra dificultad para aprehender esta realidad, lo mismo sucede con el apelativo de «falsa puerta» que damos a la puerta de piedra entre lo visible y lo invisible, que sólo el *ka* puede cruzar.

Hoy como ayer, el «propietario» de una mastaba exige respeto y atención.

Si se le dedicó este monumento ello se debe a que vivió de acuerdo con Maat, a que practicó la justicia, dijo la verdad, dio pan al hambriento, agua al sediento, y una barca a quien carecía de ella. Al pronunciar su nombre, al posar nuestra mirada en los jeroglíficos y las escenas esculpidas, respondemos a su «llamada a los vivos».

La mastaba no es una tumba egoísta reservada a un individuo. Es la morada de eternidad de un dignatario, hombre o mujer, rodeado de su familia, de sus íntimos, de aquéllos que trabajaban a sus órdenes. Es, por lo tanto, toda una casa, una comunidad, la que sobrevive con el cumplimiento de los ritos. De un ser responsable, se ha escrito: *«Fortaleció el nombre de sus subordinados, representando según sus funciones a las personas de calidad que formaban parte de su casa.»*

En Saqqara existen dos grandes grupos de mastabas; el primero, al noroeste de la pirámide de Zoser, el segundo se halla al sudeste. Las más célebres son las mastabas de Ti (cerca del Serapeum), la de Ptah-hotep y de Akhet-hotep, y la de Mereruka; por supuesto, cada una de ellas merece una visita en profundidad.

Las mastabas no se limitan a descubrimos simples descripciones de la vida cotidiana de los antiguos egipcios, pues, como escribe François Daumas, «la vida de cada día, aun la más corriente, aun la más humilde y más necesaria… reviste un sentido profundo, cósmico».

Equiparables a funerales, las siembras son un rito osiríaco: la simiente parece morir, pero lleva en sí el germen de la resurrección. Segar la espiga madura es un acto sagrado al que acompaña la música de un flautista, que toca una melodía religiosa. Las primicias de la cosecha no están destinadas a los hombres sino a Osiris. Y en Ptah-hotep, cuando asistimos a la recolección de la uva, al pisado y al prensado, se evoca también la «pasión» osiríaca. Muchos siglos más tarde, la figura del «Cristo en la prensa» recordará el carácter sagrado de la viña.

Cuando la reina Nebet huele una flor de loto, alimenta su *ka* con el perfume de la resurrección; y al hacer que los papiros rumoreen, se alejan las influencias nocivas para atraer las armónicas de la diosa Hator.

¿Atrapar pájaros con red? Eso es interrumpir la enloquecida carrera de las almas errantes. ¿Hacer que un rebaño de bueyes cruce un canal? Eso supone conjurar mágicamente los peligros que contienen las aguas. ¿Cazar un

hipopótamo? Es apaciguar el furor bestial y devolver la fuerza instintiva a la paz de Maat ¿Abatir ritualmente un buey? Es dominar la potencia vital para transformarla en alimento del banquete.

Se trata de algunas de las diversas escenas que encontraremos en las mastabas y que encierran todas ellas un significado simbólico. Cuando vemos a los orfebres trabajando, no olvidemos que modelan el oro de los dioses, el único capaz de infundir vida a las obras. Cuando contemplamos a los carpinteros ensamblando las distintas partes de una embarcación, recordemos que el astillero es un lugar de iniciación en el que se reúnen las diversas partes dispersas del cuerpo de Osiris.

En la mayoría de las mastabas se representa a portadores y portadoras de ofrendas que procuran al *ka* la esencia sutil de todas las cosas. Todo lo que la naturaleza crea se convierte en ofrenda para que pueda celebrarse un eterno banquete durante el cual las almas resucitadas participan en común de un gozo inefable.

Son gestos puros, un trabajo sin fatiga, es el inalterable presente de esa misma hora soleada: en las mastabas de Saqqara se revela una eterna felicidad.

11. El Serapeum de Saqqara o la eternidad de los toros sagrados

Cerca de la mastaba de Ti se encuentra el acceso a un conjunto funerario, el Serapeum de Menfis. En 1850, Auguste Mariette, con la ayuda de un texto del geógrafo griego Estrabón y algunos indicios arqueológicos, partió en busca de esta necrópolis desaparecida.

Sabía que una avenida de esfinges llevaba hasta el Serapeum. ¡Cuál no sería su alegría al descubrir una de ellas medio enterrada en la arena! Una vez desenterrada, resultó ser uno de los elementos de una avenida de ciento cuarenta y una esfinges. Mariette desenterró «el hemiciclo de los poetas y los filósofos», un conjunto de estatuas de la época helenística entre las que reconocemos a Homero y Platón.

El arqueólogo se obstina en su trabajo, pues esta escultura griega no le basta. Finalmente, aparecen los rastros de un recinto antiguo que fue preciso desenterrar, esquivando las inextricables complicaciones administrativas que tan bien conocen quienes han excavado en Egipto.

El 1 de noviembre de 1850, Mariette llega hasta la puerta de un impresionante subterráneo. Descubre en él veintiocho cavidades, veinticuatro de las cuales contenían gigantescos sarcófagos, vaciados de su contenido. En un subterráneo más pequeño, veintiocho momias de toros Apis, «las almas magníficas de la luz», habían sido ritualmente colocadas dentro de sarcófagos de madera.

Los animales sagrados del dios Ptah de Menfis no estaban solos. Cerca de ellos, Kha-em-Uaset, el hijo de Ramsés II, sumo sacerdote de Ptah y apasionado de los monumentos antiguos, y artífice de la restauración de, entre otros, la pirámide de Unas. Este hombre excepcional había decidido compartir su eternidad con los vigorosos toros cuyo poderío vital era la transcripción terrestre de la energía solar.

Las fiestas de Apis eran conocidas ya en la I dinastía. Pero, al parecer, sólo en el Imperio Nuevo se empezó a enterrar ritualmente a los toros donde el dios se encarnaba. A mediados del siglo VII a. J. C., se iniciaron grandes obras en el Serapeum. Y en tiempos de los Ptolomeos el monumento gozó de un gran renombre gracias a la asimilación de un dios extranjero, Serapis (de ahí procede el nombre de Serapeum), con el Osiris Apis. Después de su muerte, cada toro Apis se convertía en un Osiris. El paraje fue un centro de peregrinación provisto de un albergue, una escuela, una comisaría, un sanatorio y celdas para reclusos voluntarios.

Hoy sólo se visitan los «grandes subterráneos», es decir, los más recientes. Pueden verse allí enormes sarcófagos que alcanzan los 4 m de altura y pesan casi 70 toneladas. En este paraje se recogieron gran número de estelas que evocan los ritos practicados por los sacerdotes durante la muerte de un Apis.

* * *

Cuando me dispongo a abandonar Saqqara, pienso en la pirámide escalonada del faraón Sejemjet, que se encuentra al sudoeste de la de Zoser, su antecesor. En estos aposentos subterráneos, por desgracia inaccesibles a los visitantes, Zakaría Gonein realizó en 1950 un notable descubrimiento: un sarcófago de alabastro, intacto y… ¡cerrado! Por fin podrían contemplar la momia de un faraón del Imperio Antiguo.

Pero el sarcófago estaba vado. Y así sucedía sin duda con muchos sarcófagos de aquella época, pues, como hemos visto, el faraón disponía de varias modalidades de ser, es decir, de varias «tumbas». Y si existe un lugar con monumentos enteros dedicados al *ka*, la energía invisible y sin embargo muy real, ese lugar es Saqqara.

12. Dachur o la dualidad creadora

A 2,5 km aproximadamente del extremo meridional de la necrópolis de Saqqara, Dachur es un vasto paraje donde se edificaron cinco pirámides. Las tres del Imperio Medio, las de Amenemhat II, Sesostris III y Amenemhat III se hallan en estado muy ruinoso y, desgraciadamente, es imposible penetrar en su interior pese a que su dispositivo subterráneo sea de los más apasionantes. Las otras dos pirámides son obras maestras del Imperio Antiguo creadas por el faraón Snefru.

Es preciso creer en los milagros, sobre todo en Egipto. Al cabo de demasiados años durante los cuales el paraje de Dachur permaneció cerrado a causa de la proximidad de una base militar, hoy es accesible. Lamentablemente, sólo una de las dos pirámides de Snefru está abierta, pero esperamos que la otra lo esté lo antes posible.

Este paraje no cuenta con una ciudad en sus alrededores. Las pirámides y el desierto son dueños y señores de todo. Snefru (hacia 2612-2589 a. J. C.) sería el constructor de tres pirámides, las dos de Dachur y la de Meidum, de la que hablaremos más adelante. Snefru aparece como el más formidable constructor de la historia egipcia, como «el rey benefactor en el país entero» cuya memoria fue venerada durante mucho tiempo.

Tres pirámides para una sola momia… ¿hay prueba más evidente para afirmar que las pirámides no son sólo tumbas? Puesto que la momia de Snofru no ha sido recuperada, es imposible decir dónde deseaba reposar. Pero percibimos, gracias a este ejemplo, que una pirámide no puede ser considerada como un lugar de muerte. Muy al contrario, es un monumento indispensable para transformar la energía celestial en armonía terrestre, un canal donde se filtra la creación original para que sea asimilable por todas las especies vivientes.

Snefru, cuyo nombre significa «El que diviniza», «El que consuma, lleva

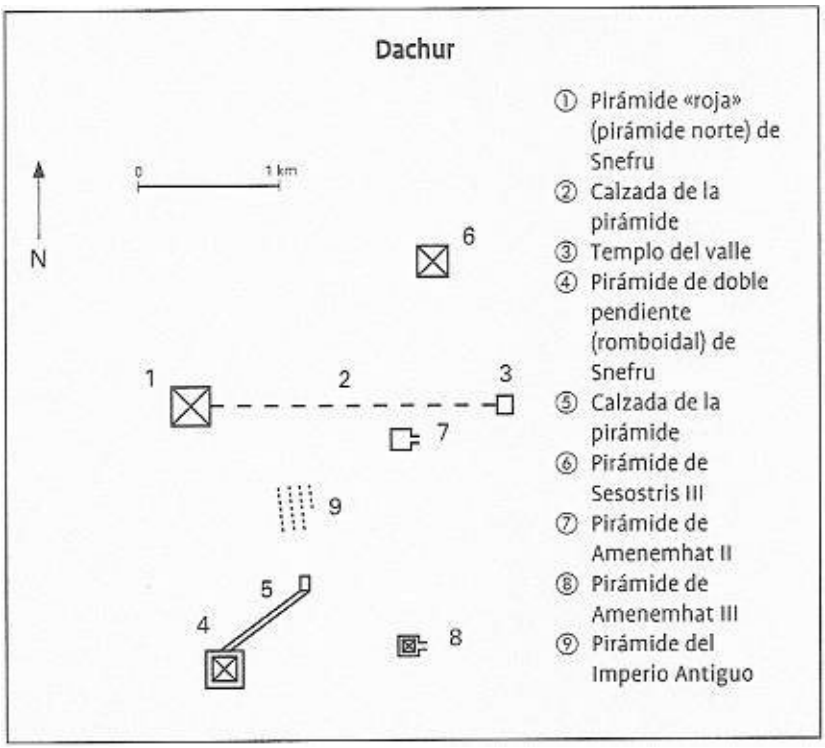
a la perfección», lleva en su nombre la raíz Son, vinculada al concepto de dualidad. Y precisamente la dualidad creadora ilustra su obra arquitectónica, en Dachur: dos pirámides, y una de ellas concebida por completo de acuerdo con el número 2.

La tercera y cuarta pirámides más altas de Egipto —tras la de Keops y Kefrén—, los dos edificios de Snefru son con frecuencia llamados «pirámide roja» y «pirámide romboidal».

La «roja», al norte del paraje, es llamada así por el color de sus bloques, en su origen estaba revestida de una cubierta de calcáreo blanco que reflejaba la luz. Mide 140 m de altura y ocupa una superficie aproximada de 48.400 m^2, con un ángulo de inclinación de 46° 34’, hecho que le confiere un aspecto más achaparrado que la pirámide de Kefrén, pero la anchura de su lado es 5 m más larga. Es la primera pirámide «lisa» que sigue en pie, pues Meidum ha sufrido demasiado para aspirar a esta distinción.

La pirámide, que se denominaba «La que aparece brillando», tiene su entrada en la cara norte, a unos treinta metros por encima del suelo.

Primero, un largo corredor descendente de unos 80 m. Luego, un rellano horizontal de 8 m. Y dos salas abovedadas en voladizo, bastante parecidas ambas, la segunda en el eje de la pirámide. La dualidad se encarna, el muro sur parece señalar el final de la andadura.



Ahora bien, la dualidad nace de una unidad. A unos 8 m de altura se abre un corredor que da acceso a una tercera sala, distinta de las dos primeras y cuyo descubrimiento quita la respiración. Se trata de una especie de atanor alquímico, de unos 15 m, que toma el alma para elevarla hasta el corazón de la piedra.

Nada puede sustituir a un recorrido a pie de la respetable distancia que separa la pirámide roja de la «romboidal», término bastante inexacto que es mejor sustituir por «de doble pendiente».

Esta pirámide, que ha conservado parte de su revestimiento de calcáreo, es impresionante. A mitad de su altura (97 m) aproximadamente, el ángulo de inclinación, que era de unos 54° 15’, se reduce a 43°. Los lechos de piedra fueron erigidos de tal manera que raya la perfección, al igual que las aristas del revestimiento. «La del sur que aparece brillando» da testimonio de una gran maestría arquitectónica.

¡Y pretenden hacemos creer que un maestro de obras incompetente o vanidoso había adoptado un ángulo de inclinación demasiado empinado y que, a mitad de su trabajo, temió por la estabilidad del edificio y decidió reducir el ángulo para evitar una catástrofe!

Examinemos simplemente los hechos: esta singular pirámide tiene DOS entradas (una al norte, la otra al oeste), DOS corredores llevan a DOS conjuntos de salas, y DOS cámaras de resurrección. Podría comprobarse también la omnipresencia del número 2 en el enlosado, en las gradas y puertas. Así, para que el simbolismo del edificio quede de manifiesto, el arquitecto de Snefru edificó una pirámide con DOS inclinaciones.

Que nosotros sepamos, Alexandre Varille fue el primero que comprendió la naturaleza del edificio. Y Jean-Louis de Cenival, por citar sólo a un especialista de la arquitectura egipcia, llega a la conclusión de que la pirámide fue concebida desde su origen tal y como se nos muestra ahora.

Abrir la pirámide de doble inclinación, estudiarla en sus menores detalles, comprender las etapas del complejo recorrido interior que revela, es un tesoro que espera ser redescubierto.

13. Meidum, la morada del príncipe creador

Prosiguiendo nuestro viaje hacia el sur, no nos detendremos en Licht, a unos 60 kilómetros de El Cairo, pues las dos pirámides de Amenemhat I y Sesostris I (Imperio Medio) están muy arruinadas.

Unos 20 kilómetros más adelante descubrimos un extraño torreón solitario, erigido en una vasta extensión llana donde se levantan algunos árboles. A pesar de su insólita apariencia, se trata de una pirámide, la más meridional de los gigantes del Imperio Antiguo. En sus orígenes, probablemente tenía 90 m de altura. Coloso magullado, con la base enterrada en la arena y unos peldaños que han quedado a la vista tras la destrucción de su revestimiento, que fue utilizado como cantera, Meidum fue la primera pirámide lisa. Su ángulo de inclinación corresponde al de la Gran Pirámide de Keops. Tal vez la obra fuese iniciada por Huni, último rey de la III dinastía, pero numerosos indicios permiten pensar que Snofru como mínimo la concluyó.

El templo bajo ha desaparecido, pero los rastros de la calzada, de 210 m de largo y 3 m de ancho, aún son visibles. En la cara oriental de la pirámide se ha preservado un pequeño templo alto. Después de cruzar una capilla en la que se inscribe un recorrido zigzagueante, en forma de jeroglífico que significa «atravesar», se accede a un pequeño patio donde se levantan dos grandes estelas de 4,20 m de alto y carentes de inscripciones. Aquí es donde el sacerdote del *ka* celebraba cada mañana, al amanecer, el despertar en paz del faraón resucitado.

Para penetrar en la pirámide es preciso subir hasta la entrada abierta en la cara norte, a unos 20 m por encima del suelo. Un corredor estrecho y pendiente, de unos 60 m, permite descender hasta las profundidades de esta «tierra de vida» que es la pirámide. Un camino difícil pero directo. La segunda etapa parece más fácil: un recorrido horizontal, de 11 m, con dos

desvíos laterales que obligan a dar dos pasos de lado, el primero hacia el este y el segundo hacia el oeste, antes de recuperar el eje y topar con un muro de 7 m de altura, que parece indicar el final de la andadura interior.

En aquel lugar, donde lo horizontal se hace vertical, es posible sin embargo subir a través de una especie de chimenea revestida de un fino ornamento calcáreo, para desembocar en la cámara de resurrección. Una escalera moderna facilita el ascenso. De paso, se admirarán las vigas intactas de sicomoro y acacia, que tienen más de cuatro mil años.

Al penetrar en este atanor alquímico, se reconoce el modelo arquitectónico desarrollado por Snofru en Dachur. Aquí, la bóveda en saledizo de siete hiladas culmina a 5,05 m. Su sección representa una pirámide escalonada.

Situada en el nivel del plano de base de la pirámide, esta cámara de resurrección posee modestas dimensiones (5,90 x 2,65 m). Aquí se pronunciaba la primera frase los *Textos de las Pirámides*, que Unas reveló: *«Oh rey, no has partido muerto, has partido vivo.»* Transformado en Osiris por los ritos, Faraón se convertía en un *akh*, un ser de luz.

Saqqara, la madre pirámide, es la expresión del faraón Zoser cuyo nombre más antiguo es «más divino que la cofradía de los dioses», o dicho de otro modo, la Enéada de las potencias vitales. Meidum es el lugar «amado por Atum», el principio creador, «El que es y el que no es». Aparece como su morada y la manifestación de la unidad. En Dachur tenemos la revelación del 2 y en Gizeh, la del 3. Precisamente, de paso en Meidum, un escriba de la Antigüedad indicó que había contemplado un templo perfecto, donde el Cielo está en la Tierra.

Al escalar el montículo de rezo, se gozará de una vista espléndida: la austeridad del desierto, la amenidad de los cultivos y los palmerales que forman el paisaje tan característico del Valle del Nilo. En Meidum reina una paz profunda y única, fruto sin duda de la comunión del alma real con el cosmos, siempre celebrada por la pirámide.

* * *

La pirámide era el corazón de una ciudad de resucitados, formada por dos grupos de mastabas, uno situado cerca de ella, en tanto el otro se hallaba 700 m al norte. Allí descansaba, especialmente, el sumo sacerdote de Heliópolis,

Rahotep. La exploración de este dominio donde se descubrieron las famosas «ocas de Meidum» y las extraordinarias estatuas vivientes de Rahotep y de Nefret (Museo de El Cairo), merecería proseguirse.

A una persona ágil, esbelta y que no tema tener que arrastrarse, la visita a la gigantesca mastaba anónima n.º 17 (52 x 140 m) le procurará hermosas emociones. La cámara funeraria, cuya degradación hemos podido constatar con el paso de los años, es una obra maestra del Imperio Antiguo, con sus enormes bloques de calcáreo tallados a la perfección y su sarcófago de granito rosa. Entre la tapa y el borde del sarcófago está atrapado un antiguo mazo de madera que ha resistido el peso de la piedra.

Este camino de acceso fue excavado por algunos ladrones. El verdadero descenso está bloqueado por piedras, y sólo el *ka* puede acceder por él.

Con Meidum abandonamos el espacio de las pirámides gigantes de piedra para salir al encuentro de otras formulaciones de santuario, donde se llevó a cabo la transformación de la luz. Con respecto a esta forma arquitectónica, característica del Imperio Antiguo egipcio, Chateaubriand escribía, con razón: «Es el límite que señala la entrada de una vida sin término: es una especie de puerta eterna, construida en los confines de la eternidad.»

14. Paseo por el Fayum

A un centenar de kilómetros al sudoeste de El Cairo se extiende una región verdeante, el Fayum, donde antaño era agradable pasear utilizando los estrechos senderos de tierra, a menudo obstaculizados por la presencia de rebaños. ¿Quién podría olvidar la exuberancia de los jardines, un campo de maravillas en flor o el azul ardiente del lago Qarun? Alimentado por un brazo del Nilo, el Fayum era, en las altas épocas, una zona pantanosa, verdadero paraíso para la flora y la fauna. Sin alterar este equilibrio ecológico y preservando las reservas de caza y de pesca, el faraón Sesostris III (1895-1878) acondicionó la región construyendo diques y esclusas.

En el paraje de Illahun, a la entrada del Fayum, se construyó su pirámide, con ladrillos crudos cubiertos por un paramento de calcáreo, en tomo a un núcleo rocoso. El acceso no se encuentra al norte sino al sur. Un complejo recorrido interior permite alcanzar la «isla de la resurrección» donde renace Osiris.

Amenemhat III (1842-1797) hizo erigir dos pirámides, una en Dachur, la otra en Hawara, a unos 10 kilómetros de Ulahun y más cerca de la capital del Fayum, la ciudad de Sobek, el dios cocodrilo (hoy Medinet el-Fayum). Privada de su revestimiento calcáreo, la pirámide deja al descubierto su masa de ladrillos cocidos dispuestos alrededor de un núcleo rocoso.[16] Ante su cara sur se desplegaba el célebre «laberinto» del que el geógrafo Estrabón dice que comprendía más de tres mil cámaras. Este monumento, que ha sido por completo destruido, ¿era un templo vinculado a la pirámide o un santuario de regeneración del *ka* real, comparable al conjunto arquitectónico de Zoser en Saqqara?

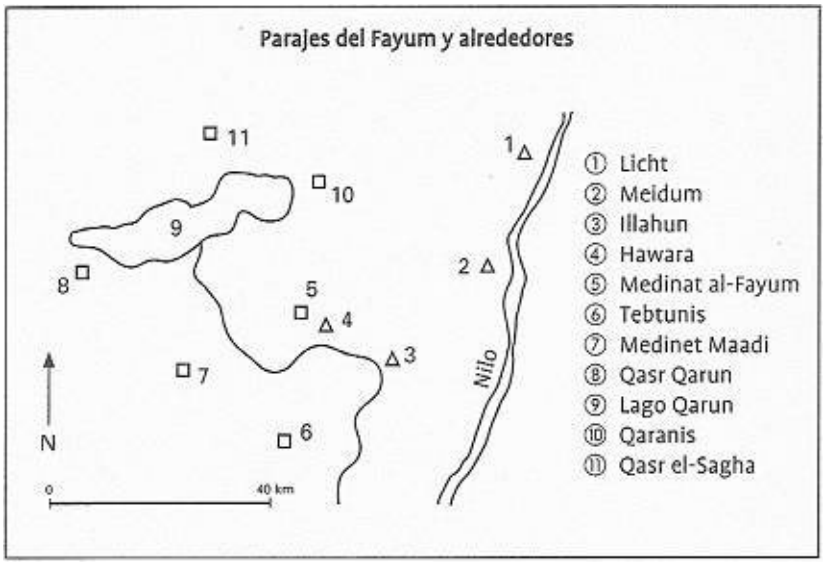
El Fayum era considerado una manifestación del *Nun*, el océano de energía donde reinaba el rey cocodrilo Sobek cuya función principal consistía en hacer brotar el sol de las aguas primordiales. Además, en él se celebraba

una gran fiesta durante la cual se reunían las partes dispersas del cuerpo de Osiris.

Existen varios monumentos interesantes en esta región, si bien no es fácil llegar a todos ellos, y se necesita tiempo y un chófer competente para emprender tal expedición.

Los vestigios de las ciudades grecorromanas de Tebtunis y Qaranis apasionarán a los especialistas, al igual que el hermoso templo restaurado de Qasr Qarun (Dyonisas), que comprenden numerosas salas y un primer piso. Por lo que se refiere a la capital provincial, la actual Medinet el-Fayum, la antigua Shedet a orillas del lago en su origen, está hoy alejada de él unos 20 kilómetros, cosa que demuestra hasta qué punto la región ha cambiado, y es además la razón por la que los templos de Qasr el-Sagha y de Medinet Maadi están hoy aislados en el desierto.

Qasr el-Sagha es un edificio enigmático cuyo aspecto recuerda el del templo bajo de Kefrén, en Gizeh. Aunque carece de inscripciones, al parecer data sólo del Imperio Medio. Probablemente servía de santuario para una corporación de canteros y mineros y tiene como principal característica un conjunto de siete capillas.



En cuanto al soberbio y pequeño templo de Medinet Maadi (Narmuthis), constituye uno de los escasos ejemplos de la arquitectura de la época de Amenemhat III. Una avenida de esfinges y leones lleva al santuario construido por ese gran faraón del Imperio Medio y consagrado a tres divinidades: Horus, protector de la realeza; Sobek, el cocodrilo fecundador y dueño del Fayum; Rennenutet, la diosa cobra, protectora de las cosechas, que

se identificará tardíamente con Isis.

En este paraje recientemente ha sido descubierto un pequeño santuario dedicado a dos cocodrilos y provisto de un sorprendente dispositivo: un emplazamiento reservado a los huevos de cocodrilo, donde éstos podían abrirse con toda tranquilidad.

En Medinet Maadi, un lugar solitario y apartado, reina una luz particular, reminiscencia de la edad feliz en que el Fayum era un paraíso de verdor.

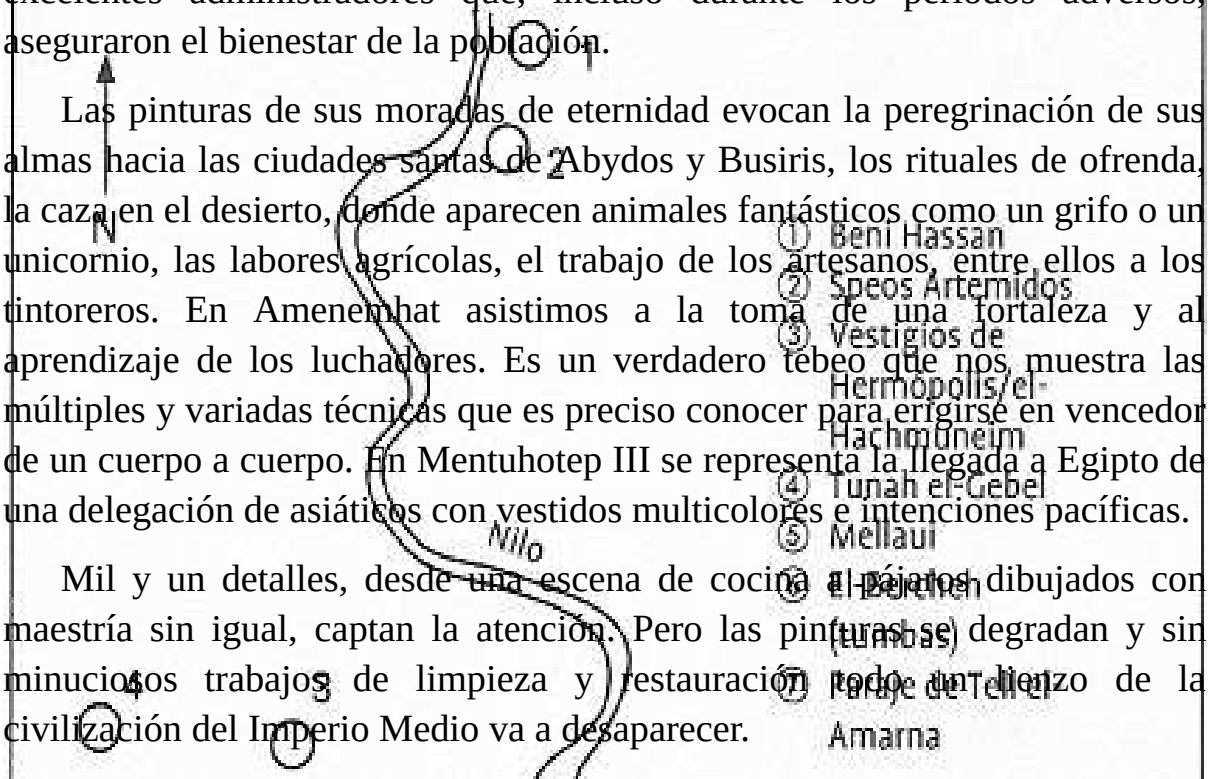
15. Peregrinación al Medio Egipto

En una soberbia región,[17] a 250 km al sur de El Cairo, varios parajes merecen atención.

Primero, un conjunto de tumbas del Imperio Medio: Beni Hassan, el-Bercheh, Meir y Assiut.[18] Todas ellas fueron desvalijadas y muchas de ellas destruidas. En el-Bercheh subsiste parcialmente la decoración de la tumba de Djehuty-hotep, cuya escena más famosa es el transporte de un coloso. El paraje mejor preservado es el de Beni Hassan. En un acantilado calcáreo, que domina un admirable paisaje, se excavaron treinta y nueve tumbas, varias de las cuales han conservado su decoración, especialmente las de Amenemhat y de Mentuhotep III, a las que Champollion dedicó mucho tiempo.

Los gobernadores de esta rica provincia eran hombres poderosos y excelentes administradores que, incluso durante los períodos adversos, aseguraron el bienestar de la población.

Las pinturas de sus moradas de eternidad evocan la peregrinación de sus almas hacia las ciudades santas de Abydos y Busiris, los rituales de ofrenda, la caza en el desierto, donde aparecen animales fantásticos como un grifo o un unicornio, las labores agrícolas, el trabajo de los artesanos, entre ellos a los tintoreros. En Amenemhat asistimos a la toma de una fortaleza y al aprendizaje de los luchadores. Es un verdadero tebeo que nos muestra las múltiples y variadas técnicas que es preciso conocer para erigirse en vencedor de un cuerpo a cuerpo. En Mentuhotep III se representa la llegada a Egipto de una delegación de asiáticos con vestidos multicolores e intenciones pacíficas.



Mil y un detalles, desde una escena de cocina a pájaros dibujados con maestría sin igual, captan la atención. Pero las pinturas se degradan y sin minuciosos trabajos de limpieza y restauración todo un lienzo de la civilización del Imperio Medio va a desaparecer.

Más al sur, en la orilla este, se encontraba la ciudad de Thot: *Khemenu* en egipcio («la ciudad del Ocho», es decir de la Ogdóada, las ocho fuerzas primordiales), Hermópolis en griego (pues Thot fue asimilado a Hermes), el-Achmunein en árabe. El gran templo de Thot, erigido en el valle de los tamariscos, fue destruido por entero y el paraje devastado, a pesar de la presencia de colosales babuinos y de algunos vestigios, es uno de los más conmovedores de Egipto.

Es preciso acercarse a un lugar muy cerca de allí, Tunas el-Gebel, para visitar las grandes necrópolis tardías reservadas a los animales secretos del dios, los ibis y los babuinos, y la pasmosa tumba de un sabio, Petosiris, que vivió hacia 300 a. J. C.

Hay quien se ha burlado de algunos bajorrelieves que mezclan estilo helenístico y temática egipcia, considerándolos un fracaso artístico. Pero convendría no olvidar las soberbias escenas religiosas de la capilla y los textos, traducidos por Gustave Lefebvre, donde se afirma una profunda espiritualidad. He aquí algunos párrafos:

«Es un monumento pronunciar una buena palabra… Como actúes, serás tratado… Thot recompensa todo acto por lo que vale… Oh, señor mío, Thot,

el uno único que oye y ve a quien pasa, nada se hace sin que él lo sepa, has pesado mi corazón caminando sobre tus aguas… Quien camina por tu ruta no tropieza… Encuentra la felicidad perfecta practicando la equidad. Venid, os dirigiré por el camino de la vida.»

Vale la pena señalar un detalle interesante: la presencia de los «Cuatro hijos de Horas», indisociables de la resurrección de Osiris, que desempeñan en la tumba un papel particular. El hijo con cabeza de hombre procura el Acá, la potencia vital; el de cabeza de babuino, el corazón, equivalente a la conciencia; el de cabeza de chacal el *ba*, el alma-pájaro; el de cabeza de halcón, el símbolo vivo, la estatua (*tut*). Gracias al hijo de Horus, el nuevo Osiris está entonces «equipado» con las necesarias cualidades espirituales.

Mientras Egipto agonizaba, Petosiris mantenía la tradición y transmitía la antigua sabiduría.

* * *

Más al sur, y en la orilla este, se encuentra el paraje de Tell el-Amarna donde se construyó Akhet-Atón, «el paraje de la luz de Atón», la efímera capital del faraón Akenatón. Él mismo fijó mediante estelas que servían de hitos el límite de su experiencia religiosa, en el tiempo y el espacio a la vez.

De esta ciudad, construida rápidamente y arrasada por Ramsés II, sólo subsisten unos rastros que han permitido, sin embargo, formarse una idea bastante precisa de los templos, los palacios, las viviendas y los barrios.

Muchos visitantes quedan decepcionados, pues sólo descubren allí una gran llanura vacía y desolada. Sólo un profundo conocimiento del lugar permite identificar sobre el terreno el emplazamiento de los edificios desaparecidos.

Quedan algunas tumbas excavadas en el acantilado, cuya roca es de calidad mediocre. La mayoría están inconclusas, y ninguna fue «habitada», puesto que la población regresó a Tebas cuando el joven Tut-ank-Atón decidió convertirse en Tut-ank-Amón. Se ve en ellas a Akenatón y Nefertiti durante las ceremonias oficiales, recibiendo el rey los tributos aportados por africanos y asiáticos, desfiles militares, la inauguración de un templo, la veneración de Atón, la entrega de collares de oro a los dignatarios fieles y el paseo de la pareja real por su dudad. A Akenatón y a Nefertiti les gusta hacerse representar en compañía de sus hijos para demostrar que la familia

real vive de los rayos del disco del sol. En ninguna parte se evocan los misterios osiríacos.

«Apareces en la perfección de tu belleza, en el horizonte del cielo, disco viviente, creador de vida —escribió Akenatón—, *derramas tus rayos, el doble país está en fiestas. Con tu ojo abarcas toda la creación y permaneces en tu unidad.»*

16. Abydos, el reino de Osiris

A 560 km al sur de El Cairo, descubrimos el paraje de Abydos, capital de la provincia de *Ptah-ur*, «la gran Tierra, la Tierra primordial». Esta ciudad, que no tuvo relevancia económica, poseyó siempre un carácter sagrado. Allí se edificaron las tumbas, reales o simbólicas, de los faraones de la I dinastía. Sólo quedan fosas carentes de superestructura, si bien recientes excavaciones han permitido sobre todo recuperar lo que parece ser los primeros rudimentos de la lengua jeroglífica.

El primer señor del lugar era Khenty-imentiu, «Aquél que está a la cabeza de los occidentales», con el que se identifica a Osiris, cuya tumba había sido confundida por los propios egipcios con la del rey Djer.

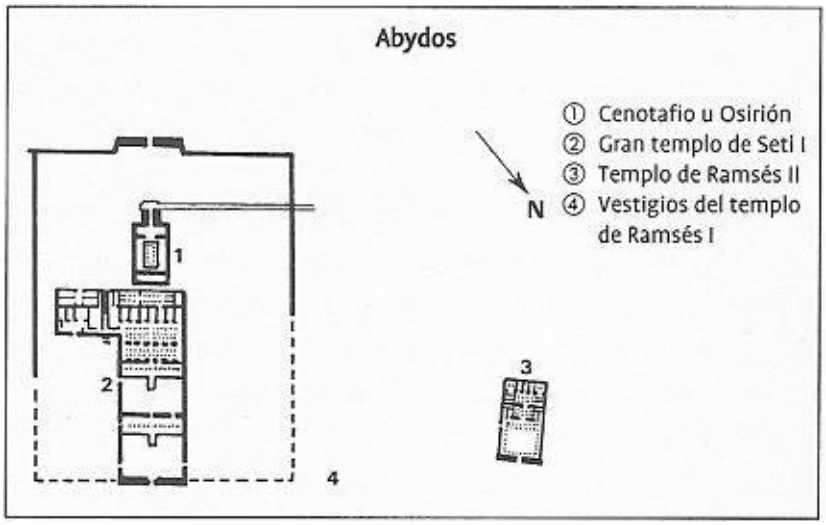
Según el mito que enseñan los textos egipcios y que completó Plutarco, Osiris era el rey de la edad de oro que reveló a los egipcios todo cuanto era útil para vivir en armonía. Por celos, su hermano Seth decidió asesinarle y dispersar las partes de su cuerpo.

La esposa de Osiris, Isis, emprendió una larga búsqueda para reconstruir los miembros dispersos y devolverle la vida a su marido. De este amor más allá de la muerte nacerá un hijo, Horus, «El que se cuida de su padre». Subirá al trono de Egipto y será el protector de cada faraón.

Para vencer a la muerte, todo ser debe convertirse en un Osiris y revivir las etapas de su «pasión». En el Imperio Medio se evoca una peregrinación a Abydos que era en realidad una navegación simbólica de las almas hasta el templo de Osiris. Numerosas personalidades se hicieron representar para la eternidad mediante estelas levantadas cerca de «la escalera del gran dios» o mediante capillas.

En Abydos se celebraban los «misterios de Osiris», una parte de los cuales era pública y otra secreta. Durante la primera se asistía a un combate entre los partidarios de Osiris y los de Seth. La segunda se consagraba a las fases de la

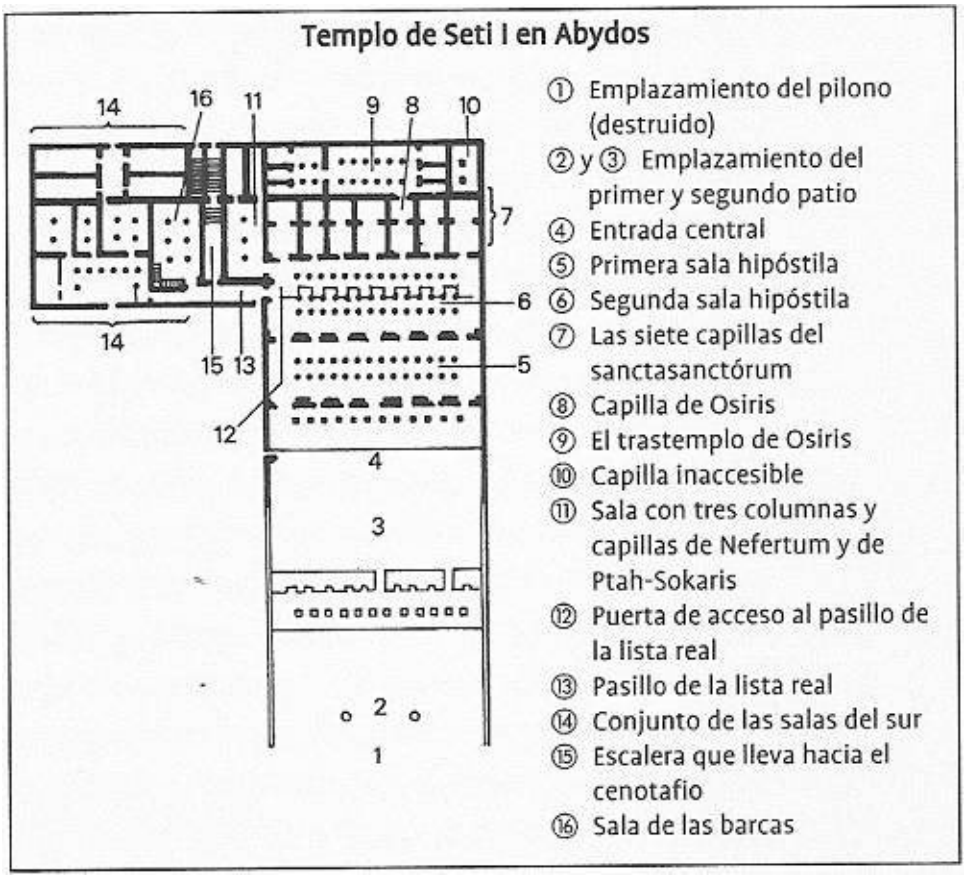
resurrección del dios.



El gran templo de Seti I

El monumento de Abydos mejor preservado es el gran templo construido por Seti I, fundador de la XIX dinastía y padre de Ramsés II. Este gran faraón lleva el sorprendente nombre de: «El hombre del dios Seth», dicho de otro modo, el asesino de Osiris. Y fue sin embargo él, Seti, quien hizo erigir el magnífico santuario, cuyos bajorrelieves alcanzan la perfección, como una ofrenda a Osiris.

La planta del edificio parece a la vez una escuadra y el jeroglífico egipcio que sirve para escribir la palabra «dios». Dos números rigen ese templo: el Dos (dos pilonos, dos patios, dos salas con columnas) y el Siete (siete puertas de entrada, siete capillas). El Siete oculta el secreto de la vida en espíritu.



El pilono, los dos grandes patios, el jardín y los árboles han desaparecido. La fachada actual es, en realidad, un pórtico de doce pilares que servía de fondo al segundo gran patio. Se accede, pues, directamente al templo cubierto y a la primera sala hipóstila (n.º 5) por un corta rampa. Y de inmediato se produce el contacto con el Siete: siete puertas, de las cuales cuatro estuvieron tapiadas.

A la izquierda de la entrada del templo cubierto se ve a Ramsés II llevando a cabo el supremo acto del ritual: ofrece una estatuilla de la diosa Maat, la armonía, la rectitud y el acierto al mismo tiempo, a una tríada compuesta por Osiris, Isis y Seti I. Éste es considerado, por tanto, como Horus, heredero y sucesor de su padre.

La primera sala con columnas (52 x 11 m) está dividida en siete tramos que corresponden a siete capillas donde se veneran tríadas. Puede contemplarse especialmente la purificación del rey llevada a cabo por dos dioses, Horus y Thot.

La segunda sala hipóstila (n.º 6) tiene la misma anchura que la primera y cuenta también con veinticuatro columnas. El suelo sube, el techo baja. Los bajorrelieves, de una belleza que corta la respiración, muestran a Seti I

realizando actos rituales en presencia de las divinidades. Aquí se revelan los episodios del «culto divino cotidiano» durante el cual el faraón despierta el poder divino abriendo el naos que contiene la estatua. Hace ofrenda del ojo de Horus, símbolo de todas las ofrendas, el incienso, la viste y la alimenta con la esencia sutil de la creación.

Así se reanima la presencia divina, el corazón del templo late de nuevo por un día, un ciclo completo análogo a la eternidad. Cuando la ofrenda principal, la de Maat, se ha realizado, el rey vuelve a colocar la estatua en el misterio, cierra «las puertas del cielo» y borra a continuación las huellas de sus pasos.

La capilla de Osiris (n.º 8) ofrece notables particularidades. En el muro del fondo de las otras seis capillas hay una estela de ofrenda; el de la capilla de Osiris da a un pasadizo que lleva a una especie de trastemplo, situado detrás de las siete capillas. Este santuario de Osiris comporta una sala principal de diez columnas, con tres capillas a la derecha y, a la izquierda, una pequeña sala de cuatro columnas que termina en tres capillas más (n.º 9).

En el ángulo noroeste descubrimos un elemento excepcional de este trastemplo: una pequeña sala con dos columnas sin abertura alguna. ¿Hay mejor manera de sugerir que el misterio último no puede desvelarse?

Hemos recorrido el eje principal del templo, desde la primera sala de columnas hasta el santuario de Osiris. Aún nos queda por explorar la otra parte del templo, hacia el sudeste. Situémonos ante la capilla de Seti I, la situada más a la izquierda de las siete. Al cruzar la puerta entramos en una sala con tres columnas (n.º 11) que da a dos capillas, una consagrada a Nefertum (a nuestra izquierda) y la otra a Ptah-Sokaris (a nuestra derecha). Las dos divinidades están asociadas a los ritos osiríacos y, en la capilla de Ptah, se ve a Isis, en forma de rapaz, despertando la virilidad de Osiris muerto. Isis se hace fecundar por el resucitado para dar nacimiento a Horus.

Al salir por la puerta de la sala de tres columnas, tomaremos otra vía de acceso al ala sur del templo (n.º 12), a saber, una puerta situada al extremo de la segunda sala de columnas. Penetramos en un largo pasillo (n.º 13). En el techo, algunas estrellas y cartuchos, óvalos alargados que contienen nombres reales. En los muros, Seti I, acompañado por su hijo Ramsés, hace ofrenda del incienso a setenta y seis faraones, venerados antepasados cuya alma ha subido al cielo para vivir allí en compañía de las estrellas.

Desde este pasillo podemos dirigimos hacia las salas del sur (n.º 14), o tomar la escalera (n.º 15) que llevaba al tejado del templo. En la primera sala de seis columnas que se abre en este pasillo probablemente se depositaban las barcas de los dioses utilizadas durante las procesiones (n.º 16). Las demás salas son almacenes para los objetos sagrados, talleres y dependencias varias.

Salgamos del templo por una escalera cuyas paredes están decoradas con escenas rituales. Una de ellas muestra al faraón enseñando a su hijo el arte de atrapar con el lazo un toro salvaje, encarnación de la potencia vital, el *ka*.

El «cenotafio», templo secreto de Osiris

Detrás del templo de Seti I y en su eje hay un extraño edificio. Los dos monumentos se dan la espalda, sus paredes de fondo distan sólo unos 3,50 m. Pero el cenotafio se halla claramente a un nivel más bajo con respecto al gran templo.

El término «cenotafio» designa a una tumba que no contiene cuerpo. Es una sepultura simbólica que en Egipto solía destinarse al *ka*. Al contemplar el aspecto poderoso y macizo del de Abydos pensamos en el templo bajo de Kefrén, en Gizeh. Obra de Seti I, probablemente fue construido en el emplazamiento de un antiguo edificio.

Simboliza la isla del centro del mundo, el cerro primordial surgido de la inmensidad acuática durante la creación. Para alcanzarlo, había que descender unos diez metros bajo tierra hasta llegar a un corredor, en parte abovedado, en parte al aire libre. Las paredes albergan extractos de los textos simbólicos, el *Libro de las puertas*, el *Libro de lo que hay en la cámara oculta*, el *Libro de las cavernas* y el *Libro del salir a la luz*. Dichos textos ofrecen las fórmulas necesarias para atravesar los pasos peligrosos del más allá y penetrar en el reino de Osiris, una gran sala con diez pilares de granito rosa.

Tras ella, la última sala del cenotafio, largo rectángulo con techo de doble pendiente en el que se han grabado textos y representaciones astrológicas y astronómicas. El conjunto, por desgracia, está bastante degradado a causa de la humedad, pero las informaciones «celestiales» eran aquí esenciales, por ejemplo una lista de los decanatos y las constelaciones, y las etapas del viaje nocturno del sol. Seti 1 resucitado forma parte ya de la tripulación de la barca,

participando así de modo activo en la victoria de la luz sobre las tinieblas.

Como prueba la presencia de la diosa Cielo, Nut, ese sanctasanctórum del cenotafio simbolizaba el sarcófago en el que Osiris, protegido por su madre cósmica, renacía.

El templo de Ramsés II

El templo de Ramsés II, al noroeste del de su padre Seti I, se halla reducido al estado de vestigio. El techo, las hiladas superiores de los muros y los pilonos han desaparecido, pero subsisten hermosos bajorrelieves. Se ven, sobre todo, animales del dios Seth, el órix y la gacela, animales destinados al sacrificio, procesiones de portadores de ofrendas y desfiles de prisioneros asiáticos y nubios.

Un toro florecido es la estrella de una ceremonia. El toro, encarnación de la potencia por excelencia, se muestra aquí pacífico y tranquilo. Todo faraón lleva, por lo demás, prendida de su taparrabos, una cola de toro, símbolo de la fuerza dominada que detenta.

Las bromas del dios Bes

En la XXVI dinastía, la época saíta, todavía se levantan estelas en Abydos. Luego, el declive de la ciudad sagrada se acentúa. Mientras Abydos se sume poco a poco en el olvido, el culto a Osiris se extiende por toda la cuenca mediterránea y llega incluso a las regiones más lejanas. Podemos contemplar, por ejemplo, la escena de la resurrección de Osiris en la fachada de la catedral de Gniezen, en Polonia (siglo XIII).

Cuando los monjes cristianos se instalan en Abydos, encuentran una inesperada resistencia. Bes, el enano barbudo y músico, desarrolla sus bromas mágicas para asustarles. Pero no olvidemos que la palabra *bes* significa «iniciar» y que en aquel paraje se revelaron los misterios de la resurrección.

17. Dendera, el dominio de la diosa del amor

A unos 60 km al norte de Luxor, en la orilla izquierda del Nilo, se levanta un gran templo dedicado a la diosa Hator. Capital de la sexta provincia del Alto Egipto, Dendera es una ciudad muy antigua, puesto que una tradición nos indica que allí se celebraban ritos en tiempos de los «Servidores de Horus» que precedieron a los primeros faraones. Durante el Imperio Antiguo, Keops y Pepi I embellecieron la ciudad por la que también se interesó Tutmosis III, en el Imperio Nuevo.

El templo ptolemaico es el último de una serie de monumentos que forman una cadena sagrada. El nombre de su soberana, Hator, significa «morada de Horus». Es el cielo donde nace el halcón Horus, el cosmos donde reina la armonía de las estrellas. A Hator se la representó a menudo en forma de una mujer con orejas de vaca, las más receptivas, o como una vaca celestial que ofrece al faraón la leche de la eterna juventud.

Hator es Temet, «Lo que es», la contrapartida femenina del creador, Atum. Para ella, diosa del Amor, el cielo y las estrellas tocan música, la tierra canta, las bestias salvajes danzan de alegría. Hator siembra malaquitas, esmeraldas y turquesas. Iluminando los cielos, habitando en el sicómoro y la acacia, Hator posee la clave de la felicidad en este mundo y en el otro.

Uno de sus símbolos es el sistro, instrumento de música mágica cuyas vibraciones disipan las ondas negativas y atraen las energías positivas. El templo de Dendera es «el castillo del sistro», siendo asimismo un gigantesco instrumento de música, hecho de piedra, donde resuenan las armonías del cosmos.

El embarcadero, el vergel, los establos de las vacas sagradas, la Casa de Vida, los talleres, los recintos de Horus y de Ihy fueron destruidos, pero subsisten edificios importantes.

Atravesemos el gran patio (n.º 5) hasta llegar al templo cubierto cuya fachada se compone de seis columnas en forma de sistros coronados con la cabeza de Hator. Cada sistro muestra cuatro rostros de la diosa, cada uno de ellos orientado hacia un punto cardinal[19] para recordar que Hator es soberana del cosmos.

En el contorno exterior, vemos escenas de fundación y procesiones de mujeres que encarnan las provincias de Egipto, acompañadas por dioses Nilo que aportan al santuario las riquezas de la tierra.

En el extremo exterior del templo, tras el sanctasanctórum, se había esculpido una gigantesca cabeza de Hator, por desgracia muy degradada actualmente.

Regresemos a la entrada del templo cubierto y penetremos en la primera

sala de columnas (n.º 7,43 x 25 m). Impresiona de inmediato el clima de recogimiento que reina en aquel bosque de columnas, sumido en la penumbra. A uno y otro lado del eje central, dos grupos de nueve columnas. Por encima de la avenida central, inmensos buitres que portan la corona del Alto Egipto, alternándose con discos solares alados, vinculados a la corona del Bajo Egipto. Los dos aspectos de la realeza se han reunido en el cosmos donde la diosa da a luz al sol que ilumina el templo de nueve rayos.

Sobre el cuerpo de Nut, la diosa Cielo, bogan las barcas solares en el seno de las constelaciones. Dendera es célebre por su Zodíaco, etapa de los misterios osiríacos y por ello uno de los lugares fundamentales de la astrología egipcia. Advirtamos que las ropas de Nut están recorridas por líneas onduladas, evocación de la energía procedente de los océanos de los orígenes.

Columnas y paredes están cubiertas de escenas y textos que revelan ritos como la ofrenda de los dos sistros, para disipar violencia y negatividad, el sacrificio del órix y del cocodrilo, el rito de golpear la pelota que simboliza el ojo peligroso de Seth, la erección del mástil festivo del dios Min para mantener la potencia creadora o la ofrenda del templo del nacimiento.

La ofrenda del vino a Hator se representa varias veces. Los textos evocan la «embriaguez mística» que se apodera del alma de los bienaventurados en el banquete del Conocimiento. Durante la fiesta de la embriaguez, Faraón danzaba ante Hator. No había sombra alguna en su pecho, su pensamiento era recto, su corazón justo y sus manos puras.

Al salir de la primera sala de columnas, entramos en la «sala de la aparición» cuyo techo está sostenido por seis columnas. A ambos lados del eje central, seis estancias. Aquí, la diosa aparece en forma de una estatua colocada en una barca que durante las grandes fiestas salía del templo. Este lugar, está escrito, se construyó en pleno gozo para que Hator se manifestara con todo su esplendor. En las paredes, el rey funda el templo y lo ofrece a su verdadero dueño, la divinidad.

Para comprender el papel de las seis estancias, es preciso asociarlas de dos en dos, según avanzamos. Primera pareja: el laboratorio (n.º 9) y el Tesoro (n.º 10) donde se inscriben listas de productos, ungüentos, santos óleos y materiales preciosos, sin olvidar las recetas alquímicas. Viene luego la cámara del calendario (n.º 11) y la cámara del Nilo (n.º 12) donde se precisan el

calendario sagrado y el ritmo divino de las estaciones. Finalmente, las dos últimas estancias (n.º 13 y 14) servían para la circulación de las ofrendas, vinculadas con la «sala de la ofrenda» (n.º 15).

Aquí comienza el conjunto arquitectónico del sanctasanctórum. Cuatro aberturas practicadas en el techo brindan un poco de luz que permite descifrar la lista de las ofrendas inscrita en los muros. Los alimentos sólidos y líquidos son transformados en alimentos espirituales para la divinidad. También en este lugar las procesiones enfilaban por una escalera para subir al tejado del templo.

Entremos en la «cámara del medio» o «sala de la Enéada» (n.º 6). Aquí, el *ba* de la diosa, su alma-pájaro, descendía del cielo para habitar su morada. Encima de la ventana, un disco solar. El fulgor del sol y la claridad de la luna, la «embriaguez» obtenida por una bebida de inmortalidad son otros tantos aspectos de esta sala junto a la cual se encuentra la cámara de las telas, donde se guardaban los tejidos y vestiduras utilizados durante los rituales.

Tras la cámara del medio viene el sanctasanctórum (n.º 17). Lleva el nombre de «Gran Sede», trono de la divinidad, y está rodeado por un «corredor misterioso» que conecta las capillas.[20]. En el interior de este templo, la barca de la diosa llamada «La que exalta la perfección» y el naos que contiene su estatua de oro. En este lugar donde pocos iniciados penetraban, descubrían los secretos del fuego y de la energía, renacían en forma del halcón que atraviesa los aires y de la serpiente que conoce las profundidades de la tierra, «renovaban su forma», recibían una vista y un oído nuevos.

Un patio (n.º 18) está consagrado al Nuevo Año, momento capital en el que concluye un ciclo y comienza otro. Es un período mágico por excelencia, el de la «Primera fiesta» durante la cual el templo se recarga de energía. En el cielo resuena el eco de las profundidades de la tierra. Como otros templos (Edfu y Kom Ombo), Dendera tiene algunas criptas. Son doce y están situadas en tres niveles. Se trata de cámaras estrechas, largas, algunas de las cuales están excavadas en sus gruesos muros.[21] Allí se conservaban los objetos necesarios para el culto de la diosa, representados por lo demás en los muros para estar eternamente presentes: una jarra de vino, una corona, una clepsidra en relación con el ojo completo, dos sistros, un templo de nacimiento en tamaño reducido, un collar símbolo de fecundidad y un pilono

en miniatura.

Estas criptas son pequeños templos donde residían las fuerzas divinas, regeneradas en el silencio.

* * *

Se accede a la terraza por la escalera del sur (oeste simbólico), en cuyas paredes está representada la procesión que asciende. Se la ve descender por la escalera del norte (este simbólico). Encabeza el cortejo el dios con cabeza de chacal, *Up-uaut*, «El que abre los caminos»; a su lado, Thot, seguido de dioses y sacerdotes. Ocho portan la estatua de Hator en su naos.

El cortejo, del que forman parte el faraón y la reina, se dirige hacia un quiosco situado en el ángulo noroeste de la terraza. Doce columnas con cabeza de Hator sostienen el pequeño edificio situado exactamente por encima de la capilla del trono de Ra. Allí se celebraba el rito de la «unión con el disco solar» durante el cual la estatua de Hator, y a través de ella todos los símbolos del templo, se recargaban de energía luminosa.

En el tejado de Dendera se celebraban otros misterios: los de Osiris, a los que se consagraban dos conjuntos de capillas cuyos textos y representaciones poseen una importancia fundamental. El viajero verá allí un molde del famoso zodíaco de Dendera cuyo original se expone en el Louvre.

* * *

Desprovisto hoy de agua, el lago sagrado (n.º 19) ofrece un curioso aspecto, pues en él han crecido varias palmeras. Su superficie era importante (28 m x 33 m), incluía una escalera en cada ángulo, y sus muros eran algo curvos para evitar la deformación causada por el empuje de las tierras.

En este lago se representaban escenas de los misterios de Osiris. Treinta y cuatro barcas bogaban por sus aguas, ocupada cada una de ellas por una divinidad. Tenían la misión de encontrar las partes del cuerpo de Osiris desmembrado.

* * *

Tras el gran templo de Hator se edificó un santuario consagrado al nacimiento de la diosa Isis (n.º 20). *«En aquel hermoso lugar de la noche del niño en su cuna* —revela un texto—. *Isis fue traída al mundo en forma de una mujer negra y rosada. Su madre Cielo le dijo: eres más antigua que tu madre,*

de ahí tu nombre de Isis.»[22] La esposa de Osiris, la gran hechicera, es elevada al rango de diosa cósmica, llevando la vida a todo lugar.

* * *

El sanatorio de Dendera (n.º 21) es el único ejemplo conservado de este tipo de establecimiento que existía en otros parajes. Los enfermos seguían allí una especie de cura termal. Se bañaba al paciente en un agua especial que había corrido por una estatua cubierta de textos mágicos, destinados a rechazar el mal y los demonios. El líquido estaba, pues, cargado de fuerzas benéficas que impregnaban el cuerpo y el alma. Al identificarse con el dios vencedor de las tinieblas, el paciente conseguía vencer la enfermedad También bebían esa agua y seguían además una cura de sueño.

* * *

Los mammisis de Nectanebo I (XXX dinastía, n.º 4) y de Augusto (n.º 3) estaban consagrados al ritual del nacimiento del Dios-hijo, que era a la vez Ihy, símbolo de la Gran Obra, y el faraón destinado a reinar.

Ante el mammisi de Nectanebo se levantaba la «Puerta de dar Maat». Allí se colocaba el tribunal encargado de impartir justicia.

Un mammisi es un pequeño templo con un recinto, un portal, un patio, una sala de ofrendas y un sanctasanctórum. En el de Nectanebo puede verse a la diosa amamantando al dios recién nacido para infundirle fuerza y vigor, después de haber sido creado por el dios alfarero Khnum en su tomo.

El mammisi romano está rodeado por un pórtico de columnas cuyos capiteles son rostros de Bes risueño, favorecedor del nacimiento. En los basamentos, una procesión muestra veintinueve formas de la diosa Hator, procedentes de distintas provincias de Egipto. Su función es ahuyentar a los malos espíritus tocando el tamboril y de ese modo asumen el papel de hadas protectoras.

* * *

Protegido por leones gárgolas, custodios vigilantes que nunca cierran los ojos y disipan las nubes peligrosas, el templo de Dendera sigue impregnado de la presencia de Hator, «*la diosa de oro, el ojo de la luz divina, la señora del cielo, la gran primordial, el sol femenino*».[23]

18. Tebas, Luxor, Karnak: el dominio de Amón

«Tebas: el nombre era ya muy grande en mi pensamiento —escribe Champollion al descubrir el mayor paraje arqueológico del Alto Egipto—. *Se ha hecho colosal desde que he recorrido las ruinas de la vieja capital, la primogénita de todas las ciudades del mundo.»*

Un poco de terminología para disipar ciertas confusiones: Tebas es el nombre que los griegos dieron a la ciudad egipcia de *Uaset*, «La del cetro *uas*, la Poderosa». Con ese vocablo se designa a la vez la ciudad antigua, los monumentos de la orilla este y los de la orilla oeste.

En Tebas-este, en la orilla derecha del Nilo, se levantan los templos de Karnak y de Luxor. Éste es también el nombre de la ciudad moderna, sita a 726 km al sur de El Cairo.

En Tebas-oeste, en la orilla izquierda, proliferan los parajes: los Valles de los Reyes, de las Reinas y de los Nobles, Dair al-Bahari, el Ramesseum, Medinet Habu y muchos otros vestigios.

Durante la primera mañana del mundo, en Tebas se formó la isla de «la primera vez» donde se manifestó la vida.

En el Imperio Antiguo, la ciudad era sólo un pueblo de provincias, bastante opulento. Hacia 2000 a. J. C, Amenemhat I lo convierte en una capital Los primeros edificios importantes datan del Imperio Medio.

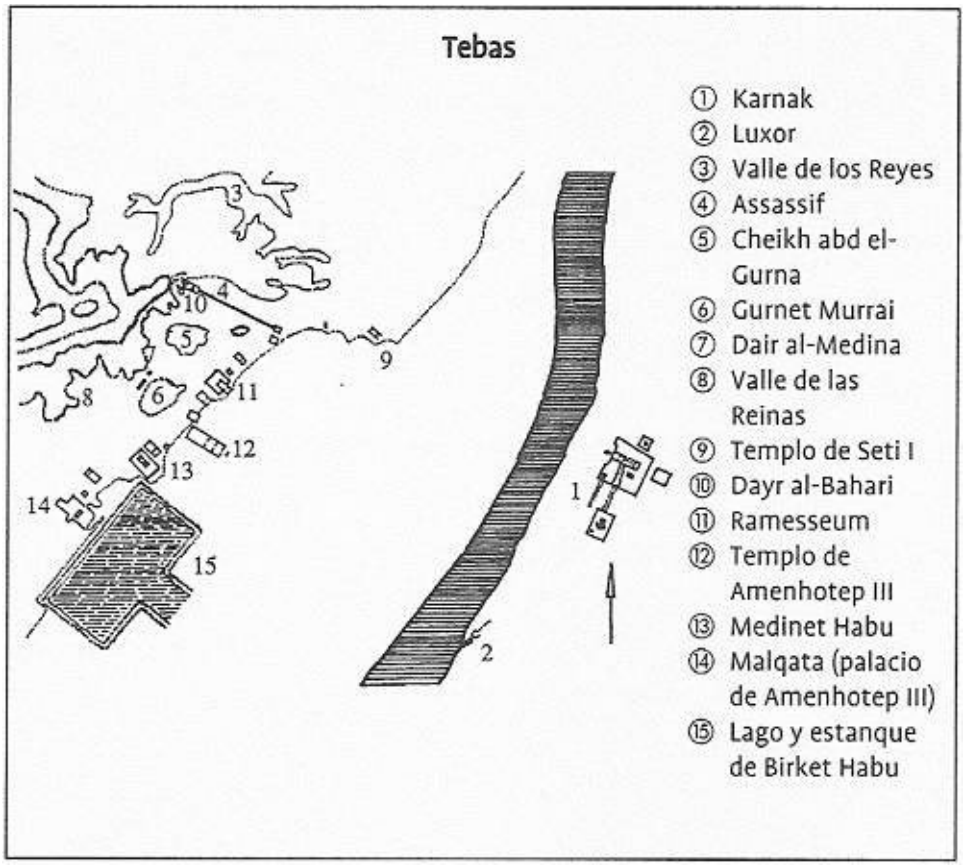
La gloría y la riqueza de Tebas se afirman durante el Imperio Nuevo. Los faraones tebanos, bajo el impulso de la reina Ahotep, expulsan a los ocupantes hicsos. Esta hazaña se la deben a Amón, cuyo templo se convierte en el corazón de Egipto. Durante más de cinco siglos, los faraones no dejaron de embellecerla. Tebas recibe entonces el nombre de «la ciudad».

A partir de la XXI dinastía, la estrella de Tebas empieza a palidecer. El Delta pasa paulatinamente a ocupar la primera línea de la economía y el

comercio. Tebas, por su parte, se limitará, cada vez más, a desempeñar un papel de custodio de las tradiciones, lejos de las transformaciones que estaban agitando al norte de Egipto.

Durante el siglo VII a. J. C., los asirios pillan los templos y deportan a parte de la población. Tebas se convierte en un museo que los egipcios visitan con nostalgia. En 27 a. J. C., un terremoto incrementa las desgracias de la ciudad. Romanos, cristianos y árabes seguirán propinando a los monumentos terribles golpes. Después, el paraje cae en un olvido tal que ni siquiera se conoce ya el emplazamiento de la antigua Tebas.

Hubo que esperar a 1718 para que fuese identificada de nuevo. Desde entonces el interés que suscita no ha dejado de aumentar. En cierto modo, Tebas ha resucitado. Vuelven a abrirse obras en el paraje. Arquitectos y restauradores ponen manos a la obra, se procede al ensamblaje de las piedras y los edificios recobran nueva vida.



* * *

En sus orígenes, el dios de Tebas era Montu, el hombre con cabeza de halcón que infundía al brazo del faraón poder e invencibilidad. Sin embargo, en los tiempos gloriosos Amón reina en Tebas.

Amón significa «El oculto». Tan grande es el misterio que lo envuelve que nadie conoce su verdadera forma. Se encarna en el cuerpo de un hombre tocado con una corona que culmina en dos altas plumas. A veces, su piel es azul. Señor del aire vivificador, ¿no sería el protector de los bateleros? Dos son los animales sagrados receptáculos de su misterio: el camero, símbolo de la energía constantemente renovada, y la oca del Nilo, que al comienzo del mundo lanzó el primer grito y puso un huevo del que brotó el cosmos. El nombre de este animal, *smon*, comprende la raíz *men*, «ser firme», «ser sólidamente establecido», presente también en el nombre de Amón.

Amón, primer ser que nació en el comienzo, no tiene padre ni madre. Es el Uno, oculto a los ojos de los hombres y los dioses. Artesano del universo, levantó el cielo según la extensión de sus brazos, y la Tierra se concibió a la medida de sus pasos.

Junto a este Amón de los sabios e iniciados, existe también un Amón que presta oído atento a los pobres y a los enfermos. En época tardía, se construyeron varios pequeños oratorios donde se expresaba esa piedad popular hacia «Amón que escucha las plegarias».

En los muros de los templos se repite incesante la afirmación «Amón-Ra, rey de los dioses». Amón, señor de Tebas,[24] la Heliópolis del Sur, y Ra, el señor de Heliópolis, la ciudad sagrada del norte, son indisociables. Amón es el misterio por naturaleza, Ra la luz divina que crea y revela. Juntos, indisolublemente unidos, forman la unidad divina de la que todo procede.

19. Tebas-este: Karnak, el templo de los templos

Karnak se llamaba en egipcio *ipet-sut*, «La que enumera los lugares», o dicho de otro modo, el templo por excelencia que identifica y designa al conjunto de los lugares sagrados. Karnak era también «el lugar elegido», la «Heliópolis del Sur», «el Cielo en la Tierra», *«la ciudad de luz donde el Creador golpeó con el pie, la madre de las ciudades del dios grande que existe desde los orígenes, el templo de aquél a quien los dioses proclaman su amor».*

Las ruinas de Karnak cubren más de 100 hectáreas. Es el más vasto conjunto de edificios sagrados del Antiguo Egipto.

En el apogeo de su fortuna, Karnak empleaba a unas 80.000 personas, contaba con 65 aldeas, más de 2.000 km^2 de tierra, una considerable cabaña de ganado y astilleros navales. El templo era el corazón de una inmensa empresa cuya gestión confiaba el rey a un colegio de sumos sacerdotes.

Faraón se hacía coronar en Karnak. Por la mañana, abandonaba su palacio para dirigirse al templo donde era purificado. Luego penetraba en una sala (cerca del obelisco de Hatsepsut) donde recibía las dos coronas. Se realizaba a continuación el rito del «ascenso real», es decir la iniciación a los grandes misterios. Después de que el nuevo faraón hubiese comulgado con Amón, era reconocido como tal por las aclamaciones.

Dos ejes, tres recintos y tres templos

A primera vista, el gigantismo de Karnak abruma al visitante y nos preguntamos si la imbricación de unos monumentos en otros no será fruto del azar.

En absoluto. Según el notable análisis del arquitecto Jean Lauffray, Karnak debe ser considerado como un ser vivo. No hubo fantasía alguna por parte de los faraones, que respetaron un esquema de crecimiento armonioso. *«Cada nuevo pilono* —escribe Lauffray—, *es mayor y está más alejado del precedente. Las relaciones entre sus respectivas dimensiones y su alejamiento están en una misma y constante progresión. Curiosamente, parece idéntica a*

la de la distribución de las hojas en un ramo que crece y también a cómo se espacian y crecen los anillos de los cuernos de los carneros (animales sagrados de Amón).»

Karnak es un templo triple o, más bien, un conjunto de tres templos edificados siguiendo dos grandes ejes, uno según el eje oeste-este, el otro, según el eje norte-sur.

En el eje este-oeste, que corresponde al del curso solar, se despliega el gran templo de Amón, rodeado por su muralla y organizado de acuerdo con un esquema clásico: entrada monumental, gran patio, sala de columnas, sala de ofrendas, sala de la barca sagrada y sanctasanctórum. Seis pilonos aportan ritmo al inmenso edificio.

El templo de Amón no se limita a este eje. Tiene un desarrollo por su flanco derecho, hacia el sur. En este eje norte-sur, vía de las procesiones, se levantaron cuatro pilonos.

La encrucijada de los dos ejes estaba marcada por los obeliscos que erigieron Tutmosis I y Tutmosis III, entre los pilonos tercero y cuarto.

Al este del eje norte-sur, se encuentra el mayor lago sagrado de Egipto.

El segundo templo, rodeado también por una muralla, está dedicado al dios Montu, al norte del santuario de Amón. Provisto de su propio lago sagrado, está por desgracia en ruinas.

El tercer templo es el de Mut, situado al sur del de Amón, punto donde desemboca una avenida de esfinges que unía entre sí ambos recintos. En el interior del recinto de Mut se encuentran, de este a oeste, un templo de Amenhotep III, el templo de la diosa Mut, su lago sagrado y un templo de Ramsés III.

Como puede comprenderse, es imposible describir Karnak en detalle traduciendo también los textos. No bastarían para ello varios gruesos volúmenes.

El gran templo de Amón

Del embarcadero subsiste una plataforma que estuvo antaño adornada por dos

obeliscos de Seti I, de los que sólo uno ha sobrevivido. Aquí llegaban los materiales destinados a la construcción de los templos y la gran barca de Amón. Por encima del muelle, una tribuna permitía asistir al ritual de la desaparición del sol en el Nilo y a su renacimiento, así como a las festividades de la inundación. En el atrio se encuentra la capilla de Acoris, lugar para depositar la barca divina.

Del embarcadero parte una avenida (n.º 1) de esfinges (124 en su origen, 40 en la actualidad) que conduce al primer pilono (n.º 2). Estas esfinges tienen cuerpo de león y cabeza de camero, animal sagrado de Amón. Entre sus patas delanteras, Faraón mantiene dos signos *ankh*, las «claves de la vida».

Vasto cuadrilátero de 2.400 m, cuyos cuatro lados están orientados hacia los puntos cardinales, el recinto de Amón sólo se conserva parcialmente. Construido en ladrillos cocidos, alcanzando los 8 m de grosor, en él se abren ocho puertas, dos de ellas pilonos, la primera y la décima. Por sus ondulaciones, el muro simbolizaba las aguas primordiales que rodeaban el cerro sagrado sobre el cual se había edificado el gran templo.

El recorrido principal de Karnak lleva del primer pilono al sanctasanctórum. Este primer pilono, en realidad el último construido, es realmente monumental con sus 113 m de longitud y sus 15 m de grosor. No veremos ni escenas ni inscripciones. En las profundas ranuras se alojaban mástiles con oriflamas que proclamaban la presencia divina.

Pasemos entre las dos torres del pilono y penetremos en el gran patio, el mayor que se conoce (103 x 84 m, n.º 3). A nuestra izquierda, un pequeño templo con tres capillas debido a Seti II (n.º 4) y que sirve para depositar las barcas de Amón, de su esposa Mut y de su hijo Khonsu. También a la izquierda, un pórtico con dieciocho columnas de capiteles papiriformes cerrados. A la derecha, hacia el fondo del patio, flanqueado por el pórtico de los Bubastitas (los faraones originarios de la ciudad de Bubastis), con el mismo tipo de columnas, se encuentra el templo de Ramsés III (53 x 25 m, n.º 5) cuya entrada estaba flanqueada por dos colosos de los que sólo subsiste uno. También este templo servía de depósito para las barcas de la tríada tebana. En su pilono, escenas que muestran a Faraón vencedor sobre sus enemigos, las fuerzas de las tinieblas. Amón da vida a su hijo, Ramsés, para que la transmita al pueblo de Egipto.

Ramsés III, que celebra la fiesta que asegura la renovación de su energía, insiste en la fidelidad de Heliópolis, la antiquísima ciudad santa, al tiempo que ofrece su santuario a Amón-Ra. Varias estatuas muestran al faraón como Osiris, al término por lo tanto del proceso de resurrección.

Regresemos al gran patio para contemplar el portal de los Bubastitas (n.º 7), que en este caso recuerda un eclipse, el cielo «había devorado a la luna». El país entero sentía inquietud. Para calmar la cólera de los dioses, el faraón había celebrado una gran fiesta en Karnak ofreciendo a Amón toros, gacelas, antílopes, órix, ocas cebadas, vino, miel e incienso.

El segundo pilono (n.º 8) forma el fondo del gran patio.[25] Le precedían dos colosos de Ramsés II, de los que sólo queda uno, muy dañado. En el antepilono y en todas sus torres, vemos escenas de ofrendas. Numerosas sorpresas aguardaban a los excavadores que exploraron el interior y los cimientos del pilono: miles de piedras pertenecientes a monumentos anteriores, una estela que narraba la lucha del faraón Kamosis contra los invasores hicsos, bloques de gres procedente de monumentos construidos en Karnak por Amenhotep IV, el futuro Akenatón.

Antes de proseguir nuestro camino hacia el sanctasanctórum, podemos recorrer el magnífico «museo al aire libre» (Ibis), al norte del gran patio. En él se exponen varios monumentos notables, entre los que merece destacar la «capilla blanca» de Sesostris I y la «capilla roja» de Hatsepsut Al reedificar la primera, cuyos bloques estaban cuidadosamente hundidos en el tercer pilono, Henri Chevrier sacó a la luz una obra maestra del Imperio Medio. De soberana elegancia, el pequeño edificio está provisto de dos rampas que servían para que se deslizara la barca sagrada, instalada en un altar en el centro de ese depósito. Los jeroglíficos de la capilla blanca se encuentran entre los más hermosos grabados nunca por los egipcios. Relieves e inscripciones nos ofrecen una lista de las provincias de Egipto y admirables escenas de ofrendas a Amón-Min, el fuego secreto que anima la naturaleza.

La «capilla roja», que debe su nombre al color de los bloques de cuarcita, es otro milagro. Esta capilla, reconstruida hoy, servía de santuario a la barca en el sanctasanctórum de Karnak. Este hecho revela su importancia, que se ve confirmada por la calidad de las escenas, tanto por su estilo como por su temática.

Volvamos al gran patio y crucemos la puerta del segundo pilono para

penetrar en la sala hipóstila, sin duda el lugar más espectacular de Karnak, con sus 5.400 m\ 53 m de profundidad por 102 de anchura, sus 134 columnas, de ellas 122 con capiteles papiriformes cerrados a los lados y 12 con capiteles papiriformes abiertos flanqueando la avenida central y que alcanza 23 m de altura. En estos últimos podrían caber unas cincuenta personas. La nave central es más alta que los laterales, y se advertirán las ventanas, en forma de rejas de piedra, que dejaban pasar los rayos de luz para iluminar, según los momentos del año y del día, esta o aquella escena.

A esta sala se la llama «el rey es un ser de luz en la morada de Amón» y «lugar de plenitud para el señor de los dioses», «lugar perfecto de morada para la Enéada». Loe textos advierten que es un trabajo terminado, destinado a la eternidad, estable como el cielo y tan duradero como el disco solar.

La sala hipóstila recibió dos tipos de decoración. En el exterior de los muros se conmemoran las victorias de Seti I sobre los palestinos, los libios y los hititas, y la de Ramsés II en Kadesh y también se ve Sesonq I triunfando sobre los hebreos.

La decoración interior prueba que esta sala de columnas funcionaba como un templo completo. En efecto, se ven los ritos de coronación, los de la fundación de un edificio sagrado, los episodios del culto divino cotidiano, los del diario viaje del sol y su renacimiento vinculado al del rey, las fiestas del Valle y de la diosa Opet.

El fondo de la sala hipóstila es el tercer pilono (n.º 10), muy degradado. No lejos se levanta el cuarto pilono (n.º 11). El ritmo arquitectónico del templo se acelera en el punto donde se cruzan los dos ejes. A la derecha, hacia el sur está el camino de las procesiones con espacios más vastos.

Entre el tercer y el cuarto pilonos se levantaban cuatro obeliscos. Ya sólo queda uno, erigido por Tutmosis I. A comienzos de la XVIII dinastía, el cuarto pilono señalaba la entrada del templo de Amón-Ra. Entre el cuarto y el quinto pilono se levantaban catorce columnas papiriformes recubiertas de oro. En este espacio que es hoy un patio al aire libre, todavía subsiste uno de los dos obeliscos de Hatsepsut, de 30 m de altura, y cuatro colosos reales. En el obelisco aparecen representadas escenas de coronación, uno de cuyos momentos esenciales es el abrazo fraternal entre Dios y Faraón.

Entre el cuarto y el quinto pilono, Sechat, la soberana de la Casa de Vida y custodio de los archivos sagrados, ofrecía una vista y un oído nuevos,

adaptados a la percepción del templo.

El espacio se reduce entre el quinto y el sexto pilono, ambos muy deteriorados. Más allá del sexto pilono se encuentra un patio donde se erigen dos grandes pilares de granito rosa adornados con tres tallos de lis, símbolo del Alto Egipto, y tres tallos de papiro, del Bajo Egipto. Ante la puerta norte descubrimos otra dualidad: las estatuas de Amón, que adopta aquí el rostro de Tutankamón y de su esposa Amonet.

Aquí se construyó el santuario destinado a las barcas sagradas (n.º 14), reconstruido en el siglo IV a. J. C. Se presenta como un rectángulo alargado compuesto por dos salas sucesivas. Dos grandes temas ilustrados por los bajorrelieves: la procesión de la barca y la coronación de Faraón. Detalle simbólico: el rey, de pequeño tamaño, es amamantado por Amonet, «La oculta», para que pueda crecer gracias a la energía celestial.

Más allá del santuario de la barca se encuentra el patio del Imperio Medio (n.º 15). Allí se edificó el primer templo de Karnak, marcado por la presencia de Osiris.

Tras este patio, tres umbrales de granito dan acceso al *akh-menu*, «el Brillante de monumentos», a menudo llamado «sala de las fiestas» de Tutmosis III. En el corazón de ese «cielo» se procedía a la regeneración del faraón y a la iniciación de los sumos sacerdotes de Karnak. Aquí estaban presentes las «almas» de los dioses antiguos y las de los faraones convertidos en estrellas que comunicaban su energía al monarca reinante.

Los textos nos dicen que las puertas de la región de la luz estaban abiertas para el iniciado, con el fin de que contemplara a Horus radiante. Penetraba, al sur, en las salas consagradas a Sokaris, dios momiforme que le rejuvenecía en los espacios subterráneos. Luego era acogido, al norte, en un dominio solar, y al final de su periplo declaraba: *«Soy un maestro de los secretos que ven la luz en sus múltiples aspectos y al Creador en su forma verdadera.»*

Entre las salas solares, una es célebre con el nombre de «jardín botánico»; sus finos relieves muestran animales y vegetales exóticos como los había visto Tutmosis III en sus expediciones a Siria-Palestina. Haciéndolos grabar así, presentaba a Amón la oferta de toda la naturaleza.

En el extremo norte, tres pequeñas capillas consagradas a Amón, a Maat y a la Enéada. En el ángulo noreste, una escalera lleva a una plataforma donde

hay un altar cuyas cuatro caras muestran el signo *hotep* que significa «estar en paz». Aquí, extendiéndose al universo, el espíritu del iniciado conocía la plenitud.

Adosado a un recinto que parecía cerrar el dominio sagrado del rey de los dioses, se eleva un nuevo templo, también construido por Tutmosis III (n.º 17). Está orientado hacia el oeste, hacia el sol naciente. Allí golpeó Atum el suelo con el pie para fundar Tebas, la madre de las ciudades. Allí Amón escucha y atiende las plegarias de quienes siguen el justo camino. Ante este templo de la luz renaciente, que comprende una sala con pilares y un naos, la reina Hatsepsut hizo erigir dos obeliscos que hoy han desaparecido.

El nacimiento del nuevo sol se concretaba en un único obelisco, del que sólo se conserva el gran zócalo cuadrado. El monumento está hoy exiliado en Roma, en la plaza de San Juan de Letrán. Con sus 33 m de altura, esta aguja de piedra levantada por Tutmosis III era el punto culminante de Karnak; símbolo de la luz creadora, vertical que unía el cielo con la tierra, el obelisco recordaba el de Heliópolis.

Más al este se halla el gran muro de ladrillos y una puerta monumental (n.º 18). En este sector se descubrieron enterrados los extraños colosos de Akenatón que se exponen en el Museo de El Cairo.

El pequeño santuario de «Osiris, regente de la eternidad» (n.º 34), presenta notables escenas, por desgracia casi borradas. Aquí está presente el personaje de la Divina Adoratriz, soberana espiritual y temporal de Tebas en la Baja Época. Asistimos a la fundación del templo, en presencia de la diosa Sechat y del faraón, al amamantamiento de la Divina Adoratriz, considerada como un monarca. Toca los sistros ante Amón-Ra para despertar su poder gracias a las armonías musicales y protectoras.

* * *

El lago sagrado de Karnak (n.º 19) es el mayor de Egipto. Es el lugar donde los sacerdotes se purificaban antes de cumplir con sus funciones.

El agua procedía directamente del Nun, el océano de los orígenes.

Por el lago navegaban las barcas durante los rituales solares y osiríacos a la vez, vinculados al templo de Taharqa, que fue construido en el ángulo noroeste de esta extensión de agua (n.º 20).

En los lados de este gran lago se construyeron las viviendas de los sacerdotes con residencia permanentemente en Karnak, salas de ofrendas y una pajarera para los pájaros sagrados. En la coronación se los soltaba en dirección a los cuatro puntos cardinales para anunciar al cosmos el advenimiento de un nuevo faraón.

Cerca del templo de Taharqa-del-lago, se erige una impresionante escultura que representa a un escarabeo. Simboliza el sol naciente que ha vencido las tinieblas y al faraón regenerado que renace por la mañana.

No lejos del escarabeo descubriremos un vestigio conmovedor: la punta de un obelisco de Hatsepsut cuyos jeroglíficos y escenas poseen una belleza fascinante. En ellos destaca especialmente la reina faraón coronada por su padre Amón.

* * *

En la confluencia de los dos ejes, delante del séptimo pilono (n.º 22) se encuentra el «patio del escondrijo» (n.º 21). En sus bajorrelieves se evoca la paz pactada por Ramsés II con los hititas y las victorias de Merenptah sobre los libios y los Pueblos del Mar. Este patio sirvió de depósito a un gran número de obras. Se trata de una verdadera necrópolis donde a comienzos de siglo fueron descubiertas unas ochocientas estatuas de piedra, diecisiete mil de bronce, varías estatuas de madera ya muy dañadas e innumerables esbozos. Su enterramiento, de carácter ritual y con la intención de preservarlas, tuvo lugar en la época ptolemaica.

Del octavo al décimo pilono, seguimos la vía de las procesiones, acompasada por vastos patios que corresponde al itinerario que tomaban las barcas sagradas cuando se dirigían hacia el templo de Mut o hacia el de Luxor.

Al oeste de este gran eje de procesiones se construyeron dos notables monumentos: el templo de Khonsu (n.º 26) y el de Opet (n.º 27).

El nombre de Khonsu está formado por una raíz que significa «atravesar» (el cielo). Hijo de Amón y de Mut, Khonsu era un hombre con cabeza de halcón cuyo cuerpo está cubierto por un vestido blanco parecido al de Osiris. En su condición de dios solar, Khonsu posee virtudes guerreras y degüella a los seres maléficos. Los ritos consagrados a Khonsu se celebraban durante la noche, especialmente con luna llena, durante la reconstitución del ojo

completo.

Este templo, en buen estado de conservación, estaba rodeado por un muro en el que se abrió un portal ptolemaico. Una avenida de esfinges, desaparecidas hoy, conducía al pilono cuyas dos torres han conservado su comisa superior. Dan acceso a un patio flanqueado de columnas, seguido por una salita, un santuario de la barca y el sanctasanctórum. Los relieves y las inscripciones poseen gran interés como, en el zócalo de la barca, el faraón cuadruplicado que levanta el cielo. Y el viajero admirará la estatua de un magnífico babuino sentado, símbolo de Thot, dios lunar como Khonsu.

A través de una escalera considerada como la tumba de Osiris, el templo de Opet[26] (n.º 27) comunicaba con el de Khonsu. Encarnada en un hipopótamo hembra, Opet era una diosa del nacimiento, generadora de la luz, matriz en la que la vida tomaba forma.

En el santuario se contemplan escenas de la resurrección de Osiris, velado por Isis y Neftis. La gran hechicera, Isis, recibe la ayuda de cuatro dioses con cabeza de rana y otros cuatro con cabeza de serpiente que juntos forman la Ogdóada, agrupación de las fuerzas elementales de la creación. En este mismo templo de Opet, uno de los lugares principales de Karnak, se advierten los diez *bau* de Amón, manifestaciones visibles del dios oculto, en forma de felinos, serpientes y de un ser humano.

El templo de Mut

La avenida de esfinges que sigue al décimo pilono (n.º 28) lleva al recinto de la diosa Mut (n.º 29), a unos 300 m del recinto del templo de Amón-Ra. Mut, cuyo nombre significa al mismo tiempo «madre» y «muerte», disponía de un vasto dominio desafortunadamente muy arruinado e inexplorado en parte.

En el paraje sólo quedan algunos ejemplares de las numerosas estatuas de la diosa-leona Sekhmet que hiciera esculpir Amenhotep III, probablemente dos series de 365, dos para cada día del año… Sekhmet podía mostrarse terrible trayendo la enfermedad, pero también enseñaba el arte de curar a sus adeptos, que formaban el cuerpo médico. Apaciguada por himnos y cantos, especialmente a final de año, la terrorífica Sekhmet se transformaba en la dulce gata Bastet.

Se verán también los vestigios de un santuario de Amenhotep III donde figuraban escenas de nacimiento y de circuncisión, y de un templo de Ramsés III celebrando la victoria del rey sobre las tinieblas y su renacimiento como Osiris.

El lago sagrado de Mut tiene una forma única que parece un cuarto creciente o una herradura, forma que evoca la matriz donde nacen todas las formas.

El templo de Montu

En el lado opuesto del recinto de Mut se encuentra el de Montu, el antiguo dios tebano, señor de la fuerza victoriosa (n.º 33). También este templo contaba con un lago sagrado, pero este conjunto arquitectónico está muy degradado.

Un pequeño templo, adosado al de Amón-Ra-Montu, merece la atención, pues estaba dedicado a Maat, la hija del Sol y la personificación de la Armonía universal. Simbolizaba todas las ofrendas y a ella dirigía Faraón la suprema ofrenda.

El templo de Ptah

Karnak habría estado incompleto si no hubiese acogido a Ptah, señor de Menfis y dueño del Verbo creador cuyo templo (n.º 32) posee un encanto particular por la belleza de su arquitectura y la riqueza de su decoración.

Probablemente fue creado durante el Imperio Medio, embellecido por Tutmosis III y ampliado en la época ptolemaica. Se accede a él siguiendo una avenida con cinco puertas, y se descubre un santuario formado por un pequeño patio y tres capillas aún cubiertas. En uno de los muros del patio puede verse al sabio Imhotep, considerado como el fundador de todos los templos de Egipto.

En la capilla de la izquierda, notables relieves muestran al faraón Tutmosis III cumpliendo con los ritos. En la del centro, una estatua de Ptah

cuya cabeza fue destrozada. En la de la derecha hay una estatua de Sekhmet que consiguió escapar de la destrucción porque su magia era considerada especialmente temible. Esposa de Ptah, encarnaba el poderío en su apogeo que sólo Faraón conseguía dominar con los ritos. Y cuando la estatua sale de la penumbra gracias a un rayo de luz que cae desde el techo, nadie duda de la realidad de este poder.

* * *

Karnak[27] y tres templos tebanos más (Tod, Medamud y Erment) formaban un inmenso ojo-*udjat*, el ojo completo de Horus, cuyas diversas partes permitían conocer las medidas del universo. ¿No serán las distintas partes de Karnak componentes de esa mirada divina construida sobre la tierra?

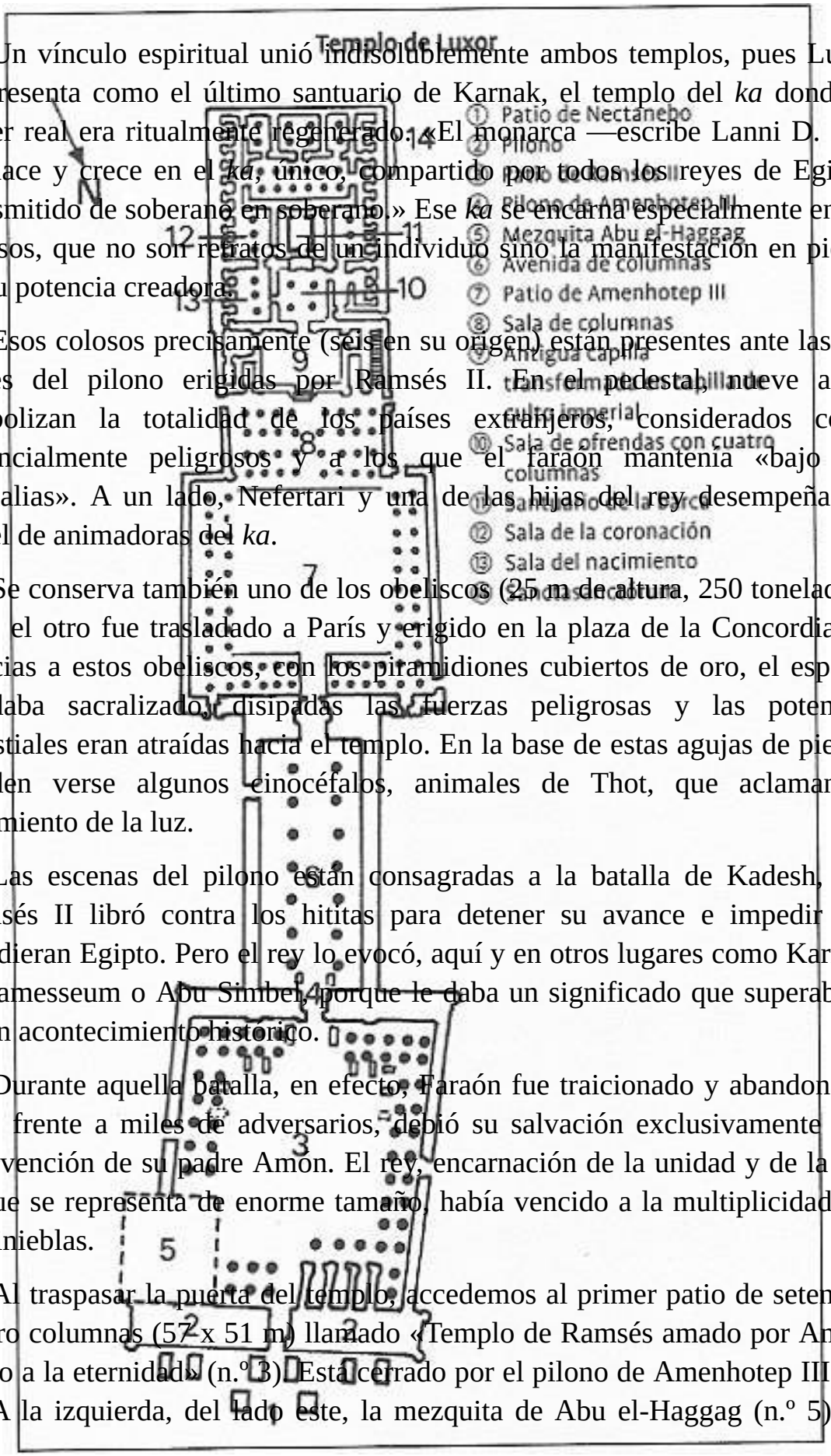
20. Tebas-este: Luxor, la fiesta divinizada y el templo del ka

Al faraón Amenhotep III, a su ilustre maestro de obras Amenhotep hijo de Hapu y a dos arquitectos que llevan los nombres de Horas y de Seth les debemos la concepción y la creación de Luxor. *«Mi soberano me ha nombrado jefe de las obras* —recuerda Amenhotep—; *he establecido el nombre del rey para la eternidad, no he imitado lo que se realizó antaño, nadie había hecho esto desde que se ordenó el mundo. Fui iniciado en los libros divinos, tuve acceso a las fórmulas de Thot, era experto en sus secretos, he resuelto todas sus dificultades.»*

También Tutankamón está presente en Luxor; fue Ramsés II el que dio al templo su aspecto definitivo al construir el primer gran patio y la fachada. Por lo que se refiere a Alejandro Magno, hizo restaurar el naos. A comienzos del siglo IV a. J. C., Luxor fue transformado por los romanos en templo del culto imperial antes de servir como iglesia cristiana. Las huellas de esta ocupación son todavía visibles. El nombre egipcio del templo, *ipet-sut*, suele traducirse como «harén (de Amón) del sur». *Ipet* significa en realidad «el lugar del número», «el lugar que contiene la capacidad de enumerar», o dicho de otro modo, de conocer lo que es.

Edificado a semejanza del horizonte celeste, el edificio tenía muros de electro y un suelo de plata. Una impresionante avenida de esfinges, que se espera desenterrar por completo, unía Karnak con Luxor. Según F. Traunecker-Laroche, si se divide la longitud de esta avenida, es decir 1.950 m, por el entre-eje medio de los zócalos de estas esfinges (5,35 m), se obtiene la cifra de 364,5 m, es decir el número de los días del año egipcio.

Un vínculo espiritual unió indisolublemente ambos templos, pues Luxor se presenta como el último santuario de Karnak, el templo del *ka* donde el poder real era ritualmente regenerado. «El monarca —escribe Lanni D. Bell — nace y crece en el *ka*, único, compartido por todos los reyes de Egipto, transmitido de soberano en soberano.» Ese *ka* se encarna especialmente en los colosos, que no son retratos de un individuo sino la manifestación en piedra de su potencia creadora.



Esos colosos precisamente (seis en su origen) están presentes ante las dos torres del pilono erigidas por Ramsés II. En el pedestal, nueve arcos simbolizan la totalidad de los países extranjeros, considerados como potencialmente peligrosos y a los que el faraón mantenía «bajo sus sandalias». A un lado, Nefertari y una de las hijas del rey desempeñan el papel de animadoras del *ka*.

Se conserva también uno de los obeliscos (25 m de altura, 250 toneladas), pues el otro fue trasladado a París y erigido en la plaza de la Concordia.[28] Gracias a estos obeliscos, con los piramidiones cubiertos de oro, el espacio quedaba sacralizado, disipadas las fuerzas peligrosas y las potencias celestiales eran atraídas hacia el templo. En la base de estas agujas de piedra, pueden verse algunos cinocéfalos, animales de Thot, que aclaman el nacimiento de la luz.

Las escenas del pilono están consagradas a la batalla de Kadesh, que Ramsés II libró contra los hititas para detener su avance e impedir que invadieran Egipto. Pero el rey lo evocó, aquí y en otros lugares como Karnak, el Ramesseum o Abu Simbel, porque le daba un significado que superaba al de un acontecimiento histórico.

Durante aquella batalla, en efecto, Faraón fue traicionado y abandonado. Solo frente a miles de adversarios, debió su salvación exclusivamente a la intervención de su padre Amón. El rey, encarnación de la unidad y de la luz, al que se representa de enorme tamaño, había vencido a la multiplicidad y a las tinieblas.

Al traspasar la puerta del templo, accedemos al primer patio de setenta y cuatro columnas (57 x 51 m) llamado «Templo de Ramsés amado por Amón, unido a la eternidad» (n.º 3). Está cerrado por el pilono de Amenhotep III (n.º 4). A la izquierda, del lado este, la mezquita de Abu el-Haggag (n.º 5), un

santo local cuya fiesta todavía hoy se celebra. Ninguna misión arqueológica ha conseguido que sea desplazada con objeto de descubrir por completo el templo.

A la derecha, justo detrás del pilono, se encuentra un pequeño santuario que data de la época de Hatsepsut, compuesto por tres capillas dedicadas a la tríada tebana, Amón, Mut y Khonsu. Podría tratarse de un depósito de barca en la ruta de las procesiones que Ramsés II incluyó en su templo. Las columnas poseen una gracia aérea.

El dintel de la puerta que da acceso a la capilla central muestra a Faraón corriendo hacia Amón. A la izquierda, es el rey del Bajo Egipto llevando la corona blanca; a la derecha, el rey del Alto Egipto llevando la corona roja. En el centro, entre las dos representaciones de Amón que recibe al soberano, el genio de la eternidad lleva en la cabeza el nombre del rey, coronado por un sol.

Austeras y macizas son las columnas que bordean los muros del patio. Entre ellas, estatuas del *ka* real de pie, acompañadas por representaciones de pequeño tamaño de la reina o de una princesa. Una sola estatua fue tallada en granito negro, las demás en granito rosa.

En el ángulo sudoeste asistimos a una procesión en la que entre sacerdotes portadores de ofrendas figuran diecisiete «hijos reales»[29] llevando ramilletes cuyo suave olor alimentará el alma de los dioses. Sin embargo, las «estrellas» del cortejo son seis enormes bueyes que fueron cebados para el sacrificio. Van adornados, incluso llevan flores en sus cuernos. Por encima de dos de ellos, una cabeza de negro y otra de asiático.

Otra representación: la inauguración del pilono de Luxor, con sus cuatro mástiles para banderolas, precedido por los seis colosos y los dos obeliscos.

No olvidemos, en el reverso del pilono, la erección del mástil de Min que marca el triunfo de la vida sobre la inercia. En este templo, Amón adquiría la forma de Amón-Min, la potencia fecundadora tanto espiritual como material.

Para salir del patio hay que pasar por delante de dos colosos de Ramsés II que flanquean la puerta del pilono de Amenhotep III (n.º 4). En los zócalos vemos a los enemigos vencidos y atados; junto a la pierna derecha del monarca, su esposa Nefertari lleva el vestido de suma sacerdotisa de Hator, cuya función consiste en dinamizar el *ka*.

Tomemos por una soberbia avenida, de 52 m de largo, cubierta antaño, bordeada por siete columnas (15,80 m de altura) a uno y otro lado (n.º 6). Sus dimensiones procuran una impresión de elevación y de cuello de botella entre dos partes del templo muy distintas. En este lugar se produce un claro cambio de eje, que corresponde a esa compartimentación en la que el recorrido cambia de naturaleza.

Al este y al oeste, dos muros bordean la columnata. Su decoración es obra de dos faraones, Tutankamón y Horemheb, que decidieron se representaran episodios de la gran fiesta de la diosa Opet, durante la cual las barcas de la tríada tebana viajaban de Karnak a Luxor. La ida está representada en el muro oeste, el regreso en el muro este.

En la orilla, una multitud imponente acompañada de músicos y danzarines. Es ésta la parte profana de los festejos, aunque la fiesta de Opet en su aspecto secreto contribuye a la regeneración del *ka* real. La gran columnata evoca el paso entre estos dos mundos.

Penetremos en el segundo gran patio del templo (52 m de ancho por 48 de largo), el de Amenhotep III (n.º 7), que precede al templo cubierto. En tres de sus lados está bordeado por dos hileras de columnas papiriformes con capiteles cerrados de extraordinaria belleza. En este lugar mágico nos impregnamos plenamente de la potencia de la verticalidad, del fulgor de esos rayos de luz grabados en la piedra.

Como es habitual, el templo cubierto se inicia en una sala con columnas, aquí treinta y dos (n.º 8). Esta parte del edificio está construida sobre una especie de plataforma, el basamento está decorado con una procesión de personajes que simbolizan las provincias de Egipto.

Tras la sala de columnas se abren varias pequeñas estancias, entre ellas una capilla transformada en lugar de culto imperial (n.º 9), la sala con cuatro columnas (n.º 10) donde el faraón lleva a cabo los ritos de ofrendas a Amón y a Min, y el santuario de la barca (n.º 11), parte del templo modificada por Alejandro Magno que se hizo representar adorando a los dioses egipcios, imitando las escenas creadas por Amenhotep III.

A la izquierda de la capilla de la barca hay dos capillas más: una nos cuenta la coronación de Amenhotep III (n.º 12), la otra evoca la concepción divina y el nacimiento del faraón (n.º 13). Las escenas están grabadas en el muro oeste, con un ligero relieve, y son difíciles de descifrar.

Khnum, el dios alfarero con cabeza de camero, modela en su tomo al faraón y su *ka*, su «doble» o más exactamente la energía inmortal de la que es depositario. Amón, bajo la forma de Tutmosis IV, se une a la reina Mut-em-uia, «La madre que está en la barca». Thot anuncia a la reina el nacimiento de un hijo. Algunas divinidades la guían hasta el pabellón de parto y velan por ella. Amón acoge con alegría a su hijo, la vaca celestial de Hator amamanta al niño y su *ka*. Y el nuevo faraón sube al trono.

Más allá del santuario de la barca se encuentra el sanctasanctórum (n.º 14), compuesto por un vestíbulo con doce columnas que precede a tres capillas. En la del centro estaba colocado un naos que contenía la estatua divina. Allí, como muestran los bajorrelieves, Faraón se encontraba con su padre Amón. Dos dioses le conducían, Horus, protector de la realeza, y Atum, el creador. En lo más secreto del templo, el Padre se encarnaba en el Hijo para ofrecerle una eterna fiesta del *ka*.

El Museo de Luxor

Inaugurado en 1975, el Museo de Luxor alberga varias obras maestras. Citemos la estela de Kamosis que narra su lucha contra los hicsos, un pilar osiríaco de Sesostris I procedente del primer templo de Karnak, un rostro grave y anciano de Sesostris III, un admirable Tutmosis III de piedra caliza pintada, el sorprendente dúo formado por Amenhotep III y el cocodrilo Sobek, una hermosa estatua de Amón de Karnak con el rostro de Tutankamón, una cabeza de vaca de madera dorada procedente de su tumba, la pared de un templo de Akenatón reconstruida con los bloques procedentes del noveno pilono de Karnak. Desde el más modesto objeto hasta la más monumental de las estatuas, las obras allí expuestas son en todo punto notables.

El punto culminante es sin duda la sala donde podemos admirar las estatuas descubiertas en enero de 1989 en el «escondrijo» del gran patio de Amenhotep III. Aproximadamente a un metro de profundidad debajo del suelo se habían preservado una Hator con la cabeza coronada por dos cuernos entre los que nace el disco solar, el faraón Horemheb arrodillado, haciendo la ofrenda del vino a Amón, una estatua de Amenhotep III colocado en la narria y simbolizando al creador, una rara representación de la gran serpiente

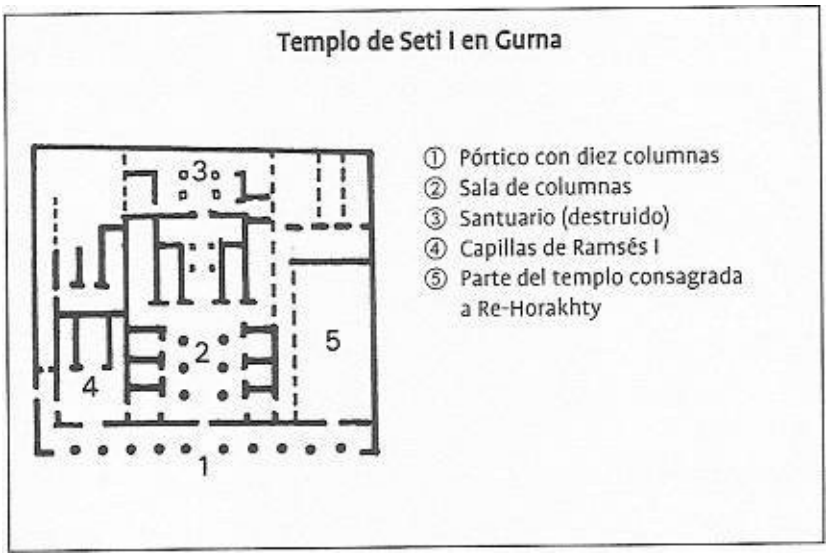
fecundadora de la tierra y una sublime diosa Iunyt, «La del pilar» de granito gris. La escultura de la XVIII dinastía alcanza aquí la perfección y permite imaginar el esplendor del templo de Luxor[30] cuando cada uno de sus elementos estaba en su lugar.

21. Tebas-oeste: el templo de Seti I en Gurna

Existe ahora un puente que permite pasar a la orilla oeste, pero nada como la barcaza y una breve travesía del Nilo para alcanzar esta orilla occidental donde subsisten tantas maravillas.

La primera de ellas es un «templo de millones de años»[31] construido por Seti I, a quien debemos también el gran templo de Abydos, la sala hipóstila de Karnak y una de las más hermosas tumbas del Valle de los Reyes.

Seti I decidió la erección del santuario junto a las tumbas de los Antef, un linaje de monarcas en los orígenes del Imperio Medio que dieron a Tebas una importancia preponderante.



Del grandioso edificio de la XIX dinastía sólo queda el templo cubierto precedido por un pórtico de diez columnas (n.º 1), nueve de las cuales están todavía en su lugar. Los dos patios y los dos pilonos han desaparecido. Los trabajos de restauración permiten comprender cómo estaban dispuestos los edificios anexos (talleres, almacenes) de este conjunto arquitectónico de gran complejidad que disponía incluso de un lago sagrado.

En el interior del pórtico, en el basamento, dioses Nilo, masculinos y

femeninos, llevan al templo los productos de la tierra de Egipto. Reconstruyen un ser masculino-y-femenino, un andrógino que simboliza todo el país al servicio de los dioses y de Faraón.

Tres puertas dan acceso al templo. La puerta central da a una sala de columnas (n.º 2) tras la cual se encuentra el santuario (n.º 3). Esta puerta medianera del templo cubierto, hoy muy destruida, está dedicada al dios Amón y a Seti 1. El rey resucita en este lugar donde sigue practicando eternamente los ritos. Los bajorrelieves dé la sala de columnas muestran a Seti I y a Ramsés II, que concluyó el templo iniciado por su padre, presentando las ofrendas tradicionales a los dioses. Los dos faraones gozan de una inalterable juventud, puesto que Ramsés II niño es amamantado por Mut, mientras que Seti I lo es por Hator. A ambos lados de la sala de columnas, las seis pequeñas estancias están decoradas con escenas rituales que muestran, especialmente, al faraón participando en un banquete y dialogando con su *ka*.

La puerta de la izquierda (n.º 4) lleva a una sala con dos columnas y a unas capillas consagradas a Amón y al padre de Seti, Ramsés I. En esos lugares reina el dios creador, Atum, Montu con cabeza de halcón y Amón. El primero de los Ramsés, fundador de un largo linaje, está instalado en un naos y venerado por Ramsés II, mientras Seti unge su estatua viviente con un ungüento regenerador.

Consagrada a Ra-Horakhty, el dios de la luz, la parte norte del templo (n.º 5) está muy destruida. Se caracterizaba por la presencia de un altar que era utilizado durante los ritos solares.

A pesar de sus heridas, este magnífico templo es un lugar del que emana una gran serenidad y donde podemos descubrir un verdadero repertorio de escenas de ofrendas de bellísimo estilo, como las del incienso, el vino, la leche, el pan, la lechuga que se relaciona con Min o de los ramilletes de flores a Amón. Se derraman libaciones ante Osiris, Isis y Anubis, y el faraón venera el pilar *djed*, símbolo de Osiris resucitado. La Enéada está presente, las barcas sagradas circulan. Y cuando Seti recibe el beso de una diosa, personificación del templo, se siente una intensa gratitud por la inmensa obra llevada a cabo por este faraón.

22. Tebas-oeste: los colosos de Memnón

En la carretera que conduce hasta las necrópolis de la orilla oeste y a los demás templos, es imposible dejar de ver dos estatuas gigantescas que parecen extraviadas en medio de la campiña.

Dichos colosos son vestigios del gran templo de los millones de años construido para Amenhotep III por su maestro de obras, Amenhotep hijo de Hapu. Los canteros utilizaron un único bloque de gres para cada estatua. El material se extrajo de la cantera de la Montaña roja, 700 km al norte. Por razones mágicas y simbólicas, había que emplear aquel gres sin preocuparse por la distancia y el transporte.

El *ka* de Amenhotep III está sentado en un trono gigantesco donde figura un acto ritual esencial, la unión de las Dos Tierras: dos dioses Nilo vinculan el lis, símbolo del Alto Egipto, y el papiro, que lo es del Bajo Egipto. Como animadoras de la energía real, la madre y la hija del rey están presentes a uno y otro lado de las estatuas.

En el año 27 a. J. C., un terremoto sacudió la región tebana y dio una inesperada reputación a los colosos. Bajo el impacto del choque, el coloso situado más al norte sufrió importantes daños. Las fracturas hicieron «trabajar» la piedra, creando un curioso fenómeno por el cual el coloso parecía emitir sonidos, una especie de canto al salir el sol.

Alguien pensó entonces en Memnón, el héroe etíope muerto durante la guerra de Troya, y se le atribuyó aquel desgarrador lamento que se oía cada vez que nada el día. Su nombre, en efecto, se aproximaba al egipcio *menu*, «el monumento», un término que servía para designar a los colosos. Su madre, la aurora de rosados dedos, respondía a la llamada creando el rocío que devolvía la vida a su hijo. ¿Acaso el *ka*, presente en los colosos, no revivía también cada mañana al pronunciar las palabras rituales: «Despierta en paz»?

El milagro se hizo célebre en el mundo antiguo, en 130 a. J. C., cuando el

emperador Adriano, un apasionado del orientalismo, acudió a escuchar en varias ocasiones el extraño concierto de la piedra. Y fue otro romano, Septimio Severo quien en 199 d. J. C., cometió lo irreparable… ¡restauró los colosos! Su intención fue buena; el resultado, sin embargo, deplorable: el canto cesó.

En Egipto, lo extraordinario es siempre posible. En un paraje tan devastado, ¿cómo esperar descubrimientos? Algunas excavaciones recientes han demostrado que no había por qué desesperarse. En primer lugar, pudo establecerse el plano del edificio cuyo tamaño superaba al del Ramesseum; luego aparecieron algunos vestigios, entre ellos una sorprendente esfinge con cola de cocodrilo; finalmente, se encontraron dos colosos más, tendidos en el suelo, por detrás de los «de Memnón». Precedían sin duda al segundo pilono y representaban también al faraón. Podemos esperar que muy pronto quedarán desenterrados y serán erigidos de nuevo, es decir, resucitados. Y pensamos en esa conmovedora estela, que sobrevivió a la destrucción, para evocar la consagración del inmenso santuario de Amenhotep III.

23. Tebas-oeste: Dair al-Bahari, la eternidad de la reina-faraón Hatsepsut

Dair al-Bahari[32] se encuentra en la orilla occidental del Nilo, frente a Karnak, en un anfiteatro natural dibujado por un acantilado que pertenece a la cordillera líbica. Al sur, la montaña más sagrada entre todas, la Cima de Occidente, donde vela una diosa que acoge a «los justos de voz».

En ese lugar, el sol pone una rara intensidad. En pleno mediodía, una blancura cegadora hace que el templo se confunda con la montaña a la que está adosado.

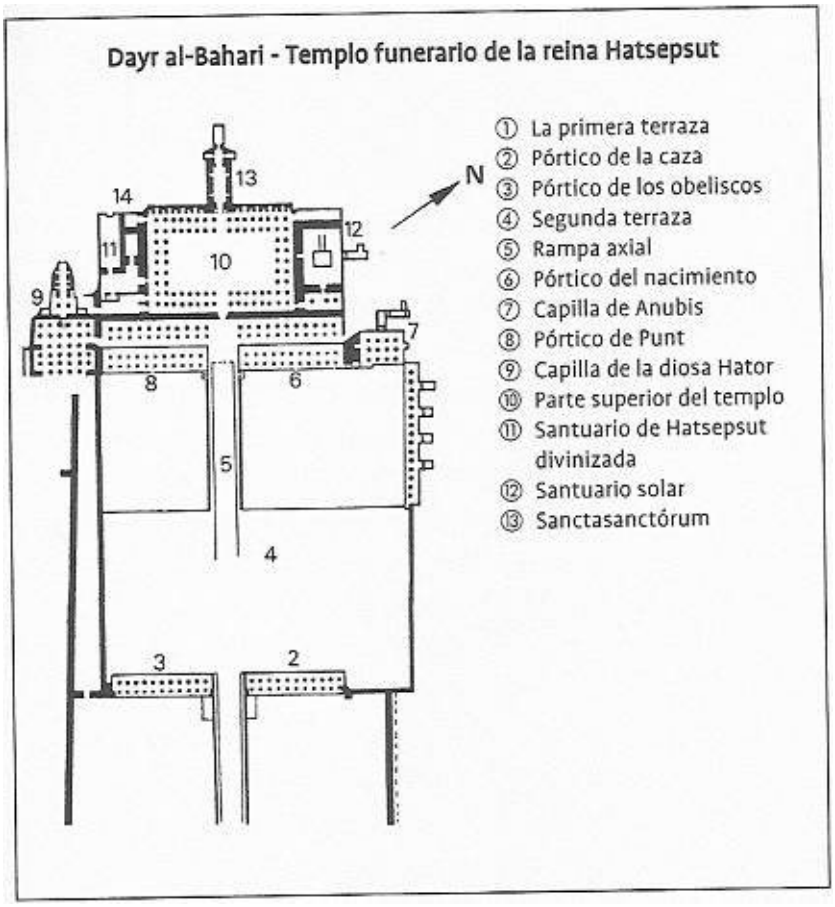
Nada concreto sabemos sobre el paraje con anterioridad al reinado de Mentuhotep (XI dinastía, hacia 2050 a. J. C.). Cinco siglos antes de Hatsepsut, este faraón construyó en Dair al-Bahari un primer santuario cuyos vestigios pueden verse justo al lado del templo de Hatsepsut.

Su estructura era especialmente interesante: un patio con árboles del que partía una rampa que desembocaba en un vasto zócalo en el que una tumba de Osiris, en forma de cerro, se hallaba oculta por la vegetación. Tras esta sepultura, un sepulcro excavado en la roca.

«Primera de los nobles», «La que besa a Amón», «Poderosa en fuerzas de vida», «Verdeante de años», «Divina de apariciones», Hatsepsut era la esposa del rey Tutmosis II. A la muerte del rey, ella fue primero regente antes de convertirse en faraón, de 1498 a 1483 a. J. C. Que una mujer ocupase la función suprema no era una novedad y no escandalizaba a ningún egipcio. Tutmosis III, destinado al trono, aguardará la muerte de Hatsepsut para sucedería. Se vinculará entonces directamente al reinado de Tutmosis I, ocultando el período de gobierno de Tutmosis II y Hatsepsut y haciendo grabar algunos cartuchos con el nombre de la reina faraón. Tuvo la precaución de dejar varios de ellos intactos o muy legibles.

No hubo ni guerra civil ni enfrentamiento de facciones; se estableció una época apacible y próspera, durante la cual Hatsepsut y su genial maestro de obras, Senen-Mut, emprendieron la construcción de un templo con terrazas unidas por una rampa que subía hacia el acantilado. Recibió el nombre de djeser-djeseru, «el sagrado entre los sagrados». Y Hatsepsut lo colocó en el eje de su tumba del Valle de los Reyes.

Hoy, el jardín con árboles de incienso y adornado con albercas ha desaparecido. Para recibirnos, un león señala el inicio de la gran rampa. Junto con su pareja, destruida, simbolizan el ayer y el mañana y con los ojos perpetuamente abiertos velan por el santuario.



La primera terraza

Admirables relieves, como todos los de Dair al-Bahari, adornan el muro del fondo del pórtico con columnas que algunos consideran como inspiradoras del orden dórico.

A la derecha, hacia el norte (n.º 2), las escenas llamadas del «pórtico de la caza» muestran a Hatsepsut como esfinge que pisotea la masa desordenada de sus enemigos. Asistimos también a una procesión de estatuas reales y al rito de los cuatro temeros (negro, blanco, rojo, manchado), vinculado a los misterios osiríacos.

Cuando Hatsepsut se aventura por las marismas para recoger papiros y cazar pájaros, solicita los favores de Hator y «captura» las múltiples manifestaciones del alma.

Al otro lado del pórtico, hacia el sur (n.º 3), se magnifica la actividad de Hatsepsut maestro de obras. Como todos los faraones del Imperio Nuevo, embelleció Karnak, y el «pórtico de los obeliscos» narra el viaje de los artesanos que partieron hacia Asuán para extraer monolitos de granito rosa destinados a convertirse en obeliscos. Fueron transportados en una chalana de 50 m de largo y recibieron en Karnak una acogida triunfal, al son de trompetas y tambores.

Al efectuar una carrera ritual que delimitó mágicamente el espacio, Hatsepsut consagró el terreno donde se erigieron las agujas de piedra encargadas de dispersar las energías nocivas y atraer la luz.

La segunda terraza

Sigamos subiendo por la rampa axial del templo hasta desembocar en una terraza de grandes dimensiones.

En el lado norte, a nuestra derecha, un pórtico de quince columnas. Frente a nosotros, el pórtico del oeste, con dos hileras de veintidós pilares; a la derecha, hacia el norte, las escenas referentes a la realeza de Hatsepsut (n.º 6); más a la derecha aún, en el extremo norte, está la capilla de Anubis (n.º 7). Al otro lado, hacia el sur y a nuestra izquierda, descubriremos los relieves que relatan la expedición al país de Punt (n.º 8); en el extremo sur, la capilla de la diosa Hator (n.º 9).

En el «pórtico del nacimiento» (n.º 6), Hatsepsut subraya el carácter sagrado de la función faraónica (escenas comparables en Luxor). Doce diosas celebran consejo ante Amón-Ra. Se evoca a la hermosa soberana Ahmés a la

que conviene dar descendencia. El dios Amón se encarna en el cuerpo del rey, su esposo. Cuando éste entra en la cámara nupcial, desprende un olor tan suave que la muchacha queda embriagada. El amor inunda su ser, la unión se consuma. La reina queda encinta, los dioses la ayudarán a parir y el alfarero divino modela en su torno a Hatsepsut, a la que se le da el nombre de Maat-ka-Ra, «La armonía es la energía de la luz divina». Al mismo tiempo que a la reina predestinada, Khnum crea su *ka*.

El dios Amón toma a su hija en brazos. La reconoce como hija de su carne y expresa una intensa alegría. Siete genios varones y siete genios hembras colman a la niña de todos los dones para permitirle un feliz reinado.

Hatsepsut es asociada al trono por su padre, con el fin de enseñarle el arte de gobernar. Asistimos a su coronación, luego a sus viajes rituales hacia el Norte y al Sur, durante los cuales se hace reconocer como soberana por las divinidades de las provincias.

El «pórtico de Punt» (n.º 8) ofrece el relato de una gran expedición organizada por la reina. Existe acuerdo en pensar que el maravilloso país de Punt se encontraba en alguna parte de la costa de los Somalíes. Pero la localización geográfica tiene menos importancia que la función sagrada de esta región. En efecto, producía el incienso indispensable para que los rituales se cumplieran adecuadamente.

La partida se lleva a cabo bajo los mejores auspicios. Consultado, el cielo es favorable. Cinco barcos, cargados de vituallas y regalos, pueden lanzarse a la «Gran Verde».

La llegada de los egipcios a Punt provoca cierto asombro. ¿Han recorrido los caminos del cielo? En cualquier caso, no suscitan el menor temor cuando penetran en una aldea africana caracterizada por sus chozas y sus palmeras.

La familia reinante en Punt recibe a los enviados de Hatsepsut. La princesa local, que padece elefantiasis, pequeña y deforme, aparece representada sin complacencia. Los egipcios cambian sus cargamentos por árboles de incienso cuyas raíces van cuidadosamente envueltas. Se indica con precisión que los árboles están vivos. Los egipcios embarcan también consigo oro, ébano, marfil, pieles de pantera y diversos animales exóticos, entre ellos una soberbia jirafa.

La llegada a Egipto brinda la ocasión para los festejos. Tutmosis III,

presente, ofrece incienso; Hatsepsut en persona mide con un celemín el precioso producto mientras Thot anota el resultado.

La reina ha cumplido su misión: traer de Punt el incienso utilizado para el culto de Amón y la «Hermosa fiesta del Valle».

El santuario de Hator

En el extremo izquierdo del pórtico de Punt, el dominio de Hator (n.º 9) se presenta como un templo reducido que incluye un vestíbulo, dos salas con pilares y un santuario excavado en la montaña.

Aquí reina la Dama de Occidente que acoge en su seno al sol poniente y el alma de los justos. Se le hacía ofrenda de flores, frutos y copas cuyo centro está decorado con una rana, símbolo de resurrección.

Los pilares de este santuario son llamados «hatóricos», pues sus capiteles son cabezas de mujer provistas de orejas de vaca. Los egipcios consideraban ésta la más perfecta expresión de la belleza así como del entendimiento. Algunos de estos rostros son realmente sublimes.

La segunda sala de pilares se adorna con escenas de fiesta en honor de Hator, de regocijos en el Nilo con un ir y venir de barcos mientras en la orilla algunos soldados agitan ramos. Se ve también dos episodios rituales, la «carrera del pájaro» y la «carrera del remo», que Faraón llevaba a cabo durante el ritual de regeneración.

Una escena pone de relieve el vínculo sagrado que unía a la soberana con la diosa: sentada bajo un dosel, Hatsepsut tiende la mano hacia la vaca que le lame los dedos: *«Con el ojo en el ojo* —dice el texto— *besar el brazo, lamer las carnes divinas, inundar al faraón de vida y de potencia.»*

En el santuario figura también el rito de «golpear la pelota» para Hator, que consiste en impedir que el «mal de ojo» perjudique. Entre distintas escenas de adoración y de ofrendas, Hatsepsut, de rodillas, bebe la leche de la vaca del cielo, el elixir de juventud.

La capilla de Hator, a la que se accedía por tres peldaños, presenta dos notables particularidades. La primera tiene lugar sobre una hornacina, en el muro donde se desarrolla la escena del amamantamiento, donde dos

personajes hacen la ofrenda de la leche y el vino. Sus rostros son extrañamente semejantes: se trata de Tutmosis 111 y Hatsepsut, en perfecto acuerdo.

Luego, el arquitecto Senen-Mut se hace representar, con gran discreción, tras los batientes de la puerta de las hornacinas. El constructor del templo había sido autorizado a participar, en silencio y secreto, en los rituales que se celebraban en aquellos lugares.

La capilla de Anubis

En el extremo del pórtico del nacimiento, hacia la derecha, al norte, era recibido Anubis.

Anubis, que preside el pabellón de embalsamamiento, el señor de la necrópolis, el que está encaramado en su montaña, se encarnaba en un hombre con cabeza de chacal. En su condición de guía de los muertos, conoce el secreto de los vientos, del agua y de la piedra.

Su pequeño templo se compone de un pórtico, de una sala con columnas y de una capilla. Bajo la protección del dios, Hatsepsut venera a Osiris y Sokaris, íntimamente unidos en el proceso de resurrección.

Para penetrar en la capilla del fondo, hay que girar en ángulo recto, a la derecha, pues esta parte del edificio está acodada en escuadra. En la hornacina terminal de la capilla abovedada se encuentran Amón y Anubis. Hatsepsut aparece arrodillada ante el guía al que ha seguido y se encuentra con su padre Amón, el que la creó. Una piel de animal colgada de un mástil evoca el despojamiento y las purificaciones efectuadas durante los ritos de iniciación.

La terraza superior

La tercera y última terraza (n.º 10), recientemente restaurada, es el punto donde desemboca la larga rampa.

Representada veintiséis veces como Osiris adosados a los pilares de los que subsisten algunos rostros admirables, Hatsepsut pasa de la muerte a la

vida. Por encima del portal de granito rosa, que da acceso a otro mundo, hay una inscripción significativa: «Horus da la vida.»

Penetramos en un patio (26 m de profundidad, 40 de anchura), antaño bordeado por dos hileras de columnas. Desde allí podemos acceder a tres conjuntos de capillas: a nuestra izquierda, al sur (n.º 11), el santuario del *ka* de Hatsepsut; a nuestra derecha, hacia el norte, un santuario solar (n.º 12); ante nosotros, hacia el oeste, el último santuario del templo (n.º 13).

En el primer conjunto (n.º 11), una capilla reservada a Tutmosis I, el padre de Hatsepsut. Detrás de una puerta, una nueva y discreta representación de Senen-Mut, arrodillado, con las manos levantadas en señal de veneración. Nos hallamos aquí en una verdadera morada de eternidad donde portadores de ofrendas aportan a las almas reales los alimentos necesarios. En la capilla abovedada de Hatsepsut se procede al sacrificio del buey y del antílope, animales cargados de una energía especial. Al fondo, una estela, punto de paso entre el más allá y el aquí.

Las «cámaras del norte» o «santuario del sol» (n.º 12) forman un pequeño templo, con una capilla de Horakhty, «Horus que está en la región de luz». Al fondo del vestíbulo hay una hornacina donde figura Hatsepsut. En el centro del patio, un altar para celebrar el culto al sol al aire libre y de cara al este.

El santuario del oeste (n.º 13), que en su origen fuera una gruta-capilla donde reina Hator, la diosa del cielo, es también el dominio secreto de Amón.

A ambos lados de la entrada del sanctasanctórum, contaremos nueve hornacinas en el muro. Contenían nueve estatuas de Hatsepsut, de modo que formaban una Enéada específica. En los extremos de este muro hay dos pequeñas capillas. La de la izquierda, hacia el sur (n.º 14), revela la existencia de una pareja divina, Amón, el Oculto, y Amonet, la Oculta.

En este santuario, Hatsepsut y Tutmosis III realizan la ofrenda del vino a Amón y a sus predecesores, los dos primeros Tutmosis y la reina Ahmose. La familia real está reunida entre las estrellas para venerar la presencia divina.

En tiempos de Ptolomeo Evergetes II se excavó la pared del fondo y se consagró un nuevo santuario a dos personajes de excepcional envergadura: Imhotep, el constructor de la pirámide escalonada de Saqqara, y Amenhotep hijo de Hapu, el maestro de obras de Amenhotep III. Considerados santos, tenían poderes de curación. La tercera terraza fue, por otra parte, parcialmente

transformada en sanatorio donde los enfermos acudían a recuperar la salud.

Los escondrijos de Dair al-Bahari

En tiempos de los últimos ramésidas, la región tebana comenzó a sufrir grandes trastornos. Los desvalijadores de tumbas, ávidos de oro y de joyas, ya no vacilaban en atacar las tumbas reales.

Los ritualistas tuvieron que decidirse a desplazar algunas momias para ponerlas al abrigo. Uno de los parajes considerados más seguros fue Dair al-Bahari, donde se dispusieron dos escondrijos. El primero se encontraba bajo las losas del vestíbulo que da acceso a las capillas de Tutmosis I y de Hatsepsut. Allí se descubrieron sarcófagos de sacerdotes de Amón que databan de la Baja Época.

El segundo escondrijo albergaba reliquias de inestimable valor. Junto al templo, en el flanco sur, se había excavado un pozo de 12 m de profundidad y un corredor de 70 m de largo que desembocaba en una gran sala. Ésta albergaba las momias de faraones de la XVIII y la XIX dinastías, entre ellos Amenhotep I, Tutmosis II, Seti I y Ram sés II.

* * *

No abandonemos Dair al-Bahari sin evocar por última vez al maestro de obras Senen-Mut. Una de sus dos tumbas está muy cerca del templo que construyera, en el ángulo noreste de la primera terraza. Hay que descender por un largo y estrecho pasillo, entrecortado por varios rellanos.

La cámara más interesante es aquella cuyo techo está consagrado a la representación de las constelaciones, los planetas y decanatos, asegurando la inmortalidad estelar del alma del gran constructor.

24. Tebas-oeste: el Ramesseum, el gigante destrozado

Al sudeste de la colina de Cheikh Abd el-Gurna, en el lindero de los cultivos, se encuentran las ruinas del templo de los millones de años de Ramsés II, conocido con el nombre de Ramesseum.

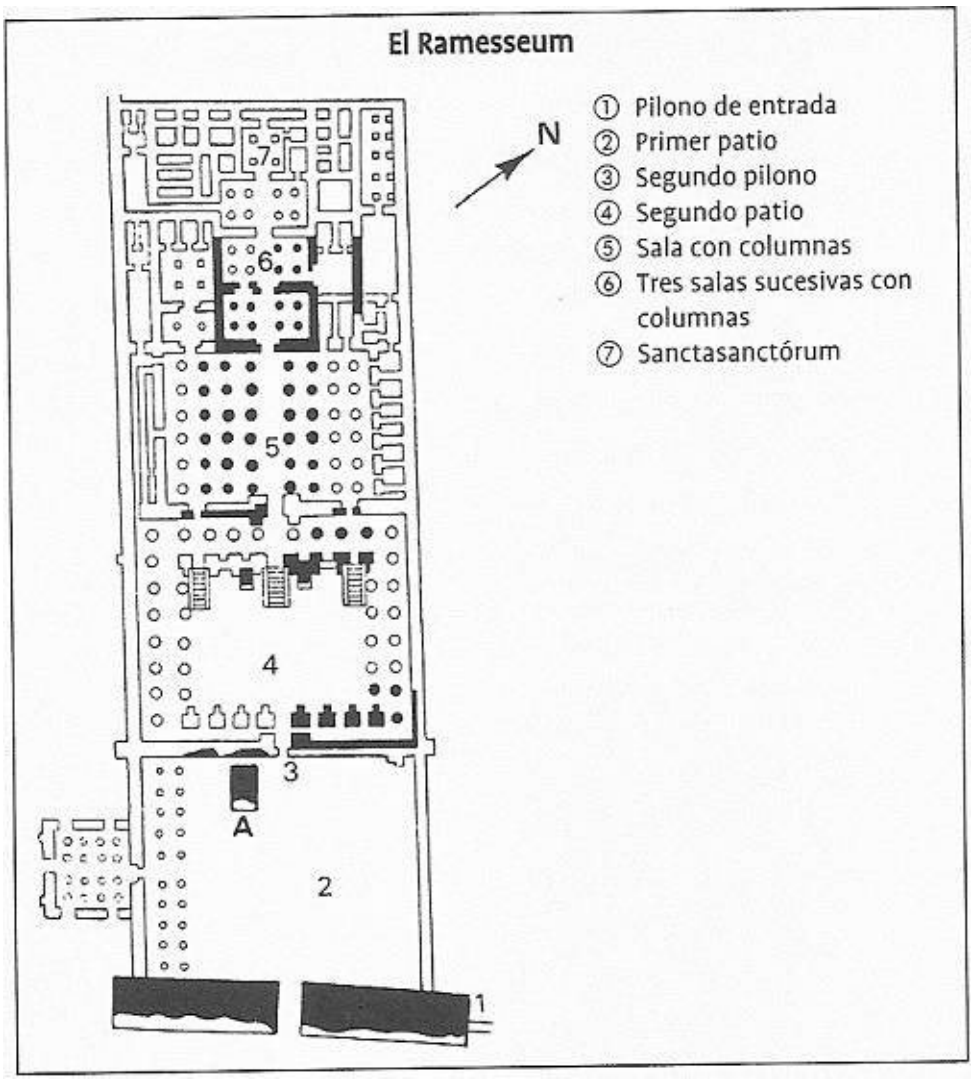
En el primer patio, delante del segundo pilono, un coloso fulminado (A sobre el plano) marca la pauta del arte deslumbrante que aquí se desarrolló. Este «sol de los príncipes» alcanzaba los 20 m de altura y pesaba más de mil toneladas. En contraste con el poderío de esta estatua de *ka*, el trabajo de la piedra revela una finura y una precisión sorprendentes.

El Ramesseum, por desgracia, ha sufrido mucho. Su plano se analiza así: un monumental pilono de acceso (n.º 1), un primer patio (n.º 2), un segundo pilono (n.º 3), un segundo patio (n.º 4), una sala de columnas (n.º 5), tres salas con cuatro hileras de columnas (n.º 6) y el sanctasanctórum, una capilla con cuatro columnas (n.º 7). De este conjunto, que se inscribía en un rectángulo de 260 por 170 m, subsisten tan sólo algunos vestigios.

En el primer pilono (n.º 1), derrumbado, se narran episodios de las batallas libradas por Ramsés II en el año 5 (Kadesh) y en el año 8 de su reinado, contra los hititas y los sirios. Se ve al ejército egipcio apoderándose de varias fortalezas enemigas a cuyos ocupantes obligan a rendirse.

Faraón, representante de la luz divina, derrota a las fuerzas del caos. Ante él sólo hay cadáveres atravesados por las flechas y fugitivos que se dispersan. Para escapar de la destrucción, la ciudad de Kadesh se somete a Faraón. En el río Orontes flotan muertos y carros desmantelados.

La victoria del rey, comparado con un sol que sale del templo, es de orden sobrenatural. Con sus rayos, que son aquí sus armas de jefe de guerra, disipa las tinieblas.



El amplio primer patio, donde están plantadas algunas acacias, está caracterizado por la presencia del coloso derrumbado y de los pilares osiríacos cuya cabeza ha sido cortada. Al sur se había edificado un palacio que comunicaba con el templo. Ramsés III, admirador de su glorioso antepasado, retomará el dispositivo en Medinet Habu.

Del segundo pilono (n.º 3) sólo queda el macizo norte. En la cara interna, descubriremos una nueva evocación de la batalla de Kadesh. Encima, algunos ritos en honor de Min. Ante la reina Nefertari, se ofrece la primera gavilla a un toro blanco, animal sagrado del dios. El faraón en persona maneja la hoz para cortar la gavilla. Min se encarnaba en «el toro de su madre», el animal fecundador por excelencia.

El rito no poseía un aspecto agrario. Se completaba con la suelta de pájaros hacia los cuatro puntos cardinales para que el universo entero supiera que Egipto vivía en armonía. A continuación viene una procesión; algunos

ritualistas llevan a hombros las efigies de varios faraones, entre ellos Menes, el fundador.

La escena subraya la constante preocupación de los reyes de Egipto por respetar el mensaje de los antepasados cuyo nombre egipcio es «los que nos preceden», es decir, los que abren el camino. En el interior del Ramesseum, por lo demás, había incluso un templo donde Ramsés II rendía homenaje a su padre, Seti, y a su madre Tuy.

En la sala hipóstila (n.º 5), que constaba de cuarenta y ocho columnas, reinan todavía sonidos de combate junto a escenas de ofrendas. Ramsés II seguía apoderándose de las fortalezas enemigas, haciendo donación de su victoria a los dioses, mientras una procesión de «hijos e hijas reales» se dirige hacia el templo cubierto.

En la pequeña sala de ocho columnas (n.º 6) se pone de relieve la astrología sagrada. Mientras la barca de Amón se desplaza por tierra durante los rituales, la barca del sol acoge a Faraón para un viaje celestial sin fin.

Otra representación notable nos muestra a Faraón sentado bajo el árbol de la ciudad santa de Heliópolis. Atum, el creador, Thot, el maestro de los jeroglíficos, y Sechat, la soberana de la morada de los libros, inscriben los nombres del rey en las hojas del árbol.

El resto del templo interior está arruinado, pero subsisten algunos edificios de ladrillo, abovedados, incluidos en la vasta zona económica del templo, que comprendía almacenes, talleres, biblioteca y escuela de escribas.

Bien se ve en el Ramesseum que los grandes templos eran garantes de la necesaria armonía entre lo invisible y lo visible, los dioses y los hombres, las fuerzas celestiales y las actividades terrestres.[33]

25. Tebas-oeste: Medinet Habu, la ciudad-templo de Ramsés III

A 1,5 km aproximadamente al sudoeste del Ramesseum, en el límite de los cultivos, se levanta la imponente masa de Medinet Habu. Ramsés III (1186-1154) hizo construir esta ciudad-templo en el emplazamiento de la colina primordial donde Amón apareció por primera vez. El paraje fue denominado «Unido a la eternidad» o, más exactamente, «Lo que fusiona la eternidad», y se considera que en gran parte desea parecerse al Ramesseum, el templo funerario de Ramsés II al que Ramsés III consideraba un modelo.

En mucho mejor estado de conservación, Medinet Habu es el ejemplo más sorprendente de ciudad-templo. Además del gran templo del faraón, son todavía visibles otros edificios sagrados y los vestigios de un palacio, habitaciones de los sacerdotes, un lago sagrado, un nilómetro, talleres, locales administrativos, almacenes, graneros, una biblioteca, establos y pozos. Más de sesenta mil personas trabajaban aquí, el visir tenía instalados sus despachos y presidía un tribunal de justicia. A fines de la época ramésida, cuando Tebas-oeste se convirtió en presa de pandillas de bandidos y el Estado no consiguió ya contener la inseguridad, Medinet Habu, con su gran muralla de ladrillos crudos, se convirtió en un templo-refugio. Esta vocación de asilo duró hasta la invasión árabe del siglo VII a. J. C.

* * *

En el punto de llegada de la carretera que conducía a Medinet Habu había un embarcadero que señalaba el término de un canal que unía el Nilo al templo. Este dispositivo, habitual en Egipto, facilitaba la aportación de materiales de construcción y el despliegue de las procesiones.

Tropezaremos con la sorprendente imagen de las dos torres fortificadas (n.º 1) que custodian el acceso al territorio sagrado y lo convierten en un templo-fortaleza. La elección de esta arquitectura, inspirada en un modelo sirio-palestino, obedece a razones mágicas. Ningún adversario podrá cruzar nunca esta barrera y apoderarse de este edificio. Faraón ha inscrito sus victorias en la piedra, él es el halcón Horus sobrevolando los cielos; aparece como el Sol y Cielo y Tierra se alegran de su acción pues su corazón es sabio y su discurso perfecto. Las torres constan de varios pisos donde se abren ventanas; sus bordes descansan sobre las cabezas de enemigos vencidos. Los

(según W. J. Murnane, *United with Eternity. A Concise Guide to the Monuments of Medinet Habu*, El Cairo, 1980)

adversarios de ayer se han convertido, por tanto, en soportes de aberturas por las que pasa la luz.

En el piso superior no encontramos ni escenas de guerra ni fragor de batallas, tan sólo representaciones del rey que disfruta de momentos de descanso al lado de jóvenes mujeres de la corte. También en este caso se trata de una protección mágica contra los propios peligros de esta corte en la que algunos enemigos, internos esta vez, pueden revelarse tan perniciosos como unas hordas armadas. Sabemos que una princesa, un intendente, un militar de alto rango, algunos escribas y un hechicero habían decidido asesinar al faraón. Fabricaron entonces figuras de hechizo para paralizar la guardia real. Los criminales fueron detenidos y juzgados. Se suprimieron sus nombres para sustituirlos por otros negativos («Ra me ama» se convirtió en «Ra me odia») y los cabecillas fueron condenados a suicidarse.

En el exterior del templo están inscritos los decretos reales que conceden a Medinet Habu las donaciones necesarias para su buen funcionamiento; se ha precisado también el calendario de las fiestas para que los ritualistas puedan cumplir escrupulosamente sus deberes.

En el lado sudoeste del recinto, el rey parte hacia el desierto y las zonas pantanosas con el objetivo de cazar el antílope, el asno y el toro salvaje, tres criaturas del dios Seth cuya fuerza debe dominarse. La caza y la guerra proceden de la misma voluntad civilizadora de Faraón; impedir que el desorden se instale controlando las potencias peligrosas.

Al nordeste, por otra parte, se representa la gran victoria de la flota egipcia sobre la flota de los Pueblos del Mar, temibles invasores cuyos barcos se ven zozobrando.

* * *

Crucemos ahora el portal para acceder a una vasta explanada donde se han erigido dos excepcionales conjuntos arquitectónicos.

A la izquierda, las capillas de las Divinas Adoratrices, grandes sacerdotisas de Amón que desempeñaron un papel político y religioso de gran importancia durante las XXV y XXVI dinastías. Dotadas de prerrogativas faraónicas, gobernaron Tebas con prudencia y formaron una verdadera dinastía de mujeres; entre ellas aquí están presentes Amenirdis, Chepenupet, la hija del «faraón negro» Piankhi y Nitokris.

Una «llamada a los vivos» se dirige a quienes pasen ante estos santuarios para que veneren la memoria de las Divinas Adoratrices. Quien les testimonie respeto respirará el aliento de vida.

Esas capillas se presentan como pequeños templos, la que se encuentra más al sur, la de Amenirdis, comprende un pronaos y un naos con deambulatorio. Está cubierta por una bóveda de piedra labrada y aparejada, la primera de este tipo que se conoce hasta hoy en Egipto.

En los muros se desarrollan escenas que muestran a las Divinas Adoratrices en presencia de las divinidades y viviendo rituales como el de la «Apertura de la boca». Se advertirá también la presencia de pasajes de los *Textos de las Pirámides* que demuestra la voluntad de estas sumas sacerdotisas de mantenerse fieles a la tradición primordial.

Frente a sus capillas, un pequeño templo (n.º 3). Construido por Amenhotep I, fue ampliado por los tres primeros Tutmosis y por Hatsepsut. Sin duda es el lugar más sagrado de Medinet Habu, puesto que se erigió en el emplazamiento del «cerro de Djeme» bajo el cual están enterradas las ocho divinidades primordiales que existían antes de la creación del mundo y favorecieron el nacimiento de la luz. Después de haber preparado las condiciones necesarias para la vida en la tierra, durante una edad de oro en la que «la espina no pinchaba, en la que no había cocodrilo captor, ni serpiente que mordiera», las Ocho fueron a descansar bajo un túmulo, reunidas en torno al Padre, Kema-tef, «el creador del instante». Considerándolas como sus antepasadas, el dios Amón les rendía homenaje cada diez días, así como durante la «Hermosa fiesta del Valle» en que los vivos comulgaban con los muertos resucitados.

Rodeado antaño de árboles, el elegante edificio fue objeto de múltiples añadidos y remodelaciones, especialmente en las épocas etíope, saíta y ptolemaica. Rodean el santuario propiamente dicho, una galería y algunas capillas. El patio se inició bajo la XXV dinastía y el pilono data de los Ptolomeos.

En el exterior del santuario, en el mino norte, contemplaremos escenas de fundación de un templo. Faraón elige el terreno, calcula el momento favorable en función de las indicaciones celestiales, tensa el cordel, excava la trinchera de fundación y moldea con sus manos la primera piedra.

Un detalle insólito es el símbolo mineral de Amón (en el exterior del

templo, al este), piedra misteriosa en la que el dios oculto reside.

El gran templo de Ramsés III

Pese a sus dimensiones (150 m de largo por 48 m de ancho), la estructura de este colosal edificio es simple: un primer pilono, un primer gran patio, un segundo pilono, un segundo gran patio, luego el templo cubierto con numerosas capillas.

El primer pilono (n.º 4) está decorado con escenas de batallas en las que Faraón triunfa sobre sus enemigos, encarnación de las tinieblas. Ciertamente, Ramsés III recuerda las duras realidades de su época: expediciones a Nubia, combates contra los sirios y los libios, batalla naval contra los temibles Pueblos del Mar. Con una espada hecha de luz, Faraón «consagra» a los cautivos de Amón. Bajo la forma de una diosa, la ciudad de Tebas mantiene atados a los prisioneros. Así, las fuerzas negativas son mágicamente dominadas.

Cruzado el pilono, se penetra en el vasto «patio del ejército» (34 m de largo, 32 m de ancho). A la izquierda, hacia el sur, el palacio de Ramsés II, cuyos muros interiores estaban decorados con azulejos. El rey disponía allí de una sala de audiencias, una habitación y un cuarto de baño. Desde su «ventana de aparición» contemplaba los ritos y distribuía recompensas y condecoraciones, especialmente collares de oro, a quienes habían servido bien a Egipto.

La cara interior del pilono ofrece dos tipos de escenas. Alrededor de la puerta, el rey en presencia de las divinidades. En los dos macizos de las torres, nuevas escenas de combates, que corresponden a las del exterior. Faraón aplasta a las hordas indoeuropeas que forman los Pueblos del Mar. Idénticos enfrentamientos encontramos en los muros que bordean el patio, con un detalle macabro: los egipcios cuentan los cadáveres sumando las manos y los sexos cortados de sus víctimas.

Este patio se cierra con un segundo pilono, el n.º 7, cuya decoración está también dedicada a las hazañas guerreras del rey. Da acceso al segundo gran patio (38 x 41 m) donde se levanta una estatua del monarca como Osiris. En los muros del fondo de los pórticos, encontramos algunos episodios guerreros,

pero sobre todo se plasman dos grandes procesiones en honor de los dioses Sokaris y Min.

La de Sokaris empieza en el muro sur del patio y se prolonga por el muro oeste. Unos sacerdotes llevan el relicario del halcón momificado, con la cabeza coronada por dos plumas. A la proa de la barca de Sokari vemos una cabeza de antílope, una especie de delantal de perlas y un cerro del que sale la rapaz. Sokaris, que conoce el secreto de los espacios subterráneos donde se prepara la resurrección, permite que el alma se introduzca sin temor en el pasillo de la tumba y penetre en el otro mundo.

El ritual del dios Min se revela en el muro norte del patio y continúa por el muro oeste. La procesión parte del palacio real. Varios sacerdotes llevan la estatua del dios, de pie sobre un gran escudo. A la cabeza va un toro blanco, símbolo de la potencia. Figuran igualmente portadores de mobiliario, de oriflamas y de estatuas de faraones. Los ancestros asisten a la ceremonia y la protegen. Faraón suelta cuatro pájaros que emprenden el vuelo hacia los puntos cardinales para anunciar al universo que Egipto es gobernado de acuerdo con Maat. El rey siega con la hoz una gavilla que es ofrecida al toro blanco y de ese modo asegura la fecundidad del suelo por donde circula el fuego de Min.

Para salir de este patio y llegar hasta el templo hay que subir por una rampa. Frente al umbral, una hilera de pilares, sigue luego otra de columnas papiriformes. Atum y Montu conducen al rey hacia el santuario. Allí es purificado, coronado y reconocido como Faraón.

El templo cerrado es, por desgracia, la parte peor conservada del edificio. Los techos han desaparecido y lo que debía permanecer en una semipenumbra está hoy abierto a los cuatro vientos.

Existían tres salas con columnas, dispuestas en línea recta, que desembocaban en el sanctasanctórum: veinticuatro columnas para la primera, ocho para cada una de las dos siguientes y cuatro pilares sagrados para el santuario. Alrededor de este eje central, que constituye la espina dorsal del templo cubierto, hay cuarenta y una capillas.

La primera sala de columnas, de la que subsiste únicamente la parte baja, está muy deteriorada. La parte inferior de los muros este y sur muestra de nuevo la purificación del faraón, su entrada en el templo inferior y su coronación.

A la izquierda de esta sala, las cinco capillas de lo que se denomina el «Tesoro», que han conservado su techo (n.º 10). En ella Ramsés III ofrece a Amón los productos más refinados, que incluyen desde el oro y las piedras preciosas hasta obras maestras de orfebrería, arquillas con formas de animales, joyas e instrumentos de música. Aquí, según los relieves, se efectuaba la pesada del oro.

A la derecha de la sala de columnas encontramos unas capillas dedicadas a Ptah, Sokaris y al *ka* del rey (n.º 11). Tras estas capillas, el «matadero» (n.º 12), que es en realidad el lugar de sacralización de los alimentos. Se depositaban en un altar las piezas elegidas, las que contenían el máximo de energía.

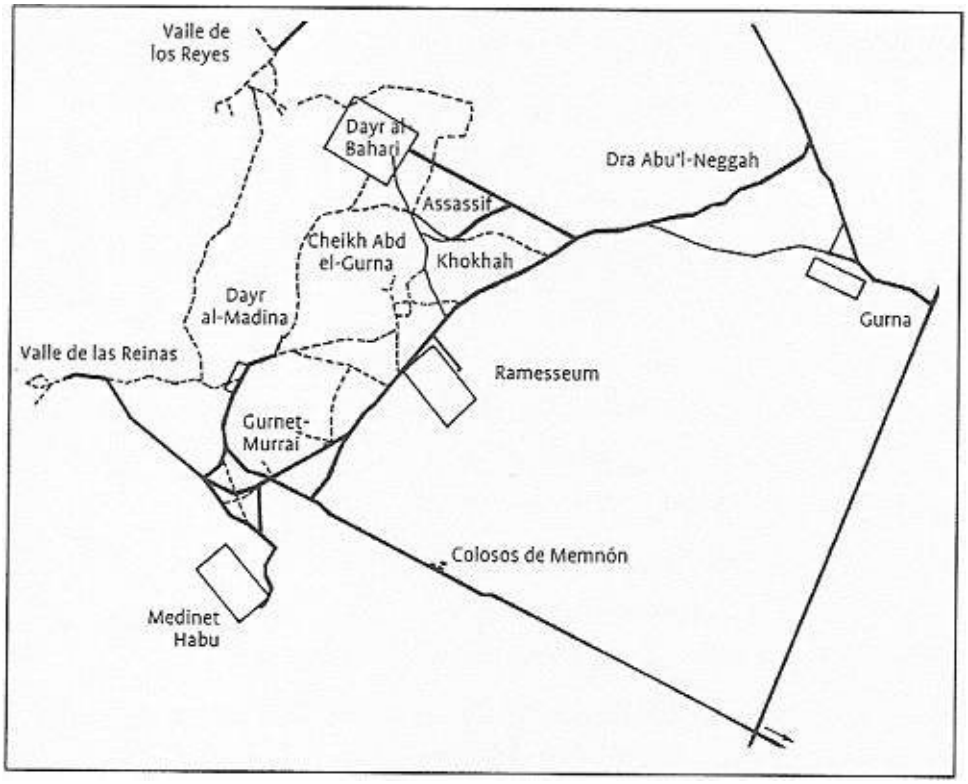
A la izquierda de la segunda sala de columnas (n.º 13), el «aposento funerario» de Ramsés III (n.º 14), donde, como en una tumba, se describe la vida futura. Faraón es coronado de nuevo, esta vez en el otro mundo. Una diosa inscribe su nombre en un gran árbol. El rey navega en barca por los canales y los lagos del más allá, recorre los campos paradisíacos donde cosecha el trigo maduro. Encuentra el fénix, descubre el proceso de creación de la energía y habita ahora en los espacios celestiales, acompañado por los decanatos y las constelaciones.

A la derecha de la segunda sala de columnas, un templo solar (n.º 15), con un patio a cielo abierto y un altar. El alma del rey recibía allí los rayos bienhechores del astro del día.

A ambos lados de la última capilla (n.º 17), a la que se llega desde la tercera sala de columnas (n.º 16), hay varias capillas dedicadas a Mut y a Khonsu. En el centro descansaba la barca de Amón. Así quedaba reconstruida la tríada tebana. Aquí el rey se encontraba con Thot, el maestro de la ciencia sagrada, y con Maat, el regente de la armonía universal.

26. Tebas-oeste: mapa de las necrópolis tebanas

Las tumbas tebanas se distribuían en varios parajes, según sus apelativos modernos: Valle de los Reyes, Valle de las Reinas, Valle de los Nobles (Gurnet-Murrai, Cheikh Abd el-Gurna, Assassif, Khokhah, Dra Abu'l Neggah) y Valle de los Artesanos (Dayr al-Madina).



27. Tebas-oeste: el Valle de los Reyes

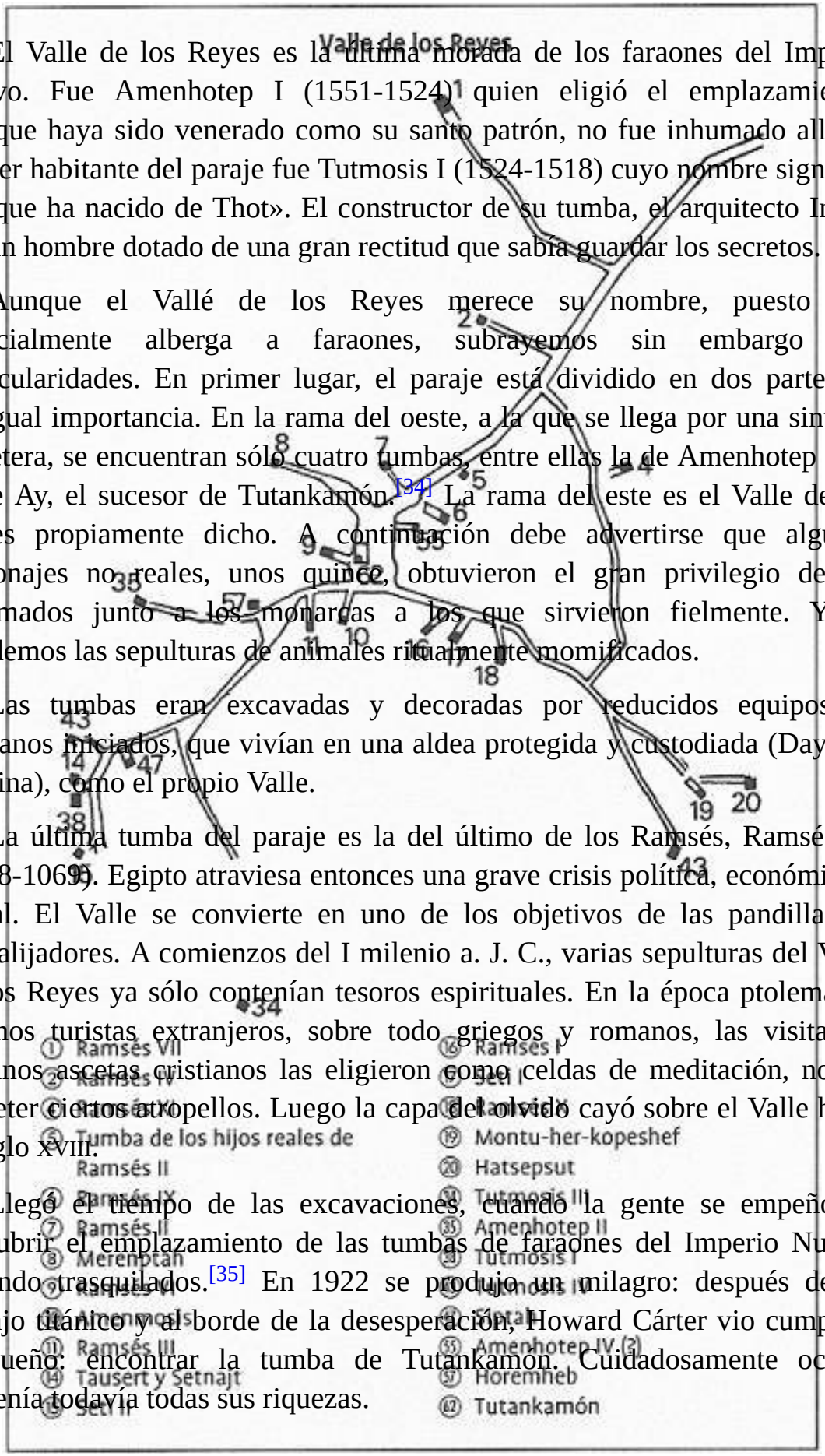
Salgamos de la zona cultivada y de los «templos de los millones de años» donde actuaban sin cesar ritualistas, artesanos y empleados, para entrar en el desierto y el silencio. Ciertamente vamos a visitar tumbas pero, al igual que las pirámides y las mastabas del Imperio Antiguo, no son lugares de muerte. Tebas-oeste es el dominio de la vida resucitada.

A tal señor, tal honor, comencemos por el justamente célebre Valle de los Reyes, al que se accede por una carretera que sigue el trazado del camino que tomaban las procesiones para conducir la momia real hasta su morada de eternidad.

El término «valle» podría engañar. Quien espere hallar una extensión verdeante quedará muy sorprendido pues lo que el viajero descubre es un universo de piedras abrasadas por el sol, un santuario mineral de tintes ocres y pardos, encerrado entre acantilados. Soledad y aridez reinan en este austero paisaje, sobrevolado por milanos que dibujan grandes círculos por encima de la diosa protectora del lugar, la Cima de Occidente. Dominando el Valle de los Reyes, esta pirámide, tal vez en parte tallada por manos de hombres, atrae la mirada. La elección del paraje se llevó a cabo en función de ésta, como si las tumbas reales fueran otras tantas capillas subordinadas a esta pirámide. Albergaba una diosa-serpiente, Meresger, «La que ama el silencio»

El Valle de los Reyes es la última morada de los faraones del Imperio Nuevo. Fue Amenhotep I (1551-1524) quien eligió el emplazamiento. Aunque haya sido venerado como su santo patrón, no fue inhumado allí. El primer habitante del paraje fue Tutmosis I (1524-1518) cuyo nombre significa «El que ha nacido de Thot». El constructor de su tumba, el arquitecto Ineni, era un hombre dotado de una gran rectitud que sabía guardar los secretos.

Aunque el Vallé de los Reyes merece su nombre, puesto que esencialmente alberga a faraones, subrayemos sin embargo dos particularidades. En primer lugar, el paraje está dividido en dos partes de desigual importancia. En la rama del oeste, a la que se llega por una sinuosa carretera, se encuentran sólo cuatro tumbas, entre ellas la de Amenhotep III y la de Ay, el sucesor de Tutankamón.[34] La rama del este es el Valle de los Reyes propiamente dicho. A continuación debe advertirse que algunos personajes no reales, unos quince, obtuvieron el gran privilegio de ser inhumados junto a los monarcas a los que sirvieron fielmente. Y no olvidemos las sepulturas de animales ritualmente momificados.



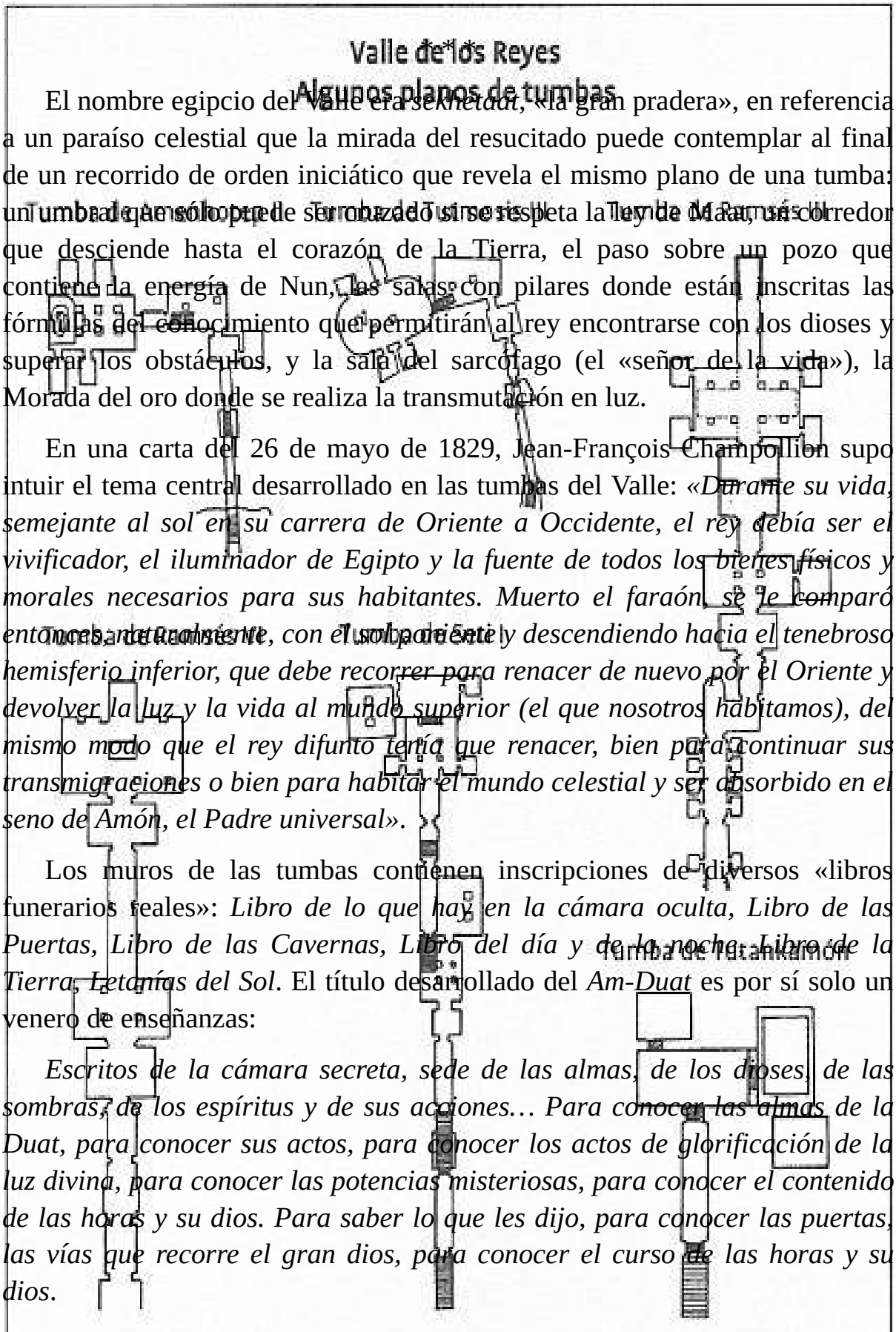
Las tumbas eran excavadas y decoradas por reducidos equipos de artesanos iniciados, que vivían en una aldea protegida y custodiada (Dayr al-Madina), como el propio Valle.

La última tumba del paraje es la del último de los Ramsés, Ramsés XI (1098-1069). Egipto atraviesa entonces una grave crisis política, económica y social. El Valle se convierte en uno de los objetivos de las pandillas de desvalijadores. A comienzos del I milenio a. J. C., varias sepulturas del Valle de los Reyes ya sólo contenían tesoros espirituales. En la época ptolemaica, algunos turistas extranjeros, sobre todo griegos y romanos, las visitaban. Algunos ascetas cristianos las eligieron como celdas de meditación, no sin cometer ciertos atropellos. Luego la capa del olvido cayó sobre el Valle hasta el siglo XVIII.

Llegó el tiempo de las excavaciones, cuando la gente se empeñó en descubrir el emplazamiento de las tumbas de faraones del Imperio Nuevo, saliendo trasquilados.[35] En 1922 se produjo un milagro: después de un trabajo titánico y al borde de la desesperación, Howard Cárter vio cumplido su sueño: encontrar la tumba de Tutankamón. Cuidadosamente oculta, contenía todavía todas sus riquezas.

A esta tumba, la última descubierta, se le asignó el n.º 62. Un inglés, John Garner Wilkinson, fue el promotor de dicha numeración. En 1827, provisto de un bote de aceite pardo y un pincel, puso un número a la entrada de las veintiuna tumbas conocidas hasta entonces.

¿Está el Valle de los Reyes excavado ya por completo? Ciertamente no, como demuestra la reciente exploración de la gran tumba n.º 5, la de los «hijos reales» de Ramsés, cuya entrada era conocida, sin embargo, desde mucho tiempo atrás.



El nombre egipcio del Valle era *sekhetaat*, «la gran pradera», en referencia a un paraíso celestial que la mirada del resucitado puede contemplar al final de un recorrido de orden iniciático que revela el mismo plano de una tumba: un umbral que sólo puede ser cruzado si se respeta la ley de Maat, un corredor que desciende hasta el corazón de la Tierra, el paso sobre un pozo que contiene la energía de Nun, las salas con pilares donde están inscritas las fórmulas del conocimiento que permitirán al rey encontrarse con los dioses y superar los obstáculos, y la sala del sarcófago (el «señor de la vida»), la Morada del oro donde se realiza la transmutación en luz.

En una carta del 26 de mayo de 1829, Jean-François Champollion supo intuir el tema central desarrollado en las tumbas del Valle: *«Durante su vida, semejante al sol en su carrera de Oriente a Occidente, el rey debía ser el vivificador, el iluminador de Egipto y la fuente de todos los bienes físicos y morales necesarios para sus habitantes. Muerto el faraón, se le comparó entonces, naturalmente, con el sol poniente y descendiendo hacia el tenebroso hemisferio inferior, que debe recorrer para renacer de nuevo por el Oriente y devolver la luz y la vida al mundo superior (el que nosotros habitamos), del mismo modo que el rey difunto tenía que renacer, bien para continuar sus transmigraciones o bien para habitar el mundo celestial y ser absorbido en el seno de Amón, el Padre universal»*.

Los muros de las tumbas contienen inscripciones de diversos «libros funerarios reales»: *Libro de lo que hay en la cámara oculta, Libro de las Puertas, Libro de las Cavernas, Libro del día y de la noche, Libro de la Tierra, Letanías del Sol*. El título desarrollado del *Am-Duat* es por sí solo un venero de enseñanzas:

Escritos de la cámara secreta, sede de las almas, de los dioses, de las sombras, de los espíritus y de sus acciones… Para conocer las almas de la Duat, para conocer sus actos, para conocer los actos de glorificación de la luz divina, para conocer las potencias misteriosas, para conocer el contenido de las horas y su dios. Para saber lo que les dijo, para conocer las puertas, las vías que recorre el gran dios, para conocer el curso de las horas y su dios.

El viaje de la barca solar comprende doce etapas, las doce horas y

regiones de la noche. Según la expresión de Champollion, navega «por el río celestial, sobre el fluido primordial». En proa se encuentra Sia, la intuición que la guía en las profundidades de la energía original y el cuerpo de la diosa Cielo. Tiene que reducir a la impotencia a la serpiente Apofis, que sin cesar intenta desecar el río vital.

El envite de este viaje es fundamental: vencer a la muerte, hacer que renazca alquímicamente un nuevo sol en forma de escarabeo, el símbolo de nacimiento y de mutaciones logradas.

Las fórmulas de resurrección convierten el sarcófago en el equivalente de la colina primordial, la isla de la primera mañana del mundo donde Faraón se identifica con el sol, con el Osiris reconstituido.

Textos y representaciones proporcionan al rey un plano del más allá, le indican qué caminos debe seguir y el modo de evitar los peligros. Este mundo subterráneo está poblado por seres extraños, guardianes, símbolos. Estas escenas nos revelan el viaje hasta el fin de la noche que supone el triunfo del nuevo sol.

* * *

¿Qué tumbas vale la pena visitar? Todas, si es posible. Cada una de ellas es original, cada una contiene varias páginas del gran libro del Valle. Pero todo depende del tiempo de que se disponga, del número de tumbas abiertas a los visitantes, un número, por cierto, que varía en función de las excavaciones, las restauraciones y las decisiones administrativas.

Las tumbas de Amenhotep II (n.º 35) y de Tutmosis III (n.º 34) nos ofrecen dos versiones de un texto esencial, el *Libro de la cámara oculta* (el *am-duat*). Llegar a la tumba de Tutmosis III exige buena forma física, pero los esfuerzos realizados se ven ampliamente recompensados. Una primera sala revela las 775 fuerzas creadoras que engendra el sol y que permanecen en «las cavernas secretas de la totalidad reunida». En forma de cartucho real, la cámara del sarcófago recuerda a la de las pirámides con textos. Aquí nos encontramos en el interior de un libro escrito en las paredes.

La tumba de Amenhotep II (n.º 35), sucesor de Tutmosis III, empieza en un largo pasadizo que pasa por encima de un pozo. Después de atravesar diversas salas de muros desnudos, se descubre una gran sala con diez pilares cuyos muros son las páginas del *Libro del Am-Duat*. En el techo, estrellas de

cinco puntas del color del oro. Más abajo, la cámara del sarcófago, donde descansaba todavía el faraón cuando se descubrió la tumba. Llevaba un collar de flores y tenía sobre el corazón un ramillete de mimosas.

Otras tumbas de la XVIII dinastía, las de Tutankamón (n.º 62) y Horemheb (n.º 57). La pequeña sepultura del «faraón de la máscara de oro» es una especie de relicario. Su extraordinario tesoro está expuesto en el Museo de El Cairo. En las paredes de la cámara del sarcófago, algunas escenas muestran a los cinocéfalos adoradores del sol, los «nueve amigos» del rey jalan el ataúd y se ve a Ay, el sucesor de Tutankamón, abriendo la boca de la momia con la azuela de hierro celestial. Tras haber sido reconocido por su madre, la diosa Cielo, Tutankamón y su *ka* podrán presentarse confiadamente ante Osiris, y se contemplará, con tanta emoción como admiración, el último de los tres sarcófagos del joven rey, que sigue allí todavía. La tumba de Horemheb, recientemente restaurada, contiene admirables representaciones de divinidades como Anubis o la diosa de Occidente, de dulce sonrisa.

Otra maravilla, la tumba del primero de los Ramsés (n.º 16), verdadera joya donde se inscribió por primera vez el *Libro de las Puertas*. Además del espléndido sarcófago de granito, se admirarán varias escenas rituales en las que se ve, especialmente, al rey conducido hacia Osiris.

La tumba de Ramsés II (n.º 7), muy degradada, está en fase de restauración. La de su hijo, Merenptah (n.º 8), ofrece soberbias esculturas en la entrada y notables escenas como el triple nacimiento del sol o un Osiris coronado por un semicírculo formado por soles y estrellas.

La sepultura de Ramsés III (n.º 11) ha recibido el nombre de «tumba de los arpistas» por la representación de dos músicos que brindan a las divinidades un canto sagrado. En pequeñas capillas se representan escenas insólitas en el Valle; fecundación de los campos por el genio del Nilo y las serpientes nutricias, preparación de los alimentos, vasos, muebles, armas, barcos navegando por el Nilo, el labrado de los campos paradisíacos. En la tumba de Ramsés IV (n.º 2) se depositó el mayor y más pesado de los sarcófagos del Valle, en forma de cartucho real.

Por lo que se refiere a las tumbas de Ramsés VI (n.º 9) y Ramsés IX (n.º 6), éstas evocan el misterio de la creación del disco solar, los secretos de la cosmogonía y el modo como funcionan las potencias creadoras para hacer que nazca la luz. Son «sumas» esotéricas cuyo contenido está muy lejos de haber

sido elucidado.

Y no hay que desdeñar las tumbas de Tutmosis IV (n.º 43), de Seti II (n.º 15), de Siptah (n.º 47), ni el vasto monumento de Tausert y de Setnajt (n.º 14), rica en escenas admirables.

La obra maestra del Valle, con mucho, es la tumba de Seti I (n.º 17), de un centenar de metros de largo. Una pendiente desemboca en la sala del pozo. En las paredes vemos los textos que contienen las formas del conocimiento y las distintas formas adoptadas por el sol durante su regeneración. Una escalera llega a una gran sala con diez pilares flanqueada de capillas, una de las cuales muestra a la vaca celestial bajo la cual navegan las barcas del día y de la noche.

En la pared de la primera sala con pilares se advertirá una magnífica representación de la barca solar. El sol se encarna en un hombre con cabeza de carnero, que lleva un disco entre sus cuernos. Está de pie, en el interior de una cabina. Ante él, una serpiente coronada por un sol saca la lengua. Ella es la forma animadora, la energía luminosa en movimiento. Alrededor de la cabina del barco, vemos una inmensa serpiente que ondula: es la «protectora».

Textos y representaciones poseen una belleza comparable a la de los bajorrelieves de Abydos. Y entonces desembocamos en una prodigiosa sala del sarcófago[36] cuyo techo está consagrado a la astrología sagrada El alma de Seti vive para siempre entre las estrellas.

Más allá de esta sala se encuentra una larga galería que se pierde en la roca. ¿Tumba inconclusa? De ningún modo. Se trata más bien de la voluntad de indicar que la obra nunca está terminada y que el camino del alma real continúa en el silencio de la piedra.

* * *

Al visitar el Valle de los Reyes, Forbin, director de los museos durante la Restauración francesa, experimentó emociones que muchos visitantes comparten; *«A mi alrededor todo decía que el hombre sólo es algo por su alma; rey por el pensamiento, frágil átomo por su envoltura, la mera esperanza de otra vida puede hacerle vencedor en esta perpetua lucha entre las miserias de su existencia y el sentimiento de su origen celestial… En estos lugares de tinieblas, me creía bajo el poder de Aladino, bajo un hechizo mágico; parecía que fuese guiado por la luz de la lámpara maravillosa y en*

el momento de ser iniciado en algún gran misterio.»[37]

28. Tebas-oeste: el Valle de las Reinas

Situado a 1,5 km al sudoeste del Valle de los Reyes, el Valle de las Reinas es el paraje más meridional de la necrópolis tebana. El lugar es muy diferente al Valle de los Reyes. Tan duro y secreto es éste, encerrado entre acantilados, como el Valle de las Reinas es abierto y acogedor. Su facilidad de acceso le valió muchos sufrimientos, pues los desvalijadores y asaltantes violaron las tumbas, algunas de las cuales fueron incluso quemadas. En la Baja Época, varias de ellas fueron utilizadas como depósito para sarcófagos y momias.

El nombre egipcio del paraje es *ta-seth neferu*,[38] «El lugar de la consumación». El término *nefer* significa, en efecto, «belleza, perfección, consumación», con el matiz de que esta perfección no es inmóvil sino que lleva en sí misma la simiente de una evolución armoniosa, en este caso en los paraísos celestiales.

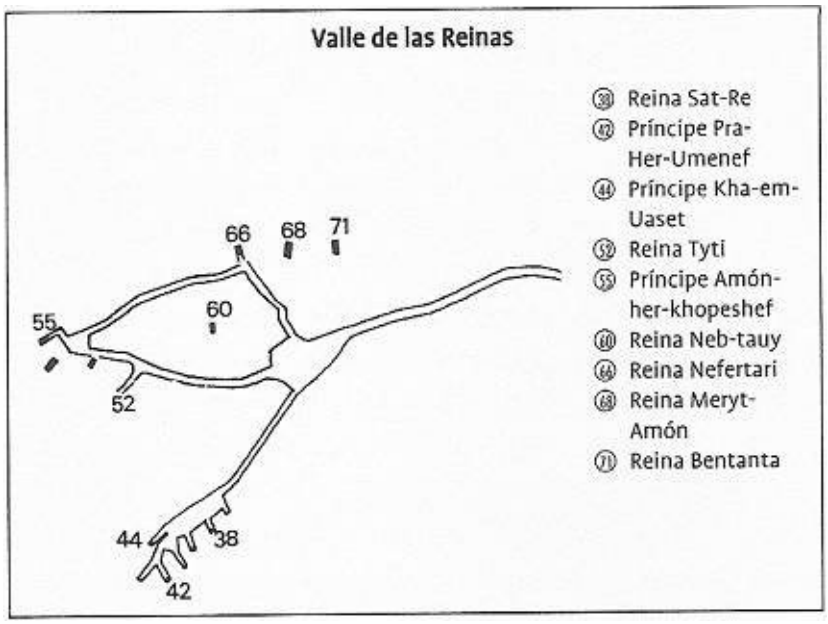
Se han contabilizado unas noventa sepulturas, si bien muchas están destruidas o se reducen a simples cavidades. Los trabajos de excavación no han concluido y una exploración sistemática podría reservarnos aún sorpresas.

Aquí fueron inhumados, durante el Imperio Nuevo (sobre todo, durante las XIX y XX dinastías), reinas e «hijos reales».

Como los reyes, las reinas conocían los *sakhu*, las fórmulas que les permitían convertirse en seres de luz en el Bello Occidente. Podían «salir a la luz» y llevar a cabo todas las transformaciones que su corazón-conciencia deseaba.

La tumba de Sat-Re (n.º 38), esposa de Ramsés I y madre de Seti I, recibió una ornamentación cuya temática es similar a la de una tumba real. Por lo que se refiere a la reina Tyti (n.º 52), cuyo cuerpo está pintado de rosa, comulga con las grandes divinidades (Atum, Ptah, Thot…) y maneja los sistros para hacer que nazcan las vibraciones creadoras. Convertida en un Osiris, bajo la protección de Isis, Neftis y de un Anubis blanco, se dirige hacia la montaña

de Occidente donde la acoge Hator, en forma de una vaca y, a la vez, de una diosa-árbol. Recordemos que para resucitar, un hombre tenía que convertirse en un Osiris, mientras que una mujer se convertía en un Osiris y una Hator.



Este Valle de las Reinas es milagroso. ¿Cómo explicar de otro modo que en un paraje tantas veces desvalijado se hayan preservado algunas maravillas?

Evoquemos primero las tumbas de los «hijos reales» de Ramsés III, Pra-her-Umenef (n.º 42), Seth-her-khopechef, Rha-em-Uaset (n.º 44) y Amón-her-Khopechef (n.º 55), de colores brillantes de vida. Son jóvenes, se distinguen por su cráneo afeitado y por el mechón de la infancia, a quienes el faraón o la pareja real conducen por los caminos del otro mundo para permitirles afrontar victoriosamente a los guardianes de las puertas y a los temibles genios. Y llega el momento en que el «hijo real», ya lo bastante aguerrido, puede encontrarse a solas con las divinidades y llevar a cabo los rituales de ofrenda. Dignidad de las actitudes, refinamiento de los vestidos y los adornos, intensidad de los actos rituales, todo concurre para convertir estas tumbas, sobre todo la de Amón-her-Khopechef, en obras admirables. A este último, Thot y Ptah le conceden fiestas de regeneración, mientras que Isis le dona la duración de vida de la luz y los años del Creador, Atum. De las manos de ambas diosas, Isis y Neftis, brota el magnetismo vivificante, en forma de líneas onduladas.

¿Y qué decir de la tumba de la reina Nefertari (n.º 66)? Ha sido notablemente restaurada y abierta de nuevo a los visitantes.[39] Algunos, no sin razón, la consideran la tumba más hermosa de la necrópolis tebana.

Nefertari fue la primera Gran Esposa real de Ramsés II; él hizo construir para ella el «pequeño» templo de Abu Simbel. Aquí, en la morada de eternidad de la reina, todo es efectivamente *nefer*, esto es, hermoso, consumado, perfecto. El alma-pájaro, el *ba* de Nefertari, está presente. Ella juega al ajedrez con lo invisible y obtiene esa parte decisiva que abre las puertas del más allá y del conocimiento de las divinidades, como Khepri con cabeza de escarabeo, el Devenir, la incesante mutación de la luz.

Nefertari demuestra a Thot que es una mujer de conocimiento presentándole la paleta del escriba, cuyo nombre secreto es «ver y oír». A Ptah, el señor de los artesanos, le ofrece las telas que ella misma ha tejido. Capaz de nombrar a los custodios del más allá y de convertirlos en sus aliados, la reina contempla las siete vacas celestiales y la potencia del toro, puede manejar el remo que no se moja en el agua y no arde en el fuego. Y asimismo lleva a cabo el acto supremo del ritual, la ofrenda de Maat a Osiris.

Cada escena, cada detalle merecen ser examinados. Sí, gracias a Nefertari, la perfección puede ser cosa de este mundo, como un eco del mundo de las divinidades.

29. Tebas-oeste: el Valle de los nobles[40]

El universo de las tumbas tebanas llamadas «privadas», por oposición a las tumbas «reales», es inagotable. Como las mastabas del Imperio Antiguo, todas son diferentes entre sí. Cada una de ellas es una obra original, desde la más pequeña donde sólo pueden entrar dos o tres visitantes, hasta la más extensa cuyas dimensiones hacen pensar en un templo.

Las escenas de las tumbas decoradas revelan los ritos, la vida cotidiana, los días y las fiestas de la brillante sociedad tebana. Seres serenos, eternamente hermosos, viven para siempre en las paredes de sus moradas de eternidad. Los textos recomiendan «seguir el corazón durante el tiempo de su vida», hasta el día en que se aborden las riberas del más allá.

Los episodios del ritual de transformación en luz se evocan en distintas tumbas, como páginas dispersas de un libro que debemos reconstruir. La momia, el cuerpo osiríaco, tenía que atravesar el Nilo para pasar desde la orilla este a la orilla oeste, donde primero era juzgada por los vivos antes de serlo por las divinidades. El difunto afirma entonces no haber cometido crimen, ni robo, ni injusticia, ni acto de codicia. Solicita al «corazón de su madre», es decir al escarabeo de las metamorfosis, que no testifique contra él ante el señor de la balanza, Osiris. Si la vida del difunto se considera acorde con la regla de Maat, es reconocido «justo de voz» y escapa al más terrible de los castigos, «la segunda muerte».

En el cuerpo osiríaco, se practica la abertura de la boca y de los ojos. Así pues, es un ser vivo el que zarpa hacia el gran viaje. Su *ba*, su alma-pájaro, emprende el vuelo hacia el sol para alimentarse con su luz.

Un patio donde podían crecer algunos árboles; luego, una entrada bordeada de estelas, una larga sala (con pilares, a veces) y una capilla que termina en una hornacina que alberga la estatua del difunto y de su esposa: ése es el plano típico de una tumba tebana, que sin embargo conoce

numerosas variantes.

El descubrimiento de las «tumbas de nobles» plantea serios problemas, pues un número muy pequeño, por desgracia, está abierto a los visitantes.[41]. Esperemos, sin demasiada convicción, que en un futuro el máximo de tumbas decoradas de la necrópolis tebana, que son otras tantas obras maestras, sean definitivamente accesibles.

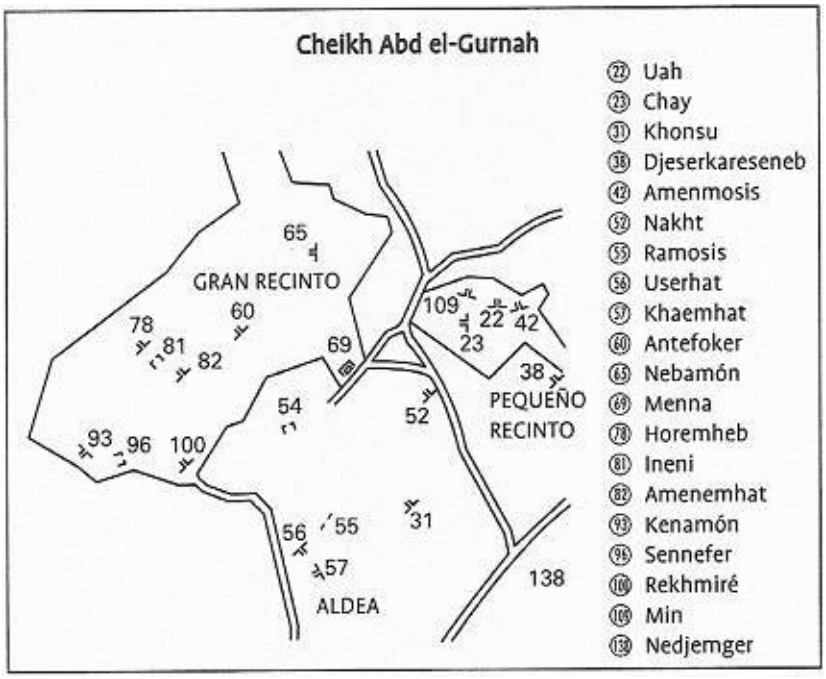
La más grande de las necrópolis «privadas» es la de Cheikh Abd el-Gurna, situada en una colina, detrás del Ramesseum. Se divide en tres sectores: el «pequeño recinto», el «gran recinto» y la «aldea».

En el pequeño recinto hay una tumba de dimensiones modestas aunque muy célebres (n.º 52), dado su estado de conservación y la frescura de sus pinturas, la de Nakht era escriba y astrónomo de Amón. Se le ve verificando la buena marcha de sus explotaciones agrícolas, comprobando que arados, siembras, cosechas, recolecciones y recogida del lino se realicen correctamente. En la mayoría de sus actividades, Nakht está acompañado por su esposa. Nakht caza y pesca en una zona acuática donde las matas de papiro albergan un número abundante de presas. El y sus íntimos participan en un alegre banquete varias de cuyas figuras son justamente célebres, como el arpista ciego cantando la felicidad del instante plenamente vivido, las tres jóvenes intérpretes desnudas o el gato que, bien oculto bajo la silla de su dueño, mordisquea un pescado. Estas escenas chispeantes de vida quedan sacralizadas por la presencia de la diosa del sicomoro, y muchas deben descifrarse en función del mito osiríaco.

Min (n.º 109) ocupaba un alto rango dentro de la administración, como prefecto de This, y desempeñaba una elevada función religiosa, como vigilante de los sacerdotes del dios Onuris. Min era admitido en el palacio real y fue preceptor del faraón Amenhotep II, al que sostiene sobre sus rodillas. El rey aprende a tirar con arco, disciplina en la que se mostró sin par.

En la tumba de Tchay (n.º 23) asistimos a la distribución de collares de oro y penetramos en el despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores, colocado bajo la dirección del dueño del lugar. La tumba de Djeserkareseneb, «Sagrada es la potencia de la luz en su integridad» (n.º 38), el contable de los graneros de Amón ofrece una encantadora escena de banquete, que cuenta con la presencia de músicos y cantores, así como una representación de Re-nenutet, la diosa-serpiente protectora de las cosechas. La tumba de Uah (n.º

22) es un himno de colores que evoca las hermosas fiestas que organizó. En cuanto a Amenmosis (n.º 42), un militar de alto rango, nos recuerda que la paz que reinaba en Tebas se debía a los ejércitos de Faraón que supieron repeler a los enemigos del país. Con predominio del rojo, el color de la potencia, asistimos a la toma de una fortaleza siria y a la entrega a Faraón de los tributos del país conquistado.



En el gran recinto descubriremos dos maravillas: la tumba de Menna (n.º 69) y la de Rekhmiré (n.º 100). Menna ocupaba la función de escriba de los campos; controlaba los límites de las parcelas de terreno y verificaba los mojones, que solían desplazarse durante la inundación. Su tumba se compone de una sala y una capilla. En el ala izquierda de la primera, los subordinados de Menna contabilizan los granos y hacen cálculos de agrimensor. Identificados, los que cometen fraude son apaleados. Todo el producto es pesado, verificado y registrado. Algunos, sin embargo, se dan la buena vida, como un campesino que hace la siesta bajo un árbol. Conmovedora es la figura de una madre que lleva a su hijo en bandolera y procura resguardarlo del sol mientras efectúa la recogida del lino. Durante un banquete, Menna recibe las ofrendas y observa a sus hijas, suntuosamente vestidas, que se acercan a él tocando el sistro. El ala derecha de esta primera sala está consagrada a la continuación del banquete, a la familia de Menna reunida con guirnaldas de flores al cuello y a las grandes divinidades como Osiris, Ra y Hator.

Las escenas de caza y de pesca que llenan las paredes de las capillas deben interpretarse según una perspectiva simbólica. Menna y los miembros de su familia pacifican salvajes paisajes, pescan el alma, cazan el espíritu. Menna emprende el viaje en barco que le lleva hasta Abydos, donde participará en los misterios de Osiris.

Rekhmiré (n.º 100), «El que conoce como la luz», fue un notable personaje, visir del Alto Egipto y gobernador de Tebas bajo Amenhotep III. Su amplia tumba ofrece un gran número de escenas de excepcional calidad. En el vestíbulo, además de las actividades agrícolas, de la caza y la pesca, se evoca la audiencia que el visir concede a sus subordinados. Un texto admirable precisa las pesadas funciones del visir que es, ante todo, el sacerdote de Maat, el encargado de imponer el respeto a la justicia.

La capilla está consagrada a dos temas esenciales: las actividades que controla Rekhmiré para garantizar el buen funcionamiento del templo de Amón y la vida feliz de un «justificado» que ha vivido el ritual de transformación en luz. En esta tumba se representan numerosos artesanos trabajando: escultores, albañiles, carpinteros, orfebres, curtidores, ladrilleros… Por haber ejercido plenamente sus responsabilidades, Rekhmiré es autorizado a dirigirse a la residencia real. Recibe allí collares de oro y celebra un eterno banquete acompañado de sus íntimos.

Horemheb (n.º 78) era escriba de los reclutas. En su tumba se asiste al enrolamiento de infantes y jinetes. En la morada de Kenamón (n.º 93), intendente en jefe de Amenhotep, un talentoso pintor animalista ejerció su arte. Se celebra la fiesta del Año Nuevo durante la cual se ofrecían regalos al faraón, que comprenden desde collares hasta carrozas de desfile.

Alcalde de Tebas durante el reinado de Amenhotep III, Sennefer (n.º 96) ocupa una vasta morada de eternidad, bautizada como «tumba de las viñas» a causa de un techo que imita un emparrado. La viña evoca el tema de la embriaguez mística, vinculada a Osiris. Se advierte que el difunto y su esposa ven el sol cada día.

La tumba de Antefoker (n.º 60), visir y gobernador de Tebas, única tumba de la XII dinastía, contiene numerosas escenas rituales, como la peregrinación a Abydos, danzas muy arcaicas y una rara representación del iniciado colocado en una «piel de resurrección».

En la zona llamada «de la aldea» vemos dos admirables tumbas

esculpidas: la de Khaemhat llamado Mahu (n.º 57) y la de Ramosis (n.º 55). Khaemhat era inspector de los graneros del Alto y el Bajo Egipto, durante el reinado de Amenhotep III. De él dependían las reservas alimenticias, vitales en caso de mala crecida. Khaemhat verificaba también la entrada de cereales y supervisaba el nivel de producción en todo el país. Ministro apreciado por la corte, presenta sus cuentas al faraón mientras algunos boyeros traen el ganado.

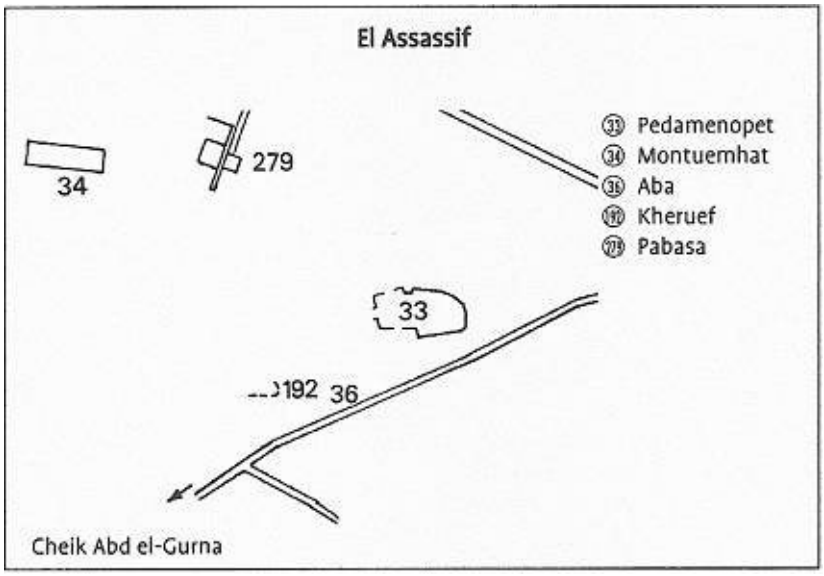
Amenhotep III entrega collares de oro a Khaemhat en recompensa por sus buenos y leales servicios. Esta tumba contiene también escenas raras y esenciales como los ritos de adoración al sol, componente de rituales osiríacos, la descripción de los campos paradisíacos, el viaje a Abydos, el sacrificio purificador llevado a cabo por el propio resucitado, con el agua y el fuego. Un detalle sorprendente es ese ramo de flores que descansa en un asiento símbolo de la vida en su tienda más sutil y sustituyendo al señor de la tumba.

Ramosis fue visir y gobernador de Tebas durante una época difícil, cuando Amenhotep IV decidió convertirse en Akenatón. Una parte de la tumba (n.º 55) es de estilo «clásico», la otra de estilo «amarniano», el cual se caracteriza por el alargamiento de los cráneos, cierta deformación de los cuerpos y unos movimientos ágiles y sinuosos. La sepultura de Ramosis se concibió como un pequeño templo, con dos salas de columnas, una capilla y un sepulcro al que se accede por un corredor que sale de la primera sala.

Además de las representaciones que muestran al propio rey, unas veces como Amenhotep IV y otras como Akenatón, en compañía de Nefertiti, iluminados por los rayos de Atón, podremos ver una célebre procesión funeraria con sacerdotisas especializadas, las plañideras.

Amenhotep III está presente en la tumba de Userhat (n.º 56), donde se advierte el empleo de un raro tono rosado. Las escenas de ofrenda, los episodios de la vida campesina y de caza en el desierto poseen una hermosa factura. Por desgracia, algunos ascetas cristianos destruyeron los personajes de mujeres presentes en un banquete. Por lo que se refiere a la tumba de Nedjemger (n.º 138), se caracteriza por la representación de un suntuoso jardín trazado detrás del Ramesseum. Se ve en él el sistema de irrigación que forjó la riqueza de los cultivos egipcios. El inspector de los jardines del templo funerario de Ramsés II es recompensado por una diosa-árbol que le

ofrece alimentos eternos.



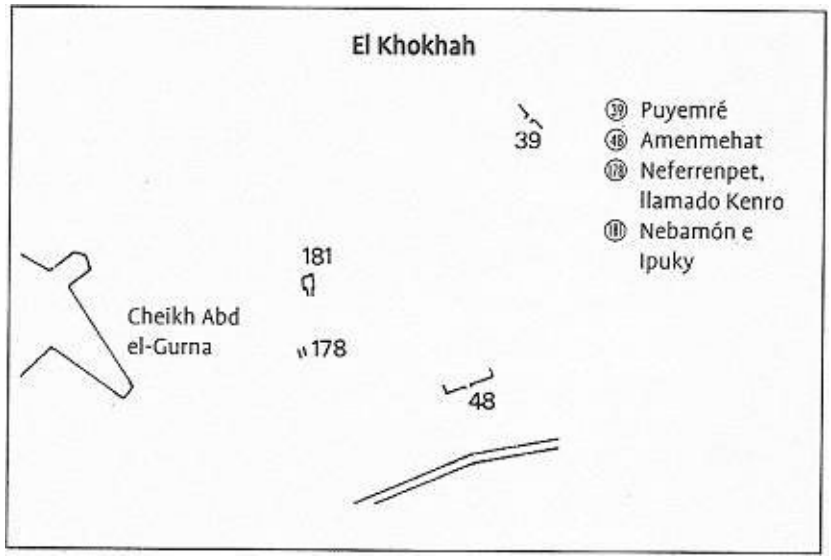
El Assassif se halla entre las colinas de Cheikh Abd el-Gurna y Dra Abu'l-Neggah. Los dignatarios de la XXV y la XXVI dinastías eligieron dicho paraje para sus tumbas, a menudo inmensas, dotadas de grandes patios y salas con pilares.

Los arquitectos construyeron verdaderos palacios subterráneos, como el de Montuemhat, profeta de Amón y «príncipe de la Ciudad [Tebas]» (n.º 34). Su tumba comprende dos grandes patios y un considerable número de capillas. Por lo que se refiere a la de Pedamenopet, especialista de los rituales, es la más vasta de toda la necrópolis tebana (n.º 33).

La tumba de Pabasa (n.º 279) es conocida por su escena de apicultura. Las abejas nacían de la luz solar y uno de los nombres de Faraón era precisamente «El de la abeja».

La vasta tumba de Kheruef (n.º 192), que data de fines del reinado de Amenhotep III, ofrece una soberbia tríada formada por el faraón, la reina Tiyi y la diosa Hator asistiendo a rituales donde la danza ocupa un lugar importante. Se ve un rito fundamental: el levantamiento del pilar *djed*, es decir, «estabilidad», por el propio faraón. Este pilar, con los ojos abiertos, es el símbolo de Osirís resucitado.

Al sur del Assassif, la pequeña colina del Khokhah.



Diversas escenas referentes a los oficios y a la vida artesanal adornan los muros de la tumba de Nebamón y de Ipuky (n.º 181), dos maestros escultores que prolongaron su fraternidad en el más allá. Tales escenas revelan aspectos de la técnica de los escultores, pintores, ebanistas y alfareros. El segundo profeta de Amón, Puyemré (n.º 39) completa estos cuadros describiendo la fabricación de carros, el trabajo del metal y de las piedras duras. En la tumba de Neferrenpet (n.º 178), además de las actividades de los joyeros y de los orfebres, se encuentra una escena conmovedora: dos pájaros con cabeza humana beben un poco de agua en el estanque de un jardín paradisíaco. Se trata del difunto y de su esposa, cuyas almas pueden emprender libremente el vuelo hacia el Sol.

Los parajes de Gurnet Murrai y de Dra Abu’l-Neggah no carecen de tumbas notables, como la del «padre divino» Amenemonet, donde se representan raras escenas rituales, el descendimiento de la momia al recinto funerario o la procesión de los sacerdotes que portan las estatuas del faraón Amenhotep III y de la Gran Esposa real Tiyi En la tumba del médico Nebamón (n.º 17), afamado terapeuta, asistimos a la llegada de extranjeros que acuden a consultarle. La de Panehsy (n.º 16) nos permite contemplar el vaso sagrado de Amón, antepasado del Graal. Y en la admirable y pequeña tumba del escriba real Roy, cuyos colores se conservan, se representa el rito de pesar el alma cuyo feliz final permite al dignatario y a su esposa penetrar en el dominio de los dioses y vivir allí, juntos, para toda la eternidad.

30. Tebas-oeste: Dayr al-Madina, el lugar de Verdad

No sería oportuno abandonar la orilla oeste de Tebas sin haber visitado a los geniales artesanos cuyo mayor título de gloria es haber excavado y decorado las tumbas del Valle de los Reyes.

En un pequeño valle al sudoeste de Cheikh Abd el-Gurna, el paraje de Dayr al-Madina ha conservado el recuerdo de estos seres excepcionales, bajo tres aspectos: su aldea, sus tumbas y su templo.

Entre 1921 y 1951, el egiptólogo francés Bernard Bruyère resucitó este lugar,[42] hasta el punto de llegar a conocer a todos sus habitantes. Durante cinco siglos, esta cofradía, que intenté revivir en mi novela *La piedra de luz*, creó obra maestra tras obra maestra.

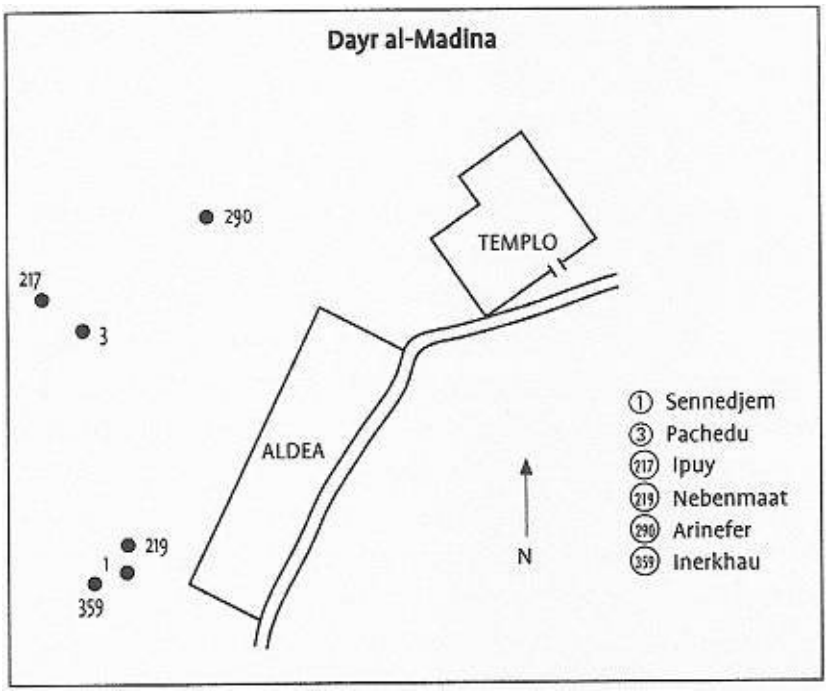
Los artesanos trabajaban en secreto, «lejos de ojos y oídos». Dependían directamente del faraón y del visir, tenían su propio tribunal y su propia escuela, podían ser solteros o estar casados, fundar una familia, y vivían en comunidad en una pequeña aldea protegida por altos muros y custodiada noche y día.

Todo cuanto necesitaban para llevar una existencia apacible y poder consagrarse a su arte se lo proporcionaba el Estado. Lavanderas, panaderos, alfareros, tejedores, pescadores y hortelanos trabajaban para ellos. Caravanas de asnos y porteadores les entregaban el agua a diario. El menor retraso levantaba enérgicas protestas.

Los «hombres del interior» estaban autorizados a aceptar encargos del «exterior» para el que fabricaban, por ejemplo, sarcófagos y mobiliario.

Los artesanos y sus familias habitaban en pequeñas casas blancas (70 m^2 por término medio) con un piso y una terraza donde era agradable dormir durante la estación cálida. En cada morada había un lugar reservado para el

culto de los antepasados, los «espíritus luminosos y eficaces», presentes en forma de busto o de estela.



El nombre egipcio del lugar, *Seth Maat*, es por sí solo todo un programa: el «lugar de Verdad», el lugar de lo justo, de la armonía y de la rectitud. El ser que quiere acceder a una vida en espíritu debe «decir Maat» y «hacer Maat».

La organización del trabajo era rigurosa, pero no faltaban los períodos de descanso. Comparada con una barca, la cofradía se dividía en dos equipos, uno de babor y el otro de estribor, que acudían alternativamente a las obras. Para llegar al Valle de los Reyes, pasaban por un collado donde habían construido cabañas de piedra y un oratorio.

Hecho fundamental, los miembros de la cofradía estaban autorizados a crear sus propias moradas de eternidad en las colinas que dominaban la aldea donde habían vivido. Se han encontrado 450 tumbas no decoradas y 53 decoradas. Desgraciadamente, muy pocas (3, hoy por hoy) están abiertas a los visitantes.

Los detalles de la vida material son escasos. Sólo en la tumba del escultor Ipuy (n.º 17) se ven lavanderas, tintoreros, escenas de mercado y el taller del escultor, donde los artesanos fabrican sarcófagos, muebles o estatuas. Ayer como hoy, el oficio no era descansado: un carpintero se ha dislocado el hombro, otro ha recibido polvo en los ojos. Afortunadamente, la «Mujer sabia» y el médico de la cofradía intervendrán con eficacia.

La decoración de casi la totalidad de las tumbas está consagrada a motivos de orden simbólico e iniciático, testimonio de la vida espiritual de la cofradía. En la magnífica tumba de Sennedjem (n.º 1), asistimos al combate victorioso de la gata armada con un cuchillo, encarnación de la luz, contra la serpiente de las tinieblas. Anubis conduce al artesano y a su esposa hasta el Paraíso donde el trabajo prosigue: allí siembran, labran y cosechan, pero vestidos de fiesta y sin sentir fatiga alguna. La familia se reúne en un banquete celestial, y Sennedjem y su esposa se arrodillan ante la diosa en el sicomoro, Nut, que les da para siempre agua y alimentos.

Inherkhau (n.º 359) escucha el canto del arpista que le recomienda que consume un día perfecto. Contempla el loto, símbolo de la luz renaciente, y el fénix, pájaro sagrado de Heliópolis, la Ciudad del Sol, y alma de Ra. De rodillas, el artesano venera el halcón de oro y le vemos salir de la tumba cuya puerta han iluminado los rayos del sol.

Pachedu (n.º 3) está arrodillado al pie de una palmera. Siguiendo la enseñanza de Thot, no es el bullicioso sino el silencioso, comparado a un gran árbol que crece en un apacible jardín donde conoce la felicidad. Su tumba contiene un detalle extraordinario: el ojo de Horus, provisto de brazos, sostiene una copela en la que se han encendido antorchas que, sin producir humo, permitían a los artesanos iluminarse. Cada noche, se contaban las mechas cuidadosamente. Gracias a este ojo portador de luz, el artesano tenía la capacidad de crear.

Serla preciso evocar muchas otras tumbas, como la de Nebenmaat (n.º 19), en la que vemos a Anubis abriendo la boca de la momia y las dos almas-pájaro del artesano y su esposa recibiendo el agua celestial de la diosa Nut.

Una de las tumbas más hermosas y más importantes, cerrada por desgracia, es la de Arinefer (n.º 290). Además de una extraordinaria ofrenda de Maat, se revela la existencia de dos Maat: una representada por un hombre y la otra por una mujer, que corresponden a las dos vías espirituales que se enseñaban en la cofradía.

El templo, que data de la época ptolemaica, retoma elementos de las épocas anteriores. De modestas dimensiones (15 x 9 m), estaba consagrado a las dos protectoras de la cofradía, Hator y Maat. También se veneraba a dos grandes maestros de obras, Imhotep y Amenhotep hijo de Hapu.

Rodeado por una muralla en la que se abría un portal, este templo

comprende una sala de columnas, un pronaos y tres capillas. Encontramos allí diversas manifestaciones de Hator, las potencias creadoras que forman la Ogdóada y las demás divinidades que inspiraban el espíritu y la mano de los constructores. En la capilla del sur, a la izquierda según se mira el santuario, se asiste a la iniciación de un artesano en los misterios de Osiris. Guiado por Maat, sufre la prueba del pesaje del corazón para ser reconocido «justo de voz».

31. El templo de Esna y los secretos de la creación

A 58 km al sur de Luxor, la ciudad de Esna era la capital de una provincia y un centro comercial próspero donde desembocaban pistas que unían el Valle del Nilo con las regiones del Sur. Se penetra en un gran burgo, de calles flanqueadas por pequeños comercios y, de pronto, surge la sorpresa: a nueve metros por encima del nivel de la calzada, una gran sala con columnas (33 x 16,5 m). Es la única parte que sigue en pie de un gran templo ptolemaico, último avatar de un edificio creado en la XVIII dinastía.

Los cristianos transformaron la sala en iglesia, luego los árabes la habitaron y la rodearon de casas. A comienzos del siglo XIX, se pensó en demolerla para recuperar las piedras y reparar el embarcadero de la época romana. Finalmente, el viejo edificio salvó su vida y se convirtió en almacén para el algodón.

En este triste estado Champollion descubrió Esna, en 1828. El templo está hoy despejado. En la sala de columnas, Construida en tiempos del emperador romano Claudio (41-54) y cuya última inscripción data del siglo III d. J. C, se evocan aspectos esenciales del pensamiento egipcio.

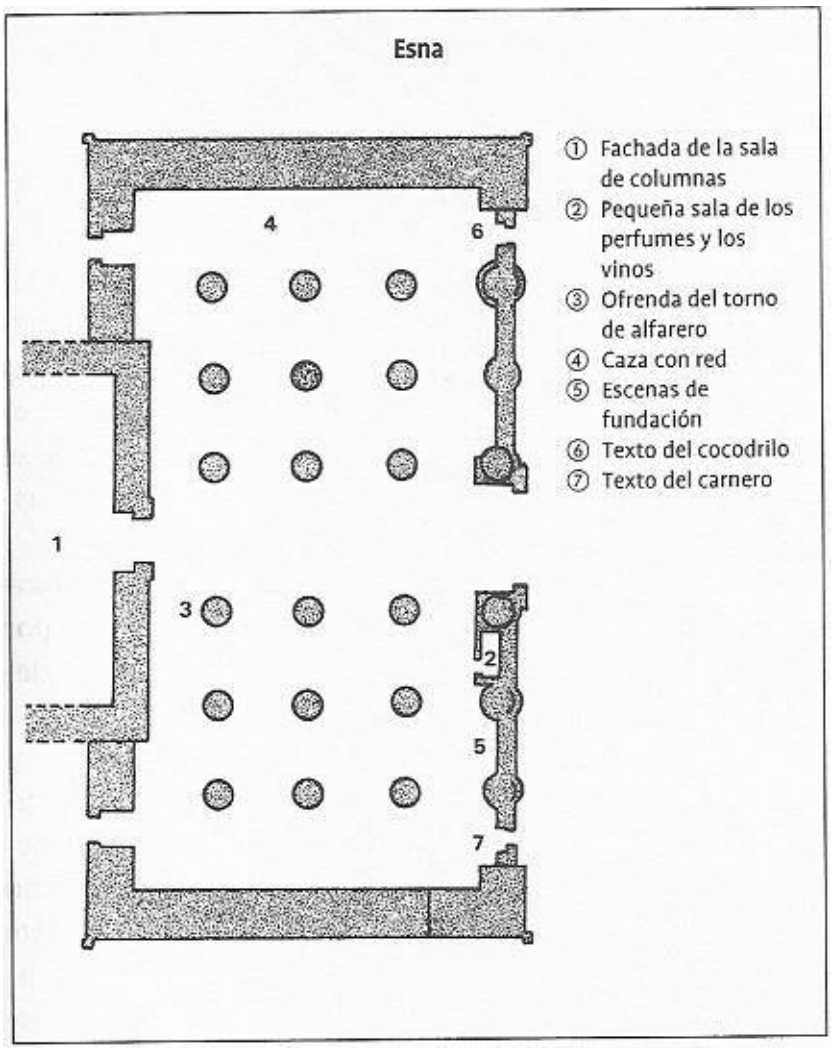
Un texto precisa que la sala es una espesura de papiros recorrida por Khnum, el buen pastor. El dios-carnero tenía dos compañeras: una reinaba en la campiña, la otra era una diosa-leona. El dios-hijo era Heka, la magia creadora y protectora.

En su tomo de alfarero, Khnum modelaba dioses, hombres, anímales y vegetales. Había aparecido en un cerro mientras la tierra se hallaba aún entre tinieblas. Aguas primordiales y cielo permanecían confundidos. Cuando el Creador abrió los ojos, brotó la luz y el cosmos se organizó. Él «contó» la tierra, ordenó según los Números y colocó el universo en su templo. En su lago sagrado, el Creador acogía al loto viviente, animado por la simiente de los ochos dioses primordiales.

Pero Khnum debía utilizar también su poder contra las fuerzas de las tinieblas; cuando los hombres se revelaban contra los dioses, manejaba el palo y el bastón para castigar a los enemigos de la luz.

Khnum no es el único dueño del templo de Esna. A su lado reina una misteriosa diosa, Neith, soberana de los dioses del cielo, de la tierra y del mundo intermedio. Primogénita de las divinidades, aparecida en los orígenes, tiene como emblema unas flechas cruzadas, rayos de luz que evocan también el arte del tejido, cuyo secreto detenta. Soberana también de la ciudad de Sais, en el Delta, tiene como animal sagrado al pez lates, símbolo de la resurrección; por lo demás, en Esna se ha encontrado un cementerio de peces. La diosa es una excelente nadadora que se mueve con gracia en las aguas del océano original. «*Convirtió en luminosas las miradas de sus ojos* —indica un texto— *y la claridad se hizo.*»

Los textos de la sala de columnas de Esna tienen como función revelar los misterios de la creación del mundo. Gracias a las traducciones de Serge Sauneron, puede apreciarse la riqueza del pensamiento de los iniciados egipcios hasta el último aliento de su civilización, y se comprueba entonces que estuvieron en el origen del hermetismo y del simbolismo, vivos todavía en los tiempos de las catedrales.



Mientras es de buen tono denigrar el grabado de la sala de columnas de Esna, considerándolo pesado y torpe, existe acuerdo, sin embargo, en apreciar los capiteles de las veinticuatro columnas y las escenas simbólicas. Una de las más importantes es la entrega del tomo de alfarero a Khnum (n.º 3), vinculada a la fiesta del «levantamiento del cielo» que permite el nacimiento de la luz y del aire. Puesto que Khnum estaba asociado a Neith, existe una fórmula de la colocación del torno de alfarero en el vientre de los seres femeninos, que contendrá así una matriz de origen divino.

La escena de la caza con red (n.º 4) forma parte del antiguo fondo del simbolismo egipcio. Las energías peligrosas son así capturadas, pero no aniquiladas. Una vez dominadas, es posible liberar la luz que estaba oculta en ellas.

Varias etapas del ritual de fundación se precisan entonces (n.º 5): implantación de las estacas después de la agrimensura, vertido de arena en una trinchera, modelado del primer ladrillo, utilización de la plomada y

donación del templo a su verdadero dueño, la divinidad. Estas escenas deben relacionarse con las representaciones del techo, donde se distingue un zodíaco, las constelaciones y el circuito solar. El templo contiene el universo, está construido en función de sus leyes.

Destaquemos dos curiosidades de Esna: un texto compuesto únicamente por cocodrilos (n.º 6), y otro sólo por carneros (n.º 7). Se trata de juegos de escritura y verdaderos jeroglíficos que no han sido descifrados aún.

Esna, ciudad de fiestas y de misterios consagrados al proceso de la creación, estaba concebida como un taller divino donde actuaban las fuerzas del cosmos. Todos los seres proceden de un solo Padre, afirma un texto. El tomo del alfarero Khnum funciona eternamente. Con sus siete palabras, Neith, varón y hembra a la vez, moldea el mundo. Padre de los padres y Madre de las madres, el arquitecto divino que comenzó a ser al inicio crea sin cesar por amor a la creación. Por eso crecen viñedos, flores, lotos; por eso la divinidad ha hecho luminosa la naturaleza que día tras día teje su red de luz.[43]

32. Elkab, el dominio de la diosa-buitre

A 80 km al sur de Luxor, en la orilla este del Nilo, Elkab, capital de la tercera provincia del Alto Egipto, es una ciudad muy antigua que llevaba el nombre de Nekheb. Aquí reinaba la diosa-buitre Nekhbet que encarnaba en solitario el Alto Egipto y velaba por la titulación real. Se piensa, por lo demás, que en la época alta los ritos de coronación se desarrollaban en el templo de Nekhbet Recordemos que los antiguos no atribuían al buitre valores negativos, sino todo lo contrario; se le atribuían las máximas cualidades maternales, y Nekhbet tiene precisamente como función proteger al faraón y, a la vez, al templo mientras mantiene sus vínculos con el cielo.

Varios santuarios, por desgracia muy degradados, como el templo de Nekhbet o el de Thot, sólo interesarán a los especialistas. En cambio, cuatro tumbas excavadas en la colina, a la que se accede por una escalera moderna, sin duda merecen una visita del viajero.

La más antigua es célebre por su inscripción. Cuenta cómo un héroe, Ahmosis hijo de Abana, participó en la guerra de liberación contra los hicsos, invasores que pusieron fin a la brillante civilización del Imperio Medio. Este soldado de excepcional bravura relata su carrera que concluye en la marina real, y evoca sobre todo la toma de la capital de los hicsos, Avaris. Con esta victoria, fruto del valor de la reina Ahotep y de su segundo hijo, el faraón Ahmosis, Egipto renace y comienza el Imperio Nuevo.[44] Por sus hazañas, Ahmosis hijo de Abana recibió collares de oro y un dominio en el que llevó a trabajar a prisioneros de guerra. El héroe fue muy longevo y acabó sus días en Elkab.

La tumba de Paheri (XVIII dinastía), alcalde de la dudad, es realmente notable. Preceptor y educador de un hijo del rey al que sostiene sobre sus rodillas, Paheri asocia a la eternidad todas las actividades que se practicaban en su dominio: labores, siembras, almacenamiento de los cereales,

recolección del lino, vendimias, caza, pesca y ganadería. Junto con su esposa, ofrece un gran banquete que ameniza la música de varios arpistas y flautistas.

La pesada del oro es un rito, pues ese metal, «la carne de los dioses», está destinado al templo y a las estatuas. Y la tumba de Paheri nos revela otros ritos vinculados a los misterios osiríacos, como la abertura de la boca o el transporte, en una narria, del resucitado envuelto en un sudario blanco. Tras él, caminan dos ritualistas portando un misterioso cofre provisto de dos ojos.

Otra tumba de la XVIII dinastía, la de Renni, es comparable a la de Paheri, si bien se halla peor conservada. Podrán verse en ella representaciones de carros y caballos, pero también ritos funerarios, danzas, el jalado del sarcófago en presencia de las plañideras y el descendimiento de la momia por el pozo.

Por lo que se refiere a la tumba de Setau, que data del reinado de Ramsés III, ofrece escenas de labranza, de cosecha y de banquete, así como las representaciones de un, sacerdote celebrando los ritos para el *ka* y de barcas indispensables para el viaje por el más allá.

Elkab brinda la ocasión de aventurarse un poco por el desierto, en dirección este, para alcanzar una soberbia capillita de Amenhotep III, algunos de cuyos bajorrelieves todavía conservan sus colores. Sin duda servía de depósito para la barca de las diosas durante sus fiestas. Se advertirá la presencia de pilares hatóricos y se contemplará al faraón realizando la ofrenda a Nekhbet. Una de las más hermosas escenas es el abrazo entre el rey y Amón que pone ante la nariz del monarca el *ankh*, la cruz egipcia, símbolo de la vida.

33. El templo de Edfu o la omnipotencia de Horus

A 110 km al sur de Luxor, la ciudad de Edfu alberga un gran templo cuyo estado de conservación es extraordinario. ¿Lo habrá protegido el señor del lugar, el halcón Horus, para que supere así la prueba del tiempo?

Edfu, «ciudad de Apolo» según los griegos, era la capital de la segunda provincia del Alto Egipto. Desde el Imperio Antiguo, fue una ciudad importante y rica. ¿Acaso no era Horus a la vez hijo y sucesor de Osiris, y el dios encargado de velar por la función real? Todo faraón reinante es un Horus dotado de su penetrante vista.

En 1798, los miembros de la expedición de Egipto comprobaron que los fellahs habían construido sus viviendas alrededor del templo e incluso… ¡sobre su tejado! Sólo en 1860 Mariette comenzó a desenterrar Edfu, cuya gran sala de columnas había quedado cubierta hasta el nivel de los capiteles. Y Chassinat se encargó de otra tarea igualmente titánica: copiar y publicar los textos, que no llenaron menos de quince volúmenes infolio.

A excepción de algunas degradaciones a la altura de las comisas, el gran templo está prácticamente intacto. Le faltan dos obeliscos que precedían la entrada y los grandes mástiles para banderolas que adornaban la fachada. Por sus dimensiones (137 m de largo, 80 m de ancho), Edfu es el mayor templo de Egipto, después del inmenso Karnak. No olvidemos que el santuario era el centro de un conjunto sagrado cuyos restantes elementos han desaparecido (alojamientos de los sacerdotes, almacenes, talleres). Ante el templo, a la izquierda, hay vestigios de un mammisi. Por lo que se refiere al lago sagrado, no ha sido excavado aún.

El edificio actual es el último de una serie de monumentos levantados a la gloria de Horus desde el Imperio Antiguo. La colocación de la primera piedra tuvo lugar el 23 de agosto de 237 a. J. C., en el reinado de Ptolomeo III Evergetes, y la construcción concluyó en 57. Se conocía el nombre del arquitecto: Imhotep, evidentemente, el creador de la pirámide escalonada de Saqqara y el constructor de todos los templos de Egipto. «*Tengo el cordel con la diosa Seshat* —dice el maestro de obras durante la ceremonia de fundación —; *mi mirada sigue el curso de las estrellas; mi ojo observa la polar, establezco los cuatro ángulos del templo*.»

La inauguración dio lugar a una gran fiesta a la que se unió toda la población. Se engalanaron vestidos de lino blanco y se celebró un formidable banquete. En el menú había vino, cerveza, buey, oríx, gacela y demás sabrosos manjares. En la ciudad llena de flores flotaban aromas de olíbano e incienso.

Horus de Behedet (Edfu) es un inmenso pájaro cuyas alas tienen la envergadura del cosmos. En el origen de los tiempos, se inclinó sobre una caña, en el seno del océano primordial. Con su mirada creó el mundo. Emprendiendo el vuelo, sobrevoló la tierra y reconoció el lugar donde quería que se edificara su santuario: Edfu, que se convirtió en «la percha de Horus».

Existían especialistas en la cría de halcones y cada año una de las rapaces era designada para convertirse en la encarnación del dios Horus.

Antes de llegar al templo había que cruzar una muralla que ha desaparecido casi por completo, por encima de este muro emergía la cumbre del pilono (n.º 1). Entre sus dos torres hay una alta puerta de madera, probablemente dorada, que ha sido destruida. Estos dos macizos son, a la vez, las montañas de Oriente y de Occidente entre las cuales se levanta el Sol, rodeado por dos serpientes-uraeus que lo protegen contra las fuerzas de las tinieblas (mito de Ra), e Isis y Neftis que trabajan para la resurrección de Osiris (mito osiríaco). En el «balcón de aparición», los sacerdotes presentaban a la multitud el halcón elegido para representar al dios. Se accede a este balcón por una escalera interior, puesto que los dos macizos del pilono son huecos y comprenden varias cámaras distribuidas en cuatro pisos. En la fachada del pilono se distinguen las ranuras que servían de alojamiento a los grandes mástiles de madera sujetos por unas zarpas de metal.

Escena esencial: la victoria del faraón sobre sus enemigos, a los que golpea con la maza «Iluminadora» ante Horus. *«Toro, órix, caza de agua, así como todos los que te son infieles, arden sobre tu altar* —dice el rey al dios— *y bebes vino y cerveza ritualmente puros.»*

Cruzado el pilono, desembocamos en un gran patio (n.º 2) flanqueado por una columnata en tres de sus costados. Al fondo se encuentra la fachada de la primera sala de columnas. Estamos aquí en la «marisma primordial» donde nacieron las primeras formas de vida. Este patio estaba lleno de exvotos y estatuas de particulares, acogidos así en el interior del templo.

La fachada de la primera sala de columnas (n.º 3) está cerrada por un muro que llega hasta media altura. A ambos lados de la puerta, tres columnas. En los seis paneles que recorren esta fachada, el rey hace ofrendas a los dioses.

A la izquierda de la entrada, un extraordinario halcón Horus, uno de los más imponentes nunca esculpidos, aparece tocado con la doble corona, es la encarnación de la vigilancia.

Al cruzar la puerta, prestemos atención a dos pequeñas salas. A la izquierda, la «Casa de la mañana» (n.º 4); a la derecha, la «Casa de los libros» (n.º 5). En egipcio, las palabras «mañana» y «adoración» están formadas por la misma raíz. Por la mañana, cuando sale el sol, se lleva a cabo el primer acto de veneración a la luz renaciente. Y la Casa de los libros daba acceso al conocimiento sagrado. En esta pequeña estancia no se encontrarán anaqueles cargados de papiros sino columnas de jeroglíficos que dan el título de las obras. Se trata, pues, de una biblioteca reducida a lo esencial, las «manifestaciones de la luz divina [Ra]», a saber, los rituales, el libro de las fiestas, los tratados de geografía sagrada, los de observación del cielo y el manual de decoración del templo.

Los montantes de la puerta recuerdan que entramos en el cielo: están adornados con escenas cósmicas, divinidades celestiales, listas de horas del día y de la noche que permiten consumar la acción justa en el momento justo.

En el interior de la primera sala de columnas reina la penumbra. Simbolizando los tallos de las plantas originales, estas columnas, cercanas entre sí, reciben la luz nutricia procedente de varias aberturas practicadas en el techo.

Al fondo de la sala se abre un pasaje hacia la segunda sala de columnas (n.º 6), más pequeña que la precedente y cuyo techo está sostenido por doce columnas. Es una sala de las fiestas que comunica con tres pequeñas estancias. La primera, a la derecha, es la sala del Tesoro (n.º 7). Allí se indican los nombres de las regiones mineras de donde se extraían las riquezas indispensables para embellecer el templo. A la izquierda, la cámara del Nilo (n.º 8) que procura una inagotable abundancia. En el laboratorio (n.º 9) se mencionan recetas de perfumes y ungüentos.

La segunda sala de columnas da a la cámara de las ofrendas (n.º 10), que comunica con las escaleras, una de las cuales lleva al tejado del templo. Viene luego la «cámara del medio» o sala de la Enéada (n.º 11), flanqueada a la izquierda por una capilla dedicada al dios Min (n.º 12) y, a la derecha, un pequeño conjunto arquitectónico que comprende un patio con un altar y una capilla (n.os 13 y 13 *bis*) donde se procedía a vestir al dios.

Ante nosotros, el sanctasanctórum (n.º 14), verdadero templo dentro del templo, rodeado por un «pasillo misterioso» al que dan las capillas.

En el interior del sanctasanctórum, un altar, en el cual se depositaba la barca del dios, precede a un naos de deslumbrante belleza. Aunque la estatua divina y las puertas hayan desaparecido, la presencia perdura. Uno tiene la impresión de que la piedra resplandece, de que el granito reluce en una plateada penumbra. El naos simbolizaba el cerro primordial que emergió de las aguas en los orígenes del mundo, análogo a la pirámide.

Cada una de las capillas dispuestas en torno al sanctasanctórum tiene su propia función: la cámara de las telas (n.º 15); el trono de los dioses o sala de la Enéada (n.º 16); la «tumba» o cámara de la cripta (n.º 17); el palacio del señor (n.º 18) y la capilla de la cripta (n.º 19) (partes de un templo de Osiris en el interior del templo de Horus); la «capilla de Mesen» (n.º 20) que contenía una barca y también emblemas sagrados forjados por Horus, y que constituía la «cuna» del poder divino; la «capilla de la pierna», dedicada a Khonsu (n.º 21); la capilla de Hator (n.º 22); la capilla de Ra (n.º 23); la capilla del trono (n.º 24), consagrada a diversos aspectos del fuego divino.

En el muro exterior del sanctasanctórum se desarrollan los episodios del «mito de Horus», desde su nacimiento hasta su triunfo sobre las fuerzas de las tinieblas.

El «culto divino diario» comprendía tres servicios. El más importante era

el de la mañana, el segundo se celebraba a mediodía y el tercero al anochecer. Por la mañana, el faraón (o el sumo sacerdote que actuaba en su nombre) rompía el sello que cerraba las puertas del naos y corría el cerrojo. Contemplaba la estatua donde se encarnaba la energía divina, a la que despertaba «en paz» mediante las fórmulas de conocimiento. Luego alimentaba la potencia creadora, la vestía y la incensaba. A continuación cerraba las puertas del naos, se alejaba retrocediendo y borraba las huellas de sus pasos. Un silencio perfecto reinaba de nuevo en el sanctasanctórum. A mediodía, el naos permanecía cerrado, se renovaban las aspersiones y fumigaciones. Al anochecer, se procedía a una fumigación por incienso y se llevaba a cabo un último ritual de ofrenda. La divinidad iba a afrontar las tinieblas, la existencia del mundo quedaba en suspenso hasta el alba siguiente.

Edfu es también la fiesta en sus múltiples aspectos, que conocemos gracias a los textos del templo. Ya hemos evocado la fiesta de la coronación del halcón que reactualizaba la del faraón. Estaba asociada a la fiesta del Año Nuevo en la que se revelaba la potencia de la luz que animaba el «palco del Halcón».

Durante el cambio de año, el mundo corría el peligro de volver a sumirse en el caos, pues al finalizar el ciclo tanto las estatuas como los símbolos quedaban «agotados». Era necesario por lo tanto recargarlos y, para lograrlo, se celebraba el rito de la «unión con el disco solar». Portando las estatuas divinas, una procesión ascendía hasta el tejado del templo el día de Año Nuevo.[45] A la cabeza iban el rey y la reina, seguidos por los sacerdotes llevando máscaras con la efigie de las divinidades y por nuevos ritualistas cargados con el naos. Se dirigían hacia el «quiosco de regeneración», situado en la esquina nordeste. La luz del Nuevo Año iluminaba los objetos y las estatuas y les devolvía la potencia necesaria para el cumplimiento de los ritos.

La fiesta de la victoria recordaba la lucha de Horus contra Seth. Cada año, los sacerdotes representaban este drama litúrgico que tenía como escenario el lago sagrado, habitado entonces por una temible criatura, el hipopótamo de Seth, que amenazaba la paz y la armonía. Horus, el arponero, lideraba una expedición para impedir que causara daños. Preocupada por la temible fuerza del hipopótamo, Isis protegía a su hijo. Del resultado del combate dependía la suerte del mundo. Con su arpón, Horus golpeaba al hipopótamo dos veces, de modo que cada golpe alcanzara a un órgano vital. El monstruo era despedazado y Egipto quedaba purificado del mal, las puertas del rielo se

abrían y se celebraba el triunfal regreso del salvador.

La fiesta del nacimiento divino se celebraba en el mammisi. Allí veía la luz, bajo la protección de las divinidades, un nuevo Horus encargado de reunir las Dos Tierras. Cada año, Faraón volvía a ser joven, contemporáneo del origen de los mundos, gracias al amamantamiento de la diosa madre que le ofrecía el líquido nutricio del cielo.

La fiesta del matrimonio sagrado de Horus de Edfu y Hator de Dendera, «la perfecta unión», daba lugar a grandes regocijos. Hator viajaba en barco e iba a pasar dos semanas con su divino esposo. Se dirigían al desierto, al lugar donde descansaban los «dioses muertos» en el origen de la creación. Los devolvían a la vida, mientras duraba la fiesta, obteniendo de ellos que derramaran la alegría en el corazón de los hombres y garantizaran la prosperidad de los cultivos.

Numerosos sabios vivieron en aquel lugar privilegiado. Uno de ellos era Isi, visir del faraón Teti (Imperio Antiguo). Juez equitativo, nunca pronunció una mala palabra contra nadie, siempre dijo la verdad e hizo el bien. Tan gran dignatario fue a acabar sus días en Edfu, donde fue beatificado.

No hay mejor modo de concluir esa visita a Edfu, excesivamente breve, que con estos extractos de la Regla grabada en los muros del edificio: *«Todos vosotros, que tenéis acceso a los dioses, vosotros que estáis de servido mensual en el templo de Horus el gran dios, señor del cielo, volved vuestros rostros hacia esta morada donde Su Majestad os ha colocado. Él viaja por el cielo pero ve lo que aquí abajo ocurre. Está satisfecho de vosotros cuando todo es conforme con la rectitud. No hagáis iniciación abusiva; no penetréis en el templo en estado de impureza; no digáis mentiras en este santuario; no aceptéis la corrupción. No hagáis diferencia entre un pobre y un hombre poderoso; no incrementéis el peso y la medida; no reveléis lo que habéis visto en los misterios de los templos; no os arriesguéis a robar los bienes de Dios; guardaos de concebir en vuestros corazones un pensamiento profano. Más rico de realidad es un instante pasado al servicio de Dios que toda una existencia de opulencia.»*[46]

34. El templo de Kom Ombo, alianza del halcón y el cocodrilo

A 50 km al norte de Asuán, el templo de Kom Ombo, construido en un gres muy claro, se levanta sobre un promontorio desde el cual se controlaba la circulación de los barcos por el Nilo. El templo actual, que sustituyó a un edificio construido por Tutmosis III, sólo fue excavado en 1893, hecho que le libró de ser aniquilado. Era el centro de la ciudad de Nubit (Ombo) donde se trabajaba el oro, la carne de los dioses (el verbo *nebi* significa, por lo demás, «fabricar», «crear»).

Kom Ombo conoció cierta prosperidad en tiempos de los Ptolomeos. Fueron infantes y jinetes pertenecientes a las tropas acantonadas en el sector quienes proporcionaron una ayuda decisiva a la construcción, en tiempos de Ptolomeo V, de un nuevo templo en honor de Apolo, equivalente del Horus el Antiguo.

A causa de su carácter dual, hay una leyenda particular vinculada al paraje. Dos hermanos ejercían su autoridad sobre la ciudad de Nubit. El uno era bueno, el otro perverso. Éste se las arregló para que expulsaran a su competidor, que buscaba la paz y la armonía, pero la población se negó a obedecer a un mal señor. Prefirió el exilio y siguió al hermano bueno. Quedándose solo, el malvado se dio cuenta de que su nuevo poder era vano. Le era imposible por sí solo cultivar los campos. Pero su espíritu retorcido no andaba corto de ideas diabólicas. Recurrió así a la magia negra e intentó utilizar a los muertos para convertirlos en sus esclavos. Enojados al haber sido turbados en su eterno reposo, éstos sembraron granos de arena en los cultivos e hicieron estéril la tierra. Es fácil reconocer a Seth en el mal hermano y a Horus en el bueno. Pero Seth debe tener su dominio, como Horas, y éste será el desierto, sacralizado por la construcción de las moradas de eternidad.

Tutmosis III tradujo esta realidad en forma de una dualidad. Horus el

Antiguo y Sobek, un halcón y un cocodrilo, cada uno de ellos a la cabeza de una tríada[47] compartían el templo. Las dos divinidades son terribles y poderosas por igual. Halcón de garras que desgarran al adversario, con inigualable velocidad de ataque, Horas aparecía en las alturas del cielo para matar a los enemigos de Faraón. Cuando Ra, en lucha contra el mal, buscó a un dios para vencer al adversario, la respuesta de su divino escriba, Thot, fue clara y precisa: recurrir al halcón de Kom Ombo.

Reinando sobre la mitad norte del templo, el halcón se ve obligado a entenderse con un cocodrilo, encarnación de Sobek, que es dueño de la mitad sur del edificio. Cerca del templo, un cementerio de cocodrilos momificados recuerda que se criaba con miel y carne a esas temibles criaturas. La velocidad de intervención y la agresividad del cocodrilo en el agua son comparables a las del halcón en los aires. Pero el halcón Horus y el cocodrilo Sobek no son sólo depredadores. Ambos son aliados del sol en su cotidiano combate contra las tinieblas. La potencia luminosa es unas veces halcón y otras cocodrilo. Horus extirpa el mal de la berra, da luz para que todo crezca; Sobek, surgido del océano primordial, es una «gran forma secreta». Fue amamantado por una diosa y se hizo tan robusto que puede llevar a todos los seres en sus lomos. Ayuda a la resurrección de los muertos y hace subir el agua de la crecida para que la tierra sea fértil.[48]

Kom Ombo está consagrado a esta dualidad halcón/cocodrilo: dos entradas, dos corredores misteriosos rodeando el naos, pasajes dobles entre las partes del edificio, dos tipos de culto en el sanctasanctórum dividido en dos partes separadas por un naos. Esta dualidad no es disociación ni oposición. Las dos divinidades están presentes una al lado de otra y, más aún, la una es honrada en la parte del templo consagrada a la otra, y viceversa.

Los dos dioses son el Sol y la Luna, los ojos del rostro del Creador. Y esta dualidad es, sin embargo, una mirada única.

Sólo subsiste parte del recinto del templo, algunas columnas y diversos elementos del pilono del pronaos, de las capillas y del mammisi.

Ante el templo, un pozo (n.º 1) y un mammisi (n.º 2), templo del nacimiento del dios-hijo. Kom Ombo gozaba de una notable instalación hidráulica; en el pozo muy profundo aparecía el agua de la crecida que procuraba al templo un líquido puro y regenerador, procedente directamente del océano de energía.

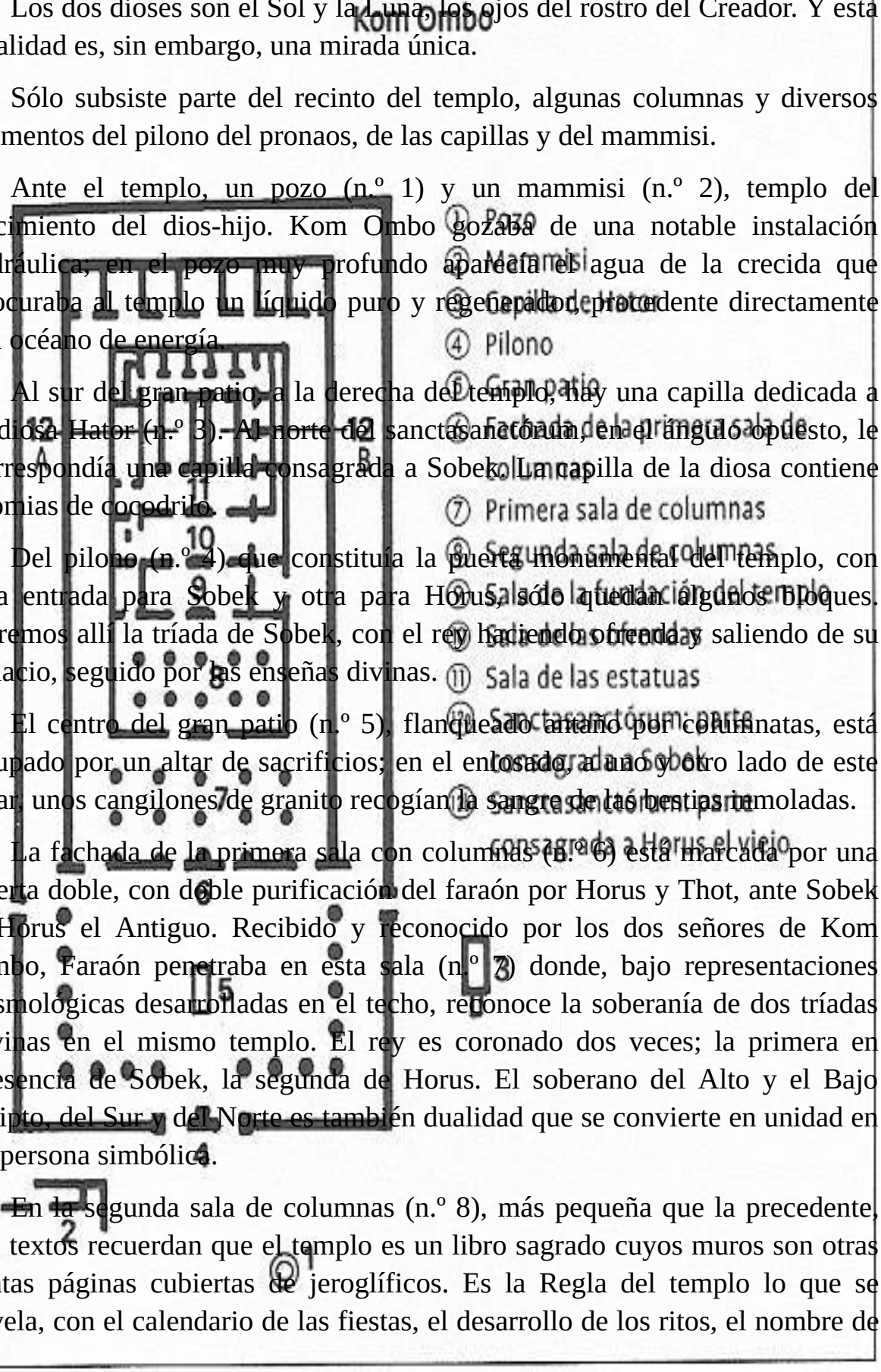
Al sur del gran patio, a la derecha del templo, hay una capilla dedicada a la diosa Hator (n.º 3). Al norte del sanctasanctórum, en el ángulo opuesto, le correspondía una capilla consagrada a Sobek. La capilla de la diosa contiene momias de cocodrilo.

Del pilono (n.º 4) que constituía la puerta monumental del templo, con una entrada para Sobek y otra para Horus, sólo quedan algunos bloques. Veremos allí la tríada de Sobek, con el rey haciendo ofrenda y saliendo de su palacio, seguido por las enseñas divinas.

El centro del gran patio (n.º 5), flanqueado antaño por columnatas, está ocupado por un altar de sacrificios; en el entosado, a uno y otro lado de este altar, unos cangilones de granito recogían la sangre de las bestias inmoladas.

La fachada de la primera sala con columnas (n.º 6) está marcada por una puerta doble, con doble purificación del faraón por Horus y Thot, ante Sobek y Horus el Antiguo. Recibido y reconocido por los dos señores de Kom Ombo, Faraón penetraba en esta sala (n.º 7) donde, bajo representaciones cosmológicas desarrolladas en el techo, reconoce la soberanía de dos tríadas divinas en el mismo templo. El rey es coronado dos veces; la primera en presencia de Sobek, la segunda de Horus. El soberano del Alto y el Bajo Egipto, del Sur y del Norte es también dualidad que se convierte en unidad en su persona simbólica.

En la segunda sala de columnas (n.º 8), más pequeña que la precedente, los textos recuerdan que el templo es un libro sagrado cuyos muros son otras tantas páginas cubiertas de jeroglíficos. Es la Regla del templo lo que se revela, con el calendario de las fiestas, el desarrollo de los ritos, el nombre de



las fuerzas divinas, la lista de los lugares santos de la provincia.

Veamos una escena importante de esta sala donde prosiguen escenas de purificación y de coronación: Horus el Antiguo entrega al faraón una espada de luz que le permitirá vencer las tinieblas.

Vienen a continuación tres pequeñas salas que preceden al sanctasanctórum. En la primera (n.º 9), el rey crea el templo. Es ayudado por la diosa Sechat, coronada por una estrella de siete puntas. Ella es la que, con el rey asimilado a Thot, celebra el ritual de fundación.

La segunda sala pequeña (n.º 10) es la de las ofrendas. En los muros, un calendario de los ritos. De ahí salía una escalera que llegaba al tejado, donde se celebraba el Nuevo Año y la unión con el disco solar. Las estatuas de culto estaban depositadas en la tercera salita (n.º 11).

Del sanctasanctórum y de las capillas que lo rodeaban queda, por desgracia, muy poco. Estaba dividido en dos partes por un muro. A la izquierda, al norte, el dominio de Horus el Antiguo; a la derecha, el de Sobek Ambos dioses están representados entre las dos puertas del santuario: el señor de las aguas, Sobek, tiene las carnes verdes; el señor del aire, Horus, es azul. Uno y otro animan la fiesta de regeneración del faraón.

Paseando por las ruinas del fondo del templo se descubrirá un sistema de criptas, bloques dispersos y notables escenas, como la que muestra una doble Nut, diosa Cielo. Por su cuerpo circulan el Sol y la Luna.

En la cara interna de la segunda muralla, en el extremo norte, un relieve único en su género: en tres registros superpuestos se representan dieciocho instrumentos quirúrgicos entre los cuales se reconocen con facilidad pinzas, garfios, tijeras, curetas y unas balanzas. Se trata del botiquín de un especialista divino, Horus el Antiguo, que se encarga de curar el ojo herido y dispersado por la locura, la vanidad y la codicia de los hombres.

Para que «ver», es decir «crear» de acuerdo con el pensamiento jeroglífico, sea de nuevo posible, es indispensable curar ese ojo, hacerlo de nuevo sano y completo.[49]

35. Asuán y las fuentes simbólicas del Nilo

A 947 km al sur de El Cairo, Asuán se ha convertido en la ciudad de la gran presa. Pese a la urbanización que poco a poco destruye el antiguo paisaje, el paraje de la capital de la primera provincia del Alto Egipto sigue siendo un lugar de agradable estancia.

Se podrá pasear por el magnífico jardín de la isla Kitchener, dar un paseo por el río en falúa, ir a la isla Elefantina para visitar las ruinas del templo de Khnum o el museo de Nubia donde se exponen obras importantes. Citemos el coloso de Ramsés II procedente del templo sumergido de Gerf Hussein, la capilla de User-Satet (época de Amenhotep III), un carnero momificado con máscara de oro, una estela de Piankhy, el rey nubio que se convirtió en faraón después de conquistar Egipto o, también, algunos bajorrelieves que datan de los tiempos de Horemheb y de Ramsés II.

En la época antigua, Asuán marcaba la frontera con Nubia. Funcionaba allí una puntillosa aduana y se celebraba un gran mercado donde era posible encontrar productos procedentes de África: oro, marfil, ébano y pieles de animales. El propio nombre de Asuán significa «comercio».

Desde el Imperio Antiguo, los faraones enviaron expediciones para explorar esta lejana región y se edificó una fortaleza para impedir que los nubios invadieran Egipto.

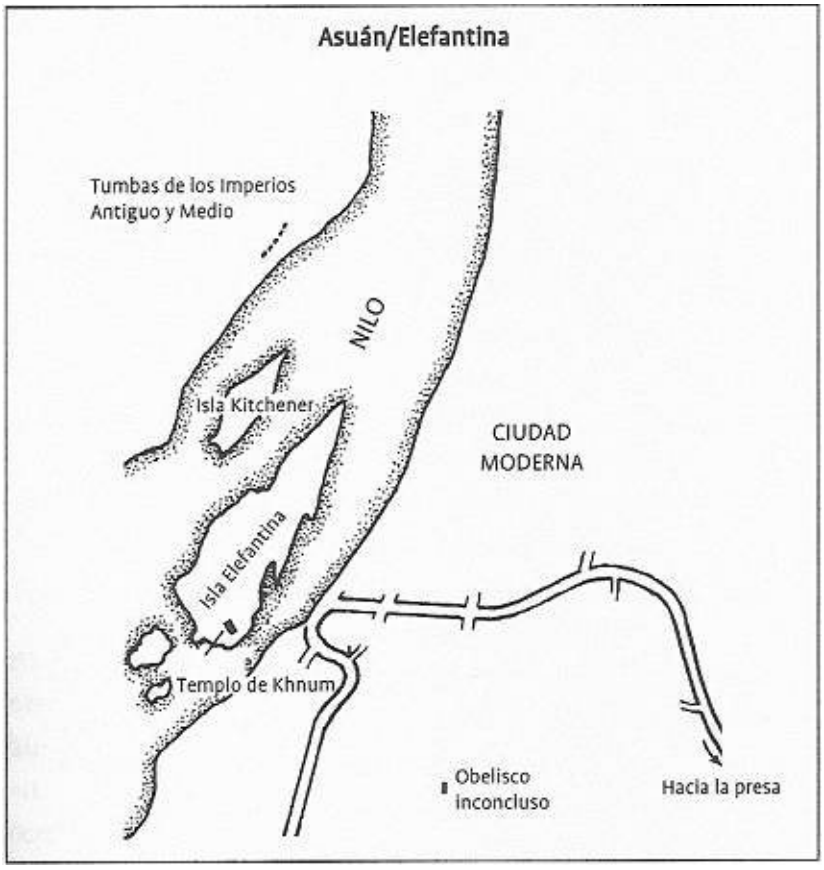
Lo que se denomina «catarata» es una sucesión de rocas que dificultaba hasta hacer imposible la navegación en ciertos momentos del año. Para suprimir tales dificultades, el faraón Sesostris III hizo excavar un canal.

Lo fundamental es que allí se encontraba la misteriosa caverna donde nacía el Nilo. Esta gruta contenía una serpiente, símbolo de los ciclos naturales, y un dios Nilo de colgantes mamas. Sostenía dos vasijas: una contenía agua celestial y la otra el agua terrenal. Khnum ponía en marcha la inundación al correr los cerrojos que mantenían cerradas las puertas de la

caverna y levantando sus sandalias que contenían las aguas.

Los egipcios no consideraban el Nilo como una simple corriente de agua, sino como un río celestial que tenía su doble en la tierra. En la «estela del hambre» se evoca algunos años difíciles durante los cuales la crecida era insuficiente. Las reservas de alimentos se agotaban y el hambre amenazaba. El faraón Zoser pidió a su maestro de obras Imhotep que realizara una investigación a fin de averiguar las causas de esta situación. Gracias a la consulta de viejos textos conservados en Hermópolis, el sabio advirtió que las prescripciones rituales no se habían respetado. Para apaciguar la cólera de Khnum, hubo que hacerle una gran ofrenda. Todo volvió al orden y la crecida reapareció.

En la isla Elefantina, además del templo de Khnum, que, a juzgar por sus vestigios debía de ser un edificio espléndido, se encontraba un pequeño santuario dedicado a un sabio, Heka-ib, un gran personaje de la VI dinastía. Merece la visita el célebre nilómetro, una escalera de piedra de noventa peldaños. En sus paredes se advierten unas marcas que corresponden a las graduaciones en codos que permiten medir la altura de la crecida. Aquí, el griego Eratóstenes procedió en 230 a. J. C. a medir la circunferencia de la Tierra. Redescubierta más que descubierta al parecer, pues es probable que los técnicos de los templos egipcios la conociesen ya.



Asuán era famosa por sus grandes canteras de las cuales se extraía sobre todo un soberbio granito, aunque también gres y diorita. Allí iban los maestros de obras a buscar las piedras necesarias, sin preocuparse por la distancia que debían recorrer. Se construían además barcas adaptadas para la carga, y puede admirarse la organización del trabajo que permitía el transporte de obeliscos y bloques monumentales.

En las canteras, el sol suele ser implacable. Se refleja en las rocas y el calor aplasta un paisaje totalmente árido. Pueden verse las huellas de los canteros y un obelisco llamado «inconcluso» de una longitud de 42 m y un peso aproximado de 1.200 toneladas. Una grieta, sin duda debida a un temblor de tierra, apareció en el granito y el gigantesco monolito que habían comenzado a desprender fue abandonado en este lugar.

* * *

En la orilla izquierda del Nilo, frente al Asuán moderno, se levanta un acantilado en el que se abren algunos agujeros. Son las entradas de las tumbas de los notables de Asuán, que datan de finales del Imperio Antiguo y del Imperio Medio. Es posible distinguir fácilmente las largas rampas que permitían izar los sarcófagos desde la ribera.

Los personajes inhumados en este lugar fueron excelentes administradores pero también aventureros y exploradores del Gran Sur. Citemos a Hirkhuf que realizó varios viajes a Nubia e inauguró numerosas pistas, a veces a costa de graves enfrentamientos con algunas tribus. ¡Pero qué orgullo llevar a Egipto trescientos asnos cargados de incienso, ébano, marfil o pieles de pantera! Hirkhuf llegó hasta la fértil región de Dongola, donde se desarrollaron las civilizaciones de Kerma y Kuch.

El explorador, que hablaba varias lenguas africanas, también llevó a cabo expediciones no menos peligrosas por el desierto líbico. Pero su mayor título de gloria, para el jovencísimo faraón Pepi II, fue haber descubierto… un pigmeo. Puesto que el pequeño monarca nunca antes los había visto, escribió una carta a Hirkhuf ordenándole que tratara con el mayor cuidado a aquel inesperado tesoro. El aventurero acompañó al pigmeo hasta la residencia real, despertando diez veces cada noche para comprobar que su pasajero estuviera bien de salud. Sano y salvo, el pigmeo bailó para el faraón del tal modo que alegró en grado sumo su corazón.

El paraje es grandioso, la vista espléndida, entre las tumbas citaremos, sobre todo, las de Sarenput I y Sarenput II, donde se podrán ver estatuas del difunto como Osiris. En la pared, cerca de la entrada de su última morada, Sarenput I mandó representar a sus dos animales preferidos, un hermoso y esbelto lebrel y una vieja perra de mamas muy visibles.

No olvidemos tampoco esta plegaria formulada por uno de los habitantes de estas tumbas: *«Si tenéis la bondad de doblar los brazos en el gesto de la ofrenda, el día en que Elefantina esté enfiestas, si pronunciáis mi nombre: éste será un servicio más útil a quien lo presta que a quien se beneficia de él; no produce fatiga alguna, sólo se trata del aliento de los labios.»*

Otro extraordinario texto de la tumba de Sarenput, que muestra la magnitud de la experiencia espiritual de los antiguos egipcios, reza así: *«Me he sentido jubiloso, pues me han hecho tocar el cielo, mi cabeza ha perforado el firmamento, he rozado el vientre de las estrellas; he alcanzado la alegría, brillaba como una estrella, danzaba como una constelación.»*

36. Filae, el santuario de Isis

«Perla de Egipto», «Isla encantada», Filae es el dominio de Isis la hechicera. Antes de la construcción de la primera presa de Asuán, los viajeros no escatimaban sus elogios a la encantadora belleza del paraje. La presa fue la desgracia de la isla, sumergida por las aguas varias veces al año. De diciembre a junio, sólo emergían las cumbres de las montañas y podía temerse que en breve plazo se produjera su degradación. Al escribir *La muerte de Filae*, Pierre Loti deploraba el fatal resultado. No cabe duda que es una visión romántica la de las barcas navegando entre capiteles, pero es también una advertencia de una destrucción segura.

En 1960, un nuevo peligro amenazaba a la infeliz Filae: la construcción de una nueva presa, mucho mayor que la primera. El templo estaba condenado a desaparecer definitivamente.

La comunidad internacional se conmovió y se decidió desplazar el templo. Comenzaron a desmontarlo en 1974. Piedra a piedra, los edificios abandonaron la isla de Filae para ser montados de nuevo en el islote de Agilkia, muy cercano y que sobresalía del agua durante todo el año. Con la colaboración de veintidós Estados, cuarenta y cinco mil bloques fueron trasladados y Agilkia fue remodelada para que se pareciera a Filae. El 10 de marzo de 1980 tuvo lugar la inauguración, un segundo nacimiento del templo.

Hoy como ayer, es preciso tomar una barca para dirigirse al territorio sagrado de Isis. Nectanebo I (XXX y última dinastía) inició la construcción de un gran templo consagrado a Isis en la isla de Filae,[50] en correspondencia con la de Biggeh, territorio sagrado de Osiris, situado en las proximidades.

Ningún ser humano estaba autorizado a hollar el suelo de Biggeh, de donde procedían los humores que salían del cuerpo de Osiris y creaban la inundación. Trescientos sesenta y cinco altares, uno para cada día del año rodeaban la tumba del dios. Cada diez días, Isis acudía desde Filae para hacer una libación de leche.

En Filae se honra la memoria de Imhotep y allí fue grabado, en 437 d. J. C., el último texto egipcio. En esta isla, los últimos sacerdotes celebraron sus ritos ancestrales, mucho tiempo después de que el cristianismo se hubiese extendido por el país. Algunos peregrinos llegaban todavía de Nubia para venerar a la gran diosa.

En el sombrío año 550, Justiniano ordenó el cierre del último templo de

Egipto que seguía activo. Las puertas del santuario fueron derribadas, los sacerdotes linchados y el naos profanado. Y la sala de columnas se convirtió en una iglesia.[51]

En la isla de Filae se encuentran varios edificios de los que el templo de Isis es el más importante. Aquí, nada es simétrico, no se advierte ningún eje, las propias columnas han olvidado ser paralelas. ¿No estaría el conjunto construido de acuerdo con una espiral que corresponde al propio desarrollo de la vida que da Isis?

Se desembarcaba al sur de la isla, cerca del pabellón de Nectanebo I (n.º 2), luego se pasaba entre dos pórticos que formaban una V (n.º 3) que daba al templo de Isis. El del oeste estaba cubierto de un techo que simbolizaba el cielo.

En la costa este de la isla, el quiosco de Trajano (n.º 4), de líneas muy puras, servía de depósito para la barca de la diosa durante las procesiones. Algo más lejos, todavía en el lado este y muy cerca del gran templo, se halla el pequeño santuario de Hator (n.º 5). Con el nombre de «recinto de la llamada», acogía a la «diosa lejana», a su regreso de Nubla donde, en forma de leona, expresaba su furor. Egipto no podía vivir sin ella, sin su energía, y por eso se efectuaban rituales destinados a apaciguarla y recibirla de nuevo. Aquí se celebraban alegres ceremonias, con danzas y música. Feliz al encontrar su tierra alimentada por la inundación, la leona se metamorfoseaba en Hator, soberana de la alegría. Los relieves de este santuario muestran a simios que tocan música y al dios Bes golpeando su tamboril mientras sus dedos corren por una arpa.

Un vasto atrio precede al primer pilono (n.º 6) del templo de Isis, de unos 18 m de altura. En la fachada se ha Han representadas algunas divinidades de pie, a gran tamaño, y otras sentadas en un trono. Faraón somete a sus enemigos con la maza iluminadora, y en este lugar del templo asistimos a varias escenas que muestran al rey dominando las fuerzas peligrosas simbolizadas por el toro, el órix y la tortuga. Van acompañadas por escenas de ofrendas y de procesiones de barcas.

Un texto advierte que la voz de Isis alcanza el cielo. Al oírla, las almas de las divinidades se posaron en el templo para proclamar que Horus, el hijo de Isis, era en efecto el sucesor de Osiris y podía por lo tanto reinar.

Cruzado este primer pilono, se entra en un gran patio (n.º 7) al fondo del

cual se levanta un segundo pilono (n.º 8). El dispositivo se presenta como una especie de esclusa entre dos puertas monumentales. En el lado oeste del patio, el mammisi (n.º 9), un pequeño edificio achaparrado, sostenido por pilares hathóricos, donde Isis daba a luz a Horus con el que se identificaba Faraón. El mammisi ofrece escenas de nacimiento y amamantamiento, y se ve al dios Khnum moldeando el *ka* del niño en su torno de alfarero. Para escapar de Seth, Isis oculta a su hijo en un bosquecillo de papiros donde se encuentra al abrigo.

En el muro exterior del edificio, siete diosas Hator tocan el tamboril y se ofrece a Min el ojo completo. Y vemos también al faraón que sale de su palacio, precedido por las insignias divinas; su verdadero nacimiento como monarca se produce cuando es «bautizado» por Thot y Horas.

En el lado este del patio, un pórtico con columnas alberga seis pequeñas estatuas. En la más cercana al pilono, una escalera lleva al tejado del templo. Una de ellas era la biblioteca sagrada colocada bajo la protección de Thot y de Sechat.

El segundo pilono (n.º 8) se parece al primero pero, aunque su fachada esté decorada con escenas similares, da acceso a otro mundo: el templo cerrado. Y puede advertirse en el repertorio de las escenas el rito del levantamiento del cielo, y la ofrenda de las dos barcas solares, la del día y la de la noche.

Tras el pilono, la sala de diez columnas ha perdido, por desgracia, sus vivos colores. En el techo, unos buitres con las alas desplegadas, barcas navegando por los cielos y una representación de tres diosas Nut.

El naos (n.º 11) se compone de doce capillas. Debajo, una cripta. Acogido por Osiris e Isis, el faraón hace numerosas ofrendas, entre ellas la de Maat, y se evocan los ritos de la coronación.

En el tejado del templo, Osiris, el esposo de Isis, es venerado en una capilla. Se le ve momificado y Faraón interviene ante algunos dioses para que reviva. Gracias a los ritos que forman los «misterios de Osiris», Isis consigue resucitar a Osiris.

En Filae se venera a otro personaje además: el genio del Nilo, que recibió una especial acogida en un edificio situado al oeste del segundo pilono y llamado «puerta de Adriano» (n.º 12). Se trata, en realidad, de los vestigios de

una capilla osiríaca en la que, por lo demás, puede verse el pilar *djed* coronado, con dos ojos abiertos, y el símbolo característico de Abydos. Pero la representación más sorprendente es la de una gruta en lo alto de la cual están encaramados el halcón Horas y el buitre Nekhbet. En su interior, la gran serpiente, símbolo de los ciclos naturales, protege a Hapy, el dinamismo de la crecida, que lleva dos vasijas, una conteniendo agua celestial y la otra terrestre.

Como indican los textos, Isis es fuente de vida, hechicera capaz de vencer a la muerte, soberana de los cielos que atribuye su lugar a las estrellas. Nada se produce sin su consentimiento, todo está marcado por su sello, tanto en el Cielo como en la Tierra.

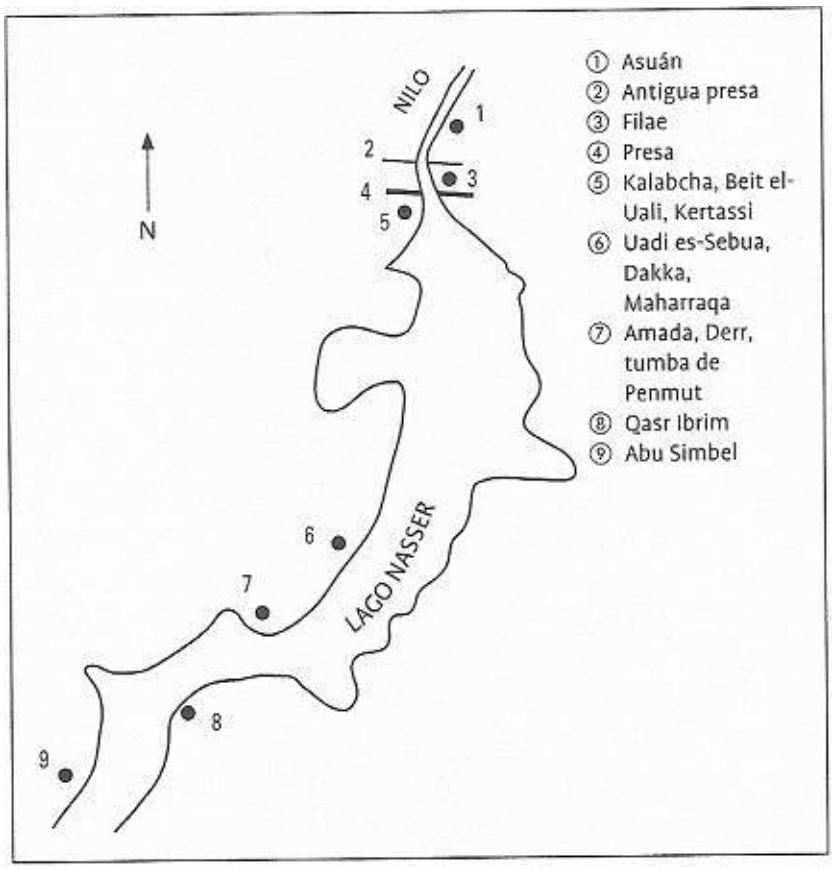
37. Viaje a Nubia: de Asuán a Abu Simbel

Nubia, tierra desaparecida

Elefantina (Asuán) fue considerada siempre como la frontera entre Egipto y Nubia, «la tierra del arco». Desde el Imperio Antiguo, los faraones organizaron expediciones para explorar el Gran Sur, someter a tribus a menudo levantiscas y conseguir productos valiosos, comenzando por el oro. Fue Tutmosis III, en el Imperio Nuevo, quien pacificó Nubia e inició la construcción de santuarios, antes de que Ramsés II se afirmara como el mayor constructor de la región.

Un nubio, Piankhy, saldrá de su reino para conquistar Egipto restableciendo las antiguas tradiciones.[52] La XXV dinastía, llamada «etíope», verá cómo suben al trono faraones negros y preservan los valores ancestrales. Y fue en Nubia, durante la agonía de la civilización faraónica, donde sus últimos partidarios buscaron refugio.

En marzo de 1960, el mundo se conmovió al descubrir el peligro que acechaba a Nubia. Nasser y su aliado Jruschev, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, decidieron construir en Asuán una nueva presa que implicaba sumergir toda Nubia, es decir, expulsar a las poblaciones y con ello destruir una cultura y gran número de notables monumentos.



Imposible salvar Nubia. Sin embargo, gracias a la Unesco y a la ayuda financiera aportada por varios países, no todos los edificios quedarían sumergidos. Algunos serían desmontados y montados de nuevo a orillas de la nueva extensión de agua, el lago Nasser, mientras otros serían trasladados al extranjero. Así, el templo de Dendur se encuentra actualmente en el Metropolitan Museum de Nueva York, Debod en Madrid, Taffa en Leyden (Países Bajos) y al-Lesiya en el museo de Turto.

Para descubrir algunos monumentos de la antigua Nubia, la mejor solución consiste en tomar un barco que recorra el lago Nasser, desde Asuán a Abu Simbel. El viaje resulta fascinante y al mismo tiempo desgarrador. Fascinante por la belleza de los paisajes y de los templos, desgarrador porque el viajero siente muy bien que recorre una naturaleza artificial y el Nilo ha sido sustituido por un lago destructor de más de 500 km de longitud.

Primera etapa: Kalabcha, Beit el-Uali y Kertassi

Cerca de la presa de Asuán, al sur, tres edificios han sido montados de nuevo

y reunidos. El templo de Kalabcha, el mayor de Nubia después de Abu Simbel, está consagrado a una tríada formada por Mandulis (Horus), Uadjet (la diosa cobra de Buto) y un joven dios halcón. La arquitectura es poderosa y puede admirarse el «bautismo» del faraón, purificado por Horus y Thot, así como algunas escenas de ofrenda. Imhotep era venerado en aquel lugar, adonde los enfermos acudían para procurar su curación. En el santuario están presentes Isis y Osiris.

El pequeño templo de Beit el-Uali fue edificado por Ramsés II y algunos de sus relieves han conservado sus colores. En el patio se evocan las batallas del faraón contra los nubios, los sirios y los libios. Victorioso, Ramsés recibe como tributos de Nubia anillos de oro, arcos, huevos de avestruz, pieles de leopardo y marfil. También se le ofrecen animales salvajes, como el león, la jirafa, el avestruz y la gacela. Seguido por Anukis, la soberana de la «Tierra del arco» que le concede millones de años, el rey ofrece vasijas a Khnum que magnetiza a Satis, soberana del cielo. Y dos diosas, Isis y Anukis, amamantan al joven Ramsés para infundirle una energía sobrenatural.

Por lo que se refiere al elegante quiosco de Kertassi, que recuerda el de Trajano en Filae, se encontraba a la entrada de las canteras de calcáreo. Las dos columnas de la entrada tienen capiteles con cuatro rostros de Hator, las otras cuatro columnas, capiteles florales. El quiosco sin duda era una etapa en la ruta del viaje de Isis por Nubia.

Segunda etapa: Uadi es-Sebua, Dakka y Maharraqa

A 140 km al sur de la presa se encuentra un conjunto de tres templos trasladados desde su lugar de origen y vueltos a montar.

El templo de Uadi es-Sebua, construido por Ramsés II, se caracteriza por su avenida de esfinges. Las seis primeras tienen cabeza de faraón coronado, las cuatro que siguen, cabeza de halcón. El faraón, representado como Osiris en el patio al aire libre, recibe la vida de Horus, de Khnum, de Re-Horakhty y de Isis. Besado por Mut y por Hator, hace ofrenda a las barcas de Amón y de Re-Horakhty.

Dakka es un templo impresionante, dedicado a «Thot del sicomoro»,

asociado a Tefnut, que toma la forma de una leona. Trasladado 40 km arriba de su paraje original, Dakka se compone de un gran pilono, un patio al aire libre, un pronaos, un vestíbulo, una capilla construida por el rey nubio Arkamani, contemporáneo de Ptolomeo VI, y de un santuario de la época romana.

Al viajero le es dado contemplar allí a una reina ofreciendo Maat a Thot y el maestro de obras por excelencia, Imhotep. La escena más significativa muestra a Thot, en forma de simio, intentando apaciguar a la furiosa leona que ha ido a Nubia para examinar toda forma de vida. Con su prudencia, el dios del conocimiento conseguirá devolverla a Egipto donde el poderío de la lejana diosa es indispensable.

El pequeño templo de Maharraqa data de la época romana. Se ven en él divinidades como Osiris, Isis, Horus y, de nuevo, Thot y Tefnut.

Tercera etapa: Amada, Derry la tumba de Penmut

A 180 km al sur de la presa hay dos templos desplazados y una tumba. El templo de Amada es de la XVIII dinastía y fue restaurado en la XIX, presenta una apariencia poco espectacular. Se halla bajo la protección de Re-Horakhty y de Amón y destaca por sus soberbios bajorrelieves. Además de las escenas de ofrenda, el viajero puede admirar escenas de fundación del templo, de coronación, la carrera ritual del faraón, su purificación por Thot y Horus. Hator toca el sistro y maneja el collar *menat*, el símbolo de la fecundidad espiritual, en favor del faraón. Isis-escorpión besa al monarca para transmitirle su potencia mágica.

Derr es uno de los templos construidos por Ramsés II y el único que se encontraba originalmente en la orilla este. Cuenta con dos salas con columnas y un santuario flanqueado por dos capillas. Allí se veneraba y exaltaba el *ka* de Ramsés, al que vemos acompañado por su león doméstico. Procesiones de «hijos reales» e «hijas reales» rinden homenaje al soberano que, vestido con una piel de pantera, lleva a cabo ritos en honor de las barcas divinas.

En el santuario, Ramsés vive en compañía de Amón y de Mut, y consuma su carrera de regeneración para la eternidad. Sin duda, en una hornacina excavada en la roca se encontraban cuatro estatuas, la del *ka* real y tres

divinidades más, parecidas a las de Abu Simbel.

Penmut era gobernador de la Baja Nubia y responsable de las canteras durante el reinado de Ramsés VI. En 1937, las escenas pintadas estaban intactas. Hoy apenas se conservan menos de la mitad. Se veía en ellas a Penmut y su esposa en presencia de Thot, sufriendo la prueba del pesaje del corazón, presentándose ante Osiris y venerando a Hator, regente de la montaña de Occidente.

Cuarta etapa: Qasr Ibrim

A 60 km al norte de Abu Simbel emerge una isla que alberga las ruinas de una catedral cristiana (siglos VII-VIII). El resto de la colina está sumergido. El lugar desempeñaba dos funciones en la Antigüedad: una de carácter sagrado, con varios templos egipcios; la otra de carácter profano, con una fortaleza. En 536, cuando Justiniano impuso un cristianismo radical, el templo de Isis fue destruido y el del faraón Taharqa transformado en iglesia.

Ibrim desempeñó durante mucho tiempo un papel de paraje refugio, puesto que sólo fue alcanzado en 1172 por una expedición árabe y hubo que esperar al siglo XV para ver cómo sus habitantes se convertían por la fuerza al islam.

Este paraje melancólico es la última etapa antes del descubrimiento de una de las maravillas del arte egipcio: los dos templos de Abu Simbel.

38. Abu Simbel, celebración del matrimonio sagrado

Dos templos desplazados

En 1813, un explorador suizo, J. L. Burckhardt, volvió a descubrir, a 300 km al sur de Asuán, el extraordinario paraje de Abu Simbel, que se hallaba enterrado en parte. Champollion pasó allí horas de exaltación. Quien haya tenido la suerte de visitar los dos santuarios excavados en la montaña, antes de que Nubia fuera destruida por el lago Nasser, guarda de ello un recuerdo inolvidable.

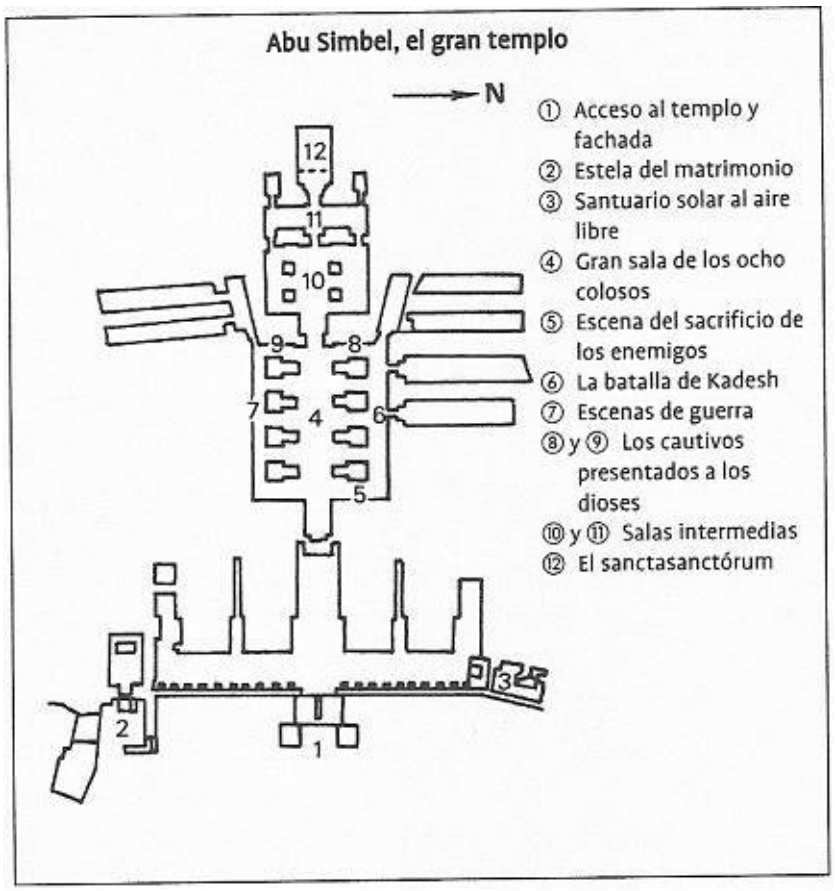
La construcción de la gran presa de Asuán obligó a trasladar el «gran templo» de Ramsés II y el «pequeño templo» de Nefertari. Una vez se abandonó la idea de construir un dique que habría permitido mantenerlos en su lugar, se decidió dividirlos en fragmentos y volverlos a reunir a 210 m al noroeste del paraje original y a 63 m por encima, adosados a una colina artificial. Los trabajos duraron desde 1963 a 1972.

Abu Simbel era el corazón de la Nubia sagrada a la que Ramsés II consagró tantos esfuerzos. Allí se construyó lo que puede considerarse la obra maestra arquitectónica de su reinado, implantada en un paraje desértico e inaugurada el año 24.

El gran templo de Ramsés II

Ramsés no construyó menos de siete templos en Nubia, pero éste es el más colosal; una fachada de 30 m de alto por 35 de ancho, cuatro estatuas

gigantescas que superan los 20 m de altura.[53]



Llevando las coronas del Alto y el Bajo Egipto, con la serpiente uraeus en la frente y provistos de la barba postiza, los colosos, sentados en el trono, expresan un formidable poderío. Bajo sus sandalias, los enemigos del rey han sido vencidos para siempre.

Estamos en presencia del *ka* de Ramsés elevado a la potencia Cuatro o, dicho de otro modo, de su dominio de las cuatro direcciones del espacio. El «Toro amado por Maat» afirma su poder, que no es tiranía sino fuerza de vida.

En el trono de los colosos, los dioses Nilo anudan papiros y lises, llevando a cabo el acto ritual de la «unión de las Dos Tierras».

Entre los colosos aparecen figuras femeninas de apariencia muy frágil con respecto a sus inmensos protectores. Son la madre, la esposa y las hijas de Ramsés II. Su papel nada tiene de decorativo; muy al contrario, es fundamental, puesto que mantienen la energía del *ka* y le permiten estar presente en los colosos.

Por encima del portal, en una hornacina, se encuentra un dios con cabeza de halcón: Re-Horakhty, el sol naciente, tantas veces celebrado en los templos

nubios de Ramsés. En la mano izquierda, sostiene el cetro *user*, en la derecha, una efigie de la diosa Maat; y en su cabeza se encuentra el disco solar donde se encarna Ra: así se proclama uno de los nombres de Ramsés, *User-Maat-Ra*, «Poderosa es la armonía de la luz divina».

En lo alto de la fechada, veintidós cinocéfalos forman un friso de coronación. Lanzan gritos de alegría para saludar la victoria de la luz sobre las tinieblas.

A la izquierda, al sur de la fechada, tres estelas. Una de ellas (n.º 2) recuerda un importante acontecimiento. En lo alto de la estela, el faraón sentado entre Amón-Ra y Ptah. Se acercan a él una muchacha seguida por su padre, que no es otro que el rey de los hititas a los que Ramsés combatió para impedir que invadieran Egipto. Comprendiendo que el conflicto terminaría en un desastre para sus pueblos, los dos soberanos decidieron hacer la paz y la firmaron con un tratado. Para celebrar el gran acontecimiento, el rey hitita ofreció en matrimonio una de sus hijas a Ramsés, en el año 34 del reinado. Esta «estela del matrimonio» pone de relieve el carácter pacificador de un faraón que efectivamente realizó la hazaña de establecer la paz en el Próximo Oriente.

A la derecha de la fachada, hacia el norte, se advierte una curiosa construcción, una especie de capilla abierta (n.º 3). Allí se encontraban dos obeliscos, un altar, cuatro cinocéfalos venerando al sol, un naos que contenía un escarabeo, símbolo del astro del día, y otro cinocéfalo, encarnación de Thot.[54] Este pequeño templo tenía la función de celebrar la luz creadora en sus diversas formas y puede afirmarse que aquí el Sol (Khepri) tenía cita con la Luna (Thot). Las dos potencias se casaban para animar el *ka* real e infundirle el máximo de energía.

El templo se compone de una gran sala, una sala intermedia y un sanctasanctórum. El suelo asciende y el techo desciende, y la unión del Cielo y de la Tierra es celebrada en el fondo del santuario.

Ocho colosos sirven de pilares para la gran sala de 18 m de largo (n.º 4). Representan al rey como Osiris, vistiendo un simple taparrabos. Los colosos de la izquierda (hacia el sur) llevan la corona blanca del Alto Egipto, los colosos de la derecha (hacia el norte), el «pschent» del egipcio *pase-khemty*, «las dos poderosas», es decir, la asociación de las coronas del Alto y el Bajo Egipto.

El tema principal de los relieves es la victoria de Faraón sobre sus enemigos, el triunfo del orden sobre el caos, de la unidad sobre la multiplicidad. Atum y Amón otorgan al rey el *ken*, la «capacidad de vencer».

Faraón sacrifica algunos cautivos a Horas del paraje de luz (n.º 5). Simbolizan las fuerzas negativas que el rey debe encadenar antes de darles la luz. Unas «hijas reales» agitan el sistro para propagar la armonía.

En la pared norte de la sala (n.º 6) se desarrollan los episodios de la famosa batalla de Kadesh, una plaza fuerte construida a orillas del Orontes. Inspiró un poema épico que Ramsés hizo figurar en varios edificios, por ejemplo en Karnak, en Luxor y en el Ramesseum. Abu Simbel conserva la versión más legible de este drama consagrado al enfrentamiento entre egipcios e hititas.

En la parte inferior de la pared, se ve al faraón celebrando un consejo de guerra. Dos prisioneros acaban de ser capturados. En realidad, son espías hititas a los que se encargó «desinformar» a los egipcios para atraerlos a una emboscada.

En la parte superior de la pared, se advierte la eficacia de esta estratagema. Los cuerpos del ejército de Faraón han sucumbido al pánico, se encuentra sólo en su carro de guerra con su león doméstico como único aliado. Ramsés no comprende qué le sucede y dirige un grito de desamparo a Amón: «¿Quién eres tú, pues, Padre mío, el dios oculto? ¿Olvida un padre a su hijo? ¡Yo te invoco, padre mío!».

El Padre atiende la voz de su hijo y no le abandona. Su espíritu desciende en él. Para un rey, Dios vale más que miles de soldados. Dotado de una fuerza sobrehumana, Ramsés se transforma en fuego, en tormenta, en huracán. Dispersa así a sus adversarios, sus tropas regresan para ayudarle y consiguen la victoria.

En esta gran sala no sólo reina el estruendo de las armas. En el muro sur, Ramsés arrodillado ante el árbol sagrado de Heliópolis, sobrevolado por un escarabeo, está ante Re-Horakhty mientras Thot inscribe los nombres del faraón en las hojas. Y en la esquina sudoeste del mismo muro puede admirarse una escena extraordinaria: frente a una montaña en la que se encuentra Amón, Faraón presenta una ofrenda que hace brotar de la roca una gran serpiente coronada. El rey se convierte así en depositario de la potencia vital de las profundidades que se transformará en «tercer ojo», el uraeus.

A izquierda y derecha de la sala de pilares osiríacos se abren capillas rectangulares que se consideran como estancias para guardar los objetos rituales. La presencia de varias grandes divinidades (Atum, Amón-Ra, Ptah, Thot, Horus, Hator, Isis…) nos incita a pensar que, además de esta función probable, dichas salas servían también para entrar en conocimiento de las fuerzas divinas. Prosiguiendo nuestro camino hacia el sanctasanctórum, atravesamos una sala con cuatro pilares de poderosa apariencia (n.º 10). Su decoración se consagra a las ofrendas, a las barcas sagradas y al encuentro del rey con los dioses. En la sala más pequeña aún (n.º 11) que precede al santuario, Faraón hace ofrenda de vino, pan, incienso y flores, y presenta Maat a Thot.

Llega por fin el santuario (n.º 12), en el corazón de la montaña. Ante cuatro estatuas hay un altar que tal vez sirviera de depósito de barca y que simboliza la piedra fundamental del templo.

Las cuatro estatuas están esculpidas en la roca viva, indisociables por lo tanto de esta materia prima sacralizada por los escultores. ¿Quiénes son? Amón-Ra, soberano de Tebas; Ra-Horakhty, soberano de Heliópolis; Ptah, soberano de Menfis. Ahora bien, dicen los textos, tres son todos los dioses, y los tres son precisamente éstos. Representan el universo divino en su totalidad. La cuarta estatua es la de Faraón o, más exactamente, de la función faraónica expresada por su *ka*.

Dos veces al año, los días 20 de febrero y 20 de octubre, los rayos del sol atraviesan el templo para llegar hasta el sanctasanctórum, pero sólo iluminan tres estatuas, nunca la de Ptah. El dios de la creación a través del Verbo, señor de los artesanos, permanece protegido en el secreto.

El templo de Nefertari

A unos 100 m al norte del gran templo de Ramsés II se edificó otro santuario en honor de la Gran Esposa real Nefertari, «Aquélla por la que el sol se levanta».

Seis colosos de 10 m de altura, de pie y en posición de marcha, sobresaliendo del plano del acantilado, forman la impresionante fachada. Dos de ellos encarnan el *ka* de la reina, soberana de la dualidad, «La que ve a

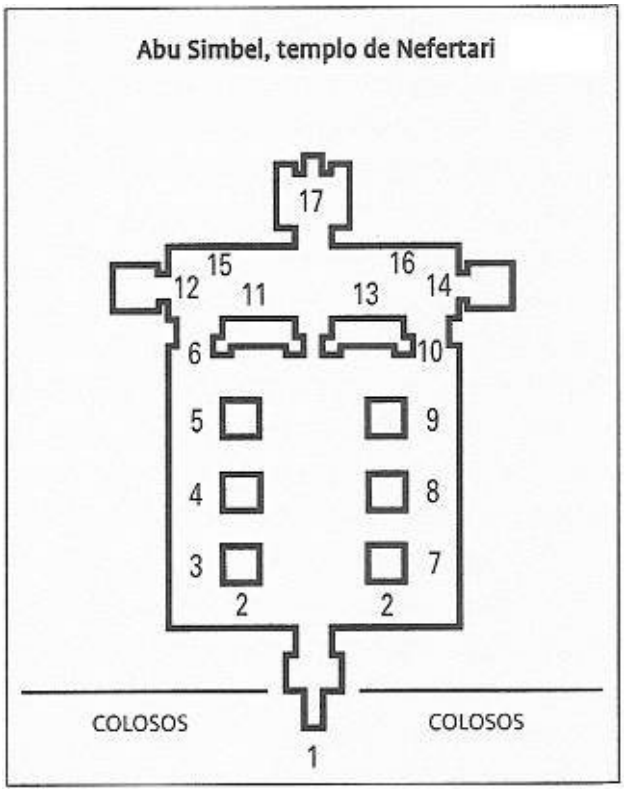
Horus y Seth» en el mismo ser, y los otros cuatro, el *ka* del rey.

Nefertari lleva un tocado compuesto por dos altas plumas y cuernos entre los que aparece un sol. Es a la vez Hator, una diosa del cielo y la soberana de Nubia, y maneja los sistros que propagan armoniosas vibraciones.

Acompañan a Ramsés pequeñas estatuas de hijos reales; junto a Nefertari, las hijas reales. Unos y otras actúan como sacerdotes y sacerdotisas del *ka*.

El plano del templo, donde se han conservado en buen estado colores como el amarillo, el negro y el rojo, es sencillo: una sala de seis pilares cuadrados que da acceso, a través de tres puertas distintas, a un vestíbulo que precede al sanctasanctórum.

Ramsés está presente en el santuario de su esposa y cumple en él dos funciones: la de jefe de guerra, vencedor sobre las fuerzas de las tinieblas, y la de ritualista que hace ofrendas a las divinidades. Sin embargo, la atmósfera del templo de la reina es distinta de la que corresponde al del rey. Los pilares están coronados por una cabeza de Hator, soberana del amor y de la alegría, hay numerosas ofrendas florales y la larga silueta de Nefertari ilumina los lugares con su gracia. Aquí reina el encanto mágico de la reina.



En la entrada del templo el rey ofrece flores a Hator, y la reina hace lo propio a Isis (n.º 1). En el reverso de la puerta, Ramsés, magníficamente

protegido por Nefertari y por su *ka*, somete a los nubios y a los asiáticos en presencia de Amón-Ra y Horus (n.º 2).

En los pilares, ofrendas de flores a las divinidades. En el muro de la izquierda, mirando al santuario, se ve al rey en el momento de recibir el collar *menat* de parte de Hator, que le asegura con ello una fecundidad espiritual (n.º 3). A continuación es coronado por Horus y Seth (n.º 4), una escena que insiste en el carácter creador de éste. La reina ofrece sistro y flores a Anukis (n.º 5), mientras el rey presenta Maat a Amón-Ra (n.º 6).

En el muro de la derecha, la reina, «provista» de un sistro y de flores, se encuentra con Hator (n.º 7); el rey ofrece flores a un dios con cabeza de camero, Harsaphes (n.º 8). La reina está frente a Hator de Dendera (n.º 9), esposa de Horus de Edfu, el rey ofrece vino a Re-Horakhty (n.º 10).

En el muro este del vestíbulo admiraremos una escena extraordinaria tanto por su tema como por su calidad artística: la coronación de Nefertari por Hator e Isis (n.º 11). Por encima de la puerta de la capilla de la izquierda, la reina ofrece flores a Hator, encarnada en el cuerpo de una vaca, llevando el sol entre sus cuernos e instalada en una barca, en medio de una espesa mata de papiros (n.º 12).

Al ofrecer flores a la diosa Ptah-Uret, «la grande» (n.º 13), la pareja real actúa para que la potencia celeste anime la creación entera. Y el faraón ofrece flores a Hator en su barca (n.º 14) para que la diosa experimente el gozo y placer de los perfumes más sutiles.

A ambos lados de la puerta del sanctasanctórum, el rey ofrece flores a tres Horus y vino a Amón-Ra (n.º 15), flores a Khnum, Satis y Anukis (una tríada divina especialmente venerada en Nubia) y vino a Re-Horakhty (n.º 16). El aroma de las flores está vinculado a los misterios de Hator, el vino a los de Osiris.

En el sanctasanctórum (n.º 17) la pareja real está acompañada por dos diosas madre, Hator y Mut. En la pared del fondo, en el punto más secreto del templo, la vaca Hator emerge del otro mundo, cruzando la frontera de la roca para revelar, sobre su pecho, el *ka* real que tanto la diosa como la reina tienen el deber de traer al mundo cada mañana.

* * *

Un templo dedicado a Horus y al rey, el otro a Hator y a la Gran Esposa

real: Abu Simbel ilustra de un modo monumental la absoluta necesidad del matrimonio sagrado con el que las dos entidades, originales e irreductibles una en otra, forman el ser único de Faraón.

Más al sur, en los parajes de Soleb y de Sedeinga, se utilizó el mismo simbolismo. Allá se celebraba el matrimonio de Amenhotep III y Tiyi. Y debemos recordar que, cada año, Hator de Dendera y Horus de Edfu vivían la fiesta de «la perfecta reunión».

Con esta última etapa de nuestro viaje, de norte a sur, estamos ante uno de los secretos principales de la civilización egipcia, la conciliación de los contrarios en un tercer término, la superación de la dualidad mediante la creación de un ser de luz, modelado por las divinidades para asegurar, en la tierra, el reinado de Maat.

Un anochecer en el Nilo

Era a finales de invierno, caía la tarde. Las columnas de Luxor se adornaban con un dulce oro.

De pronto, tuve la sensación de una presencia y me volví hacia el Nilo. Muy bajo en el horizonte, el sol del ocaso se fraccionaba en mil colores, el cielo y el río se confundían. El tiempo se detenía para dejar que se expresara el hechizo de Atum. Muy pronto, el astro del día iba a desaparecer en las tinieblas y a hundirse en un mundo peligroso donde unos demonios atentarían contra su vida. Tendría que luchar para renacer a la mañana siguiente.

Antes del gran combate, la luz se hacía serena. Atum, el Creador, ofrecía a la mirada ese conocimiento del origen, tan alejado de las posibilidades del hombre que la única actitud posible era la veneración.

Eso era el *hotep* de los egipcios, ese estado de conciencia que es a la vez «puesta de sol», «ofrenda» y «plenitud». En esta última claridad antes de la noche, la civilización faraónica se revelaba. Y comprendí entonces por qué Egipto era la tierra amada de los dioses, por qué el viaje a Egipto es un viaje hacia la eternidad.

ANEXOS

Hitos cronológicos[55]

Época Predinástica: hacia 3100-2950

Época Arcaica: dinastías I y II: hacia 2950-2640

El faraón Menes une el Alto y el Bajo Egipto y unifica las Dos Tierras.

Imperio Antiguo: Dinastías III a VI: 2640-2134

Dinastía III: Zoser

Dinastía IV: Snefru, Keops, Kefrén, Mikerinos

Dinastía V: Sahura, Unas Dinastía VI: Teti, Pepi I, Pepi II

Primer Período Intermedio: Dinastías VII a X (2134-2040)

Imperio Medio: Dinastías XI y XII (2040-1650)

Dinastía XI: los Mentuhotep

Dinastía XII: los Amenemhat y los Sesostris

Segundo Período Intermedio: Dinastías XIII a XVII

La ocupación de los hicsos

EL Imperio Nuevo: Dinastías XVIII a XX (1570-1070)

Dinastía XVIII

Ahmosis (1570-1546)

Amenhotep I (1551-1524)

Tutmosis I (1524-1518)

Tutmosis II (1518-1504)

Hatsepsut (1498-1483)

Tutmosis III (1504-1450)

Amenhotep II (1453-1419)

Tutmosis IV (1419-1386)

Amenhotep III (1386-1349)

Amenhotep IV/Akenatón (1350-1334)

Smenker (1336-1334)

Tutankamón (1334-1325)

Ay (1325-1321)

Horemheb (1321-1293)

Dinastía XIX

Ramsés 1(1293-1291)

Seti I (1291-1278)

Ramsés II (1279-1212)

Merenptah (1212-1202)

Seti 11(1202-1196)

Amenmés (1202-1199)

Siptah (1196-1188)

Tausert (1196-1188)

Dinastía XX

Setnajt (1188-1186)

Ramsés III (1186-1154)

Ramsés IV a Ramsés XI

TERCER PERÍODO INTERMEDIO: DINASTÍAS XXI A XXV (1069-672)

Dinastías XXII y XXIII, llamadas «libias»: los Sheshonq y los Osorkón

Dinastía XXV, llamada «etíope»: Piankhy (747-715)

BAJA ÉPOCA: DINASTÍAS XXVI A XXX (672-342)

Dinastía XXVI (672-525) llamada «saíta»: los Neco, los Psamético, Apries, Amasis

Dinastía XXVII: primera ocupación persa

Dinastía XXX: Nectanebo II (360-342), el último faraón egipcio

342-333: segunda ocupación persa

330-30: los Ptolomeos

30 a. J. C. a 395 d. J. C.: Egipto, provincia romana

395-639: el Egipto bizantino 639: invasión árabe e islam

Para identificar algunas divinidades

AMÓN

Su nombre significa «el Oculto». La raíz *IMN* implica también las ideas de creación y de estabilidad de un monumento. Amón era el señor de Tebas, la rica y poderosa capital del Imperio Nuevo. Se le reconoce por su tocado, una corona con dos altas plumas. A veces tiene el cuerpo azul, como señor del aire que da la vida.

ANUBIS

Anubis tiene una cabeza de chacal en un cuerpo de hombre y, a menudo, la piel negra. Separa lo puro de lo impuro, vela por los ritos de la momificación y guía al «justo de voz» por los caminos del otro mundo.

ATUM

Atum es «El que es total, completo», «El que es y el que no es». Creador que despertó en el océano de energía primordial, a menudo se le representa con la forma del faraón llevando la doble corona.

BES

Bes tiene la apariencia de un enano barbudo, bromista, aficionado a la danza, a la música y a la magia. Es también el iniciador que conduce a los seres justos hacia un nuevo nacimiento; desempeña asimismo un papel protector durante los partos.

HAPY

El dios de la crecida del Nilo es un andrógino con mamas colgantes y vientre redondo. Coronado de papiro, aporta sin cesar ofrendas al templo.

HATOR

Hator, cuyo nombre significa «el templo de Horus», aparece a menudo representada en forma de una mujer con orejas de vaca y la cabeza coronada por unos cuernos entre los que brilla el sol. Es soberana del cielo, del amor y de la alegría.

Dios con cabeza de halcón. Existen tres Horus: el lejano, cuyos ojos son el Sol y la Luna; el que se encarna en cada faraón y protege a la realeza en su aspecto divino; Horus hijo de Isis, encargado de suceder a Osiris, que fue

HORUS asesinado por Seth.

ISIS Isis, la gran hechicera, lleva en la cabeza un trono. Ella es, precisamente, el trono que crea a los faraones. Tras el asesinato de su esposo Osiris, Isis sale a buscar las partes de su cuerpo diseminadas por Seth, lo reconstruye y le devuelve la vida.

KHEPER Dios con cabeza de escarabeo, señor de las transformaciones y de las mutaciones. El sol resucitado adopta al alba la forma de un escarabeo.

KHNUM El alfarero divino con cabeza de carnero moldea a los seres en su torno. Reinando sobre la región de Elefantina, él produce la crecida.

MAAT Hija de la Luz divina, Ra, es la armonía del cosmos, la regla de oro del universo en su coherencia, el principio de todo lo justo. Seguir «el camino de Maat» significa buscar la sabiduría. «Hacer Maat» es actuar con rectitud. La ofrenda de Maat, llevada a cabo por Faraón, es el acto central del ritual. Maat aparece representada en forma de una mujer que lleva una pluma en la cabeza.

MIN En Min se encarna la potencia vital y fecundadora, victoriosa sobre la muerte, según muestra la representación de ese dios de falo eternamente erecto, aunque su cuerpo vaya envuelto en un sudario.

MUT Esposa de Amón, su nombre significa a la vez «Madre» y «Muerte». Encarnada en una leona, se la representa a menudo en forma de una reina que lleva un tocado en forma de despojo de buitre y la corona blanca, o la doble corona.

NEFTIS

Hermana de Isis, su nombre significa «la dueña del templo», y precisamente lleva en la cabeza el jeroglífico del templo. Ayuda a Isis durante los ritos de resurrección de Osiris.

OSIRIS

Representado en forma de un ser momificado y coronado, sosteniendo el cetro y el flagelo, Osiris es el juez de las acciones humanas y el soberano de los «justos de voz». Conoce el secreto de la resurrección y, para renacer, hay que convertirse en un Osiris.

PTAH

Señor de Menfis, dios del Verbo y patrón de los artesanos, Ptah es «el Moldeador». Se le representa momificado, con la cabeza cubierta por una especie de casquete y sosteniendo entre sus manos los signos de su poder.

RA

Ra es la Luz divina que se encarna en el Sol. A menudo se le representa en forma de hombre con cabeza de halcón llevando el Sol sobre su cabeza.

SECHAT

Señora de la «Morada de Vida» y de la «Casa de los libros», Sechat lleva en la cabeza una estrella de siete puntas. Ésta crea el templo con Faraón, asimilado a Thot.

SEKHMET

La diosa con cabeza de leona, Sekhmet es «la Terrorífica» que manda contra la humanidad a sus emisarios, llevando enfermedades y desastres. Pero es también la patrona de los médicos, a los que inculca el arte de curar. Encarna la potencia que debe ser dominada.

SETH

Dios de la tormenta, de la tempestad y del desierto, Seth tiene una cabeza de animal indeterminado. Unas veces asesino de su hermano Osiris, otras defensor de la Luz, Seth golpea, destruye y desorienta. En época tardía, se convirtió en símbolo del mal.

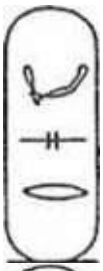
SOBEK

Dios con cabeza de cocodrilo, es a la vez el raptor y el fecundador de las aguas de donde brota para hacer que brille el sol de las profundidades.

Dios con cabeza de ibis, es el señor de los jeroglíficos, «las palabras de los dioses», y el ayudante de Ra. Los griegos lo asimilaron a Hermes.

Citemos también la pareja primordial, Chu y Tefnut, que forma la primera dualidad creadora, representada a menudo por un hombre y una mujer; Geb, el dios Tierra, tiene a veces un pato en la cabeza. Sobre la de Neith, señora del tejido que crea el mundo con siete palabras, se ven dos flechas cruzadas. Por lo que se refiere a Nut, la diosa Cielo, es una mujer inmensa que se traga el Sol al anochecer y lo hace renacer por la mañana.

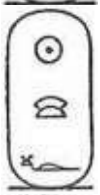
Algunos cartuchos reales



Zoser (III dinastía), «el Sagrado», para él se edificó la pirámide escalonada de Saqqara.

Snofru (IV dinastía), «El que hace perfecto».

Keops (IV dinastía). Su nombre se lee: *Khu.f.u(i)*, «Él me proteja».

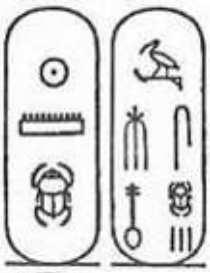


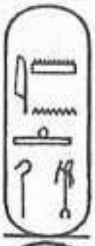
Kefrén: *Kha.f.Ra*, «Que aparezca en gloria, Ra».

Mikerinos, *Men-kau-Ra*, «La potencia vital de Ra es estable».

Maat-ka-Ra, «la Armonía (Maat) es la Potencia [ka] de la Luz [(Ra)]» es uno de los nombres de la reina faraón Hatsepsut (XVIII dinastía). Hatsepsut significa «la primera de los nobles».

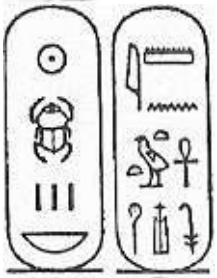
Dos de los nombres del faraón Tutmosis III. En el cartucho de la izquierda: *Menkheper-Ra*, «La mutación de la Luz es estable». En el cartucho de la derecha: «Thot es el que lo trae al mundo, el perfecto-de-transformaciones.»



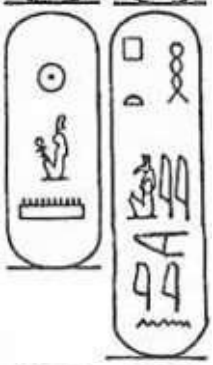


Uno de los nombres del faraón Amenhotep III (XVIII dinastía): «Amón está en paz, el regente de Tebas.»

Akh-en-Iten, «El que es útil al disco solar», es decir Akenatón (XVIII dinastía).



Dos de los nombres del faraón Tutankamón: *Neb-kheperu-Ra*, «El señor de las transformaciones es Ra» y *Tut-ankh-Imn*, «El símbolo viviente de Amón, regente de la Heliópolis del sur»



Dos de los nombres del faraón Seti I: *Men-Maat-Ra*, «La Armonía de la Luz es estable», y *Sety-Mery-n-Ptah*; «El de Seth, el amado de Ptah».

Dos de los nombres de Ramsés II: *User-Maat-Ra, Setep-en-Ra*, «la Armonía de la Luz divina es poderosa, el Elegido de la Luz divina» y «Ra es aquél que lo engendró [*Ra-mes-su*], el amado de Amón».

Glosario de términos técnicos

Bajorrelieve: Escultura que se destaca de un fondo.

Canopes: Vasos donde se conservaban las vísceras extraídas del cadáver durante la momificación. Eran cuatro y estaban en relación con los Hijos de Horus cuyas cabezas son las de un hombre, un halcón, un chacal y un mono.

Cartucho: Óvalo que simboliza el Cosmos y en cuyo interior se escriben los nombres de los faraones.

Cenotafio: Tumba llamada «ficticia», en el sentido de que no contiene despojo físico sino un aspecto inmaterial o simbólico del faraón.

Hipogeo: Designa una tumba excavada en un acantilado o bajo tierra. Se habla de los «hipogeos reales de Tebas» refiriéndose a las moradas de eternidad del Valle de los Reyes.

Hipóstila: Califica una sala cuyo techo es sostenido por columnas o pilares.

Mammisi: Templo del nacimiento del dios-hijo con el que se asimila a Faraón.

Mastaba: Palabra árabe que significa «banqueta» utilizada para designar las tumbas de los nobles del Imperio Antiguo.

Naos: Palabra griega que designa a la vez la cámara más secreta del templo y, en el interior de esta estancia, el bloque monolítico —imagen reducida del templo entero— que contiene la estatua divina.

Nomo: Término griego que sirve para designar una provincia de Egipto.

Pilono: Designa la entrada monumental de algunos templos egipcios. El pilono comprende dos macizos en forma de trapecio, entre ambos está la puerta de acceso al primer patio del templo.

Psicostasia: Término derivado del griego que designa el pesaje del alma (más exactamente del corazón) durante el juicio del muerto ante Osiris.

Quiosco: Término que designa a un santuario que sirve de parada en un camino de procesión para depositar una estatua o una barca divina.

Serdab: Pequeña estancia de una mastaba (tumba del Imperio Antiguo) donde se colocaba la estatua de *ka* del muerto. El serdab comunicaba con la capilla por una rendija gracias a la cual el resucitado veía lo que estaba ocurriendo en el exterior.

Uchebti: Término egipcio (también se utiliza *chauabti*) que significa «El que responde». Se trata de un modelo reducido mágico que representa al servidor que responderá a la llamada del justo para efectuar algunos trabajos en el otro mundo.

Uraeus: Designa a la serpiente protectora, una cobra real hembra que parece brotar de la frente del faraón y de ciertas divinidades.

Bibliografía sumaria

Además de las obras citadas en el texto y las guías clásicas, pueden consultarse, para obtener una visión de conjunto de los parajes a visitar:

AUFRÈRE, S., J.-C. GOLVIN Y J.-C. GOYON, *L'Égypte restituée*, en tres volúmenes, París, 1991-1997.

HERY, F. X., Y T. ENEL, *D'Alexandrie à Abou Simbel*, París, 1998.

LECLANT, J., *et al.*, *Le Monde égyptien. Les pharaons*, en tres volúmenes, París, 1978-1980.

MALEK, J., Y J. BAINES, *Atlas de l'Égypte ancienne*, París, 1981.

Para una bibliografía detallada, véase C. JACQ, *Initiation à l'Égypte ancienne*, Fuveau, 2001.

Notas

[1] Las fechas son muy aproximadas. Sólo hay certidumbre en la Época Baja. <<

[2] Véase C. Favard-Meeks, *Le Temple de Behbeit el-Hagara*, Hamburgo, 1991. <<

[3] Véase el catálogo de la exposición *Tanis, l'or des pharaons*, París, 1987; G. Goyon, *La Découverte des trésors de Tanis*, París, 1987; P. Brissaud, «Tanis», en *L'Égypte du Delta, Dossiers d'archéologie* n.º 213, 1996, pp. 66-75. <<

[4] Por las hermosas fotografías de algunas obras, véase M. Saleh y H. Sourouzian, *Catalogue officiel. Musée égyptien du Caire*, Maguncia, 1987. <<

[5] Véase C. Zivie-Coche, *Sphinx! Le père la terreur. Histoire d'une statue*, París, 1997. <<

[6] El nombre de Ra se escribe, en egipcio, con la boca (el Verbo), que se lee R, y el brazo tendido (la acción), que se lee A. En español, transcribimos Ra, o Re, por razones fonéticas. <<

[7] No debe confundirse con la actual entrada para los visitantes, abierta por los buscadores de tesoros. <<

[8] Medidas aproximadas: 214,80 m de longitud de lado, en su base, 2,2 millones de m^3 de piedras, inclinación de las caras de 53° 8’, calculada gracias al triángulo sagrado. <<

[9] Sobre el conjunto de las pirámides de Egipto, véase I. E. S. Edwards, *Les Pyramides d'Égypte*, París, 1967; J.-P. Lauer, *Le Mystère des pyramides*, París, 1988; C. Jacq, *Le Voyage aux pyramides*, París, 1989; M. Lehner, *The Complete Pyramids*, Londres, 1997; J.-P. Adam y C. Ziegle, *Les Pyramides d'Égypte*, París, 1999. <<

[10] Podemos lamentar que ninguna de las partes subterráneas, ni siquiera la galería saíta, esté abierta a los visitantes, lo cual les priva de aspectos esenciales del dominio de Zoser.

Sobre el paraje, véase J.-P. Lauer, *Saqqarah, la nécropole royale de Memphis*, París, 1977; *Saqqara, aux origines de l'Égypte pharaonique, Les Dossiers d'archeologie*, n.º 146-147,1990. <<

[11] Aunque la pirámide de Unas esté actualmente (y tal vez de modo definitivo) cerrada a los visitantes, su importancia es tal que debemos consagrarle algunas líneas. La visita a la pirámide de Teti, cuya arquitectura interior es comparable, permitirá descubrir los textos y su disposición. Para su contenido, véase C. Jacq, *La Tradition primordiale de l'Égypte ancienne selon les Textes des Pyramides*, Paris, 1998. <<

[12] Junto a la cabaña donde se venden las entradas para la visita a Saqqara. <<

[13] Véase especialmente A. Labrousse, *Les Pyramides de reines. Une nouvelle nécropole a Saqqara*, París, 1999. <<

[14] Para su emplazamiento, véase el plano de la página 55. <<

[15] Aunque sólo se trata de una reproducción en yeso puesta allí por Lauer, en 1937 (el original se encuentra en el Museo de El Cairo), la impresión sigue siendo fascinante. <<

[16] El acceso a los notables dispositivos interiores de las pirámides de Illahun y Hawara es, desgraciadamente, imposible. Para los monumentos del Fayum, véase R. Neil Hewison, *The Fayoum*, El Cairo, 1986; P. Gazio, *Le Fayoum. Une histoire et un guide*, Bernin, 2001. <<

[17] Hoy prácticamente inaccesible para los turistas debido a la inseguridad que imponen los islamistas integristas. Esperemos que algún día los desplazamientos, tanto en barco como en coche, puedan reanudarse libremente. <<

[18] En estas tumbas fueron descubiertos sarcófagos inscritos cuyos textos son una prolongación de los de las pirámides. <<

[19] Según la regla, el templo está dispuesto en perpendicular al Nilo, que en esta región corre de este a oeste y no de norte a sur. Geográficamente, Dendera se orienta hacia el norte; pero simbólicamente, y es esencial para los antiguos egipcios, está vuelto hacia el este. <<

[20] Lista de las capillas, de izquierda a derecha, mirando al sancta sanctórum: (1) Cámara de la renovación de las formas; (2) Morada del parto; (3) Capilla de Sokaris; (4) Cámara del nacimiento de Horas; (5) Capilla del agua primordial; (6) Capilla del sistro; (7) La Gran capilla; (8) Capilla del fuego; (9) Trono de Ra, capilla de la luz; (10) Capilla del collar-menat; (11) Capilla de purificación. <<

[21] Dos criptas superiores, a un lado y otro de la escalera que lleva al tejado. Tres medianas a nivel del suelo; siete subterráneas. No todas son accesibles a los visitantes. <<

[22] Juego de palabras con la raíz *is*, que sirve para escribir parte del nombre de Isis, y et verbo «ser antiguo». <<

[23] Para una visita detallada, véase S. Cauville, *Dendéra*, El Cairo, 1990. Esta egiptóloga ha emprendido una traducción de los textos revelados por el templo. <<

[24] Sobre el conjunto del paraje, véase la reciente obra de S. Donadoni, *Thébes*, París, 1999. <<

[25] Al norte y al sur del gran patío están depositadas varías esfinges. Se trata de estatuas antiguas que fueron en cierto modo retiradas y conservadas piadosamente. <<

[26] Pese a su importancia, el templo de Opet está hoy cerrado para los visitantes. <<

[27] Sobre los templos de Karnak, véase P. Barguet, *Le Temple d'Amon-Rê à Karnak. Essai d'exégèse*, El Cairo, 1962; J. Lauffray, *Karnak d'Égypte, Domaine du divin*, París, 1979; J.-C. Golvin y J.-C. Goyon, *Les Bâtisseurs de Karnak*, París, 1987; C. Jacq, *Karnak et Louxor*, París, 1990. <<

[28] Yo traduje los textos, pero las placas que permitían a los viandantes tomar conocimiento de ellos, en la plaza de la Concordia, fueron robadas. <<

[29] «Hijo real» es un título. No implica que quien lo lleve sea el hijo carnal del rey. <<

[30] Véase *Louksor, temple du Ka royal*, Dijon, 1992. <<

[31] Sobre los templos de la orilla oeste de Tebas, véase *Thébes, Les temples de millions d'années, Dossiers Histoire et archéologie*, n.º 136, 1989. <<

[32] Dair al-Bahari «significa convento del norte». <<

[33] Cerca del Ramesseum se han reunido y se exponen los vestigios del templo de los millones de años de Merenptah, su hijo y sucesor. <<

[34] La única tumba actualmente visitable en esta rama del oeste es la del rey Ay, decorada con notables escenas, del todo comparables a las de la tumba de Tutankamón. El nombre de «Valle de los Simios» procede de los cinocéfalos que se representan en una pared. <<

[35] Hemos contado esta epopeya arqueológica en *La Vallée des Rois, Histoire et découverte d'une demeure d'éternité*, Perrin, 1992. <<

[36] El sarcófago de alabastro de Seti I se conserva en el Sloane’s Museum de Londres donde, debido a la humedad, sus colores han desaparecido y sus textos se han hecho casi ilegibles. <<

[37] Último álbum publicado sobre el paraje: La *Vallée des Rois*, bajo la dirección de K. Weeks, París, 2001 (la obra trata, en realidad, del conjunto de los monumentos de la orilla oeste). <<

[38] Véase C. Leblanc, *Ta Set Neferou. Une nécropole de Thèbes Ouest et son Histoire*, El Cairo, 1989. <<

[39] Aunque en condiciones draconianas: número limitado de visitantes y sólo durante breves minutos. <<

[40] Para el emplazamiento de la necrópolis, véase el plano de la página 161. <<

[41] Para quien dispusiera de poco tiempo para visitar las necrópolis tebanas, seis tumbas excepcionales están abiertas habitualmente: Nakht (n.º 52), Ramosis (n.º 55), Khaemhat, llamado Mahu (n.º 57), Menna (n.º 69), Sennefer (n.º 96) y Rekhmiré (n.º 100). <<

[42] En un enorme pozo excavado cerca del templo se encontraron los «archivos» de la cofradía, especialmente en forma de pedazos de calcáreo (los ostraca). Su desciframiento y el estudio del «diario de la Tumba» han proporcionado gran cantidad de detalles sobre la vida cotidiana de los artesanos. <<

[43] Para un estudio más profundo del templo, véase S. Sauneron, *Esna,* 8 volúmenes, El Cairo, 1959-1982. <<

[44] He relatado esta epopeya en *La Reina Libertad* <<

[45] Que coincidía con el comienzo de la inundación, en julio. <<

[46] Para una visita detallada al templo, véase S. Cauville, *Edfu*, El Cairo, 1984. Falta todavía una traducción completa al francés del conjunto de los textos. <<

[47] El dios Horus tenía como compañera a la «hermana perfecta», y su hijo era el señor del Doble País. Sobek tenía por compañera a Hator y como hijo a Khonsu. <<

[48] Los textos precisan que Kom Ombo es el aire del halcón, el pozo del cocodrilo, el cubil del león y el establo del toro. El templo reúne las cuatro potencias que organizan el cosmos. <<

[49] Véase A. Gutbub, *Textes Fondamentaux de la théologie de Kom Ombo*, 2 volúmenes, El Cairo, 1973. <<

[50] Sin duda existían pequeñas capillas de la XXVI dinastía. <<

[51] He evocado esta dramática época en *Pour l'amour de Philae*. <<

[52] He evocado su extraordinaria aventura en mi novela *Le pharaon noir*. <<

[53] El segundo coloso, a la izquierda frente al templo, está deteriorado sin duda a consecuencias de un terremoto que se habría producido el año 31 del reinado. <<

[54] Los elementos de este notable santuario estuvieron expuestos durante mucho tiempo en el Museo de El Cairo, Están destinados al Museo de Nubia, en Asuán. <<

[55] Para el detalle de las dinastías y los nombres de los faraones, véase C. Jacq, *Initiation à l'Égypte ancienne*, Fuveau, 2001, pp. 173-186. <<